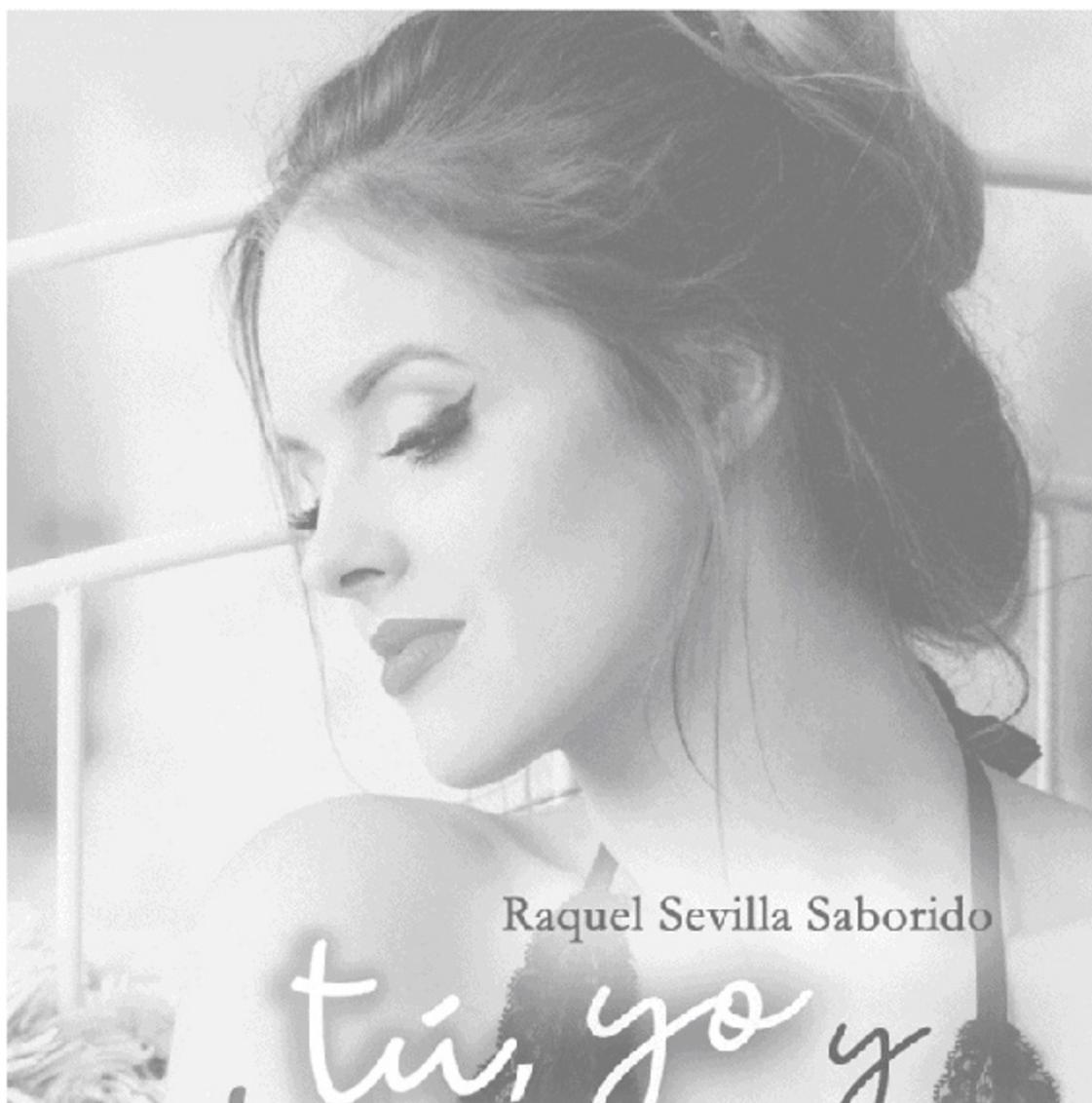


Raquel Sevilla Saborido

tú, yo y
algunos
más

Bilología
Lunar





Título original: Tú, yo y algunos más (II Parte de la Biología Lunar)

Copyright: © 2019, Raquel Sevilla Saborido

Primera edición: febrero de 2019

ISBN: 978-84-09-08955

Depósito Legal: MA 237-2019

Diseño de portada: Adyma Desing. Edición y maquetación: Eme2 Desing.

Impresión y encuadernación: Estugraf (www.estugraf.com) Printed in Spain-Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o autores o bien se usan en el marco de la ficción.

Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es mera

coincidencia.

© Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor o autores. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

A mis padres, José María Sevilla Florido y María Saborido Doña.
Sé que desde el cielo estáis viendo mis logros.

Os quiero.

estáis viendo mis



a luz que desprendían los focos que adornaban el techo del restaurante Cala Burra, un local precioso situado en la bahía de Cádiz desde donde se podía observar el mar, hizo que Kassandra Thompson pareciera una diosa del Olimpo sobre sus altísimos zapatos de tacón. Aquellos *Manolo Blahnik* eran maravillosos, una auténtica joya para ser expuesta en una de las vitrinas más selectas de la galería Sotheby's.

Sus caderas bailaban cadenciosas de izquierda a derecha, haciendo que la gasa de su vestido rojo ondeara con cada paso. Unos hermosos pendientes de oro blanco con un brillante engastado en el centro y un maquillaje perfecto resaltaban su rostro, dotándole de la belleza que a mí me faltaba.

¿Por qué la vida es tan injusta con algunas mujeres y tan buena con otras? A día de hoy, todavía no he conseguido encontrar una respuesta que me confirme por qué yo tengo estrías, cartucheras o una pequeña almohada en la tripa, mientras que otras parecen haber sido esculpidas por las manos de Miguel

Ángel, Rodin o Donatello.

Cuando aquella hermosa mujer se acercó a nosotros, apreté la mano de Bruce que sostenía, fundiéndose más con la mía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él entre dientes cuando ella se detuvo frente a mí.

Los ojos verdes de mi Dios del sexo se oscurecieron de repente, perdiendo ese brillo tan característico que tienen cada vez que está conmigo.

Kassandra, al escucharlo, entornó los párpados haciendo que sus larguísimas pestañas aletearan como las alas de una mariposa, esbozó una sonrisa forzada y se acercó a él unos centímetros.

—Hola, guapetón. —Su tono de voz fue sexi y acaramelado.

—Hola —respondió él muy escueto, pero sin dejar de observarla.

No sé por qué, pero en aquel momento tuve la impresión de que entre Kassandra y Bruce saltaban algunas chispas.

¿Eran de amor?

¿De odio?

¿De frustración, tal vez?

Precisamente, así me sentí yo cuando aquella mujer apoyó sus larguísimos dedos sobre el hombro de Bruce y le plantó un beso en la cara.

Sus labios dejaron una huella perfecta en la mejilla izquierda de mi Dios del sexo, casi a la altura de la comisura de esos labios cremosos que tantas veces me han hecho disfrutar cuando recorren mis pechos y descienden peligrosamente hacia mi centro del deseo. En esos momentos, mi mente y mi cuerpo se enfrentan a un tortuoso y placentero delirio.

—Ho... hola —tartamudeé incómoda, tratando de llamar la atención de aquella mujer.

Y lo conseguí. Kassandra clavó sus intensos ojos en mí. El desafío que se reflejó en su mirada me hizo temblar.

Bruce, que se había percatado de mi nerviosismo, me dio un suave beso en el cuello —reconozco que su aliento me erizó la piel—, y me preguntó con dulzura:

—¿Qué te ocurre, pequeña?

—Nada —respondí sin alarmarlo. No quería que pensase que esa mujer me intimidaba.

—¿Estás segura?

—Sí.

Durante unos segundos, ambos nos olvidamos de todo. Sus ojos verdes se clavaron en los míos con intensidad, creando un mágico mundo en el que solo teníamos cabida nosotros dos.

—Cariño, estás blanca como la pared. —Acercó mi mano a su boca y la besó.

—Bruce... —Suspiré. Todavía sentía la mirada de Cassandra clavada en mí.

—Dime, muñeca.

—Tú mejor que nadie sabes que...

—¡Bruce! —exclamó Cassandra alzando la copa que acababa de coger de una de las bandejas que estaban distribuidas por la sala—. ¿Dónde has estado metido? Tendría que exigir que te encierren por haber desaparecido durante tanto tiempo.

—Bastante —admitió él con incomodidad.

—Sí, desde que pasó...

—Kassandra, te lo pido por favor. Basta. No es necesario recordar —le cortó Bruce entre dientes, algo molesto, sujetándome la mano con fuerza. A punto estuvo de rompérmela.

—No me negarás que lo nuestro fue maravilloso mientras duró.

Observé que la mandíbula de Bruce se tensaba como un cable de acero.

—Tú lo has dicho, Kassandra. Mientras duró. Ahora, sin embargo, no nos queda nada más que...

—¿El pasado? —Terminó la frase por él—. El pasado puede convertirse en presente si tú quieres —afirmó con esa voz de mosquita muerta que no había roto nunca un plato cuando, en realidad, había roto la vajilla y la cristalería completas.

—No sé si eso sería una buena idea.

Escuchar aquello hizo que mi cuerpo se pusiera en tensión. Sentí que la mente se me nublaba. ¿Había oído bien? ¿Bruce se estaba cuestionando la posibilidad de volver con Kassandra?

Desolada y confusa, me deshice de su mano y di un paso hacia atrás. A él no pareció importarle porque siguió mirándola.

—Todo sería cuestión de replanteárselo, Bruce.

Él emitió una suave risa, como si estuviera coqueteando con ella. Aquello hizo que mi mundo perfecto, ese que había idealizado en compañía de Bruce, se desmoronara como las cartas en un castillo de naipes.

Kassandra, juguetona y provocadora, acarició el mentón de mi Dios del sexo, haciendo que mis celos se multiplicaran por mil. ¿Por qué Bruce permitía que aquella arpía lo sedujera frente a mí, como si yo no existiera?

Me quedé rezagada a su espalda, observando cómo se desenvolvía la situación.

—Para mí sería un placer volver a tenerte entre mis piernas —declaró Cassandra con picardía—. Ya sabes que tú y yo hacemos un gran tándem en la cama.

Bruce carraspeó como si se sintiera incómodo, pero lejos de rechazar el descarado coqueteo, le siguió el juego.

—Es cierto —confirmó él esbozando una sonrisa ladeada—. Pero eso fue hace tiempo.

—El tiempo ha hecho que me replantee muchas cosas —alegó ella.

No me costó imaginarla alrededor del cuello de Bruce, devorando aquellos labios que tanto placer me daban, acariciando cada músculo de su cuerpo perfecto... ¡Dios, tenía que quitarme esa imagen de la cabeza YA! Bruce estaba conmigo. Yo era su chica del lunar mientras que la otra... La otra era una maldita arpía que estaba jugando sus cartas sin saber que yo tenía la baraja entera.

Le dirigí una sonrisa de suficiencia a Cassandra, sabiendo que ella jamás volvería a tener a Bruce, pero las palabras de mi Dios del sexo me noquearon.

—Yo también —afirmó con seguridad.

—Me he dado cuenta de que tú y yo fuimos unos estúpidos.

—Algunos más que otros.

—Lo reconozco —admitió ella, alisándose el cabello a cámara lenta—. Fui una estúpida por dejarte por Daniel. Pero no hay mal que por bien no venga, ¿no crees?

Me clavé las uñas en las palmas de las manos. ¿Aquello había sido un misil contra mí? Un cero a la izquierda tenía más valor que yo en aquella conversación.

—Puede ser —respondió Bruce, mordiéndose con sensualidad el labio inferior.

Kassandra giró de repente la cabeza y me desnudó con la mirada, haciendo que mi incomodidad aumentara un poco más. Al instante, mis mejillas se encendieron como las de un Gusiluz, pero aguanté con estoicidad, retándola a escupir todo lo que su boca de víbora tenía preparado para mí.

—Por cierto, veo que tus gustos han cambiado mucho —afirmó con retintín, esbozando una sonrisa maléfica.

—Pues sí. El cambio ha sido para mejor. —Bruce miró a su izquierda; después, a la derecha. Cuando descubrió que estaba tras él, me ofreció su

mano, aunque yo no cedí. Sorprendido, frunció el ceño y me miró con desafío, indicándome que le había molestado mi reacción—. Raquel, acércate.

Durante unos segundos no supe qué hacer. La bruja que llevaba dentro de mí estaba despertando, amenazando con arrasar con su escoba todo cuanto se encontrara a su paso.

—¿Un canapé, señor?

Un camarero acababa de acercarse a Bruce con una bandeja en la mano.

—No —respondió tosco.

—Discúlpeme —intervino *Kassandra*, levantando ligeramente su copa—.

¿Puede decirme qué champán es?

—*Moët&Chandon*.

—El mejor. —Sonrió observándome con malicia a través del cristal de su copa—. Por cierto, Bruce, ¡qué desconsiderado eres! No me has presentado a tu amiga.

Aquello fue lo que dio el pistoletazo de salida a mi mal humor, ese que estaba cociéndose a fuego lento en el caldero de la bruja. Di un paso hacia delante con seguridad, ya no iba a quedarme atrás como si no existiera.

—Me llamo Raquel. —No dejé que Bruce me presentara. Si quería saber quién era, me encargaría de que no me olvidase.

—Encantada. Yo soy *Kassandra Thompson*, la mujer con la que este hombretón se acostaba cada noche hasta que...

—¡Basta! —gruñó Bruce, aflojándose ligeramente la corbata.

En ese instante, un hombre se acercó a nosotros con tal torpeza que la copa de *Moët&Chandon* que sostenía *Kassandra* entre sus manos se derramó sobre mi vestido. Eso hizo que mi rabia aumentara considerablemente.

—Me cago en todo lo que se menea, joder.

Traté de sacudir el líquido de mi precioso vestido, aunque el estropicio ya estaba hecho.

—¡Raquel, cuida esa boquita! —exigió Bruce entre dientes, mirando a *Kassandra* de reojo.

En respuesta, recibió una sonrisa altiva y un beso fugaz. Sus mejillas se ruborizaron al instante. Fue en ese momento cuando me di cuenta de la situación. Donde hubo fuego, aún quedaban rescoldos.

Mi bruja interior no dejaba de fustigarme con sus palabras:

«Esto es un complot, Raquel. ¿No lo ves?»

«Bruce no te quiere.»

«Tu Dios del sexo desea a otra mujer.»

—Lo... lo siento.

Dirigí mi mirada ofuscada hacia él. Fue entonces cuando pude apreciar que aquel hombre alto, pero no mucho más que Bruce, era sexi y atractivo. El color azul de sus ojos era precioso, aunque estaban parcialmente irritados por el exceso de alcohol que circulaba en sus venas.

«No pasa nada. Me puedes echar todo el champán que quieras y después quitármelo a lametones», pensé por un instante, aunque en realidad mi boca tomó otro rumbo.

—¿Con un simple lo siento lo quieres arreglar todo? —Asintió—. Pues el arreglo del tinte lo vas a pagar tú, ¿me oyes?

—¡Raquel, basta! Josh ya se ha disculpado —me recriminó Bruce.

Mi mirada lo fulminó. ¿Qué narices le estaba pasando? Por más que lo intentaba, no lograba reconocer al Bruce que me había encandilado tiempo atrás.

—A quien le ha empapado el vestido y está calada hasta los huesos es a mí —expresé con malestar.

—Ya lo sé, Raquel, pero tampoco es para que te pongas así.

Fui incapaz de creer lo que mis oídos acababan de escuchar. ¿Estaba Bruce tomándome por tonta? Sus estupideces me estaban sacando de quicio.

Puse cara de pocos amigos y él me devolvió el gesto, lanzándome una mirada con cierto desafío.

«Si tú crees que me vas a amedrentar así —pensé—, la llevas clara, majete. A lanzar miradas provocadoras no me gana nadie.»

Por descontado, no me rezagué ni aparté los ojos de los suyos.

—No te preocupes, yo te pago el arreglo del tinte —afirmó Josh con la lengua empastada por el exceso de alcohol.

—No hace falta que pagues nada —espeté airada.

—Pero tran... tranquila, mujer —tartamudeó—. Es solo champán.

—Afortunadamente —respondí tratando de evitar que el rodal que se había formado sobre mi pecho empapara mi ropa interior.

—Y del bueno —soltó Cassandra.

—¡Como si es de oro el champán! —Elevé ligeramente la voz, lo suficiente como para que algunas miradas se fijaran en mí—. ¡Joder, me ha empapado! Bruce se acercó a una de las mesas que estaban vacías y cogió una servilleta.

—Raquel, déjame que te ayude.

—No hace falta, ya me encargo yo. He de ir al baño.

Giré sobre mis tacones y comencé a caminar. Necesitaba salir de allí cuanto

antes. Mi estómago amenazaba con expulsar todo lo que había ingerido horas antes.

Cuando entré al baño me sorprendí de su amplitud. Era más grande que mi piso, una minúscula caja de cerillas muy coqueta que decoré en su momento con ayuda de mis amigas las *Chirusas*.

El lujo se veía por todas partes. Mármol de color neutro en las paredes, bombillas halógenas a centenares, haciendo que toda la estancia brillara como si el sol estuviera bañándola, lavabos redondos de porcelana de color beige con grifos de bronce, floreros de cristal de Bohemia con camelias...

Por supuesto, me acerqué hacia ellas para ver si eran de plástico. El olor que aspiraron mis fosas nasales, dulce, fresco y nada pesado, me indicó al instante que eran de verdad.

En uno de los espejos que estaban encastrados en la pared, pude apreciar mi piel estaba pálida como la cera de una vela blanca.

«Raquel, ¿cómo has llegado a esta situación? —me cuestioné—. Con el buen color que tenías cuando has salido de casa de Bruce y... fíjate ahora cómo estás, hecha una auténtica piltrafa.»

Estaba intentado arreglar el desastre que tenía mi vestido cuando apareció *Kassandra*.

—Lo siento, Raquel. —Me miró a través del espejo, pero yo seguí con lo mío—. A veces Josh es un tanto patoso, sobre todo, si lleva unas copas de más.

Era la segunda vez que oía ese nombre, ¿Quién demonios era Josh?

—No te preocupes —solté con retintín—. Es solo champán

—Déjame ayudarte a limpiarlo, por favor —sugirió, sacando un par de toallitas de papel del dispensador.

Me aparté de ella porque no quería que rozara ni un milímetro de mi diminuto cuerpo, y más con lo que habían visto mis propios ojos minutos atrás.

—Tranquila, ya puedo yo sola.

—No me importa.

—¿Sabes? A mí sí —solté con vehemencia. No la quería cerca de mí. Si seguía allí, importunándome con su presencia, mi bruja interior no tardaría en volver a salir. Estaba loca por saltar de una vez por todas—. ¿Te importaría dejarme sola?

Su seria mirada me recorrió de pies a cabeza, analizándome. Por mi parte, desvié los ojos de su rostro. Alguien como ella no se merecía ni un mínimo de interés por mi parte.

—Raquel, hablo en serio. Lo siento mucho.

Obvié su comentario y seguí enfrascada con el vestido. Para secar bien el champán, debía ponerlo bajo el chorro de aire caliente del secador de manos, pero aguanté como una jabata, con tal de no darle la satisfacción a Cassandra de verme en ropa interior.

Enfadada, le dirigí una mirada de soslayo.

—No necesito tu ayuda. —Seguía sujetando la puerta. ¡Ni que fuera a caerse! Necesitaba que se fuera ya. ¡Cuánto antes! No soportaba su presencia, su voz, su risa, su cuerpo...

¡Nada!

¿Acaso no le había quedado claro ya?

Iracunda, tratando de hacerme valer más de lo que lo había hecho hasta el momento, espeté entre dientes:

—¡Quiero que me dejes sola!

Kassandra se marchó bufando como un toro empecatado, lanzándome una mirada cargada de odio justo antes de dar un tremendo portazo.

Sintiendo cómo el corazón bombeaba aún en mi pecho con deliberada torpeza, me acerqué hasta la puerta y eché el pestillo para así poder quitarme el vestido y colocarlo bajo el secador de mano, justo en la mancha. Necesitaba que se secara cuanto antes para volver con Bruce.

De repente, ese regusto amargo que había estado atormentando todo el día la boca de mi estómago comenzó a subirme por la garganta. Acelerada, solté el vestido en el lavabo y me coloqué de rodillas frente al inodoro. Casi metí la cabeza dentro de la taza por el impulso.

Una vez terminó la sesión de mis náuseas, apoyé la espalda sobre los azulejos de la pared y agradecí el frío que me proporcionaron. Intenté reponerme y que mi respiración se tranquilizase, pero no sirvió de nada.

Ufff, y yo que creía que la noche no podía ir a peor...



Estaba exhausta.

El dolor de estómago no cesaba. Era como si tuviera un enjambre de abejas asesinas en el interior y me estuvieran clavando los aguijones sin piedad.

Traté de dejar la mente en blanco. Esa es uno de los recursos que más me

relajan. Sin embargo, aquel día las ansias fueron mucho más fuertes que mi mente y mi tensión siguió aumentando.

De pronto, alguien dio unos golpecitos en la puerta.

—¡Está ocupado! —vociferé de rodillas frente al inodoro porque no podía controlar las náuseas que se avecinaban de nuevo.

—Por favor, nena, ábreme —dijo Bruce desde el exterior—. Estoy preocupado por ti.

«¿Qué querrá ahora este capullo? —solté entre dientes, sintiendo cómo mi corazón se saltaba unos pulsos en mi pecho—. Si se cree que...»

—Raquel, ¿estás bien?

—¡Sí! —vociferé a pesar de que me faltaban las fuerzas para hablar—.

Enseguida voy.

—Raquel, por favor, abre —insistió, golpeando la puerta frenéticamente con los nudillos.

—¡He dicho que ya voy, por Dios santo! ¿Tanto te cuesta entender eso?

Me levanté con cierta dificultad y me cubrí parcialmente con el vestido. El malestar que tenía en el estómago me estaba dejando exhausta, tanto como para que me costase levantar los brazos para encajar la prenda en mi cuerpo.

Despacio, me acerqué a la puerta, la abrí y asomé la cara a través de la pequeña rendija.

—Bruce, estoy bien —mentí—. Dame unos minutos, por favor.

—Raquel, ¿qué te pasa? Has salido corriendo como una gacela y...

—Bruce, por favor, déjame —insistí, dejándolo con la palabra en la boca.

—Pequeña, llevas todo el día muy rara. ¿Estás bien? No, ¿verdad? —Él solito se limitó a contestar la pregunta mientras me miraba fijamente a los ojos—.

Claro que no estás bien. No has hablado en toda la noche, te has limitado a observar y a decir alguna que otra palabra más alta que otra.

¿¿Cómo?!

¡Había que joderse!

¿Yo era la rara?

Él no había sido capaz de presentarme como su novia, me había ninguneado frente a Cassandra y me había roto el corazón. ¿Qué más me podía pasar aquella noche? ¿Qué tenía aquella arpía rubia de ojos azules que no tuviera yo? ¿Dinero? ¿Joyas tal vez? ¿Unas piernas de infarto con las que abrazar la escultural cintura de Bruce?

Corté mis pensamientos de raíz y lo miré con rechazo. Sus últimas palabras habían colmado el vaso de mi paciencia.

Por suerte para él, no pude sacar lo peor de mí. Me encontraba fatal y no me quedaban fuerzas para discutir. Me habría encantado soltarle unas cuantas frescas para que se diera cuenta de que el único raro que había aquella noche era él.

Aun así, no me quedé callada.

—¿Por qué no te largas con tu ex y me dejas en paz?

Empujé la puerta, pero él fue más rápido que yo y la trabó con el pie derecho. Bruce accedió al cuarto de baño sin problemas y me cogió de las muñecas, haciendo que mi vestido cayera al suelo.

—Raquel, me encanta todo lo veo y todo lo que poseo, que eres tú. —El calor que desprendía su cuerpo me abrasaba—. No lo olvides nunca.

Me reí en su cara. Después de ver su actitud con Cassandra, a la que le había prestado mucha más atención que a mí durante toda la velada, sus palabras se habían convertido en uno de esos sonidos que no apetecen escuchar, como el de los truenos durante una fuerte tormenta.

—¿Pretendes que te crea después de cómo te has comportado conmigo esta noche? ¡Has estado coqueteando con otra mujer en mi propia cara! —Mi cabreo iba en aumento y tenía que parar antes de que arrasara con todo—.

¡Vete!

—Quiero estar contigo, Raquel —musitó él, tratando de acariciarme el mentón con el dorso de la mano. Yo, por descontado, me retiré de inmediato, dando un paso hacia atrás—. Joder, a ver si te enteras de una puñetera vez que no me interesa ninguna otra. —Bruce dio un paso al frente y me sujetó de las muñecas otra vez—. Pequeña, ¿aún no te has dado cuenta de que solo te quiero a ti?

Al oír aquello, mi estómago se contrajo otra vez.

Como pude, me zafé de sus manos, accedí a un cubículo y me arrodillé frente al Señor Roca. ¡Dios mío, qué mal me encontraba! ¿Qué me pasaba? ¿Tendría algún tipo de virus?

Tenía aún la cabeza dentro del inodoro cuando una bombilla se iluminó en mi cabeza. ¿Cuántos días hacía que...?

Intranquila, me senté en el suelo y me llevé las manos a la frente.

Con la espalda apoyada en los fríos azulejos de la pared, me puse a pensar y a hacer cábalas. No me había puesto aún con el periodo.

¿Cómo era posible que no me hubiera dado cuenta antes?

De repente, y a pesar del malestar que tenía, surgió dentro de mí un sentimiento diferente, una mezcla de pena y alegría. Asustada ante la

posibilidad de tener un bebé, flexioné las rodillas y apoyé mi cabeza sobre ellas. Necesitaba pensar. Aquel no era el momento más adecuado para ser mamá. Menos aún, después de enterarme de que Bruce aún tenía sentimientos por su ex y que yo era un cero a la izquierda para él, por mucho que me intentara de engañar diciéndome lo contrario.

Bruce, que no se había retirado de la puerta del cubículo, se arrodilló junto a mí, colocó el índice de su mano derecha bajo mi mentón y, con voz suave y delicada, me exigió:

—Mírame, por favor. —Aunque me moría por ver sus impresionantes ojos verdes, apreté los míos con fuerza—. Raquel, no entiendo qué te pasa.

—Bruce, por favor...

—Creo que no te he dado motivos para que estés así conmigo.

—¿Estás hablando en serio? —Asintió—. Entonces ¿por qué no has sido capaz de presentarme de otra manera? Acepto que te dé pudor decir que soy tu novia, pero...

En sus ojos vi un ligero atisbo de arrepentimiento.

—Lo siento, mi amor. He sido un estúpido. Me pilló desprevenido. No volverá a ocurrir.

Aparté la mirada, dudando de sus palabras. Me sentía demasiado exhausta como para seguir hablando del tema.

Él se sentó a mi lado, pasó su brazo sobre mi hombro, acercó mi cuerpo al suyo y me besó en la frente.

—Dime, amor. —Su dulce tono de voz me erizó la piel—. ¿Qué te pasa?

—No lo sé, Bruce. —En ese momento no quise decirle que íbamos a ser padres. Antes tenía que estar segura de ello—. Llevo unos días con el estómago revuelto.

Me envolvió entre sus poderosos brazos y me sentí querida y protegida al instante, a pesar de mi malestar. Durante un par de segundos, cerré los ojos y disfruté del sinfín de sensaciones que me produjo el contacto de nuestros cuerpos.

«Podría estar así horas, días, años... —pensé, aunque no tuve el valor de decírselo—. Toda la vida si fuera preciso.»

—¿Quieres que nos vayamos a casa? —preguntó, sujetándome con mimo de la barbilla para que lo mirase.

Al percibir cómo sus enormes ojos verdes traspasaban mi alma, me derretí.

—No, cariño. —Negué, moviendo ligeramente la cabeza—. Quiero quedarme aquí, tú y yo solos. Abrazados. Sintiendo cómo el tiempo se detiene para

nosotros.

—¿Estás segura?

—Sí —afirmé con rotundidad—. Me apetece tener una cita con el chico más guapo que he conocido en toda mi vida.

—¿Ese hombre es solo es un chico guapo para ti?

Lo miré con cariño, inspiré hondo y sonreí.

—Puede ser. —Me encogí de hombros y, a pesar de mi desgana, emití una risita traviesa.

—¿Sí? —Sus ojos se encendieron, lujuriosos. Volvía a ser el Bruce de siempre. Ese capaz de hacerme el amor en un callejón o en su propio despacho con todos sus trabajadores al otro lado de la puerta. Eso me llevó a seguir coqueteando con él.

—Ajá.

—¿Y no tienes nada más que decir al respecto?

Me mordí el labio inferior, atrayendo su mirada llameante hacia ellos.

—En realidad, ese chico es el ser más hermoso del planeta. —Me pegué más a su cuerpo y le acaricié el mentón con el dorso de la mano. Había sentido la suavidad de su piel recién afeitada horas antes, cuando sus labios decidieron recorrer todo mi cuerpo. Recordarlo me puso cardíaca.

Mi cuerpo se encontraba mal, pero mi mente viajaba a mil por hora cuando se trataba de Bruce.

Él también acercó su mano para acariciarme y su pulgar se recreó en ese lunar que tengo sobre el labio.

—¿Quieres que te cuente un secreto, Raquel? —Asentí, tragando saliva con dificultad, y me humedecí los labios, expectante. Su tono de voz había hecho que mi cuerpo se estremeciera de los pies a la cabeza—. Sé que ese hombre del que hablas está enamorado de ti.

Alcé la ceja con suspicacia.

—¿Tú crees?

Esbozó una amplia sonrisa que terminó de derretirme por dentro.

—Estoy convencido de ello, princesa.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque me lo demuestras cada día, a cada momento —me susurró al oído con voz ronca.

Sin tiempo a reaccionar, me levantó del suelo como si mi cuerpo pesara menos que una pluma y me colocó a horcajadas sobre él. Nuestras miradas conectaron de inmediato, al igual que nuestros cuerpos, sedientos de placer.

Sentí que me abrazaban sus manos y que mis ojos eran la llama que los suyos necesitaban para encender nuestros cuerpos.

Inspiré con fuerza en un intento de calmar el fuego que bullía flagrante en mi interior, pero el aroma a madera con toques de naranja amarga de su perfume lo avivó aún más.

Me moría de ganas de besarlo, pero el sabor agrio que se me había quedado en el paladar me frenó. Necesitaba enjuagarme la boca, como mínimo.

Con cuidado de que el malestar no regresara con fuerza, me bajé de su regazo y salí del cubículo. Me acerqué hasta el lavabo y me enjuagué la boca con agua haciendo gárgaras hasta quitarme el horrible sabor.

Cuando vi mi reflejo en el espejo, me asusté. Mi aspecto era espantoso. Se me había corrido el maquillaje. Las pestañas, que había conseguido ordenar horas antes con el rímel, volvían a estar revueltas; el color negro ensombrecía mis párpados inferiores como si fuese un oso panda y mis labios ya no tenían ni una pizca del labial rojo que suelo usar habitualmente. Un desastre.

—¿Qué ocurre, Raquel?

Observé el reflejo de Bruce a mi espalda, tan elegante y pulcro como siempre, y empequeñecí. Necesitaba unos minutos para volver a ser la misma Raquel que había entrado en el restaurante una hora antes.

—Me gustaría estar a solas un momento para arreglar un poco este desastre y salir a tu encuentro en condiciones.

—Amor, tu siempre estás bien. Da igual en las condiciones que te encuentres. Me di la vuelta para mirarlo a los ojos e hice un mohín con los labios tratando de convencerlo.

—De acuerdo, ¿estarás bien? —Cedió con un susurro. Asentí con la cabeza—. No tardes, mi chica del lunar.

Sonreí al escuchar sus últimas palabras, hacía horas que no las oía. Se acercó para darme un beso en la boca pero lo aparté.

—¿Me has hecho la cobra? —Abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo sabes tú lo que es una cobra?

—Es la acción de apartar la cabeza cuando una persona intenta besarte. O eso me dijo mi madre un día cuando vi hacérsela a mi padre —se guaseó. Al ver que seguía con los brazos en jarra, se puso serio—. Raquel, ¿por qué me has hecho la cobra?

—Amor, he vomitado —alegué.

—¿Y?

—Mi sabor es amargo. No te gustaría probar mis labios en este momento.

—A mí me gustas de cualquier forma, pequeña.

A pesar de sus palabras, le ofrecí la mejilla, pero la rechazó. Sus manos subieron hasta mi cuello, reptaron hasta mi barbilla y me obligó a enfrentarme a sus ojos otra vez.

Nos miramos.

Y a través del brillo de sus ojos me dijo lo mucho que me deseaba.

Luego alzó una ceja, retándome a detenerlo si me atrevía, y acercó sus labios a los míos.

Me besó y no me opuse al sentir esos labios gruesos, dulces y perfectos que tantas veces me habían llevado al séptimo cielo. El primer contacto fue suave; después aumentó el ritmo hasta que tuvimos que separarnos para tomar aire.

—Raquel, no vuelvas a negarte a mis besos, ¿entendido?

Asentí todavía sin poder articular palabra. Sus ojos verdes, los mismos que me habían cautivado aquel día que nos vimos por primera vez en la hamburguesería JR Dallas de Málaga en la que yo trabajaba, me hipnotizaron como si fuera un encantador de serpientes.

—Quiero disfrutar siempre de tus labios, muñeca, con independencia del sabor que tengan. Lo quiero todo de ti. ¡Todo! —Escucharlo hablar de aquella manera hizo que un escalofrío me recorriera la espalda. Se acercó a la puerta y antes de marcharse, volvió a hablar—. Tengo ganas de llegar a casa y empezar a follarte como un loco.

Cardiaca y ansiando que llegara ese momento, apoyé las manos sobre el lavabo mientras empezaba a pensar en la situación tan surrealista y emocionante que acababa de vivir.

¡Madre mía!

¿Quién me iba a decir a mí cuando entré en aquel baño tan enfadada que acabaría tan sumamente excitada?

Con una gran sonrisa en mi rostro, cogí el vestido del suelo y me retoqué un poco lo que quedaba de mi maquillaje con un trocito de papel mojado y jabón. Luego me pellizqué un poco las mejillas para coger algo de color y disimular mi palidez, saqué del bolso de mano mi lápiz labial y me pinté los labios.

La noche debía continuar.



Bruce se puso de pie en cuanto me vio aparecer. El restaurante estaba repleto de personas, pero no me costó reconocerlo gracias a su imponente estatura. Mi Dios del sexo estaba radiante con aquel traje azul y la corbata de la misma tonalidad sobre un fondo blanco, el de su camisa. Su cabello, recogido hacia atrás en una coleta baja, le daba un aire soberbio, excitante, morboso...

—Amor, ¿estás mejor? —me preguntó cuando llegué a su altura, dándome un beso tierno en los labios.

— Sí —respondí apoyando mi mano sobre su hombro—. Me siento mucho mejor. Gracias, cariño.

Una tos femenina captó mi atención. A mi izquierda, sentada en la que iba a ser nuestra mesa, Cassandra jugaba con las burbujas del champán de su copa. A su lado estaba el hombre que me había manchado el vestido.

Bruce me ofreció refugio entre sus brazos, me besó en el cuello y, mirando fijamente al resto de comensales que se encontraban en la mesa, volvió a hablar.

—Raquel, te presento a Josh. Él es el hermano de Cassandra.

El aludido se levantó de su asiento para saludar.

Aquel hombre era casi tan alto como Bruce. Sus ojos azules, enmarcados por su flequillo castaño, llamaron otra vez mi atención.

Cuando sonrió, algo despertó en mi interior. Mi estómago se reveló nuevamente, pero no a causa del malestar que me había mantenido todo el día tan asqueada. Un hormigueo comenzó a subir por mis piernas, instalándose en mi centro del deseo.

Mi bruja, esa odiosa mujer que de vez en cuando aparece sobre mi hombro izquierdo para torturarme con su escoba, me preguntó: «Raquel, ¿imaginas lo que disfrutarías si te dejaras follar por estos dos dioses del Olimpo?»

Mis piernas comenzaron a flaquear.

Una descarga eléctrica me recorrió desde la muñeca hasta el hombro cuando aquel hombre estrechó mi mano.

—Hueles muy bien, Raquel —habló con voz seductora.

Sentí cómo Bruce se ponía en tensión al oír aquello. Yo me encogí de hombros para restarle importancia. ¿No iba a oler bien si acababa de echarme unas gotitas de *Channel N° 5* para disimular el olor a *Moët&Chandon* que no había conseguido eliminar de mi vestido?

Intenté soltarme de su agarre, pero no lo conseguí ya que él tiró de mí y se

colocó a escasos centímetros de mi cuerpo.

—Raquel, eres una mujer muy atractiva y tienes unos ojos inmensos de color caramelo —musitó, acercándose peligrosamente a mi mejilla para darme un beso.

Tenerlo tan cerca me incomodó.

Cuando Bruce se percató de lo que estaba sucediendo, dio un paso al frente y detuvo a Josh, colocándole la mano sobre el pecho.

—Per... Perdóname —balbuceó con la media lengua que le daba el alcohol mientras espantaba con la mano una onda que culebreaba por su frente—. Tío, créeme. No era mi intención importunarte. Estoy un poco achispado esta noche.

Bruce frunció los labios y le lanzó una mirada lobuna, tratando de marcar su territorio.

Cuando tomamos asiento, la distribución de la mesa me obligó a quedarme entre ellos. A mi izquierda estaba Bruce, aún con el rostro muy serio; a la derecha, Josh sonreía tímidamente mientras jugueteaba con la costura del mantel. Su hermana Cassandra, que había estado atenta a todo lo que acababa de ocurrir, se sentó enfrente y apoyó los codos en la mesa.

—¿Por qué cenan con nosotros tu ex y su hermano? —le pregunté a Bruce disimuladamente.

—Ellos tenían mesa reservada, pero la han perdido por culpa de Josh. Cassandra me ha preguntado si a nosotros... —titubeó y yo lo miré fijamente—, si a mí me importaba que cenaran en nuestra mesa, y le he dicho que no. Si miras a tu alrededor te darás cuenta de que las demás están ocupadas.

Me revolví en el asiento.

—Ya —resoplé.

—Amor, vamos a cenar tranquilamente y después tú y yo...

Me guiñó un ojo con picardía.

—¿Sí?

—Prometo que te voy a follar como un loco, mi chica del lunar. —Me acarició el mentón con el dorso de la mano—. Luego te haré el amor para llevarte al séptimo cielo antes de volver a hundirme en tu interior y arrastrarte nuevamente al más exquisito y placentero de los infiernos.

Me sonrojé. Sentí que el calor de mis mejillas viajaba por todo mi cuerpo hasta instalarse en mi centro del deseo.

—De acuerdo, pero quiero lo que me has prometido, ¿entendido? —Eres la

mujer perfecta para mí —susurró, pasando después la lengua y los dientes por el lóbulo de mi oreja—. Te quiero, Raquel.

Mis vellos se pusieron como escarpas al escuchar sus palabras.

—¡Caray, chica! —exclamó Cassandra levantando su copa para volver a beber—. No sé qué le habrás hecho a este hombre, pero por lo que veo lo has cambiado mucho.

Nos miramos con desafío y como siempre he sido incapaz de morderme la lengua, hablé con vehemencia:

—Yo no he cambiado nada ni a nadie, ni tengo intención de hacerlo. —Me lanzó una mirada furibunda—. Me gusta todo de él, tal y como es. Para cambiar a alguien me habría comprado un muñeco.

Josh se carcajeó con fuerza, mostrándonos su dentadura perfecta. Levantó su copa vacía para que el camarero le trajera otra. No tardó ni un minuto en tener otra entre las manos.

—Es la primera vez que escucho semejante respuesta. ¡Sí, señor! ¡Esto se merece un brindis!

Kassandra observó a su hermano de mala gana y apretó los dientes.

—¡No seas cretino, Josh! ¡Nos está mirando todo el mundo! ¿No crees que ya va siendo hora de que dejes de beber?

—No —sentenció él, guiñándome un ojo.

Sus insistentes muestras de coqueteo hicieron que me sintiera violenta. Me removí inquieta en mi asiento y solo logré tranquilizarme cuando Bruce cogió mi mano y la apretó muy fuerte.

En ese momento, uno de los camareros se acercó a la mesa para saber qué más íbamos a tomar. Bruce pidió que nos trajera una botella de *Dom Pérignon Rose Gold*.

—Bruce, eso es muy caro —le susurré al oído.

—Para mí nada es caro si lo disfruto contigo —musitó junto a mi boca.

Me besó dulcemente en los labios, saboreándolos, empapándome de su sabor.

Le agarré la cara para profundizar el beso sin importar quién estuviera allí con nosotros.

Ataqué su lengua y jugué con ella, volviéndolo loco. A decir verdad, yo también me estaba volviendo loca; solo podía pensar en desnudarlo y recorrer con la lengua sus pectorales y bajar hasta...

—Vaya con los tortolitos. —La voz de Cassandra rompió la magia del momento.

—¿Quieres hacer el favor de dejarlos en paz? —rebatí su hermano.

Bruce apartó la mirada de mi rostro. Estaba cabreado porque nos habían interrumpido y no le culpaba. Yo misma tenía ganas de saltar sobre aquella odiosa mujer para arrancarle las extensiones.

—Kassandra, si no te gusta lo que ves, ya sabes dónde tienes la puerta —dijo mi hombre.

La aludida se apartó el pelo de la cara y me dirigió una mirada afilada. La noche iba a ser larga y demasiado intensa.

—Oye, Raquel —comentó Josh—, no creas que lo que voy a decir es para molestar pero tengo curiosidad. ¿Alguna vez te has tomado una copa de champán de una botella que cuesta más de 10.000 dólares?

Casi me atraganté al escuchar la pregunta.

¿Más de 10.000 dólares?

No sabía cómo estaría el cambio de moneda en euros, pero algo me decía que era un dineral para algo que se podía beber en unos minutos. ¡Qué locura!

—No, Josh, nunca he bebido una copa de champán de semejante cifra. Lo más caro que me he podido permitir hasta la fecha es un *Pago de los Capellanes*.

—Un buen vino —contraatacó Kassandra—. Algo más barato, eso sí, pero...

—No todo está en el dinero —alegué con altanería—. Las cosas simples y baratas suelen ser más bonitas que las caras. Para tener 10.000 dólares en la cuenta, o lo que suponga en euros, tengo que trabajar sin gastar nada más de tres años. Yo no tengo a nadie que me ayude o me pague lo que se me antoje. Bruce cogió mi mano y la besó con dulzura.

—Me tienes a mí, cariño.

—Lo sé, pero me gusta ser independiente y no tener que depender de nadie, mucho menos de su dinero.

—Y ¿para qué sirve el dinero si no lo puedes gastar en este tipo de placeres?

—siguió atacando la muy víbora.

Kassandra me estaba saturando con su superioridad y su arrogancia. Aun así, traté de no entrar al trapo y preferí quedarme con ganas de contestarle antes de soltarle una fresca de las mías.

Josh, al igual que Bruce, se dio cuenta de mi incomodidad. Fue entonces cuando, tomando la mano de su hermana y empleando un tono de voz conciliador, comentó:

—Raquel, no te irrites. Mi hermanita es una mujer muy interesada y de gustos caros.

Kassandra no pudo quedarse callada ante las palabras de su hermano.

—Josh, dime una cosa. ¿A ti no te gusta el dinero?

—Lo justo para...

—¿Emborracharte? —Interrumpió. Aquello había sido un dardo envenenado en toda regla.

—Te aseguro que me gusta menos que a ti.

—El dinero nos gusta a todos —intervine tratando de tranquilizar a los hermanos.

—A unos más que a otros —respondió Josh. Y, dirigiéndose a mí con su media lengua, añadió para intentar cambiar el hilo de la conversación—: Oye, Raquel, dime una cosa. ¿Trabajas?

—Sí, querida, ¡cuéntanos! ¿A qué te dedicas?

En ese momento se acercó el camarero a la mesa con una cubitera de pie. En su interior, envuelta en hielo, estaba la botella de champán de más de diez mil dólares que Bruce se había empeñado en tomar aquella noche.

Cuando el camarero fue a descorchar la botella, se le resbaló de las manos y cayó al suelo formando un gran estropicio.

—Lo... lo siento, señor Smith —dijo con un hilo de voz.

El pobre hombre, rojo de la vergüenza, no sabía dónde meterse. La frente se le cubrió de sudor y su rubor se extendió por toda su piel.

—Bruno, no te preocupes. Trae otra botella y ya está.

—Por supuesto, señor.

—No, mejor que sean dos.

—Marchando.

El hombre recorrió con celeridad la sala y se adentró en la bodega mientras uno de sus compañeros secaba el líquido que humedecía el suelo.

Durante unos segundos, no pude evitar observar a Bruce con incredulidad.

—Raquel, ¿qué te pasa? ¿Por qué me miras así?

Abrí la boca para decir lo que opinaba al respecto de tanto derroche de dinero, pero Bruce me silenció, depositando el dedo índice de su mano derecha en mis labios.

Meloso, se acercó a mí y me susurro al oído:

—Compraría toda la bodega de ese champán tan caro solo para ver la expresión de tus ojos, mi chica del lunar.

Después de decir eso, me dio un ligero y suave beso en los labios. Acto seguido, su lengua dibujó el perfil de mi lunar y mi estómago se contrajo.

Nunca había sentido nada igual en mi vida, ni siquiera con Adán, mi ex novio, con el que tuve una relación tóxica durante mucho tiempo.

«Raquel, deja a este tipo porque no te conviene» —me dijo en más de una

ocasión Alicia, una de las *Chirusas*.

Y terminó.

¡Claro que terminó!

Llegó el día en el que mi corazón dijo basta.

Y acabé con la relación.

Bueno, en realidad no tuve el valor de dejarlo por mí misma. Fue él quien puso un punto final, que alguna vez intentó que volviera a ser un punto y seguido, aunque yo me negara en redondo.

Bruce chasqueó los dedos frente a mi rostro y volví a la realidad.

—Tierra llamando a Raquel...

Lo miré detenidamente y sonreí.

—Gracias —susurré acercando mi cuerpo al suyo. Fue entonces cuando pude apreciar los latidos frenéticos de su corazón.

—¿Por qué me das las gracias? —Me abrazó para reducir la distancia que había entre los dos.

El rubor se apoderó de mis pómulos. Mientras tanto, Kassandra no dejaba de mirarnos.

—Por hacerme tan inmensamente feliz, por querer estar conmigo y por...

—No pude terminar de hablar. Bruce acercó sus labios a los míos y me besó otra vez.

Sentí cómo los ojos de Kassandra me atravesaban el cuerpo y presentí que algo malo se avecinaba. ¿Pero qué?

—¡Cuánto tarda el camarero, ¿no?! —exclamó Kassandra, vocinglera, para llamar la atención e interrumpir aquel momento tan mágico que se había creado entre Bruce y yo.

Me habría gustado que mi Dios del sexo me secuestrara y me hiciera el amor en el cuarto de baño; alcanzar el séptimo cielo entre sus brazos y sentir el maravilloso calor de su piel. Sin embargo, nada fue como deseaba. Aquella voz tan chillona y desagradable nos jodió todo.

Otra vez.

—Teniendo en cuenta que se le ha caído una botella tan cara, estará hablando con el encargado para ver de qué manera puede pagarla a plazos —comentó Josh, riéndose.

—Yo me encargaré de que eso no ocurra —comentó Bruce con voz ronca y serena.

—¿Lo dices en serio? —pregunté, abriendo los ojos de par en par. Solo los que alguna vez nos hemos dedicado a la hostelería sabemos cuánto se sufre

cuando se te cae algo de la comanda al suelo.

—Claro, mi amor. ¿Cómo voy a dejar a ese pobre hombre sin trabajo por un error? Todo el mundo mete la pata alguna vez en su vida.

Me abalancé otra vez sobre él y lo abracé con fuerza.

—Dios, Bruce, eres increíble.

—Soy sensato y humano, nada más.

—¡Caray, Bruce, cómo has cambiado! —exclamó Cassandra—. Vaya, vaya, vaya... ¡No me lo puedo creer! Por lo que veo, te has convertido en un chico bueno. En ese caso, no creo que te resulte muy complicado perdonar mis errores del pasado.

Me revolví en mi asiento. ¿Por qué no se quedaba callada un rato? ¡Por Dios, qué pesadilla de mujer!

—Confórmate con pasar la velada con nosotros —comentó Bruce entre dientes, lanzándole una mirada incendiaria.

—En ese caso, muchas gracias por tu generosidad, hu-ma-no.

Su ironía hizo que el pulso de Bruce se disparara.

Cinco minutos después, Bruno se acercó a la mesa con cuatro copas y una cubitera cargada de hielo para refrescar el champán. Con manos temblorosas, descorchó una de las dos botellas y sirvió a Bruce para que paladeara el espumoso.

—Señor, si necesita algo más, no dude en avisarme —anunció el camarero con un hilillo de voz, dirigiéndose personalmente a Bruce.

—Así lo haré, Bruno. Muchas gracias.

Al escuchar la respuesta de Bruce, supe que ya había estado antes en aquel restaurante. ¿Por qué no me había comentado nada? Nuestras miradas se cruzaron. ¿Qué más me ocultaba?

—Sé lo que estás pensando, Raquel. —Su sonrisa era pícaro—. Sí, he venido de vez en cuando a este restaurante. La comida es exquisita.

—¿Solo o acompañado? —le cuestioné.

Bruce comenzó a toser.

—Eso ahora da igual.

—¿Qué quieres decir?

—Chica, pareces boba —intervino Cassandra, metiéndose de lleno en la conversación—. Siempre hay que venir acompañado a un restaurante de esta categoría. De tu hermano, de tu madre, de una amiga, de un ligue...

Aquello había sido un dardo envenenado en toda regla.

Sintiendo cómo el odio que sentía por ella burbujeaba en mis venas, le lancé

una mirada incendiara que tuvo el efecto deseado: el silencio de Cassandra. Sus comentarios estaban empezando a cabrearme demasiado y no le iba a permitir ni una más.

—Dime, Bruce. ¿Yo qué soy? ¿Un pasatiempo? ¿Tu amor? ¿Tu chica del lunar? Una risita incómoda que provenía del otro lado de la mesa empezó a tocarme los ovarios.

—Oye, guapa. ¿Se puede saber qué es lo que te hace tanta gracia? —pregunté con ímpetu—. ¿Acaso he contado un chiste? Dímelo, por favor; al menos para poder reírme yo también.

Las carcajadas de Josh, unidas al golpe que dio en la mesa con la palma de la mano, me sobresaltaron.

—Bruce, me gusta tu acompañante. Es clara, simpática, directa... ¡Y muy bella también! Ya no quedan mujeres como ella.

—Por eso me acompaña esta noche.

Ignoré aquel comentario, cogí la servilleta y la extendí sobre mis rodillas.

—Por cierto, Josh. —Bruce se había acercado a mí para decirme algo, pero lo ignoré—. A tu pregunta de antes sobre si...

Josh abrió los ojos de par en par, apoyó los codos en la mesa, el mentón en las palmas de las manos y me observó con admiración antes de decir:

—¿Sí?

—Da igual. Trabajo en una hamburguesería en Málaga.

Kassandra comenzó a reírse de forma descontrolada. Sabía que estaba loca, pero no tanto.

—¿Eres una vulgar camarera? —preguntó entre risas.

«Cágate en su estampa», soltó mi bruja interior.

—No, en realidad trabajo en la cocina.

—Me sorprendes —comentó ella con retintín, dirigiéndose a Bruce—. ¡¿Cómo has podido caer tan bajo?! ¡Estás saliendo con una vulgar camarera!

—Kassandra, Raquel es solo una amiga —contestó el canalla, dejándome a cuadros.

Envaré la espalda y le eché una mirada con la que hasta mis propios enemigos habrían huido despavoridos.

—Ufff, querido, me dejas más tranquila. Pensé que habías caído muy bajo tras nuestra ruptura.

No sabía cuál de los dos comentarios, el de Bruce o el de Cassandra, me cayeron peor. Tras meditarlo un par de segundos, determiné que, sin lugar a dudas, había sido el de Bruce. Fue penosa la situación pero, por no montar un

espectáculo, empecé a hablar con Josh, dejando a Bruce con cara de pocos amigos.

—¿Sabes una cosa, Raquel? —inquirió Josh, con una amplia sonrisa en los labios—. Me parece un trabajo muy honrado.

Apreté los labios y asentí con un sutil movimiento de cabeza.

—Gracias. Aunque a la vista está que no todas las personas opinan como tú. Algunos... —creo que con esa palabra quedó claro que me estaba refiriendo a Bruce— se avergüenzan de algunas mujeres con las que se relacionan.

—A mí no me daría vergüenza enamorarme de una chica como tú —soltó de sopetón—. Al contrario. La llevaría orgulloso de mi brazo.

Josh y yo estuvimos un rato hablando sobre mi trabajo. En todo momento, él mostró interés en todo lo que yo hacía en la hamburguesería. También le comenté que en mi día de descanso daba clases de escritura en el Centro Cívico de La Misericordia, una de las barriadas más conocidas de Málaga por sus hermosas playas.

Cuando giré el cuello hacia mi derecha, vi cómo Kassandra acariciaba el rostro de Bruce. Al ver que me había percatado de su actitud, me sonrió maliciosa, se humedeció los labios con provocación y me guiñó el ojo.

Mi cuerpo comenzó a temblar de rabia.

Josh, que se había dado cuenta de todo, me tomó de la mano, tratando de que mis ojos desviarán la atención hacia algo mucho menos... traumático.

—Así que te gusta escribir, ¿no?

Su mano era grande y estaba bien cuidada, no como la mía que estaba llena de quemaduras y alguna que otra cicatriz causada por el rápido manejo de los cuchillos en la cocina.

—Cuando lo hago me transformo totalmente.

—¿Tienes pensado publicar algo?

—No lo descarto.

—Preveo que lo harás muy pronto. Te aseguro que seré uno de los primeros en leerte, Raquel. Buscaré algún rinconcito tranquilo para disfrutar de tu historia y las que están por llegar.

Sonreí.

—Gracias.

Manoteó en el aire, tratando de quitar importancia al asunto.

—A los amigos nunca hay que darles las gracias, Raquel. —Abrí los ojos de par en par—. Mi padre es un experto en dar las gracias solo a los que no van de frente y..., ¡ya ves! Su hijo ha tomado el ejemplo.

—¿Qué os parece si pedimos algo de comer? —preguntó Bruce, cortando de lleno la conversación.

Su voz sonó distinta, brava. Su toque sexi y seductor había desaparecido.

—Me parece estupendo. —respondí entre dientes. Me moría de hambre—.

Tengo el estómago en los pies.

—Eres genial, Raquel —se carcajeó Josh—. Nunca había escuchado esa expresión.

Bruce me miró y trató de sujetar mi mano, pero yo la aparté.

—¿Te encuentras mejor? —se interesó justo cuando Bruno se acercó a la mesa para servir el cóctel especial de la casa, un succulento entrante compuesto por mariscos variados, lechuga, rúcula, berros, granada, aguacate, gajos de naranja y pomelo, y salsa rosa espolvoreada con virutas de oro comestible.

—Perfectamente.

Lo miré de reojo y ya ninguno de los dos fuimos capaces de intercambiar otra mirada en un buen rato.



En uno de sus arrebatos, Josh me contó que hacía poco que había terminado con alguien importante en su vida. Y yo, que necesitaba hablar con alguien casi más que respirar, le relaté más o menos cómo era la mía en Málaga.

— Raquel, tengo curiosidad por conocer tu ciudad.

—¡Es preciosa!

—Estoy convencido de que tiene que ser una belleza de lugar. —Que no te quepa la menor duda. Cuando quieras, serás muy bien

recibido.

—Mmm, pues te aseguro que voy a aceptar la oferta que me acabas de ofrecer. Pero antes, permíteme que ate unas cosas en la empresa, ¿de acuerdo?

Asentí.

— ¿Vas a ir a Málaga para que esta camarera te sirva una hamburguesa?

—ironizó Cassandra.

Inspiré hondo y me clavé las uñas en las palmas. Lo que pretendía ser una

velada perfecta en pareja se estaba convirtiendo en una auténtica pesadilla para mí, y Bruce era incapaz de hacer nada al respecto, ni siquiera dar la cara por mí.

—¿Qué pasa, Cassandra? ¿No te gustan las hamburguesas? ¿Acaso eres más de... perritos calientes?

—¡Raquel! —vociferó Bruce.

—¿Qué pasa? —Alcé la voz—. ¿Tengo que dejar que esta guarra me insulte y que tú te quedes ahí sin hacer nada?

Me miró con sorpresa.

Y yo lo observé con determinación, sin apartar mi mirada felina de sus preciosos e iridiscentes ojos verdes.

—Voy a salir al jardín a fumar un cigarrillo —comentó Josh para destensar la situación, levantándose rápidamente de la silla—. Raquel, ¿has visto el jardín? Te aseguro que es impresionante. ¿Me acompañas?

—Sí. —Me puse en pie, cogí mi copa de champán y me la bebí de un sorbo—. Será lo mejor.

—Raquel...

—No me toques —le exigí a Bruce, mirándolo con desafío cuando trató de agarrarme del codo para retenerme.

—¡Joder, has estado mal hace un rato!

Cogí la botella de champán que aún no habíamos empezado, la descorché con maestría y me llené la copa hasta el borde. Luego le di un sorbito para que no se desperdiciara ni una gota de espumoso y me agarré al brazo de Josh.

Cuando llegamos a la puerta que conectaba el comedor con el jardín, me giré para observar a Bruce. Nuestras miradas se cruzaron durante unos segundos, los suficientes como para darme cuenta de que sus ojos se habían oscurecido ligeramente.

Despreocupada, al menos es lo que intenté aparentar, me humedecí los labios con provocación, alcé mi copa y entoné un silencioso brindis.

Ya en el jardín, nos dirigimos en silencio hasta una celosía de hormigón engalanada con rosas blancas.

—¿Todo bien? —me preguntó Josh al cabo de un par de minutos mientras encendía un cigarrillo.

Lo observé con atención.

La luz de la luna hizo que su piel brillara y en sus ojos aparecieran ciertas tonalidades de azul que no había visto en toda la noche.

Poco a poco, sin ningún pudor, fui recorriendo su cuerpo. Su cuello, largo

como el de un cisne, se fundía con el pectoral de piel bronceada que se intuía a través de la delicada tela blanca de su camisa. Sus brazos, anchos y musculosos, se marcaban a la perfección bajo las mangas de color negro de su traje sastre. Su grácil caminar hacía que su trasero se apretara bajo el pantalón y que sus gemelos se tensaran sobre sus pies, en los que unos zapatos de charol refulgían como dos diamantes.

Josh era la viva imagen de la elegancia, un seductor nato y, tal vez, un buen amante. A pesar de ello y de su aparente interés hacia mí, al instante supe que entre él y yo nunca podría existir nada más que amistad.

—¿Quieres un pitillo?

—No —respondí, soltando la copa sobre el banco para envolverme en mi propio abrazo. Un escalofrío acababa de recorrerme la espalda, erizándome la piel a su paso.

Al verme, Josh se quitó su americana y la depositó sobre mis hombros. Rápidamente mi cuerpo recuperó algo de temperatura.

—Están a punto de servir el segundo plato —comentó Bruce con su voz imponente.

Di un respingo. No me lo esperaba. ¿Por qué se había acercado con tanto sigilo?

—Josh, si eres tan amable —prosiguió—, ¿nos podrías dejar a solas? Quiero hablar con Raquel un momento.

—Claro. Habrá que probar esa delicatesen que habéis pedido, ¿no?

—¡Josh!

Se detuvo en seco y giró unos grados la cabeza para mirarme fijamente a los ojos.

—¿Sí?

—Tu chaqueta.

—Quédatela. —Me guiñó un ojo con picardía—. Está empezando a refrescar. En cuanto nos quedamos a solas, me enfrenté a Bruce.

—¿De qué quieres hablar?

—¿Se puede saber qué te pasa?

Frunció el ceño, ajustando la posición de los párpados, y dio un paso al frente.

—¿A mí?

—No veo a nadie más por aquí.

—No sé por qué me haces esa pregunta —respondí retrocediendo hasta que mi trasero tocó la balastrada de hormigón.

—Muñeca, eres muy importante para mí.

—Ahí dentro he sentido lo contrario.

—Lo eres todo para mí. —Cerré los ojos. Me negaba a creer que aquello fuera cierto—. Por favor, Raquel, tienes que creerme. Tú eres mi chica del lunar.

Escuchar aquello hizo que mi cuerpo se estremeciera de nuevo. Deseaba lanzarme sobre él y besarle hasta enloquecer, pero...

«Raquel, ni se te ocurra. No seas tonta.»

Decidí hacer caso a mi bruja interior.

—No hace falta que me des explicaciones. Hace unos minutos has dejado bien claro que yo no soy importante para ti.

—Eso no es verdad.

—Sí, lo es. Solo soy tu...

—Tú eres mi chica del lunar —me interrumpió con rabia.

—¡No! —grité—. Solo soy tu acompañante. Nada más.

Traté de alejarme, pero él no me lo permitió. La piel del brazo me hirvió cuando me sujetó del codo.

—Raquel...

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando me envolvió entre sus brazos para que nuestros cuerpos se fundieran en uno solo.

—Suéltame.

—Recuerda una cosa, pequeña. —Inspiré hondo y su perfume se coló a través mis fosas nasales—. Tu cuerpo es mío, tus labios son míos, tu lunar es mío... Cada centímetro de tu piel es mío.

Sus palabras fueron la gota que colmó el vaso. Lo empujé con fuerza.

—¡Perdona, bonito, pero no! Mi lunar, mis labios y mi cuerpo son míos. Yo soy su dueña. Solo a mí me pertenecen.

Pero ¿qué se creía Bruce?

Yo no me había alejado de Adán para que ahora viniese Bruce a imponerme cómo debía ser, vivir y/o actuar. Por ahí sí que no iba a pasar.

Cuando accedí otra vez al interior del restaurante y me acerqué a la mesa, Josh se puso en pie y, con una amplia sonrisa, me colocó la silla para que me sentara.

Bruce entró poco después... Enfadado, por supuesto.

Todos permanecemos en silencio hasta que Josh trató de romper el hielo.

—Hermanita, ¿qué has pedido de segundo?

—¿Te importa?

—Mmm, sí.

—Puedes ir a comer una hamburguesa si lo prefieres —le atacó.

Aquella mujer me estaba calentando más que el brasero de las vendedoras de castañas. De un momento a otro iba a explotar.

—Kassandra, antes dijiste que habías venido para darle una noticia a tu madre

—comentó Bruce para suavizar un poco la situación al ver cómo las chispas saltaban de mis ojos como sables láser.

—Sí, cuéntale la noticia —sugirió Josh mientras le daba un trago a su bebida. Kassandra miró a su hermano con desprecio, como si quisiera fulminarlo con sus impresionantes ojos azules.

—Pero ¿es buena o mala? —La voz de Bruce sonó preocupada.

—Para Kassandra es muy buena. ¿Verdad, hermanita?

—¡Te quieres callar de una maldita vez!

Reí por lo bajini. Josh, con todas las copas que había tomado, era más peligroso que una bomba de relojería a punto de estallar.

—Hermanita, das muchos rodeos para... —dibujó unas comillas en el aire—, para dar la noticia.

Kassandra rodó los ojos hacia atrás e hizo un mohín reprobado con la boca.

Luego dijo:

—La noticia es que me caso.

A Bruce, que acababa de pinchar una porción de *carpaccio* de bacalao, se le resbaló el tenedor de la mano. Al caer sobre el plato, unas gotitas de la vinagreta de Módena impactaron de lleno en su camisa, a la altura del pectoral izquierdo.

—Enhorabuena —dije entre dientes, observando de reojo cómo mi Dios del sexo, que había adquirido la categoría de demonio, trataba de eliminar las manchas de su camisa con la servilleta.

Kassandra me escrutó de mala gana y desvió la mirada en cuanto Bruce comenzó a hablar.

—Enhorabuena. ¿Quién es el afortunado?

—Afortunado o desgraciado, según se vea —se burló Josh.

Comencé a reír cuando aprecié la cara de asco que puso.

El karma me castigó, haciendo que la vinagreta se colara por donde no debía.

Comencé a toser.

—Es Daniel —afirmó Kassandra mientras su hermano me daba unas palmaditas en la espalda y Bruce, que no había dejado de morderse el labio con sensualidad, frotaba insistentemente las manchas de su camisa.

Cuando dejé de toser, mi bruja interior me instigó a meter el dedo en la llaga.

—Oye, Bruce —carraspeé—. ¿Daniel no el tipo que se tiró a Cassandra en tu cama?

Su mirada se ensombreció de repente y sus hombros se pusieron en tensión. Definitivamente, mi comentario había estado fuera de lugar, aunque he de reconocer que me sentí satisfecha de haberlo soltado.

—Enhorabuena, Cassandra. —Envaró un poco más la espalda—. Me alegro por los dos.

—¡Pobre Daniel! —exclamó Josh, avivando un poco más el fuego—. Debe tener mucho cuidado con la cartera.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté.

—El día que se le acabe el dinero, cosa que ocurrirá, te aseguro que mi hermana le dará una patada en el culo y lo pondrá de patitas en la calle.

—En esta vida no todo es el dinero, ¿no crees?

—Mi hermana no piensa igual que tú, Raquel.

—Yo jamás podré depender de nadie económicamente.

—Es verdad —se carcajeó Cassandra—. Tú trabajas en un restaurante de comida rápida para ganarte el pan.

—Y a mucha honra. Prefiero trabajar en una hamburguesería o limpiar escaleras a ser una mantenida como tú.

La mirada que me lanzó hizo que mi cuerpo se estremeciera y mi corazón palpitará con fuerza en mi pecho.

—Bruce, ¿cómo has podido traer a una persona tan vulgar a este restaurante? No te reconozco.

Me harté.

Me cansé de aguantar, de mantener aquella conversación tan absurda y de que Bruce no me defendiera. ¿Por qué no era capaz de frenarla?

—Dime una cosa, mona. ¿Por qué soy vulgar? ¿Porque no me callo y digo lo que pienso? ¿Es por eso? Pues para que te enteres, prefiero no tener un puto céntimo en la cabeza y mantener la dignidad a comprarme bragas de oro de dieciocho quilates y no tener la decencia de mirar a otros por igual. He conocido a personas maleducadas en mi vida. De todas ellas, tú eres la reina, guapa.

Bruce entrelazó sus dedos con los míos para tranquilizarme, pero yo aparté mi mano con rapidez. No deseaba que entre los dos existiera el más mínimo contacto. Estaba saliendo mi lado oscuro, ese que él aún no conocía.

Ignorándolo, inspiré hondo, me giré en la silla y levanté el brazo para que Bruno se acercara a la mesa.

—Dígame, señorita. ¿Le falta algo?

—¿Sería usted tan amable de traerme una cerveza, por favor?

—¿Rubia, negra, de importación...?

—¿*Heineken*?

—También.

—En ese caso, sírvame una bien fría. La copa se la puede ahorrar.

— Le guiñé un ojo—. No me va a hacer falta.

—Bruno, traiga otra para mí —solicitó Josh, asombrado por mi reacción.

La rapidez del camarero me sorprendió. Medio minuto después, ya teníamos dos botellines de cerveza sobre la mesa.

—¡Por lo vulgar! —exclamé, entrechocando el vidrio verdoso de mi botella con la que Josh mantenía a media altura, entre la mesa y sus labios.

Abrumada, Kassandra se acercó ligeramente a Bruce para cuestionarle:

—¿Dónde has conocido a semejante... —me miró con recelo— persona?

—Perdona, guapa. Semejante persona tiene nombre y, por cierto, muy bonito. Raquel. Sí, sí, me llamo Raquel. —Golpeé la mesa con el culo del botellín—. ¡Anda, Bruce, dile dónde nos conocimos!

—En su trabajo.

Kassandra abrió los ojos de par en par.

—¿En la hamburguesería?

—Ojo, en la mejor hamburguesería de Málaga. En el local donde trabajan las chicas más guapas y simpáticas de toda la tierra, y donde se comen unas hamburguesas de buey de lujo. Por cierto, Josh, ¿te he dicho cómo se llama la hamburguesería? —Él negó con la cabeza mientras le daba otro sorbo a su cerveza—. Se llama JR DALLAS. Vamos, hagamos otro brindis por las chicas que trabajan allí, mis *Chirusas*.

Bruce y Kassandra se mantuvieron en silencio mientras Josh y yo brindábamos por mis amigas.

—Ufff —resopló Kassandra al cabo de unos segundos—. Menos mal que esta mujer no es tu novia, porque...

—¡No, tranquila! —exclamé haciendo énfasis en la negativa—. Solo somos... ¿cómo dijiste? Ah, sí, soy tu acompañante, aunque de vez en cuando nos acostamos juntos y follamos como animales. —Le di un sorbo a la

cerveza ante la atenta mirada de todos—. Ah, por cierto, se me olvidaba... también conozco a sus padres, Cassandra. Manuela y Alexander son encantadores.

Como solemos decir en Málaga, la dejé con la cara *partía*. Estaba pensando en ello cuando, de repente, las luces del restaurante bajaron su intensidad y las cortinas que ocultaban un pequeño escenario se abrieron. Un cuarteto de músicos comenzó a entonar la melodía de *I'm not made of Steel*¹.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal.

Emocionada, observé con atención entre las sombras y me concentré en el foco que comenzaba a alumbrar la parte central del escenario. Mi corazón comenzó a latir frenéticamente cuando Michael Bolton hizo su aparición.

¿Era aquello un sueño?

No, todo resultaba muy real. A Cassandra no se la habían llevado los extraterrestres. Bruce no dejaba de mirarle el escote. Josh seguía bebiendo sin parar. Y, por si fuera poco, el malestar de estómago y la sensación de derrota que se había instalado sobre mis hombros después de ver cómo Bruce no dejaba de coquetear con aquella arpía no había desaparecido. «¡Dios mío —exclamó mi vocecita interior—, qué guapo es Michael Bolton! Las *Chirusas* se van a volver loca cuando les cuente que lo he visto otra vez.»

Acompañé a Michael Bolton, interpretando a mi manera la letra de la siguiente estrofa:

*With all the lessons of my learning
And the strength that I possess
Still there are mountains I wish I was moving
That take much more than my best*

Disfruté de lo lindo cuando la canción llegó al estribillo y Michael

¹ *I'm not made of Steel* (Yo no estoy hecho de acero). © Sony/ATV Music Publishing LLC, Universal Music Publishing Group, Realsongs.

Bolton repitió un par de veces la frase que da título a su canción: *I'm not made of Steel*.

Fruncí el ceño, entorné los párpados y observé a Bruce con intensidad mientras mis labios repetían una y otra vez que yo no estoy hecha de acero.

Durante un par de segundos, tres a lo sumo, Bruce me miró con ternura y con deseo. En ese momento, esboqué una tímida sonrisa y me relajé un poco, al menos hasta que percibí cómo Cassandra le acariciaba el muslo, acercándose peligrosamente a su entrepierna.

¿De qué iba todo aquello?

¿Por qué Bruce no reaccionaba y la mandaba a freír puñetas? Mi bruja interior me exigió que saltase sobre la presa para arrancarle

las extensiones a Cassandra, pero no lo hice.

—¿Te gusta esta canción? —curioseó Josh, envolviéndome la mano con la suya para serenarme.

—A Raquel le encanta la música de Michael Bolton.

Bruce se adelantó y respondió por mí, lo que hizo que yo le lanzara una mirada incendiaria.

—Me fascina —admití entre dientes, con la respiración agitada—. Hace meses tuve la oportunidad de verlo en un concierto acústico que dio en Madrid y...

—Allí fue donde nos vimos por segunda vez. ¿Lo recuerdas?

—inquirió Bruce.

—Claro —respondí muy seria—. Para mí fue una noche inolvidable. —¿Fue por el concierto o por la compañía? —me preguntó Josh, guiñándome un ojo con suspicacia.

Kassandra se puso blanca como la leche.

—Fue por el concierto, por la compañía... —Desvié la mirada para observar la reacción de Bruce—. ¡Por todo en general!

Mis pies no dejaron de moverse al son de la música en toda la noche, a pesar de mi desánimo. Cada vez que el bajista punteaba las cuerdas de su guitarra, mis hombros se movían delicadamente de izquierda a derecha, como si las ondas musicales estuvieran meciéndolos.

Estaba extasiada: de rabia y de felicidad al mismo tiempo. Bruce parecía idiotizado por los magnéticos ojos azules de Cassandra y las caricias que, peligrosamente, tropezaban de vez en cuando con su abultada entrepierna.

Pero recordé que ya me había llamado vulgar por hablar con sinceridad y no quería darle más motivos para que su lengua de víbora volviese a la carga. No al menos en un momento tan emotivo como este, con Michael Bolton delante. Solo faltaba que él viese mi bruja interior. Madre mía.

Media hora más tarde, Michael Bolton comunicó que iba a hacer un pequeño descanso para aclararse la voz. Fue en ese momento cuando aproveché para ir al servicio y, de paso, pedir que llevaran a mi mesa un vodka con naranja y canela. Necesitaba algo fuerte para sobrellevar lo que quedaba de noche.

Cuando regresé a la mesa, mi copa ya estaba allí y junto a ella, Bruce con cara de pocos amigos.

—¿No has bebido demasiado? —Su voz ruda tronó en mis oídos. Cansada de su comportamiento, me acerqué hasta rozar mis labios con los suyos, pero sin llegar a besarlos a pesar de que me moría de ganas de hacerlo, y le dije:

—Yo no te digo lo que tienes que hacer, así que no me jodas, guapo. Miré de reojo a Cassandra. En sus ojos se reflejaba la rabia. Fue en ese momento cuando, y para incendiarla un poco más, rocé

los labios de Bruce y empecé a cantar al son de *Said I love you...but I lied*². ¡Para qué mentir! Aquella canción me había dejado muy buenos recuerdos que aún perduran en mi mente.

Said I love you... but I lied sonaba de fondo cuando Bruce y yo hicimos el amor por primera vez en uno de los reservados de la discoteca *Amnesia* de Madrid.

¡Dios, me folló fuerte!

Sin darme apenas cuenta, me atrapó entre sus brazos, me abrió las piernas y me sentó sobre sus rodillas, apretándome con fuerza contra su

² *Said I love you... but I lied* (Dije que te amo... pero mentí). © Sony/ATV Music Publishing LLC, Universal Music Publishing Group.

erección, mientras me besaba el cuello con provocación. Mis pezones no tardaron en endurecerse como rocas graníticas cuando sus dedos comenzaron a acariciar la cara interna de mis muslos. Me tentó como ningún hombre lo ha hecho jamás mientras sus besos iban extendiéndose poco a poco por mi cuello, por mis hombros, por mis senos...

A partir de ese momento, el amor, el morbo y el sexo se convirtieron en los ingredientes más importantes de nuestra relación.

Mis lágrimas amenazaron con salir de mis ojos cuando mi mente comenzó a recrearse en todos y cada uno de los momentos que habíamos pasado juntos hasta la fecha.

Desvié la mirada hacia el escenario, con el fin de que ni Bruce ni Cassandra percibieran la angustia que se había apoderado de mis ojos, y me bebí el vodka con naranja de un trago.

—Otro, por favor —le solicité a Bruno, que se encontraba a escasos pasos de distancia de nuestra mesa, mientras Michael Bolton, con su sonrisa *Profident*, se dirigía al público allí congregado para anunciar que iba a dar un concierto meses después en el *Starlite* de Marbella, uno de los festivales boutique más importantes de Europa.

Bruce me miró asombrado. Por lo visto, aún no conocía realmente al potro desbocado con el que se había acostado un centenar de veces.

«Raquel, algún día llegará un hombre que sepa domar a ese potro desbocado que tienes dentro», solía decirme mi padre. Afortunadamente, aún nadie lo ha conseguido, ni siquiera Bruce.

Cogí mi copa y la alcé para hacer un brindis.

—¡Por ti, papá!» —musité cuando empezaron a sonar los arreglos de *When I'm Back On My Feet Again*³

No pude resistirme y me levanté con rapidez sin que a Bruce le diera tiempo de evitar que me alejara de él.

Me acerqué hasta un grupo de chicas que estaban colocadas estratégicamente frente al escenario. Poco a poco, fui abriéndome paso hasta que me pude colocar en primera fila.

³ *When I'm Back On My Feet Again* (Vuelvo a ponerme de pie nuevamente). © Universal Music Publishing Group, Realsongs.

Canté y bailé con todas mis fuerzas.

La piel se me erizó cuando, al mirar hacia atrás, encontré a Bruce en la barra. Tenía una copa en una mano y el móvil en la otra.

Comencé a hacer movimientos seductores con las caderas y sus ojos ardieron. No fueron los únicos.

Supe enseguida por la tensión de su mentón que lo estaba pasando mal. Los

hombres que estaban a mi alrededor no me quitaban los ojos de encima, pero no me importó. Seguí mirándole y bailando, seduciéndolo con cada uno de mis movimientos. Ese era mi momento.

Su mandíbula se puso tensa cuando unas manos anchas se posaron en mi cintura, haciéndome dar un respingo.

Asustada, me di la vuelta con rapidez y me encontré con el rostro feliz y achispado de Josh.

—¡Chica, me está dando envidia ver cómo disfrutas! Mi hermana es una aburrida.

Con una gran sonrisa, cogí su mano y la alcé moviéndola de un lado al otro, al son de la música.

En aquel momento, Michael y Josh era los únicos que me podían ayudar a olvidar a Bruce.



Cuando terminó el *medley*⁴, Josh y yo nos dirigimos a la mesa cogidos del brazo. Justo cuando íbamos a alcanzarla, una mano grande, fuerte y suave me cogió la mano izquierda, obligándome a detenerme en seco. Sorprendida, giré sobre mis tacones y me encontré a Bruce. Sus ojos verdes estaban sombríos y su mentón excesivamente tenso.

—Josh, ¿nos puedes dejar solos? —Le acaricié el hombro y él asintió.

⁴ *Medley*: Serie de canciones, o parte de ellas, mezcladas de modo armónico en una sola interpretación larga. Acrónimo de la lengua inglesa, que en español significa «popurrí».

Cuando se alejó, me enfrenté a Bruce en un tono en el que vibró una especie de escalofriante musicalidad—. ¿Qué quieres?

—A ti.

—Ja, no me hagas reír, por favor —solté, dedicándole una mueca sardónica.

—Hablo en serio. —Me mostró el móvil. Me había grabado cuando cantaba y bailaba como una loca. La niña del exorcista se quedaba corta a mi lado—.

Quiero recuperar a esta mujer.

—Lo veo muy complicado.

—Raquel... —Rodé los ojos hacia atrás—. Eres viva, alegre, deslenguada,

soberbia, descarada... La mujer más bonita que hay sobre la faz de la tierra.

—No tengo nada bonito —le interrumpí.

—Brillas con luz propia y eso me gusta. —Me acarició el mentón con el dorso de la mano—. Te quiero tal como eres. Eres mi chica del lunar. Eres todo lo que necesito tener a mi lado. A ti, a nadie más.

Me recorrió un escalofrío por la espalda.

—Esta noche me has hecho sufrir. Me he sentido como una cualquiera. No has dado la cara por mí ni un solo momento. Sé perfectamente que Cassandra te ha hechizado otra vez, así que...

Bruce dio un paso al frente y me miró fijamente a los ojos.

—Raquel, estoy... estoy hechizado por ti, por tus labios, por tus ojos, por tu precioso y pequeño cuerpo... Tu... —tragó saliva antes de continuar— tu estrechez me vuelve loco, mi chica del lunar.

«Lánzate a su cuello —me exigió mi bruja interior—. Arrástralo hasta el cuarto de baño y disfruta de su cuerpo como solo tú sabes hacer.»

«Bruce se merece un buen castigo —afirmó la parte racional de mi mente—. No caigas otra vez en sus redes.»

«Cae. ¡Cae! Deja que te seduzca. Este hombre es el único que te puede llevar al séptimo cielo —alegó nuevamente esa brujita despiadada que siempre me llevaba por el camino de la perdición—. ¡No hay nada que no puedas arreglar con el sexo!»

Empecé a temblar.

—¡Yo no soy Cassandra! —vociferé propinándole un empujón—. ¿De qué vas, Bruce? Hace años que dejé de chuparme el dedo, joder.

Traté de alejarme de él, pero no fui capaz. Sus manos se acoplaron con fuerza a mi cintura, impidiéndome realizar cualquier tipo de movimiento.

—Tenemos que hablar —susurró.

—Yo no tengo nada que hablar contigo. No necesito tus explicaciones.

—Sin embargo, yo quiero que...

—Lo que tú quieras o no —volví a interrumpirle, cruzándome de brazos para imponer un poco de distancia entre ambos—, ya no es mi problema.

—Aun así, me vas a escuchar.



— Señor Smith, su reservado está listo.

Abrí los ojos de par en par.

¿Qué reservado?

¿Había preparado Bruce un encuentro privado con Michael Bolton? Saqué el móvil del bolso para comprobar que tenía batería. Estaba a

tope, no lo había usado en toda la noche, así que me iba a poder echar un centenar de fotos con mi ídolo musical.

«Por fin va a ocurrir algo bueno esta noche —pensé—. Michael Bolton, prepárate porque no te voy a dejar escapar.»

—Muchas gracias, Bruno. —Bruce se puso en pie—. Ahora vamos.

Kassandra cogió su bolso y se atusó la melena.

—¿Vamos? —Parecía ansiosa, tanto o más que yo.

Cruzamos el comedor y recorrimos un extenso pasillo, siguiendo los pasos de Bruno. Cuando llegamos al final, unas tupidas cortinas de terciopelo negro nos cortaron el paso.

—Hemos llegado —afirmó el camarero descorriendo el cortinaje.

Una luz de color rojo me hizo cerrar los ojos durante unos instantes.

—¡Hola, Bruce, querido! —exclamó una mujer de mediana edad, no más alta que yo, abrazándolo maternalmente—. ¿Cuánto tiempo llevas sin venir por aquí?

—He estado algo ocupado —confirmó él, mirándome de soslayo—. ¿Qué tal se presenta la noche?

Escuché y observé con atención, sin entender nada. ¿Dónde estaba Michael Bolton?

Kassandra, que se encontraba a la izquierda de Bruce, saludó con alegría a aquella mujer, pero esta ni se inmutó. Sin embargo, cuando vio a Josh, esbozó una amplia sonrisa y, propinándole un par de besos en las mejillas, exclamó:

—¡Hombre, Josh! ¿Qué haces tú por aquí? Creo que anoche estuviste por aquí y te lo pasaste muy bien, ¿no?

De pronto, aquella mujer de rostro inmaculado se acercó a mí y me cogió las manos con delicadeza.

—Ella es... —comenzó a decir Bruce.

—Soy Raquel —le corté.

—Encantada, yo soy Estela, la dueña de este sitio de diversión. —Hizo un gesto con la mano para abarcar todo el lugar—. Eres muy bonita, Raquel,

espero que lo pases bien y que todo sea de tu agrado.

En cuanto se dio media vuelta, agarré el brazo de Josh y musité:

—¡Qué simpática es!

—Cierto, Estela es muy agradable. —Me guiñó un ojo con picardía y se mordió el labio inferior—. Este tipo de locales necesita que el personal sea simpático y, sobre todo, que tenga don de palabra.

¿Este tipo de locales?!

Abrí los ojos de par en par.

¿Dónde me había metido Bruce?

Algo en mi interior me dijo que no iba a conocer personalmente a Michael Bolton.

Recorrimos otro pasillo, algo más corto que el anterior, siguiendo los pasos de Estela, que bamboleaba las caderas de forma cadenciosa mientras sus tacones repiqueteaban en el suelo de mármol pulido.

Otro cortinaje de color verde nos interrumpió el paso. Esta vez fue Bruce el que lo abrió, mostrándome un cuadro espectacular. Varias parejas compartían estaban desnudas sobre un gran sofá en actitud cariñosa. Otras, estaban de pie junto a una pequeña barra y, las más atrevidas, sobre una cama redonda, tras un enrejado.

Aquella no era la primera vez que iba a un local de intercambio. De hecho, en más de una ocasión había compartido con desconocidos, en un local exclusivo de Nueva York. Sin embargo, aquella no era la noche más adecuada para dejarse llevar por la necesidad más impúdica. Follar era lo que menos me apetecía en ese momento, sobre todo, después de la noche de perros que me había regalado el que, y hasta hacía unas horas, había sido mi dios del Olimpo: Bruce.

Intranquila, miré en derredor y seguí los pasos de Josh. Bruce y Cassandra se habían sentado en el sofá, en una zona escasamente iluminada, y acababan de pedir unas copas al camarero que se paseaba por la sala como Dios le trajo al mundo. Salvo la pajarita y los tatuajes que decoraban su espalda, no había nada más que cubriera sus poderosos músculos trabajados a fuerza de pasar horas en el gimnasio.

Dos chicas muy sexis, altas, delgadas y con grandes tetas operadas surgieron de entre las sombras.

Una de ellas envolvió el cuello de Bruce con una gasa de color turquesa y le besó en la frente, dejándole el perfil de sus labios rojos marcados sobre la piel, antes de comenzar a hacer malabarismos con el cuerpo en torno a una

barra de *pole dance*. Su compañera, tanto o más flexible que ella, se había abierto de piernas y se balanceaba provocativamente en un columpio que pendía del techo.

Kassandra comenzó a acariciar nuevamente la entrepierna de Bruce, que se abultaba peligrosamente bajo el pantalón sastre de su traje. Excitado, echó la cabeza hacia atrás e inspiró hondo. Al instante sus pulmones se vaciaron por completo y su rostro se relajó.

—¿Has hecho *pole dance* alguna vez? —inquirió Josh, acercándose cariñosamente a mi oreja. Negué con la cabeza y le di un sorbo a mi copa—. ¿Te gustaría probar?

—No lo sé.

—¿Y si solo estuviera yo?

—Mmm, tendría que pensármelo —dije, alzando ligeramente la voz para llamar la atención de Bruce, que acababa de acomodarse un poco más en el sofá.

—¿Todo bien? —me preguntó con la respiración agitada.

—Por supuesto —respondí con vehemencia—. El hermano de tu querida puta me acaba de preguntar si me gustaría desnudarme para él y yo le he contestado que sí.

Bruce detuvo la incursión que Kassandra estaba haciendo en su entrepierna y se levantó de un brinco para enfrentarse a Josh.

—Te lo advertí —espetó entre dientes, agarrándolo con fuerza de la pechera—. No se te ocurra tocarla, ¿entendido?

Su actitud me asustó y me excitó al mismo tiempo.

—Joder, tío, no me toques los cojones. ¡¿Qué quieres que entienda?! Llevas toda la noche ignorando a tu mujer, la zorra de mi hermana no para apostillarla y tú no haces nada por defenderla. Solo un cabrón como tú es capaz de permitir algo así.

—Te voy a partir la boca como no te calles.

Kassandra, que acababa de ponerse en pie y situarse a la izquierda de Bruce, añadió:

—Josh, eres un imbécil y un inmaduro.

—Yo también te quiero, hermanita.

—Ya entiendo por qué Patricia te ha abandonado como a un perro.

—¡Vete a la mierda!

—Lo que nunca podré aceptar es que papá te haya dejado al frente de la empresa familiar —le atacó—. Ya me lo decía Patricia. Tu hermano no sirve

para nada, salvo para ser el amor de mi vida.

—¡Cállate, joder! Tú jamás has sabido lo que significa la palabra amor. A ti siempre te han interesado los hombres con dinero y con una buena bragueta. Te encanta chupar pollas a cambio de dinero.

Kassandra levantó la mano para golpear a su hermano, pero Bruce la frenó.

—¡Suéltame! Pienso arrancarle los ojos como...

—No merece la pena —le indicó Bruce.

—A ti también te tirará como un perro cuando termine de desplumarte

—afirmó Josh en un arrebato de ira—. Me alegraré cuando eso ocurra, Bruce.

—Chicos, chicos, ¡chicos! ¿Qué pasa? —La voz de Estela les hizo separarse—. ¿Qué es este jaleo? Estamos en un local público. Aquí se viene a disfrutar del alcohol, de un buen espectáculo e incluso a follar, no para ver cómo dos tipos como vosotros se lían a golpes. Estáis asustando a mi clientela.

Josh se pasó las manos por la cara y después por el pelo. Luego dijo:

—Lo siento mucho, Estela. No volverá a ocurrir.

Bruce no fue capaz de disculparse.

—Espero que os comportéis. De lo contrario, me veré en la obligación de echar a dos de mis mejores clientes y reservarme el derecho de admisión para el futuro.

Bruce, que tenía la mirada perdida en el horizonte, se sentó en el sofá. Josh, en cambio, dio un trago a su copa, encendió un cigarrillo, descorrió el pesado cortinaje y comenzó a recorrer el pasillo que nos había llevado hasta allí.

—Voy a salir unos minutos —me disculpé—. Necesito tomar un poco de aire.

—¿Te vas con él? —bramó Bruce.

Me detuve en seco y le advertí fuera de mí:

—Él va a fumar y yo a tomar el aire, nada más. Tú llevas toda la noche con tu amiga Kassandra y yo no he dicho nada, aunque tendría motivos más que suficientes para cortarte los huevos y comérmelos para desayunar.

Su cara palideció y sus ojos perdieron esa chispa que tienen habitualmente.

Cuando logré encontrar la salida, crucé el restaurante, bajo la atenta mirada de Bruno y los allí congregados.

La respiración se me cortó cuando llegué al jardín. Josh estaba hablando con un hombre que me resultó muy familiar. Demasiado, diría yo.

Intenté regresar sobre mis pasos, adentrarme nuevamente en el comedor, pero el sonido de mis tacones al golpear las piedras de la escalinata llamó. Ya no tenía escapatoria.

—¡Raquel! —me llamó.

El hombre que lo acompañaba frunció el ceño y repitió interrogante:

—¿Raquel?

—¿Ángel?

—El mismo.

Su voz ronca y sexi, su olor y su mirada me subyugaron al instante. Mi vagina se contrajo cuando a mi mente retornaron los recuerdos del día que Bruce y yo hicimos un trío con él. Pequeñas granadas de perversión explotaron en cada poro de mi piel, haciendo que mi mente viajara hasta aquella cama redonda cubierta con sábanas rojas de satén donde Bruce fue directo a mi clítoris, manejándolo con brutalidad, mientras Ángel me besaba los pezones con ansiedad.

Aquel día gemí, me retorcí y exigí más, mucho más, mientras mi centro del deseo se volvía a emparar para Bruce.

El pene de Ángel fue el que acalló mis gemidos cuando lo hundió en mi boca hasta que el glande consiguió besarme la úvula. Sentirme poseída por dos hombres me volvió loca. Embestida tras embestida, Bruce me dio placer mientras Ángel se desmadejaba y rugía como un oso a la espera de su premio.

—Me... me alegro de verte —tartamudeé avergonzada.

—¿Cómo estás, cielo?

Su apelativo cariñoso me puso la piel de gallina.

—Raquel, me llamo Raquel —recalqué.

—Tienes toda la razón, perdona mi atrevimiento.

—Tranquilo, no pasa nada.

Ángel asintió con la cabeza y alternó la mirada entre Josh y yo.

—¿Habéis venido los dos solos?

—No, estamos con Bruce y Kassandra.

—¿¿Qué?! —Abrió los ojos de par en par—. ¿Os habéis vuelto locos? ¿Cómo se os ha ocurrido dejar a... esa y a Bruce solos? Josh, no te lo tomes a mal, pero tu hermana es...

—Una jodida hija de puta, lo sé. Desde que hemos llegado al restaurante, no ha dejado de fastidiarle a esta pobre mujer.

Ángel me miró fijamente; yo fruncí los labios y me encogí de hombros. Josh había dado en el clavo.

—Se supone que esta noche iba a ser para él y para mí —mi voz vibró de rabia—, pero...

—Caminemos —sugirió Josh, dejándome con la palabra en la boca—.

Necesitas que te dé el aire.

Si Bruce me hubiera visto en ese momento, le habría dado un soponcio. Yo, Raquel Ramírez, estaba a escasos centímetros de distancia de dos machos alfa, a cada cual más guapo. A pesar de ello, yo solo deseaba la presencia de uno en mi vida.

Bruce...

Aunque no a cualquier precio.

Aquella noche iba a hacer mella en nuestra relación. De hecho, mientras Josh y Ángel trataban de distraerme con su conversación, medité muy mucho si la unión que había existido entre Bruce y yo se había extinguido ya. Cassandra llevaba horas haciéndome la vida imposible y el hombre que se suponía que tendría que haber dado la cara por mí no lo había hecho.

El frío nocturno hizo que me estremeciera. Aun así, me vino bien disfrutar del frescor de la noche. Llevaba horas cabreada, sintiendo cómo el fuego burbujeaba en mis venas, por lo que recibir el abrazo de la humedad nocturna me alivió considerablemente.

Caminaba tranquilamente entre Josh y Ángel, percibiendo cómo mi corazón se aceleraba cada vez que alguno de los dos se acercaba un poco más a mí, cuando un camero se acercó a nosotros para ofrecernos una copa de champán. Di un sorbo a una copa.

Las burbujas jugaron en mi garganta cuando inspiré hondo y mis fosas nasales se llenaron del aroma a rosas y a mar que perfumaba el jardín. .

Aquellos olores me recordaron a mi Málaga, donde cada mañana, casi al alba, me ponía un pantalón de chándal, una camiseta y unas zapatillas deportivas y salía a caminar por el paseo marítimo.

De repente, sin saber por qué, me vino de nuevo a la cabeza la idea de que podía estar embarazada. En un acto reflejo, lancé el champán al césped y toqué la tripa.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Ángel al ver mi reacción. —Ehm..., sí.

—Pues no lo parece —apuntó Josh sujetándome del brazo—. Sé que mi hermana se ha comportado fatal esta noche.

—Eso es agua pasada.

Josh pareció indignarse con mi respuesta.

—Si tú fueras mi novia, yo...

—Pero no lo soy —le interrumpí. No quería volver a tener que dejarle las cosas claras—. En realidad, no soy la pareja de nadie.

—No digas eso, mujer, seguro que Bruce y tú lo podéis arreglar —Ángel

intentó ver el lado positivo a las cosas, a pesar de mi negatividad. Por lo visto, Josh ya le había contado algo de lo ocurrido.

—Esta noche no, estoy demasiado cansada como para solucionar nada. Crucé el jardín con paso decidido, quería volver a casa. La noche había terminado para mí.

Definitivamente.

Recorrí el comedor con paso decidido y me adentré en el pasillo de la perdición, ese que habíamos recorrido minutos antes.

Mi copa vacía cayó al suelo, haciendo que el cristal estallase y se proyectase hacia el interior de la sala cuando vi a Bruce con el pene erecto entre los labios de Cassandra.

La muy zorra se había salido con la suya y estaba dando un espectáculo sin parangón.

—Raquel, cariño, no es lo que piensas. —Bruce introdujo como pudo aquella pieza rígida, dura e inflamada que crecía entre sus piernas en el interior del pantalón y se levantó con brío, tratando de acercarse a mí. Sin embargo, cuando se encontraba a escasos dos metros de distancia, levanté la mano y grité como una energúmena:

—Stop. —No deseaba tenerlo cerca—. ¿Estás hablando en serio? ¿De verdad me estás diciendo que no le has metido a esa la polla hasta la campanilla?

—Chica —comenzó a hablar Cassandra mientras se retocaba el pintalabios con los dedos—, pareces nueva. ¿Es que acaso no sabes dónde estás? Aquí se viene a eso.

Aquella mujer me tenía hasta el mismo... Sí, sí, hasta el mismísimo coño. Llevaba tocándomelo toda la noche. Mi bruja interior cogió su escoba y se escapó volando, cediéndome a mí su puesto. Me sentía arrebatada.

Kassandra iba a ser la culpable de que saliera lo peor de mí. Y, por descontado, no se iba a olvidar a partir de aquel día de con quién se había enfrentado.

Yo, Raquel Ramírez, soy un trozo de pan, pero cuando alguien me la juega, puedo ser la mujer más odiosa que hay sobre la faz de la tierra.

Me dirigí hacia ella y le agarré de los pelos. Lo hice con tanta fuerza que hasta conseguí levantarla de su asiento.

—Te voy a decir una cosa, guapa de cara —comencé a decir, sonriendo vilmente cuando aprecié su dolor—. Cuando te digan «perrito», menea el rabito. Pero no se te ocurra a volver a mearte en mi territorio, ¿entendido? Aleja tuapestosa boca de la polla de este gilipollas si no quieres ver cómo te

arranco los dientes de un guantazo. A ti —señalé a Bruce e inspiré hondo para tranquilizarme—, no te conozco. Quiero que sepas que esta noche me has hecho sentir como una puta cuando, en realidad, la puta es esta desgraciada.

—¡Bruce! —Kassandra puso el grito en el cielo—. ¿Vas a dejar que semejante personaje me hable de esa manera? ¿A mí?

Dirigí mis ojos hacia el interpelado, fulminándolo.

—Por tu bien, lo mejor sería que no abrieses la boca —le amenacé al que hasta hacía unas horas había sido mi Dios del sexo.

—Cariño —vociferó Kassandra otra vez, tratando de llamar la atención de Bruce.

—¿Cariño? —Josh, que acababa de llegar junto a Ángel, frunció el ceño—.

¡Te vas a casar con el que era su mejor amigo, joder! ¿Qué has hecho?

—¿Quién se va a casar con quién? —preguntó Ángel, petrificado.

No me extraña que su expresión fuera indescriptible. Bruce, su colega, ese con el que había conseguido llevarme a un estado de catarsis meses atrás, tenía el pantalón y los labios manchados de carmín. Y yo, que tenía la lengua desatada y el rictus desencajado, no dejaba de gritar a Kassandra y de amenazarla con arrancarle hasta el último pelo de la cabeza si no se alejaba de mi vista inmediatamente.

Bueno, para qué mentir... Aunque le pegué sendos tirones en la melena, lo que le dije en realidad es que le iba a arrancar todos los pelos con una podadora si no dejaba de tocar lo que era mío.

Reconozco que no se asustó mucho, seguramente porque lo llevaría tan depiladito y suave como el culito de un bebé, pero bueno..., eso es otro cantar que ahora mismo no viene a cuento.

—Ángel, mi hermana se va a casar con Daniel.

—¿Cómo? De eso ni hablar. Daniel no se va a casar con esta clase de mujer.

—¿Y tú cómo sabes eso? —grité con todas mis fuerzas.

—Raquel, Daniel es mi hermano y rompió el compromiso con ella hace una semana. La pilló en la cama con un viejo adinerado, en una posición ciertamente desagradable como para describirla.

—¡Maldito seas, Ángel! ¡Cállate! —gruñó Kassandra, tratando de abalanzarse sobre él.

Tironeé de su melena hasta tres veces para evitar que se acercara a él.

—Te juro que como no te calles te reviento la boca —vociferé exaltada—.

Estoy muy harta de escucharte. Me has jodido la noche, le has chupado la polla a Bruce y, por si fuera poco, te estás metiendo con Ángel. Esta velada

iba a ser perfecta para Bruce y para mí, pero tú, maldita seas, me... me... Antes de que las lágrimas salieran de mis ojos por la rabia, la solté y salí corriendo. A mitad de camino, alguien me cogió de un brazo y me giró ciento ochenta grados. Mi cara aterrizó en un pecho duro y fuerte en cuyo interior latía un corazón ansioso, casi frenético.

Con los ojos cerrados, inspiré hondo, temiéndome lo peor. Aquel olor que llegaba a mis fosas nasales era de... ¡Bruce! Traté de apartarlo de un empujón, pero mi fuerza no fue suficiente para mover aquella mole de puro músculo.

—¿Pero te has vuelto loca, Raquel?

—Sí, me he vuelto loca por ti, y estoy totalmente jodida por tu culpa. —Intentó hablar, pero no le dejé—. ¡Cállate! No quiero oír ni una palabra más. No me vuelvas a mentir diciéndome que yo soy tu chica del lunar. Olvídate de mí. ¡Olvídate de que existo!

—Acompáñame, déjame que te lleve a casa.

—No quiero ir contigo a ningún sitio.

—En cambio a mí me gustaría ir contigo hasta el fin del mundo. Sube al coche. Accedí porque estábamos en Cádiz y no en Málaga.

Mis lágrimas comenzaron a brotar, empapándome el rostro y el cuello, cuando en el equipo de música comenzó a sonar la canción *A que no me dejas*⁵ de Alejandro Sanz.

Nosotros fuimos los primeros que de amor quedaron ciegos y los que hicimos de una esquina un recuerdo eterno.

Nosotros somos los que suplicábamos que estalle el mundo entero sobreviviremos, hemos vivido nuestro sueño yo soy el tiempo que tú y yo hemos compartido ahora dime que no, perdemos los dos si te vas

Y a que no me dejas a qué te enamoro una vez más antes de que llegues a la puerta

...

No tuve más remedio que estirar el brazo para apagar el equipo de música. Justo cuando iba a acceder al botón, Bruce cogió mi mano y se la llevó a la boca para besarla.

—No vuelvas a hacer eso nunca.

Cuando nos detuvimos frente a un semáforo, ambos mantuvimos un

⁵ *A que no me dejas*, © Universal Music Publishing Group.

duelo de miradas. Sus ojos estaban rojos y algo dilatados. Si no fuera porque sabía que Bruce no tomaba drogas, diría que iba hasta las cejas.

El semáforo se puso de color verde, Bruce pisó el acelerador, recorrimos unos cien metros a media velocidad y accedimos a la autovía. Fue en ese momento cuando no pude más y exploté.

— ¿Por qué, Bruce? ¿Por qué me has rebajado tanto? Si soy tan poca cosa para ti, ¿por qué no me echaste un simple polvo y ya está? —Traté de calmarme un poco—. Lo que ha sucedido esta noche es... Da igual. Me das asco. Has permitido que tu ex, la misma que te engañó en tu propia cama con tu mejor amigo, te coma la polla, joder.

— Raquel, yo...

—¡Para el coche! —Necesitaba respirar aire puro con urgencia. —Todavía no hemos llegado a casa, cari...

—¡No se te ocurra decir eso! —Le dirigí una mirada asesina—. ¡Jamás,

¿me oyes?! ¡Para el coche si no quieres que te manche la tapicería! Voy a vomitar.

Al instante puso las luces de emergencias y estacionó en el arcén.

A toda prisa, abrí la puerta del vehículo, me apoyé en el quitamiedos y expulsé todo lo que había ingerido en el restaurante.

—Raquel, yo... Ehm, ¿qué puedo hacer? —me preguntó Bruce, acercándose a mí por detrás.

—Dame un clínex, por favor.

Sacó el pañuelo del bolsillo interior de su chaqueta, con la *B* y la *S* bordadas en hilo azul marino, y me lo entregó con delicadeza, temiendo que no lo aceptara. En cuanto me lo acerqué a la boca para limpiarme, el aroma de su perfume invadió mis fosas nasales.

Ese olor...

Recuerdo cuando lo percibí por primera vez como si fuera ayer. Fue en la hamburguesería el día que nos conocimos. Iba acompañado de sus hermanas, tan guapo, tan apuesto, tan masculino...

Bruce chasqueó los dedos frente a mis ojos y reaccioné de muy mal humor, el mismo que me había acompañado en las últimas horas.

—¿Qué quieres?! —grité encolerizada.

—Raquel, estoy preocupado por ti. Llevas un rato en trance. No respondías a mi voz y...

Lo miré en silencio.

Aquel beso febril, aquellas caricias arrebatadoras, aquella exigencia con la que Bruce me folló... El recuerdo de nuestro primer encuentro impactó con fuerza en mi cabeza. Comencé a marearme. La escena en la que Cassandra engullía el pene de mi Dios del sexo se coló entre mis pensamientos, haciendo que ese mundo idílico que habíamos creado juntos se convirtiera en un infierno. Al menos para mí.

¿Cómo se iba a desarrollar nuestra relación a partir de ese momento?

¿Dejaríamos de vernos? En cierto modo, esa era la mejor opción. Bruce había recalcado una y otra vez durante toda la noche que yo era simplemente su amiga, nada más. ¿Por qué había sido tan estúpido? ¿Cómo podía haberse olvidado tan pronto de todo lo que yo le quería?

—Te odio. —Me dejé caer de rodillas y comencé a llorar—. ¿Cómo has podido hacerme esto?

Bruce se agachó y limpió las lágrimas que empapaban mis mejillas con sus manos. Esta vez no hice el intento de retirarme. Necesitaba sentirlo.

Necesitaba sentir que me quería, aunque solo fuera un poco.

—Yo... —Se le hizo un nudo en la garganta—. No sé qué me ha pasado, Raquel. Te juro por lo más sagrado que no lo sé.

Se derrumbó.

Sus impresionantes ojos verdes se aguaron ligeramente y comenzó a llorar. Sus lágrimas recorrieron sus pómulos con deliberada lentitud para resbalar poco después por sus mejillas y saltar al llegar al mentón para impactar en su pectoral.

Verlo en ese estado me destrozó el alma. Maternalmente, le acaricié la cabeza. Hasta ese momento no me percaté de que llevaba su perfecta melena recogida en una trenza.

«Raquel, si al final estás embarazada y es una niña —comenzó a decir mi bruja interior—, ya sabes quién le va a hacer las trenzas.»

Espanté aquella estampa de mi mente con rapidez. No era el momento para pensar en eso. Bruce y yo teníamos primero que hablar largo y tendido sobre otro tema: nuestro futuro.

—Se me están durmiendo las piernas con tu peso, cielo —susurré acariciándole la nuca con los dedos.

Al instante cerré los ojos con fuerza. El subconsciente me la había vuelto a jugar. Le había dicho cielo, como si entre él y yo no hubiera un frente abierto o un muro altísimo de pesadas piedras que todavía no habíamos conseguido derribar.

Al escuchar mis palabras, Bruce levantó la cabeza rápidamente y me miró con ojos anegados de lágrimas.

—Raquel, dímelo otra vez.

—Se me están durmiendo las piernas con tu peso. Quiero ir a casa, Bruce. Estoy cansada.

—No te dejaré ir hasta que lo vuelvas a repetir.

Acababa de tener un lapsus al dirigirme a él con aquella palabra tan cariñosa y no me quedó otra más que disimular.

—¡Bruce, te he dicho que estoy cansada!

—Eso ya lo sé. —Su voz estaba cargada de ansiedad—. Repítelo, por favor. Me miró como un niño al que han castigado sin sus chucherías y se mordió el labio inferior.

—Cielo —susurré, consciente de que al decir aquello estaba cayendo nuevamente en su red.

—Gracias. —Me dio un casto beso en la mejilla y se levantó con rapidez. Yo hice lo mismo, pero más despacio.

—No te equivoques, Bruce, esto no significa nada.

Subí al coche y cerré la puerta.

—Me desconciertas, Raquel —musitó cuando se sentó frente al volante del flamante BMW—. Pensaba que entre tú y yo...

Saqué otra vez mi vena cañera.

—Me importa una mierda lo que pienses. —Abrió los ojos de par en par—. ¡Arranca de una vez! Quiero llegar cuanto antes a casa.

Unos minutos más tarde, y totalmente en silencio, llegamos a VILLA PRECIOSA.

Unos focos alumbraban la inmensa puerta de roble de la entrada principal.

Mi corazón comenzó a dar tumbos en mi pecho cuando accedí a la vivienda y corrí escaleras arriba, sin mirar atrás. Accedí a la habitación donde horas antes habíamos hecho el amor como dos posesos y me metí en el baño.

Necesitaba una ducha con urgencia. Entre el champán y el vómito, olía fatal. Dejé correr el agua templada mientras me desvestía. El vapor fue humedeciendo el alicatado y los espejos, creando una atmósfera misteriosa. Justo cuando iba a meterme en la ducha, la manija de la puerta se movió. Por suerte había echado el pestillo.

—¡Raquel! —vociferó Bruce, intentando abrir la puerta otra vez.

—¿Qué?!

—Joder, abre la puerta.

—Déjame en paz, Bruce.

—Por favor. Tenemos que hablar en algún momento de lo que ha ocurrido esta noche.

—Ahora no tengo ganas de hablar.

—Pero yo sí. Lo necesito —insistió.

—¡Y yo necesito que me dejes en paz de una vez!

De repente, una arcada me obligó a correr hacia el váter. Mi estómago se contrajo con fuerza una y otra vez, tratando de liberar algo de su interior.

—Raquel, por Dios, abre la maldita puerta.

—Cállate, por favor —grité, doblada de dolor.

Cuando mi estómago se aplacó, me puse en pie y me metí en la ducha, obviando las incendiarias palabras de Bruce que, exaltado, no dejaba de aporrear la puerta.

Permanecí bajo la cascada de agua templada durante más de diez minutos. Mis pensamientos iban y venían, mezclándose con algunos recuerdos del pasado y con todo lo que había ocurrido aquella noche.

Cerré los grifos y salí de la ducha. El vapor había espesado demasiado el ambiente, impidiendo que mis ojos vieran algo.

Me sequé con delicadeza, recreándome en cada uno de los pliegues de mi cuerpo que Bruce jamás iba a volver a tocar, y ungué todo mi cuerpo con crema hidratante. Su aroma a azahar me recordó a los naranjos que decoran la plaza de la Hispanidad de Fuengirola, un municipio que se encuentra a veintiocho kilómetros de Málaga capital.

Salí envuelta en una toalla y, de puntillas, sintiendo cómo la tibia madera del suelo caldeaba mis dedos, me adentré en el dormitorio en el que Bruce y yo habíamos disfrutado muchísimo antes de acudir al Cala Burra, el restaurante donde nuestra relación se había ido al traste.

Para mi gran sorpresa, Bruce estaba sentado en el suelo, junto a la cama, con las piernas dobladas, los codos sobre las rodillas y la cabeza apoyada entre

las manos.

Estaba llorando.

Pasé con cuidado por delante de sus pies y abrí el armario, sin decirle nada.

Sí que le di el gusto de que me viera desnuda mientras me vestía.

—Se te ve tan bonita —musitó, acercándose sigilosamente—. Tu piel es tan... suave y delicada.

Comenzó a acariciarme el cuello con los nudillos, provocando que un escalofrío traumático recorriera mi espina dorsal.

—Bruce, voy a dormir sola.

Lo necesitaba, pero no di mi brazo a torcer. No después de haber visto cómo su ex engullía esa parte de su anatomía que a mí me había dado tanto placer.

Pensar en ellos dos juntos me provocó un escalofrío.

—De acuerdo, Raquel, si eso es lo que quieres...

—Cuando salgas, apaga la luz y cierra la puerta, por favor.

—Buenas noches, mi chica del lunar. Espero que algún día me puedas perdonar.

No dije nada más. Simplemente aguardé a que apagara la luz y cerrara la puerta. Entonces, cuando la oscuridad se convirtió en mi única compañera en aquella cama tan grande y fría, enterré mi cara en la almohada y lloré sin miedo a ser escuchada.



El reloj de mi móvil marcaba las seis de la mañana cuando desperté. No recordaba en qué momento de la noche me había quedado dormida.

Me levanté para ir al baño, mi vejiga iba a explotar. Cuando me miré en el espejo, vi a una Raquel muy demacrada, pálida y con ojeras. Hice mis necesidades, me lavé la cara y los dientes, y me vestí en silencio. Me puse unos vaqueros ceñidos, una camiseta, la cazadora y me calcé mis botas de tacón. Encontré el bolso donde lo había dejado la noche anterior y lo abrí para sacar la agenda y un bolígrafo. Necesitaba escribirle una carta a Bruce. Lloré desconsoladamente cuando terminé de escribir. Las lágrimas me arañaron las mejillas como si fueran cuchillas afiladas.

Sin hacer ruido, salí de la habitación y recorrí por última vez la casa. Encontré a Bruce en el ala oeste, en una de las habitaciones de invitados,

completamente desnudo. Roncaba desacompadamente, abrazado a la almohada.

Acaricié por última vez ese culo respingón que tantas y tantas veces había pellizado y recorrí su cintura con el perfil de mis uñas. Aquel hombre seguía atrayéndome como el primer día, incluso más, pero el dolor que me había causado era demasiado grande como para seguir a su lado.

Depositó la carta sobre la sábana que cubría parcialmente su brazo izquierdo, le di un beso casto en la mejilla con cuidado de no despertarlo y deshice mis pasos, cerrando la puerta del dormitorio con sutileza.

Cuando el resbalón encajó en la ranura, apoyé la espalda en la jamba de madera y, en silencio, le dediqué unas palabras de despedida.

«Adiós, mi amor, mi vida, mi todo».

Luego bajé las escaleras, cogí el mando de la cancela de la mesa redonda del hall y salí de allí. El aire fresco de la mañana revitalizó mis pulsos.

Aproveché el camino hasta la entrada de la parcela para llamar a un taxi.

Apenas tardó 15 minutos en llegar.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días.

—¿Dónde quiere que la lleve?

—A la estación de tren, por favor.

—Por supuesto. Ha elegido usted un bonito día para viajar. ¿Le apetece escuchar un poquito de música? Mi hija me ha regalado hace unos días un disco de Celine Dion que es una maravilla.

*The power of love*⁶ hizo que mis lágrimas comenzaran a salir de mis ojos a borbotones.

—¿Se encuentra usted bien? —inquirió el taxista al verme por el espejo retrovisor.

Abrí mi bolso y saqué un paquete de clínex para limpiarme la cara y sonarme la nariz.

—Sí, sí, no se preocupe. Solo estoy un poco resfriada —mentí—, nada más.

Después de veinte minutos de camino, llegamos a la estación. Pagué el viaje y salí del coche con un sentimiento de angustia en el pecho. No sé por qué, pero, de repente, cuando me vi en la estación de trenes de Cádiz, sentí como si mi cuerpo pesara toneladas.

Con paso lento, me acerqué al mostrador para comprar un billete con destino a Málaga.

—El tren no pasa hasta dentro de una hora —me anunció el vendedor.

—No importa, esperaré.

—Muy bien, aquí tiene su billete.

—¿Cuánto es? —pregunté, sacando la cartera del bolso.

—Treinta y seis euros con cincuenta.

—Perfecto. —Le entregué el dinero—. ¿Le importaría indicarme dónde puedo tomar un café?

—Hoy lo va a tener usted complicado. La cafetería está cerrada. Creo que hay una máquina al final de aquel pasillo —señaló al frente—, pero no le puedo asegurar que funcione bien.

—Vaya.

—Llevamos meses solicitando que la arreglen, pero todavía no hemos conseguido que venga el técnico.

—No se preocupe, me sentaré en ese banco y veré pasar a los viajeros

—suspiré—. Hoy no es mi día de suerte.

—La suerte es veleta, nunca se está quieta.

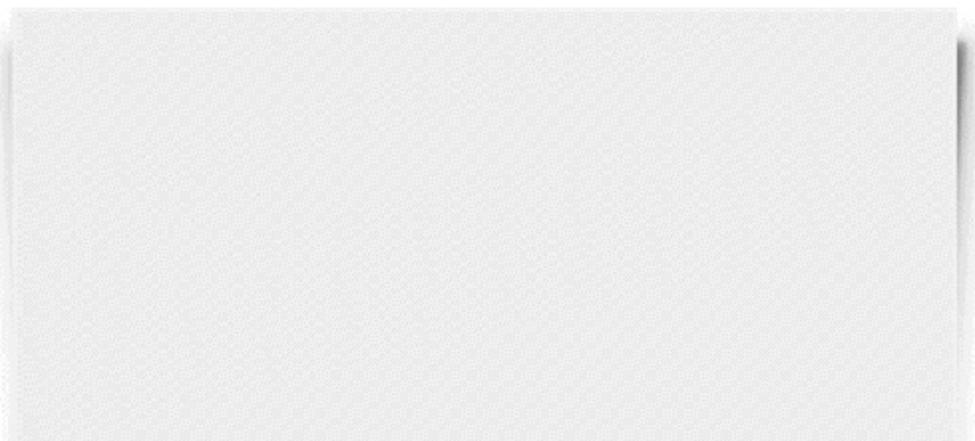
⁶ *The power of love* (El poder del amor). © Sony/ATV Music Publishing LLC.

—Gracias por todo. Buenos días.

Me senté en el banco y traté de poner la mente en blanco. Sin embargo, la carta que le había escrito a Bruce retornaba a mi memoria constantemente, palabra por palabra.

Buenos días, Bruce.

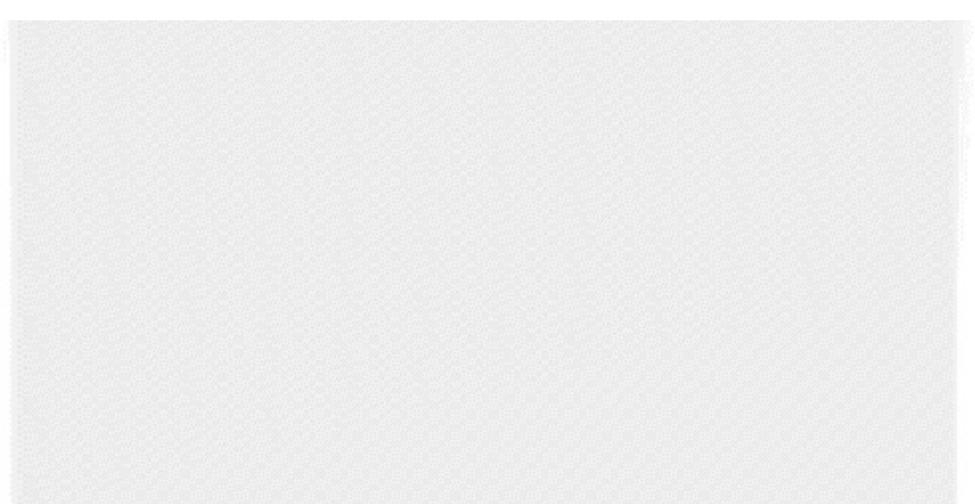
Cuando estés leyendo esta carta yo ya estaré muy lejos. Lo que pasó anoche fue demasiado para mí. Me he dado cuenta de que te quiero más de lo que te mereces. Yo albergo la esperanza de que me quieran igual, al menos. No me gustó nada que no me defendieras ni un poco.



Yo sí lo habría hecho contigo, aunque me hubiese tenido que enfrentar contra viento y marea.

Sé que donde hubo fuego, quedan cenizas. Fuego es, precisamente, lo que avivó las cenizas que tú no quisiste tirar después de lo que te ocurrió con Cassandra.

Me voy a mi casa, a mi Málaga. Necesito estar lejos de ti. Nunca pensé que escribiría esto, pero ya no siento nada por ti. Tú has provocado esta situación. Si me quieres como amiga, siempre me tendrás. Bien es cierto que necesito que te olvides de mí durante un tiem

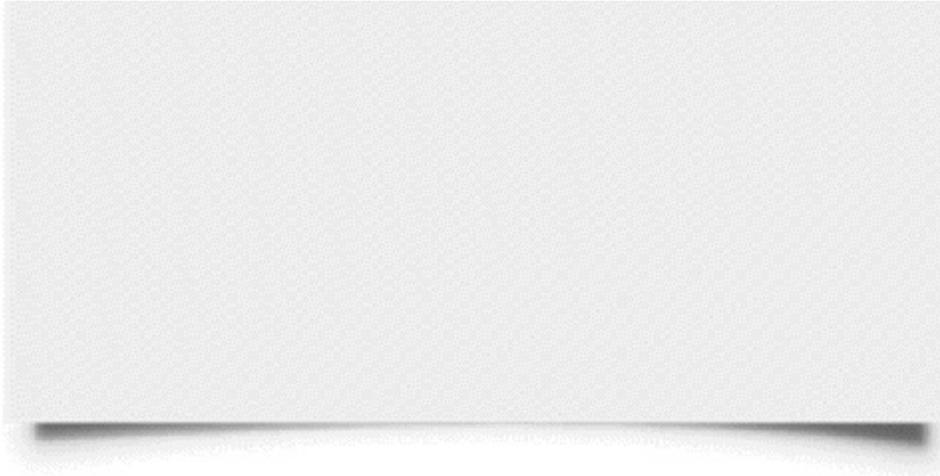


po, al menos hasta que mi corazón y mi alma se recompongan. Yo haré lo mismo; trataré de olvidarme de todo lo bueno y lo malo que hemos vivido juntos o acompañados.

Solo te pido que me dejes en paz, por favor. Vive tu vida a tu manera y con

quien quieras.

Raquel Ramírez Tu ex chica del lunar.



El poli tono de *Entre dos tierras*⁷ de Héroes del Silencio me despertó del trance. Mi móvil estaba sonando. Al sacarlo del bolso, vi el nombre de Bruce en la pantalla y colgué.

Los mensajes de texto no tardaron en llegar.

Raquel, coge el maldito teléfono

—Maldito es lo que tú eres —dije mirando la pantalla del teléfono.

Necesitamos hablar, por favor, Raquel. Cógeme el teléfono.

Enrique Bunbury, la voz del grupo Héroes del Silencio, comenzó a cantar otra vez, anunciándome la entrada de una nueva llamada. Descolgué.

— *¡Te he dicho que no quiero saber más de ti! ¡Olvídame! ¡Olvida que existo por una buena temporada, joder!*

—*¿Raquel?*

Quise que me tragara la tierra. El que estaba al otro lado del teléfono era mi amigo Óscar.

—Ho... hola, ¿estás bien?

—Sí —musité, tratando de disimular la rabia que aún bullía en mis venas—. Lo siento mucho.

—¿Dónde estás, mi reina?

—De camino al lugar de donde no tenía que haber salido jamás.

—Pero mi niña, ¿qué te pasa? Bruce está buscándote como un loco. Quiere hablar contigo.

—Óscar, te voy a pedir un favor, no vuelvas a pronunciar ese nombre, ¿entendido?

—Pero Raq...

—Ni Raquel ni hostias —bramé con la voz rota. Lo último que me fal

⁷ *Entre dos tierras*. © Warner/Chappell Music, Inc.

taba era que Óscar empezase a defenderlo.

—De acuerdo, reina. Mis labios están sellados. Sé que es la segunda vez que te lo

pregunto, pero... ¿dónde estás?

Inspiré hondo, tratando de relajarme.

—En Cádiz. Dentro de tres cuartos de hora sale mi tren. Cogeré un taxi en cuanto llegue a la estación de María Zambrano, a eso de la una y media del mediodía,

y me encerraré en casa. No pienso salir en una buena temporada.

—¡Ay, madre! No digas tonterías.

—Me hartaré de chocolate todos los días.

—Te vas a poner muy gorda, reina.

—Me da igual —lloriqueé—. Mi vida es una mierda, Óscar.

—No digas tonterías. Entre los cuatro haremos que esa mierda sea menos espesa.

Te lo aseguro.

—Gracias, Óscar. —Necesitaba colgar. No me apetecía hablar con nadie—. Un beso, cariño.

—Otro besito para ti, reina.

Tenía cinco horas de viaje por delante hasta llegar a casa así que saqué los auriculares del bolso y los conecté al móvil. La voz tan dulce y sensual de Michael Bolton cantando *Said I love you... but I lied* me llenó los oídos.

Apoyé la cabeza en el cristal de la ventana del tren y cerré los ojos. Todo lo que se me venía a la cabeza era él. Sus ojos verdes, los mismos que me habían hechizado un millón de veces; su jugosa boca, que había tatuado besos tórridos sobre mi piel; sus poderosos brazos, entre los que me había sentido siempre tan protegida y feliz...

Me quedé dormida pensando en nuestro futuro. Existía una alta probabilidad de que en mi vientre estuviera creciendo un nuevo ser. Ese pensamiento me acompañó durante todo el viaje y no se alejó de mi mente hasta que una voz rota anunció por megafonía que estábamos a punto de llegar.

La estación que recibe su nombre en honor de la filósofa y ensayista María Zambrano era un hervidero de almas. Unos recibían a sus familiares; otros, los despedían y se encaminaban a las tiendas que forman parte del centro comercial para aplacar su desánimo, gastando ingentes cantidades de dinero en prendas, móviles y fruslerías varias.

Cuando salí al exterior, me encontré con la habitual fila de taxis bajo la marquesina del acceso principal. Me acerqué a uno de ellos y saludé al conductor.

—¿Está libre?

—Como el viento —respondió el taxista, guasón—. Suba. Me senté en la parte de atrás.

—Buenas tardes.

—Ea, ¿dónde vamos? —Le di las indicaciones oportunas—. Muy bien, allá vamos. ¿De dónde viene?

No tenía ganas de conversación, pero tampoco iba a ser una maleducada con el conductor.

—De Cádiz.

—¿De qué parte? Perdón por mi intromisión, si prefiere usted no contestar...

—No, tranquilo. Si le soy sincera, no sé dónde he estado. Solo puedo decirle que anoche estuve cenando en el restaurante Cala Burra. Sus ojillos sesgados se abrieron como platos. Una sonrisa pícara se dibujó también en sus labios.

—Mmm, magnífica elección. —No ahondó mucho más en el tema del restaurante, aunque por su expresión, supe al instante que sabía a la perfección qué aquel lugar no es exclusivamente para cenar—. ¿Conoce Cádiz? No conteste si no quiere, solo intento hablar con los pasajeros para

que el trayecto les resulte lo más agradable posible.

Lo cierto era que el viaje estaba siendo muy ameno.

—No se preocupe. —Sonreí con agradecimiento—. De Cádiz conozco Tarifa.

—Ajá.

—...y, por supuesto, la playa de Valdevaqueros.

Durante unos minutos, el taxista no dejó de hablar. Me enumeró uno por uno todos los lugares que había visitado en los últimos años con su club de pesca. Una afición, la de la pesca, que le relajaba muchísimo, pero que a su mujer le asqueaba sobremanera, sobre todo, cuando tenía que pasar horas limpiando sus capturas.

Aboné la carrera cuando el taxista se detuvo junto a mi bloque y accedí al portal donde me encontré a Joaquina, mi vecina del quinto, cargada con una docena de bolsas. Al parecer, ella había sido una de las que había atracado las tiendas del centro comercial María Zambrano con la tarjeta de crédito.

Solícita, me acerqué a ella para ayudarla cuando el ascensor emitió un estridente chirrido al llegar al portal.

— ¿Cómo te encuentras, Raquel? —preguntó mientras subíamos. —Bien, señora Joaquina. ¿Y usted?

—Como siempre, hija, con mis achaques. Esta artrosis me está matando.

—No debería ir usted tan cargada. Debería comprarse un carrito. —Es lo que pasa hija, que una se cree que aún puede con muchas cosas y, a la vista está que no es verdad. La edad no pasa en balde, Raquel.

Cuando llegues a mi edad lo entenderás.

—Anda ya, no diga usted tonterías. Usted está hecha una rosa. —Sí, sí... una rosa con mucha edad.

Poco después, cuando me bajé del ascensor y comencé a buscar las llaves en el bolso, Óscar abrió la puerta de mi casa, dándome un susto de muerte.

—¡Reinaaaa! —Abrió los brazos de par en par y me lancé a sus brazos.

Al instante, comencé a llorar como una niña pequeña. Ahora sí que me sentía en casa—. Ei, ei, ei, ¿qué te pasa? Vamos, entra de una vez. Pablo y Enrique me dieron un gran abrazo cuando accedí al salón. —Menos mal que os tengo a vosotros —lloriqueé cuando Carlos apoyó mi cabeza en su hombro y me envolvió con sus brazos.

—Y nosotros a ti cariño —dijo Pablo—. Vamos, siéntate y cuéntanos

qué ha sucedido.

Los cinco habíamos vivido cosas buenas y malas. Pablo, Enrique, Óscar y Carlos siempre han sido grandes amigos, de los de verdad. Aún recuerdo el día que se murieron mis padres. En aquellos duros momentos, nunca me dejaron sola. Siempre estuvieron pendientes de mí. En realidad, incluso más de lo que lo estuvo Adán.

—Llegamos a Cádiz en su *Harley Davidson* —comencé a relatar—. Lo que vino después, no merece la pena que os lo cuente.

—¿Sexo? —inquirió Carlos, alzando las cejas con suspicacia. —Del bueno —respondí con una sonrisa tímida dibujada en los labios.

—Uuuu... —se carcajeó, guiñándome un ojo al mismo tiempo con picardía—. No me esperaba menos.

Se me hizo un nudo en la garganta y más lágrimas comenzaron a salir. Óscar me ofreció un clínex para limpiarme.

—Chicos, Bruce me regaló un vestido espectacular —admití—. La noche se preveía perfecta. Cena en uno de los mejores restaurantes, baile a la luz de las estrellas...

—Y más sexo —exclamó Carlos, dejándome con la palabra en la boca. Asentí.

—Cuando la noche iba a empezar a ser perfecta para los dos, entró ella.

—¿Quién? —preguntó Enrique, apoyando los codos en las rodillas. Obvié dar el nombre de Kassandra.

—Tan alta, tan guapa, tan delgada.... Esa mujer es perfecta. —Me sequé una lágrima de un manotazo—. No le falta ni le sobra nada. —Tú también eres perfecta, Raquel —alegó Óscar, abrazándome cariñosamente por detrás.

—Esa arpía se acercó a nosotros, saludó a Bruce y... —Carraspeé para aclararme el nudo que se me acababa de formar en la garganta—. Bueno, en ese momento Bruce se quedó embobado, como si aquel pronunciado escote de piel clara le hubiera embrujado.

—¿Pero quién era, Raquel? —quiso saber Óscar.

—Kassandra —solté.

—¿Kassandra? —repitieron los cuatro al unísono.

—Así es, su ex —lloriqueé—. Creo que en el fondo, Bruce nunca se ha desenamorado de ella. Teníais que haberlo visto. Durante toda la noche no dejó de comérsela con la mirada.

—Joder.

—Carlos, no la interrumpas —exigió Enrique.
—Y yo allí plantada como una tonta. —Sorbí por la nariz—. No tuvo la decencia ni de presentarme. Cuando esa puta le preguntó quién era yo, Bruce le aseguró que solo era su acompañante.
—¡Será cabrón! —dijo Óscar entre dientes.
—¿Y ya está? —inquirió Pablo levantándose del asiento—. ¿Por eso estás aquí?
—No, Pablo. Y ya está, ¡no! Hay más. Después de la cena y de discutir con él una y otra vez, los pillé...
—¿Cómo?
Enrique estaba ansioso por saber más.
—¿Tú qué crees?
—A estas alturas, prefiero guardarme la opinión.
—Digamos que Cassandra le estaba haciendo disfrutar a Bruce más de la cuenta.
—¿Estaban follando?
—Casi.
—Lo siento, cariño, de verdad. —Pablo me abrazó fuerte y besó mi frente—. Verás como todo se arregla.
—Lo dudo. Ahora mismo no me apetece verlo ni saber nada de él. —Es natural, cielo —dijo Enrique, dándome un beso tierno en la mejilla mientras sus manos me acariciaban los hombros y me invitaban a que apoyara la cabeza en su pecho.
—Enrique...
—Dime, reina.
—Necesito pedirte una cita.
—¿Una cita? ¿Para qué?
—No pienses mal. Quiero ir a tu consulta para hacerme un chequeo.
—Él cerró los ojos y suspiró aliviado—. ¿Para cuándo tendrás un hueco?
Enrique se acomodó en el mullido sofá y Carlos y Pablo se acercaron a mí con cara de preocupación. Óscar, a mi derecha, me agarró la mano con fuerza.
—¿Eso quiere decir que estás...?
—No lo sé. —No dejé que Enrique terminara de hablar—. Ese, precisamente, es uno de los motivos por los que quiero ir a verte a la consulta. —Pásate cualquier día de la semana que viene, ¿entendido? —Asentí con la cabeza—. Esta noche entro de guardia.

El teléfono fijo comenzó a sonar y Óscar se levantó para contestar. —Es Bruce —nos indicó, tapando el auricular para que este no le escuchara.

—¡Cuelga ahora mismo! —le exigí.

Enrique y Carlos evitaron que me abalanzara sobre él.

—*Hola, Bruce. Sí, está aquí, aunque, si te soy sincero, no sé cómo te atreves a*

llamarla después de lo que has hecho. —Se quedó callado—. *Ya, si nos lo ha contado todo. No, no se puede poner porque se está duchando.* —Hizo un mohín con

la nariz—. *Oye, ti, ¿por qué has tenido que meter la pata de esa manera? Le has*

destrozado el corazón. —Silencio durante un par de minutos—. *Me parece genial. Adiós.*

—¿Qué te ha dicho? —quiso saber Pablo.

—Yo no quiero escucharlo —afirmé—. Necesito una ducha. —Nosotros iremos a comprar algo —corroboró Carlos, tanto o más intrigado que Pablo—. Y tú, guapetón, ya puedes contarnos con pelos y señales todo lo que te ha dicho ese cabrón. De lo contrario, corres el riesgo de que te cortemos las pelotas y nos pongamos a jugar al golf con ellas.

Justo cuando iba a encerrarme en el cuarto de baño percibí que la puerta de entrada se cerraba y la paz volvía a reinar en mi casa. Ambienté la estancia con unas varitas de incienso y la música relajante de Gheorghie Zamfir, abrí el grifo de agua caliente y me metí en la bañera. Rápidamente, mis músculos comenzaron a revitalizarse. Fue en ese momento cuando decidí cerrar los ojos.

Me relajé.

Relativamente.

Bruce y Kassandra regresaron por enésima vez a mi mente. Estaban en una situación muy cómoda. Él con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá, la espalda ligeramente encorvada, los brazos lacios y el rostro relajado, y ella sentada a su derecha, doblada por la cintura, con la boca en torno al pene de él.

Sentí que me ahogaba cuando una exhalación profunda brotó de la garganta de Bruce y su cuerpo se relajó un poco más. Estaba disfrutando con aquella mamada. Su pecho ascendía rítmicamente cada vez que su pene ahondaba en la boca de Kassandra.

Una tensión angustiosa se apoderó de mí cuando el agua de la bañera comenzó a moverse. Asustada, abrí los ojos de par en par y me abracé las piernas. Mi mente era incapaz de registrar lo que mis ojos estaban viendo.

—¡Bruce, ¿qué haces aquí?!

Mi adonis había conseguido entrar en mi casa, vete a saber cómo, y se había metido en la bañera.

—He venido por ti, cariño —susurró con voz tranquila, colocando sus anchas manos sobre mis rodillas para evitar que pudiera salir corriendo.

—No se te ocurra volver a decir eso.

—Raquel, yo te quiero.

—Ja, y por eso te besas con tu ex. Déjame en paz, Bruce. Con delicadeza, sacó mi pierna izquierda del agua y la alzó para besarla. Sus labios consiguieron que se me erizara la piel.

—Raquel —musitó, todavía con mi pierna entre sus manos. Mi corazón comenzó a latir frenéticamente. Algo no me cuadraba.

¿Qué estaba pasando?

—¡Oh, Dios mío! Por favor, Raquel, vuelve con nosotros. Sentí que las manos anchas de Bruce me acariciaban las mejillas. ¿O

eran otras? ¿Qué había querido decir con ese *con nosotros*?

Una puerta se abrió de repente, golpeando estrepitosamente la pared, y unas manos muy blancas con las uñas pintadas de rojo me agarraron del pie.

—¿Qué hace ella aquí? —vociferé cuando vi la melena dorada y perfecta de Cassandra, cayendo en cascada sobre el pronunciado escote de su vestido de gasa.

—Estoy aquí por vosotros —comentó Cassandra con voz coqueta mientras se acercaba a la bañera moviendo las caderas—. He decidido formar parte de vuestro juego preferido.

—¿De qué mierda hablas?

—¡Raquel, por favor, despierta ya de una vez!

Aquella voz que acababa de tronar en mis tímpanos no era la de Bruce. Ni la de Cassandra. Alguien estaba gritando con desesperación. ¿Qué estaba pasando? ¿De dónde provenía aquel olor tan asqueroso que se había instalado en mi garganta?

—¡Óscar, por favor, dale tiempo!

¿Óscar? ¿Qué hacía metido en el baño? Se podía liar una trifulca bien gorda si Enrique, Pablo o Carlos abrían la puerta y nos pillaban a Bruce y

a mí desnudos, ante la atenta mirada de Óscar.

De repente, todo se cubrió de negro y perdí la noción del tiempo hasta que sentí cómo caía una cascada de agua fría sobre mi rostro. Asustada, traté de abrir los ojos para descubrir qué estaba pasando, pero no pude. Mis párpados pesaban demasiado.

—Enrique, por Dios, haz algo para que se despierte.

¿Despertarme? ¿Me había quedado dormida en la bañera? No, eso no podía ser. Estaba con Bruce y con Cassandra, aunque me costase asimilar cómo habían llegado los dos a meterse en mi cuarto de baño. —Tenemos que estar a la espera —oí que decía Enrique. —Esta espera es desesperante —exclamó Óscar con desesperación

mientras sus manos me acariciaban los brazos—. Reina, por favor, despierta. Te necesitamos con nosotros. Vuelve de donde estés. Todo estaba borroso cuando abrí los ojos. Parpadeé un par de veces para eliminar esa película oscura semitransparente que no me permitía ver con claridad. Poco a poco, fui apreciando una silueta en torno a donde yo estaba, un lugar impreciso que, por descontado, no se parecía en absoluto a mi cuarto de baño.

—¿Óscar? —susurré con un hilo de voz.

—Oh, Raquel, por fin has despertado. —Me besó repetidas veces en la frente—. Qué miedo hemos pasado.

—¿Miedo? ¿Por qué?

Me sentía totalmente agotada. Era como si no hubiera dormido en días. ¿Qué había pasado?

—Eso ahora es irrelevante —respondió mi amigo—. Lo importante es que estás bien.

—Mira aquí, Raquel. —Enrique me puso una luz frente a los ojos para que siguiera el movimiento. Sin embargo, los párpados seguían pesándome toneladas—. ¿Cómo te sientes?

—Mmm —protesté—. ¿Dónde estoy?

—En el hospital —comentó Enrique apartando la luz de mis ojos. —¿Qué... qué hago aquí? —tartamudeé. Tenía la voz pastosa. —Has tenido un percance en el baño. Ha faltado muy poco para que...

No lo dejé terminar. Asustada, giré bruscamente la cabeza para buscar de Óscar y le pregunté:

—¿Dónde está Bruce?

—Cielo, él no está aquí.

—Pero si hace un momento él y yo...

Cerré los ojos con fuerza.

—Reina, has estado inconsciente mucho tiempo.

—¿Cómo que inconsciente? ¿Qué ha pasado?

Enrique colocó una mano sobre mi hombro.

—Mañana, cuando estés más tranquila, Óscar te contará todo. Ahora necesitas descansar.

Observé la habitación de hospital con atención. Paredes de color celeste hasta media altura, aparatos por doquier, olor a lejía... ¿Cómo había acabado allí? El rostro de mis amigos me dio pistas para comprender que algo verdaderamente grave había ocurrido. Sin embargo, mi mente era incapaz de recordar nada que no fuera a Bruce, desnudo frente a mí. Carlos y Pablo, que estaban sentados junto a la ventana, me sonrieron con preocupación.

No me dio tiempo a preguntarles nada. Alguien acababa de abrir la puerta.

Me impactó encontrarme a Isidro y a Natalia al otro lado del umbral.

Ambos apresuraron el paso para abrazarme y repartir besos por todo mi rostro.

Isidro saludó a los chicos, estrechándoles la mano y comenzó a hablar con Enrique.

—Discúlpanos, por favor. Cuando nos telefoneaste hace días aún estábamos en Canadá. Hasta ayer no pudimos conseguir un pasaje de vuelta. ¿Cómo se encuentra?

—Tranquilo, no nos hemos separado de ella. Salgamos fuera un momento.

—No, Enrique. —Impedí que se marcharan—. Lo que tengas que decir me gustaría escucharlo a mí también.

—Muy bien, Raquel —resopló Enrique—. Presiento que no vas a descansar como te he dicho hasta que no sepas toda la verdad.

—No.

—Hace unos días, cuando llegaste de Cádiz, después de la charla que mantuvimos en tu salón, decidiste darte un baño relajante mientras Óscar, Carlos, Pablo y yo íbamos a comprar algo para comer. Al regresar, golpeé en la puerta del cuarto de baño para anunciarte que acabábamos de llegar, pero no recibí ningún tipo de señal por tu parte. Como

comprenderás, me asusté y derribé la puerta de un empujón. Tú y tu manía de cerrar con pestillo. Espero que no vuelva a ocurrir.

—Enrique te sacó del agua —continuó Óscar—. Estabas inconsciente, así que te tuvo que tumbar en el suelo para hacerte la respiración boca a boca.

—Habías tragado mucha agua —prosiguió Enrique—. Tuvimos que traerte al hospital porque tu pulso estaba muy débil y tus pulmones estaban encharcados de agua.

—¿Y Bruce?

—¿Bruce? —Enrique frunció el ceño y miró al resto de sus compañeros—. ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—Estuve hablando en mi cuarto de baño —alegué—. Lo recuerdo perfectamente. Vino a verme y se metió en la bañera conmigo. —Raquel, Bruce no estuvo aquel día en tu casa —corroboró Óscar con cara de circunstancias.

—¿No sabe que estoy en el hospital?

—No lo hemos llamado. Tú fuiste la que dijo que no querías volver a saber de él —se excusó Pablo cogiéndome la mano con cariño—. ¿Quieres que lo llame?

—Sí. —Asentí afirmativamente—. Por cierto, ¿qué día es hoy? —Estamos a martes, cariño —comentó Natalia con dulzura, acariciándome la frente con ternura.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Martes?

—Así es —afirmó Isidro, acercándose al pie de la cama. ¿Cuántos días llevaba postrada en la cama del hospital? Miré la vía que tenía en el brazo.

—Tuvimos que monitorizarte —comentó Enrique al comprobar cómo yo miraba con extrañeza el recorrido ascendente del canal del suero—. La vía te la quitarán cuando el doctor Menéndez compruebe que tus pulmones funcionan correctamente.

—Auuu... —protesté cuando el catéter de la vía se me clavó un poco más en la vena al rascarme.

—Ten cuidado, cariño —sugirió Natalia, retirando mi mano con delicadeza—. Esto suele ser muy molesto, lo sé, pero es necesario que no se te obstruya para que la medicación llegue bien a tu vena.

—Estoy cansada —murmuré, sintiendo cómo los ojos me pesaban cada vez más.

—Es preciso que descanses, Raquel —me informó Enrique. Óscar se levantó de su asiento y se ofreció a quedarse conmigo en la habitación.

—Natalia se quedará conmigo. Tú necesitas también descansar. —Yo estoy más fresco que una rosa.

—Ale, no me hagas enfadar. Estaré bien.

Óscar asintió y se marchó con los chicos. Antes de que cerrara la puerta de la habitación, le pedí que al día siguiente me llevara el móvil, el cargador y los auriculares. Enrique no había sido muy claro y no me había dado pistas de cuándo iba a poder salir del hospital. Todo dependía del doctor Menéndez. Conociéndolo como lo conozco, estoy convencida de que aquella fue una excusa tonta para no decirme que iba a tener que quedarme en el hospital una buena temporada, como así ocurrió. Recuerdo que aquel día pensé mucho el motivo por el que yo merecía tener unos amigos tan leales como ellos. Después de todo este tiempo, aún no lo he descubierto, pero sí que he trabajado mucho, hasta lo imposible, para mantenerlos a mi lado.

Los adoro.

—Natalia, ¿dónde está Bruce?

Ella cogió el sillón y lo situó junto a mi cama.

—Ya has escuchado a Enrique, cariño. Todo fue un sueño. —Pero fue tan real... ¿Por qué no está ahora aquí? Lo necesito. —Los chicos pensaban que no querías verlo.

Fruncí el ceño. ¿Por qué no iba a querer ver al hombre más importante de mi vida?

—¿No te acuerdas de nada?

—¿De qué se supone que me tengo que acordar, Natalia? Agarré su mano y luché para que mis ojos no se cerraran. Antes de que lo hicieran, escuché de sus labios.

—Cariño, ¿qué te parece si hablamos mañana de todo lo que tú quieras?

—Moví ligeramente la cabeza y la acomodé en la almohada—. Ahora necesitas descansar. Tu salud es lo primero.



No sé cuánto pude dormir, pero cuando abrí los ojos de nuevo, Natalia ya no estaba conmigo. Ahora era Pablo quien había ocupado el sillón.

—Hola, amor. ¿Cómo estás?

— Me encuentro bien, aunque estoy algo aturdida. ¿Dónde está Natalia?

—En casa, supongo. Cuando llegué a las seis y media de la mañana, estaba agotada, con las piernas muy hinchadas. Estos sillones no son nada cómodos para pasar una noche entera.

¿Cuándo iban a darme el alta?

Necesitaba volver a mi vida normal cuanto antes y, sobre todo, que Bruce estuviera a mi lado. A pesar de todo, lo echaba de menos.

Estaba pensando en ello cuando Enrique abrió la puerta de la habitación y entró con una gran sonrisa en los labios.

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra mi enferma favorita?

—Algo mejor, aunque estoy un poco descolocada aún. Hay cosas en mi cabeza que no logro encajar.

—Ajá. —Asintió mientras evaluaba mis constantes vitales.

—¿Habéis llamado a Bruce?

—No tienes que preocuparte por ese tema. Lo he llamado yo personalmente esta mañana.

—¿Te ha dicho si va a venir? —pregunté con emoción.

Pablo rodó los ojos hacia atrás y Enrique inspiró hondo, llenando los pulmones completamente, hasta el punto de reventar la camiseta que llevaba bajo la bata blanca.

—Sí, Raquel, va a venir. He de decir que se ha puesto hecho una fiera cuando se ha enterado de que estás en el hospital. Tiene un cabreo de mil pares de cojones. Salvo ese pequeño detalle, y que me ha dejado sin un tímpano, creo que todo va a salir sobre ruedas. —Me puso el estetoscopio en la parte interna de la muñeca—. Cuenta conmigo, por favor. Uno, dos...

—Tres —resopló Pablo al ver a Bruce junto a la puerta.

Mis ojos se iluminaron y mi corazón comenzó a latir frenético en cuanto lo vi. Estaba jodidamente guapo con aquellos vaqueros desgastados, con la camisa blanca ceñida que yo le había regalado tiempo atrás y con esa barba de días que le hacía, y sigue haciéndolo, tan atractivo.

—Buenos días —dijo muy serio, estrechando primero la mano de Pablo y después la de Enrique. Luego se acercó hasta la cama y me besó en la

frente—. Hola, mi amor. ¿Cómo estás?

—Algo confusa.

—¿Se puede saber qué es lo que ha sucedido?

—Se desmayó en la bañera y tragó mucha agua —explicó Enrique—. Raquel va a tener que estar en el hospital unos días. Tenemos que cumplir los protocolos y hacerle una serie de pruebas para comprobar si sus pulmones funcionan correctamente y analizar la causa principal de su hipotensión.

—Enrique, no dudes en hablar conmigo para mantenerme informado, ¿entendido?

—Claro.

Pablo y Enrique nos dejaron a solas. En ese momento, Bruce se sentó a mi lado en la cama y me acarició el rostro con mimo.

—¿Cómo te encuentras? —Su voz acarició mis tímpanos con delicadeza.

—Ahora que estás aquí, muchísimo mejor —musité, sintiendo un ligero rubor en las mejillas—. ¿Sabes?

—Ajá.

—Cuando desperté pensé que tú y yo estábamos... juntos.

—Siento lo que ha pasado entre nosotros, Raquel. Llevo días buscándote como un loco para explicarte lo que sucedió realmente en el reservado del restaurante. No he sabido que estaba en el hospital hasta esta mañana.

Lo miré extrañada.

—¿De qué hablas, Bruce?

—De la noche que estuvimos en el Cala Burra.

—Solo recuerdo que salí con Josh al jardín y nos encontramos con Ángel.

—Me llevé las manos a la cabeza. Acababa de tener otro flash en el que se vía a Cassandra y a Bruce en actitud más que cariñosa—. ¡Oh, Dios mío, Bruce!

¿Cómo pudiste hacerme eso?

Los recuerdos llenaron mi cabeza por completo.

—Raquel, te juro que no era yo.

—¿Y ahora sí eres tú?

—Por supuesto.

—¿Te puedes hacer una idea de lo mal que me sentí aquella noche después de todo lo que pasó? —Comencé a temblar de la rabia que tenía dentro de mí. Ya no había bruja que me susurrara que lo mandara a la mierda. Ahora solo estaba yo y nada más que yo, preparada para enfrentarlo como se merecía. Los hechos estaban regresando ordenadamente a mi mente—. Solo tenías ojos para ella y yo...

—Tú eres mi chica del lunar.

—Yo soy un cero a la izquierda para ti. Ahora entiendo por qué los chicos no te han llamado antes. Vete, por favor.

—Tenemos que hablar y solucionar todo esto, Raquel.

—No me apetece hablar de nada contigo. Estoy cansada. —Me crucé de brazos y me recosté en la almohada—. No te puedes hacer una idea de lo rebajada que me hiciste sentir como mujer. Y más cuando... ¡Joder, te besaste con ella! Y, por si fuera poco, no tuviste reparos de meterle la polla hasta la campanilla.

—Te juro que no sé qué me pasó aquella noche. —Su mirada suplicante me pedía a gritos que lo creyera—. Estaba fuera de mí. Por favor, debes creerme.

—Eso no hace falta que lo jures. Todos los que estábamos allí lo vimos.

Antes de que Bruce pudiera contestar, la puerta se abrió y aparecieron mis amigos con una silla de ruedas.

—Lo siento, Bruce, pero tenemos que llevarnos a Raquel para hacerle unas pruebas —apuntó Enrique. Y, dirigiéndose a mí, añadió—: Vamos a quitarte el cardiógrafo para que solo te quedes con la medicación por vía intravenosa.

—Esa es una buenísima noticia —aplaudió Bruce con entusiasmo, acariciándome el hombro. Yo aparté su mano de inmediato, no quería que me tocara.

Mis amigos se miraron entre ellos sin comprender qué pasaba. Ya se lo explicaría más tarde. En ese momento necesitaba que me hicieran esas pruebas para salir cuanto antes del hospital.

—Bruce, cuando regrese, no quiero encontrarte aquí. No me apetece saber nada de ti por una temporada.

—Pero... —Se pasó la mano por la frente con desesperación—. ¡Raquel, acabo de llegar!

—He dicho que no quiero verte. —Mi voz sonó tajante.

—Muy bien, como quieras. No me veras aquí, pero llamaré todos los días para saber de ti.

—Vete.

Bruce obedeció y salió de la habitación con los hombros caídos. Ardía en deseos de que se quedara conmigo, pero recordar lo que había ocurrido en el restaurante Cala Burra, me había puesto como una locomotora. No quería besos de segunda división; yo siempre he sido de primera.

—Bueno, chicos. —Intenté disimular lo mucho que me había afectado la visita de Bruce—. Vamos a hacer esas pruebas, ¿sí o no?

Pablo empujó la silla de ruedas mientras que Enrique le daba instrucciones y contestaba algunos mensajes en el móvil.

Cuando llegamos al sótano y accedimos a una sala de pruebas, encontré a Óscar y a Carlos vestidos con batas desechables de color azul. Al verlos, me preocupé.

—¿Pasa algo malo?

—No, tranquila —intervino Enrique, colocando su mano sobre mi hombro izquierdo para tranquilizarme—. Los he llamado para que vean tu reacción cuando...

—No me asustes, por favor. —El corazón me latía de forma frenética.

—Shhh, ahora Óscar y Pablo te van a ayudar a tumbarte en la camilla mientras yo preparo una cosa.

—No te preocupes, Raquel —me susurró Enrique al oído cuando se acercó a mí otra vez—. Todo saldrá bien. Súbete el camisón.

—En cualquier otra circunstancia sería un honor hacerlo frente a cuatro hombres como vosotros, pero...

—Hazme caso.

Dejé mi vientre al aire y miré a Óscar. Necesitaba saber lo que iba a pasar.

—Voy a echarte un poco de gel. Está frío, así que no te asustes.

—Jooder.

—Ya te lo he dicho, reina —afirmó Enrique sin poder controlar una carcajada—. Mira el monitor.

—Solo veo una mancha negra.

—Espera un segundo. —Señaló dos puntitos oscuros en una zona más clara de la pantalla—. Mira aquí, justo aquí.

—Dios mío. ¿Eso es lo que creo que es?

—Reina, vas a ser mamá.

—Y nosotros tíos —añadió Óscar con sonoridad.

—Shhh, contrólate o nos van a echar de aquí —exigió Enrique—. Me estoy jugando el puesto de trabajo al dejaros entrar aquí.

—Lo siento.

—Cariño —dijo Carlos digiriéndose a Enrique—, ¿está todo bien? —Está todo perfecto. Lo único que... —Se calló de repente. —¿Qué? —exclamamos todos a la vez.

—Que vamos a ser tíos por partida doble. Raquel va a tener dos hermosos bebés.

Comencé a llorar al pensar que había echado de la habitación al padre de mis

hijos. Podría estar allí, cogiéndome de la mano y disfrutando de aquel momento tan bello. Pero no. El destino había jugado sus cartas y decidido que Cassandra se inmiscuyera en nuestra relación y yo me viera obligada a alejarme de Bruce.

—¿De cuánto tiempo se supone que estoy?

—De diez semanas.

—Tienes que decírselo a ese tipo —opinó Óscar refiriéndose a Bruce.

—Sí, es el padre y tiene todo el derecho de enterarse, pero no en este momento. Antes debemos arreglar muchas cosas. Ahora le toca sufrir a él.

—Reina, eres una arpía despiadada.

—Lo sé —me carcajeé—, pero es lo que hay.

—Estoy convencido de que algo tuvo que ocurrirle para actuar de aquella manera —afirmó Carlos con el ceño fruncido.

—Sé que algo raro le pasaba. No puedo explicar el qué, pero sus ojos no brillaban como siempre y sus actitud... En fin, prefiero no recordarlo.

—¿Piensas que lo drogaron?

—No lo descarto, pero no podría afirmarlo con rotundidad. —Inspiré hondo y traté de desviar el tema para centrarme en algo mucho más importante: iba a ser mamá—. Así que voy a ser madre de dos preciosos bebés, ¿no?

—¡Sííí! —aplaudí Pablo—. No te puedes hacer una idea de lo contento que estoy. Voy a ser tío.

—Calla, bobo. —Sonreí—. No te vuelvas loco.

Movió los dedos frente a mis ojos y me besó la frente.

—Sé que te encanta cuando me vuelvo loco, reina.

Después de echarnos unas risas, me llevaron a la habitación. Allí encontramos a Isidro y a Natalia, contabilizando los azulejos del suelo. Estaban nerviosos.

En cuanto nos vieron, se paralizaron como dos estatuas de sal, hasta que Natalia vació sus pulmones de aire y comentó:

—Chicos, estamos muy preocupados. ¿Va todo bien?

—Tranquila, estoy bien —me acomodé en la cama—, pero tengo que contaros una cosa importante.

Un silencio indescriptible se hizo en el interior de la estancia. Asustado, Isidro miró a Natalia y, al ver que esta no era capaz de reaccionar, fijó los ojos en los de Enrique.

—Reina, habla de una vez.

—¿A qué viene tanto misterio? —inquirió Natalia, frotándose las manos con desesperación.

—La noticia es... —comenzó a decir Carlos.
—La noticia es que vais a ser abuelos —concluí yo.
Isidro se llevó las manos a la cabeza y comenzó a reír.
—Nena, ¿qué dices? —Natalia parecía muy sorprendida.
—Estoy esperando un bebé —le confirmé con una amplia sonrisa que iluminó todo mi rostro—. Bueno, en realidad...
—¿Qué?! Estás asustándome otra vez.
—Natalia, si lo que te preocupa es si son extraterrestres, la respuesta es no.
—Carlos, ¿por qué no te muerdes la lengua?
—Porque se envenenaría —declaró Óscar, acercándose a él—. Suéltalo, reina. Déjate ya de tanto misterio.
—Natalia. Isidro. Lo que quería deciros es que... —vi la tensión reflejada en sus ojos— estoy embarazada de gemelos.
—¡Ay, ay, ay! —exclamó Natalia con lágrimas en los ojos, lanzándose contra mi pecho—. No sabes la ilusión que me hace, cariño. Si tus padres estuvieran vivos...
—Por desgracia no lo están —sentencié con un nudo en la garganta—, así que os va a tocar a vosotros ser los abuelos de mis hijos. ¿Aceptáis?
—Por supuesto —respondió Isidro—. Te juro que a esos niños no les va a faltar de nada.
—Por cierto, ¿habéis llamado a las *Chirusas*?
—Sí, cariño. Natalia y yo fuimos al restaurante ayer, justo antes de venir al hospital. Todas saben ya que estás ingresada. De hecho, hoy ya han preguntado tres veces por ti. Si no recuerdo mal, Mariela comentó que mañana se pasarán las cinco a verte.
—Miedo me da —resopló Óscar rodando los ojos hacia atrás.
—He de reconocer que las echo mucho de menos.
—Y ellas a ti también —anunció Natalia acariciándome el hombro con ternura.
Unos minutos más tarde, los chicos se fueron con Isidro a la cafetería. Fue en ese momento cuando Natalia y yo comenzamos a hablar de muchas cosas, sobre todo, de cuánto iba a cambiar mi vida con la llegada de los bebés. En un *impasse* que hicimos en la conversación, aproveché para introducir un tema preocupante, al menos para mí.
—Bruce ha venido esta mañana y lo he echado.
Natalia abrió los ojos de par en par.
—Raquel, ¿por qué has hecho tal cosa?

—Porque he recordado ciertas cosas que me causaron mucho daño, más incluso que los que pueda generar cualquier tipo de tortura china.

—¡Mujer, qué exagerada eres!

—¿Sabes lo peor de todo? —Natalia movió la cabeza en una clara negativa—. Que lo quiero con toda mi alma y me muero por él. Se me ha partido el alma cuando se ha ido.

—¿Por qué no lo llamas? Aún estáis a tiempo de solucionar las cosas.

—Porque, aunque lo amo, lo odio también con toda mi alma. Adán se portó mal conmigo, pero lo que me ha hecho Bruce es imperdonable.

—No hay que ser tan radical. Todo en la vida tiene solución, salvo la muerte.

—Natalia, Bruce me engañó. Me dijo que yo lo era todo para él y, sin embargo, se acost... —Me miró con cara de sorpresa, como si no comprendiese lo que le estaba diciendo—. Da igual. La cuestión es que él sí lo era todo para mí, pero no lo supo ver.

—Sin embargo, no te has quitado lo que te regaló. —La miré con interés. ¿Qué había querido decir?—. Tócate el cuello, anda.

Temblorosa, subí la mano izquierda hasta mi pecho y ascendí con cautela hasta rozar la llave de oro con un pequeño brillante engastado en el centro que me había regalado Bruce tiempo atrás.

«Esta es la llave de mi corazón —me susurró el día que me la entregó—. Tú, y solo tú, eres su dueña.»

—Adoro este colgante —musité melancólica, sintiendo cómo las lágrimas empañaban mis ojos.

—Lo amas, Raquel. —La afirmación categórica de Natalia hizo que mis pulsos se dispararan—. No me cabe duda.

—Claro que lo amo.

—¿Entonces?

—Me dolió mucho lo que Bruce me hizo. Me trató como si fuera una cualquiera, y no me lo merezco. No sé qué me molestó más, que me ignorara o que...

—¿Kassandra? Ella es la culpable de esta situación, ¿no?

—Sí.

—Esa mujer abusó de la confianza que Bruce le concedió al permitirle que se sentara con nosotros a cenar. —Me sequé las lágrimas que resbalaban por mis mejillas de un manotazo—. ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Ufff, no lo sé. Con lo simplona que soy, e intuyendo lo que pudo pasar, estoy convencida de que me hubiera puesto a llorar antes de coger un cuchillo y...

—Llorar fue lo único que no quise hacer delante de Kassandra.

Natalia se sentó en el filo del colchón y me acarició la frente por enésima vez, un acto maternal que siempre agradeceré que me regalara aquel día. Luego dijo:

—Raquel, a veces solemos hacer daño a las personas que más queremos sin darnos cuenta.

—¿Piensas que Bruce lo hizo inconscientemente?

—Algo raro le tuvo que pasar, eso seguro. Si estuviéramos hablando de Adán, te diría que te lo advertí. Pero lo estamos haciendo de Bruce. Ese chico no se parece a tu ex. Conozco a sus padres desde hace muchos años, incluso antes de que él naciera, y sé que ha recibido una educación exquisita.

—Nunca me habéis contado de qué conocéis a los Smith.

—Isidro y yo vimos por primera vez a Alexander y a Manuela en Cádiz. Sí, en Cádiz. En el verano del... Da igual. Estábamos dando un paseo en coche y se nos pinchó una rueda. Era de noche y, de los pocos conductores que pasaron por aquella carretera en las dos horas siguientes, ninguno se dignó a parar. Cuando ya estábamos a punto de entrar en la cuarta hora sin que nadie nos hubiera auxiliado, un vehículo de color negro imponente se detuvo. De él bajó Alexander. Imagínatelo con unos cuantos años menos, todo bronceadito y con esos impresionantes ojos. Me enamoré platónicamente de él al instante. Su mujer resultó ser de lo más agradable también. Congeniamos en cuanto se acercó a mí mientras Alexander ayudaba a Isidro con el coche. Ya sabes tú que él no tiene idea de mecánica. Desde entonces, hemos ido afianzando nuestra amistad con el paso de los años. De hecho, mi marido y yo somos los padrinos de Bruce.

—¿En serio?

—Sí, querida. Bruce ha convivido con nosotros largas temporadas. De niño, Isidro y yo lo llevábamos a la playa a comer espetos de sardinas. Por cierto, le encantaban. —Sonreí como una tonta al imaginarme a Bruce comiendo un espeto—. También fuimos con él a Barcelona un año, al parque de atracciones, al circo e incluso a esquiar. Donde tú ves a un hombre serio y formal con trajes oscuros y coches caros, hay una persona muy sencilla. Y familiar. Él nació con dinero. Los negocios de Alexander siempre han reportado a la familia grandes beneficios.

—No me interesa su dinero, Natalia, para eso ya trabajo yo.

—Lo sé, Raquel. Sé cómo eres, cariño. Te conozco a la perfección. ¿No te das cuenta de que a ti también te he cambiado los pañales?

Nos reímos juntas. Natalia había estado en mi vida desde que tenía uso de razón. ¿Era ella el nexo de unión que había establecido el destino para que nuestras vidas, la de Bruce y la mía, se encontraran?

Seguimos hablando sobre él.

—Cariño, Bruce estudió derecho en Harvard, y se graduó con los máximos honores.

—Vaya...

—En realidad, fue uno el mejor de su promoción. —También era el mejor en la cama, pero...—. Eso le permitió acceder poco después a la cuarta universidad privada más grande de los Estados Unidos, la Universidad de Boston, donde se doctoró en finanzas y recibió la mención *summa cum laude*⁸ por su excelente trabajo.

—¿Qué le hizo Kassandra? —me interesé, tratando de desviar el tema de conversación.

Natalia suspiró con pesar. Se veía que no era un tema que le gustase tocar. Aun así, atendió a mi petición y expuso:

—Esa mujer ha estado siempre con él por el interés. Nunca lo ha querido. Llevaban tres años juntos más o menos cuando soltó la noticia de que estaba embarazada. Para Manuela, aquello fue como si le echaran un cubo de agua fría a bocajarro. Nadie se lo esperaba. —Hizo una pausa para aclararse la voz—. Raquel, Bruce ha sufrido muchísimo con esa persona. Más de lo que nadie pueda imaginar. Como te iba diciendo, Manuela se llevó un gran disgusto cuando Kassandra le dio la noticia. Alexander se lo tomó algo mejor. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que Kassandra tramaba algo. »Dos o tres meses después de soltar la bomba, ninguno de los dos había hablado aún de boda. Bruce estaba ciego de amor y, como tú bien sabes, el tema de la boda es algo sobre lo que los hombres no piensan demasiado. Suele ser algo más de nosotras, por esa absurda idea de vestirnos de blanco, y esas cosas. En resumidas cuentas: todo el mundo veía algo extraño en aquella relación, salvo Bruce que, como ya te he dicho, solo vivía por y para complacer a Kassandra.

»Al quinto mes de aquel hipotético embarazo que nunca llegaba a despertar —reconozco que a Kassandra nunca le vimos una ligera redondez en la tripa—, ella se fue de viaje, supuestamente, para descansar. A su regreso, el inestable castillo de mentiras que ella había construido se des

⁸ *Summa cum laude*: locución latina usada para indicar el nivel máximo de rendimiento académico con el que se ha obtenido un grado académico universitario, usualmente el doctorado.

plomó. Una tarde, cuando regresó al hogar que compartían, Bruce se encontró a Cassandra en la cama con Daniel, su mejor amigo. —Tuvo que ser horroroso.

—Imagínatelo. Bruce echó a Cassandra esa misma tarde de casa y rompió una relación de amistad de muchos años con Daniel. Durante semanas, nadie supo de él. Se encerró a cal y canto en su hogar. —A pesar de que ya conocía la historia, volver a escucharla me puso los vellos de punta—. Tiempo después, cuando el embarazo ya estaba entrando en el sexto mes, Bruce descubrió tras una fuerte discusión telefónica que mantuvo con Cassandra que ella no estaba embarazada. Tal y como me relató él posteriormente, todo había sido una argucia para asegurarse un futuro y una estabilidad económica saneada. Aquello fue la gota que colmó el vaso, lo que me confirmó por segunda vez que Cassandra Thompson era una víbora y una zorra sin escrúpulos.

—Raquel...

Natalia envolvió mi mano con la suya.

—Espero que esta conversación no salga de aquí.

—Descuida.

—Salvo alguna cosilla que me ha contado Bruce, la mayor parte de la historia la conozco por Manuela. Ya sabes que Bruce tiene muchísima confianza con su madre. De hecho, ella fue una de las primeras, o la primera, en enterarse de que había conocido a una malagueña preciosa. —Esbocé una tímida sonrisa—. Raquel, tú le has dado a Bruce esa chispa que no tiene desde hace tiempo. Cassandra es pasado, una absurda piedra en el camino a la que patear para que no se te cuele en el zapato. Cada vez estoy más convencida de que algo raro tuvo que pasar para que actuara de esa manera. Créeme.

—Lo que ocurre, simplemente, es que aún sigue enamorado de ella. Tenías que haber visto cómo la miraba. Estaba como idiotizado.

—Cariño, querrás decir hipnotizado.

—No, Natalia. La palabra correcta es idiotizado porque Bruce estaba como un idiota mirándola, babeando como un sabueso.

La puerta se abrió de repente y los chicos accedieron a la habitación con una gran sonrisa.

Isidro abrió el paso y se acercó a Natalia para darle un beso en la frente. Me dio envidia.

«Ojalá pudiera borrar aquella horrible noche de mi mente para que Bruce estuviera aquí conmigo», pensé.

Pablo, Óscar y Carlos rodearon la cama. Parecía que la noticia de que iban ser tíos les había hecho ilusión. Me fijé en Óscar, tenía los brazos en la espalda. Escondía algo.

—Oye, Óscar, ¿qué tienes ahí?

Movió los brazos como un ilusionista y dejó dos paquetes sobre mis piernas. Con ilusión, rasgué el papel que decoraba uno de ellos y me encontré con un libro muy sugerente. *Enciéndete para mí.*

—¡Madre mía! ¿Y esto?

—Te va a molar —afirmó Carlos guiñándome un ojo con picardía—. Solo hay que leer el título y ver al tipo de la portada para saber que...

—Olvídate de este tontorrón —dijo Pablo—. Si algún día no puedes aplacar tu fuego, llama a los bomberos, ¿entendido? El título lo dice todo: *Enciéndete para mí.*

—¿Para ti? —se mofó Óscar.

—Bueno, para mí no, para el tipo de la portada.

Dejé el libro sobre la cama y comencé a abrir el segundo paquete. Era más pequeño que el anterior y estaba blandito.

Lloré como una tontorróna cuando terminé de rasgar el papel. En el interior de una caja de cartón azul con transparencias había un osito de peluche precioso con una camiseta de color blanco en la que rezaba: «Te quiero mamá». Eché de menos vivir aquel instante de felicidad con Bruce. Me dolió mucho no tenerlo allí, a mi lado.

Enrique abrió la puerta.

—Vengo a hacer una visita especial a esta enfermita llorosa.

—Gracias —balbuceé mientras revisaba que todo estuviera en perfecto orden: la vía, el suero...

—Esta futura mamá tiene que descansar —anunció, lo que provocó que todos salieran en estampida de la habitación.

—Enrique, necesito salir de aquí.

—Reina, por lo menos vas a estar una semana más aquí, así que... relájate.

—¿Una semana?

—O dos.

—Pero tengo que trabajar. Tengo que pagar facturas y...

—Ahora no tienes que preocuparte por nada —me cortó—. Relájate. El pulso se te está disparando. Entre todos te echaremos una mano.

—Ni pero ni manzanas. Tú siempre has estado para nosotros cuando te hemos necesitado, ahora nos toca ayudarte a ti. Pero...

—Relajaaa. —Zarandeeó mi muñeca y volvió a evaluar mi pulso—. Óscar me ha dicho que él se va a quedar contigo esta tarde. Espero no tener que llamarte la atención, Raquel. Recuerda que necesitas descansar, ¿entendido?

—Sí.

—En ese caso, voy a dejar que pase.

—Gracias.

Rodó los ojos hacia atrás.

—Espero no arrepentirme de esto. —Me lanzó un beso y abrió la puerta.

Óscar estaba esperando fuera—. Luego te veo, reina.

Con Enrique no se puede discutir. Con Óscar tampoco. Los tres somos igual de tercos y cabezotas.

Cuando nos quedamos a solas, Óscar se sentó en el sillón y estiró los pies.

Luego dijo:

—¿Qué sucede ahora? Ya has oído a Enrique, tienes que descansar.

Le conté que Bruce había estado conmigo en la habitación horas antes y cómo lo había echado por impulso.

—¿Cómo?! ¡Estás loca, Raquel!

—Estoy destrozada, que no es lo mismo. —A él no podía esconderle nada—.

Y, por si fuera poco, tengo el corazón roto en mil pedazos.

La puerta volvió a abrirse y una enfermera entró en la habitación para tomarme la temperatura. El móvil de Óscar comenzó a sonar justo cuando el termómetro comenzó a pitar, anunciando que tenía unas décimas de fiebre.

—*Hola. Sí, un momento.* —Cubrió el auricular y se dirigió a mí—. Nena, es Bruce. Dice que le gustaría hablar contigo.

—No quiero hablar con él. Dile que estoy dormida.

—¿Cómo le voy a decir eso?

—La madre que te parió, Óscar. Acércame el móvil. —La enfermera me observó con cara de pocos amigos. Grité, acercando la boca al micrófono—:

¡No quiero hablar contigo!

—¡Reina!

—¿Qué?!

—Te estás comportando como una niña.

—¡Cuelga!

—Las cosas no se hacen así.

Mi amigo puso los ojos en blanco y le explicó a Bruce la situación. Cuando la

enfermera abandonó la habitación, cogí el móvil y me puse los auriculares para escuchar música. Comencé a canturrear distraídamente, observando a Óscar caminar por la habitación con el teléfono pegado a la oreja.

De repente, la curiosidad pudo conmigo y bajé el sonido de la música.

—*No, tranquilo. Sí. Una semana. Dos como mucho. Yo me quedaré con ella esta noche. Espera, a ver si ha cambiado de opinión.* —Hizo una pausa—.

Raquel, Bruce sigue queriendo hablar contigo.

Me crucé de brazos. El catéter de la vía se me clavó un poco más en la vena. Cerré los ojos para soportar el dolor y dije entre dientes:

—No me interesa nada de lo que me quiera decir.

—Pero nena, piénsalo, que después te vas arrepentir. Como hoy cuando...

—He dicho que no me interesa hablar ahora mismo con ese traidor —le corté.

Lo último que necesitaba en aquel instante es que Bruce se enterara de que iba a ser padre—. Solo he sido un entretenimiento para él, una acompañante, una agregada, una...

—Vaya tela, hija. Desde luego, a cabezota no te gana nadie. —Volvió a la llamada—. *Lo siento, Bruce. Ya lo has oído todo, no quiere hablar contigo. Lo siento de verdad.*

Me cabreeé al escucharlo. ¿Desde cuándo eran tan amigos? Bruce me había hecho daño, ni siquiera debería de haberle cogido el teléfono.

—*Tranquilo, ya te voy diciendo. Muy bien, que tengas un buen vuelo. Hasta pronto.*

Óscar colgó el teléfono y me enfrentó con mala cara. Aunque para mala cara la mía.

—¿Se puede saber qué quería?

—Pues qué va a ser, Raquel, hablar contigo, saber cómo te encuentras, si necesitas algo...

—Yo no necesito nada de él.

—Va a coger su avión privado para regresar a Nueva York.

—Espero que tenga un buen viaje —resoplé de mala gana.

—Me ha dicho que necesita arreglar una cosa antes de volver a verte.

—Ja, primero tendrá que encontrarme.



Me quedé dormida después de dar unos cuantos cabezazos. En mi sueño se coló Bruce, reviviendo las escenas tórridas que acababa de leer en la novela que me habían regalado mis amigos. Sus manos acariciaban mi cuerpo con sensualidad, erizando toda mi piel. Sus ojos verdes, lujuriosos y penetrantes, me miraban intensamente mientras mis manos acariciaban su suave rostro y mis dedos se enredaban en su melena.

Poco a poco, mis manos fueron bajando por su ancha espalda, acariciando sus costillas lentamente. Su piel quemaba, pero me daba igual. Quería quemarme.

Al mismo tiempo, sus labios se abrían paso en mi cuello, tatuándolo con besos y mordiscos tiernos.

Jadeé con gusto. Estaba en el paraíso.

Un calor abrasador se apoderó de mi cuerpo cuando Bruce acarició la cara interna de mis muslos y sus dedos rozaron la hendidura de mi sexo. Ávidos, sus labios buscaron mis pechos y devoraron mis pezones, dejándolos duros y firmes.

Mientras se deleitaba con ellos, sus manos regresaron a mi Monte de Venus, haciendo que mi corazón se desbocara.

Me moría de ganas de tener su boca entre mis piernas.

No tardó en darme el gusto.

Su lengua saboreó la tierna carne de mi sexo, desflorándolo poco a poco. Un gemido ronco brotó de mi garganta cuando llegó a mi hinchazón e introdujo dos dedos dentro de mí. En ese momento, mi Dios del sexo me miró con lujuria, disfrutando del éxtasis que recorrió con vehemencia todo mi cuerpo. Mis manos se perdieron en sus cabellos, no quería que parase. Ansiaba que me devorara como al manjar más exquisito del mundo. Necesitaba su cuerpo, su calor...

Codiciaba todo de él.

Empecé a temblar cuando se puso encima de mí, completamente desnudo, y puso mis piernas sobre sus hombros para rozar mi entrada del placer con su duro miembro.

—¡Bruce! —Jadeé cerrando los ojos con fuerza.

—Dime, mi chica del lunar.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, mi amor.

En cuanto terminó de decirlo, me embistió con fuerza. Una, dos, tres, cuatro

veces...

—¡Dios, Bruce! Dame más fuerte...

—¿Qué eres para mí? —me preguntó con voz ronca—. Dímelo.

Sabía lo que quería escuchar. Aun así, permanecí en silencio, hasta que él me embistió más fuerte, llegando hasta el fondo de mi interior.

—¿Qué eres para mí? —insistió—. Dímelo.

—Soy...

—Dilo, Raquel —exigió.

—Soy tu chica del lunar.

Excitado, extendió mis brazos hacia arriba, sujetándome firmemente de las muñecas. Mis pechos se movieron descontrolados con el movimiento y el frenético vaivén de sus caderas. Su cuerpo se aceleró y, entre besos y jadeos, llegamos juntos al éxtasis, llenando la estancia de nuestro aroma a sexo.

Agotado, se desplomó sobre mi cuerpo, con la respiración agitada, y me susurró al oído:

—Te quiero, mi chica del lunar.

—Y yo a ti, mi amor. Te quiero.



Me desperté agitada y con mucho calor. Las gotas de sudor resbalaban por toda mi piel mientras mi cuerpo temblaba trémulo después de sucumbir al orgásmico placer de un sueño que parecería tan real.

Óscar estaba dormido plácidamente en ese incómodo sillón tan típico de los hospitales. Alargué mi mano hacia la izquierda y cogí el vaso de plástico que había sobre la mesita.

Di un trago de agua.

Luego, como Óscar seguía roncando, acomodé la almohada como pude, me recosté en ella y cogí nuevamente el libro que me habían regalado los chicos. Estudié con atención el torso tatuado del hombretón que aparecía en la portada. Para una mujer famélica como yo en aquel momento, Rhian Hoover era el prototipo de hombre que yo necesitaba: misterioso, aguerrido y exigente en el sexo como Bruce. He de reconocer que desde entonces, he leído su historia una docena de veces y que siempre me entran ganas de encontrar a ese

hombre por la calle para comérmelo entre pan y pan para cenar.

De repente sentí muchas ganas de llamar a Bruce, aunque otra parte de mí decía que no debía hacerlo. Estaba indecisa. ¿Qué debía hacer? Aunque resulte extraño lo que voy a decir, me sentí como una margarita a la que deshojan pétalo a pétalo.

Una vez le prometí a mi padre que iba a ser valiente, y lo cumplí. Cogí el móvil y marqué su número.

Después de seis tonos, su voz sonó al otro lado de la línea.

—¿Nena?

—*Hola, Bruce* —susurré para no despertar a Óscar.

—*Mi vida, ¿cómo te encuentras?*

Mi corazón se aceleró repentinamente. Se me erizaron los pelillos de la nuca.

—*Me han dicho que tengo que permanecer en el hospital unos días* —afirmé con seriedad. A pesar de que había sido mi decisión telefonarlo, aún me sentía reticente a abrirme completamente a él.

—*Amor, piensa que es por tu bien. Para que te recuperes.*

—*Ya lo sé.*

El silencio se hizo entre nosotros. Por primera vez desde nuestro primer encuentro en la hamburguesería, nos quedamos sin palabras, algo inusual y triste de aceptar.

—*Cariño, ¿qué ocurre?*

Cogí una bocanada de aire y solté:

—*Quiero pedirte perdón. No debí echarte del hospital de esa forma tan...*

—*Sigo a tu lado, Raquel, a pesar de la distancia. No sé si Óscar te habrá comentado que vuelvo a Nueva York esta noche.*

—*¿Para qué?*

—*Necesito arreglar unas cosas y saber qué pasó aquella noche.*

«Aquella noche tan jodida —pensé—. Ojalá pudiéramos borrarla.»

—*¿Puedo hacerte una pregunta?* —Él asintió al otro lado de la línea—. *¿No recuerdas nada de lo que te sucedió?*

—*No mucho.*

Apreté el móvil con fuerza.

—*Kassandra y tú...*

—*Nena, te prometo que no quería hacer nada de lo que hice aquella noche.*

—*Me hiciste mucho daño.*

—Necesito que me creas, Raquel. Jamás se me ocurriría hacerte daño. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. —Su voz sonó desesperada—. Solo te pido que recuerdes una cosa. Tú eres la dueña de mi corazón, la única que tiene la llave. Cada vez que toques el collar que llevas sobre tu cuello, recuérdalo.

Instintivamente, toqué el colgante. Al hacerlo, mi mente viajó a la noche que me lo regaló. Estábamos cenando cuando vi una cajita plateada y redonda junto al postre, unos exquisitos profiteroles de nata y chocolate.

— Vas a Nueva York para a ver a Cassandra, ¿verdad? —Aguardé su respuesta. Como no llegaba, añadí—: Siento que no te has desenganchado de ella todavía.

— No te voy a engañar, Raquel. Volveré a verla para que me explique ciertas cosas. Por eso te pido que confíes en mí, por favor.

Me quedé callada un momento. Una parte de mí quería decir que sí, que confiaba en él, pero algo en mi interior me decía que no había llegado el momento de regalarle mi perdón.

—Raquel, ¿estás ahí?

—Ehm, sí, sí. —Suspiré—. Estaba pensando en...

—Confía en mí, cielo.

—De acuerdo, lo intentaré.

—No te vas a arrepentir, mi vida —me aseguró—. Te lo prometo.

—Eso espero. Termina pronto y regresa junto a mí. Tendremos que hablar largo y tendido.

—Habla de todo lo que tú quieras, Raquel. No puedes hacerte una idea de lo inmensamente feliz que me has hecho al llamarme.

Por su forma de hablar, percibí que estaba más relajado.

—¿Te dará tiempo a venir por mí dentro de una semana?

—De eso que no te quepa la menor duda, nena. —Sonreí. Oír aquello me relajó—. Mientras tanto, hablaremos todos los días por teléfono.

—Me parece estupendo —susurré melosa—. Ya estoy deseando que llegues, pimpollo.

—¿Pimpollo? ¿Qué es un pimpollo?

Comencé a reír. ¿Cómo podía ser que no supiera el significado de aquel término después de la relación tan estrecha que mantenía con la cultura española?

—*Pimpollo es una persona que se arregla mucho, como tú que siempre vas muy trajeado.*

—*Qué ocurrencias tienes.*

—*Algunas veces puedo ser muy perversa.*

Se carcajeó.

—*Pues este pimpollo está ya loco por verte.*

—*¿Para qué, si se puede saber?*

Mi corazón se detuvo unos segundos, a la espera de su respuesta.

—*Para besarte, adorarte, mimarte, quererte y susurrarte lo hermosa que eres. Pero sobre todo para bailar contigo bajo la luna.*

—*Bruce —protesté. Sus palabras me estaban afectado—. Ve a Nueva York y haz lo que tengas que hacer, arregla todo lo que sea con Cassandra y vuelve pronto, por favor.*

—*No tardaré, te lo prometo. Ahora tengo que cortar. El jet está a punto de despegar.*

—*Te amo.*

—*Te amo, mi chica del lunar.*

Dejé el móvil sobre la almohada cuando se terminó la llamada y sonreír de satisfacción. Escuchar a Bruce fue un bálsamo para mis heridas.

—*No te has podido contener y lo has llamado.*

Me sobresalté al escuchar la voz de Óscar. Lo miré. Tenía los ojos todavía cerrados, pero sonreía de oreja a oreja como si estuviera en un anuncio de *Profident*.

—*¿Has oído toda la conversación?*

Abrió un ojo, me miró fijamente y asintió con un sutil cabeceo.

—*Raquel, estáis hechos el uno para el otro.*

—*No digas tonterías.*

—*No es ninguna tontería. Olvídate de tu impulsividad, cuenta hasta tres y lánzate a sus brazos si es realmente lo que deseas.*

—*Contigo sí que voy a contar hasta el infinito y más allá —bromeé, lanzándole el vaso de plástico vacío que estaba sobre la mesilla.*



Bruce cumplió su promesa. Me llamó en cuanto aterrizó en Nueva York y estuvimos hablando durante una hora más o menos. Nuestra conversación fue relajada, a pesar de que todavía mi corazón no estaba recuperado del todo.

A partir de ese día, mantuvimos el contacto hasta que, de repente, dejó de llamar.

Pregunté a los chicos si conocían el motivo por el que Bruce había dejado de telefonar, pero ninguno sabía nada de él.

Me desquicié. Aquella actitud no era típica de Bruce.

Rectifico.

Bruce se había comportado como un necio en Cádiz, así que cualquier cosa podía ocurrir. ¿Era Kassandra la causa de un nuevo rechazo por su parte?

—Si ese hombre te quiere de verdad —me dijo Óscar una mañana—, tendrá que ser el que dé el paso a partir de este momento. No te martirices más, por favor.

Cuando llegó el momento de recibir el alta, Bruce no apareció. En ese momento, tratando de controlar el mar de lágrimas que amenazaban con asolar media ciudad, comprendí que sus promesas habían sido solo palabras y que se las había llevado el viento.

Me derrumbé frente a los chicos y lloré muchísimo.

—Me lo prometió. —Sorbí por la nariz—. Se ha vuelto a burlar de mí. Seguro que está con ella.

—No digas tonterías, Raquel —me dijo Enrique mientras terminaba de firmar unos informes que previamente había signado el doctor Menéndez.

—Joder. —Golpeé la cama con los puños—. Lleva una semana sin dar señales de vida. Óscar, llévame a casa, por favor.

Unos minutos más tarde y con los papeles del alta en el bolso, me monté en una silla de ruedas a regañadientes.

El trayecto a casa se me hizo muy largo a pesar de la cháchara de Óscar, que parecía una cotorra. En mi mente solo había cabida para una serie de pensamientos, todos ellos relacionados con Bruce.

«Maldito mentiroso», pensé.

—¿Las *Chirusas* han venido al final a verte al hospital? —preguntó Pablo cuando detuvo el coche frente a mi portal—. No he coincidido con ellas.

Apreté los labios y negué con la cabeza. El fin de semana anterior me habían llamado por teléfono para anunciarme que no podían acudir al hospital y no

había vuelto a saber nada de ellas.

—Raquel —Óscar apoyó su mano derecha sobre mi antebrazo para llamar mi atención—, seguro que todo tiene una explicación. No estés triste.

—¿Qué explicación? —lloriqueé—. Las *Chirusas* no han ido a verme al hospital y Bruce... Bruce se ha cachondeado de mí otra vez. Seguro que está en Nueva York revolcándose con esa furcia.

Pablo se encargó de coger mis pertenencias del maletero —la mochila pesaba tanto que parecía haber estado de vacaciones en lugar de en un hospital—, y Óscar me acompañó al ascensor, donde encontramos a Joaquina. Al instante, me dio un gran abrazo.

—¡Cuánto me alegro de verte, Raquel! —Sonreí como pude; deseaba llegar a casa cuanto antes—. ¡Menudo susto nos has dado, muchacha!

Cuando entré en casa, me encontré el salón repleto de rosas blancas y de girasoles.

—¿Te gustan? —preguntó Pablo, soltando la mochila con mis pertenencias junto a la puerta de la cocina.

—Me encanta —anuncié, dándome un manotazo en la cara para secarme las lágrimas—. Sois estupendos, chicos. Muchas gracias.

Óscar dio un paso al frente y me abrazó por detrás.

—Lo hemos hecho con mucho gusto, cariño. Tú siempre has estado para nosotros, ahora nos toca cuidarte.

—Yo os ayudo de la mejor manera que puedo.

—Lo sabemos, reina. —Ahora fue Pablo el que me abrazó—. ¿Por qué no te echas un ratito en la cama mientras nosotros preparamos el almuerzo?

El dormitorio también estaba lleno de flores. Acaricié con las yemas de los dedos las flores hasta que llegué a la cama, donde me dejé caer a plomo sobre el colchón. Luego saqué el móvil del bolso con la esperanza de que Bruce me hubiera llamado, pero nada me indicó que lo hubiera hecho.

Con los nervios a flor de piel y las lágrimas amenazando con resbalar otra vez por mis mejillas, lo coloqué sobre la almohada, me tumbé en la cama, mirando al techo, y toqué mi barriga, asimilando que poco a poco iba a ir creciendo.

Poco después, me quedé dormida.

No sé lo que soñé, pero sí recuerdo que me sentí muy bien, tranquila y relajada como hacía mucho tiempo que no estaba, cuando volví a abrir los ojos.

Animada, rebusqué en el armario algo que ponerme. Necesitaba ducharme, liberarme de ese olor a desinfectante de hospital que se había apoderado de

mi piel.

Unas voces que llegaban del salón me alarmaron. Con prisa, me deshice de la ropa que acababa de coger del armario y me adentré en el salón. Las *Chirusas* estaban allí, riendo las ocurrencias de Pablo.

—¡Ay, Dios, no me lo puedo creer! —vociferé, llevándome las manos a la cabeza.

Todas se abalanzaron sobre mí.

—¿De veras pensabas que no íbamos a venir a verte?! —exclamó Alicia.
¡Qué alegría me dio verlas!

—Venga, Raquel, siéntate con nosotras —sugirió Mariela palmeando la tapicería del sofá.

Retrasé la ducha unos minutos. Las *Chirusas* entraban a trabajar a las seis y media de la tarde, así que no tenían mucho tiempo.

Todas se interesaron por mi estado y por mi embarazo.

—Tengo que daros una noticia que os va a sorprender.

—Miedo me das —resopló Luna, rodando los ojos hacia atrás.

—Aquí dentro —señalé mi tripa, donde aún no se apreciaba nada—, tengo dos bebés.

Aunque en los ojos de Mariela se apreciaba cierta desilusión —la cigüeña seguía sin llamar a su puerta—, me felicitó con cariño y aplaudió junto a las demás.

—Esto hay que celebrarlo, Raquel —dijo Rosa, dando un salto para ponerse en pie y ayudar a Óscar, que acaba de entrar en el salón cargado de cervezas.

—Para mí sin alcohol, por favor.

—Quién te ha visto y quién te ve —me provocó Óscar, guiñándome un ojo con picardía.

Había llegado el momento de dar otra noticia. Cogí las manos de Mariela con mimo y le dije:

—¿Te gustaría ser la madrina de uno de mis hijos?

—Me encantaría, Raquel. No sabes lo feliz que me has hecho al pedírmelo.

Todos le dieron la enhorabuena. Sus ojos brillaron con intensidad cuando añadí:

—Bueno, en realidad, voy a saltarme un poco la tradición. ¿Qué os parecería si os dijera que mis hijos van a tener más de un padrino y más de una madrina? A Óscar se le iluminó la cara. Esa idea parecía gustarle más.

—He pensado mucho estos días y... —Me sequé una lágrima que resbaló a toda velocidad por mi mejilla—. Joder, quiero que vosotros, los cuatro, seáis

los padrinos de otro niño. ¿Qué os parece?



Pasaron dos meses sin saber nada de Bruce. Al principio, lloraba a todas horas, generalmente en soledad, hasta que determiné que no merecía la pena martirizarse tanto por un hombre. Fue en ese momento cuando mis lágrimas se agotaron y mi vida comenzó a fluir.

Mi embarazo estaba en curso, aunque mi cuerpo se negara a mostrar las redondeces típicas de una mujer que está en cinta.

Carlos, Pablo y Óscar se emocionaban muchísimo cada vez que Enrique me hacía una ecografía y veían las dos habichuelillas que estaban creciendo en mi interior. Para ellos era muy emocionante escuchar los latidos de mis futuros hijos.

—Raquel, todo va muy bien —me explicó Enrique un día, después de hacerme una ecografía—. Los fetos están creciendo. El latido del corazón es perfecto y tienen el peso adecuado. No tienes que preocuparte de nada.

—¿Cuál es la fecha estimada del parto?

Me la había dicho veinte mil veces, pero necesitaba saber si había algún tipo de variación.

—Sales de cuentas el once de marzo, así que...

—¿Para mi cumpleaños?

—Día más arriba o más abajo. —Colocó su mano derecha sobre mi hombro izquierdo y me entregó un trozo de papel para que me limpiara el abdomen—. Si todo sale según lo previsto, vas a tener el mejor regalo de cumpleaños, Raquel.

Lo miré apenada. En aquel momento me habría gustado que Bruce estuviera conmigo, cogiéndome de la mano, viendo la imagen de esos dos pequeños churumbeles que creían en mi interior sobreimpresa en el papel. Es cierto que mis amigos y las *Chirusas* no me habían abandonado en ningún momento, pero aquello no era nada comparable como tenerlo a él. A Bruce. A mi Dios del sexo. Al hombre del que, y aunque me costara reconocerlo, estaba loca y profundamente enamorada.

Precisamente, horas más tarde, sobre las cinco y cuarto de la madrugada, mi

móvil comenzó a sonar. La voz de Enrique Bunbury retumbó por toda la casa mientras buscaba, somnolienta, dónde había dejado el terminal después de cenar.

—¿Diga? —gruñí.

—Raquel, ¿eres tú?

Me pasé la mano por la cara para desperezarme y me senté en el filo del colchón. Frente a mí, el espejo me mostró a una mujer despelucada, con unas ojeras más grandes que la de un oso panda y los ojos abiertos en dos delgadas líneas para filtrar la luz que desprendía la lamparita de noche.

—Sí. —Aquella voz me sonaba de algo, pero no lograba recordar de qué—.

¿Quién eres?

—Cariño, soy Manuela.

—¿Manuela?

—Sí.

—Si llamas para justificar a tu hijo por no haberme llamado en todo este tiempo, prefiero que cuelgues.

El silencio se hizo al otro lado de la línea.

—Raquel, te llamo para decirte que Bruce está en Nueva York. —Vaya, menuda noticia —resoplé con desdén—. ¿Algo más?

—Bruce lleva dos meses hospitalizado. —Dio un respingo y el corazón se me subió a la garganta—. Sufrió un accidente al poco tiempo de regresar.

—¿¿Quééé?! —vociferé—. ¿Cómo que ha sufrido un accidente? ¿Por qué no me habéis avisado antes?

—Llevábamos un tiempo intentándolo, pero ha sido imposible dar contigo.

—Joder.

—Hace un rato nos han devuelto el teléfono de Bruce. Lo que quedó de él, en realidad. Un contacto de mi marido nos ha hecho el favor de recuperar los datos de la tarjeta y... Da igual, Raquel. He marcado tu número en cuanto me lo ha dado el técnico.

—Vale, vale... —dije. No me interesaba recibir tantos detalles. Lo único que me importaba conocer era el estado de Bruce—. ¿En qué hospital está tu hijo?

—En el Mount Sinai Hospital, no muy lejos de su casa.

—¿Me podrías explicar qué le pasa exactamente? —Otro silencio—. Por favor, Manuela, me estás asustando. ¡Habla, por Dios!

—Lo único que te puedo decir, es que había quedado con...

—Di su nombre, tranquila. Sé perfectamente que había quedado con ella.

Bruce me lo dijo. Según me comentó, era una mera reunión de amigos, un ardid para averiguar ciertas cosas que, en este momento, no vienen a cuento mencionar.

—Está bien. —Suspiró audiblemente—. Cuando mi hijo salía de casa de Cassandra después de mantener esa reunión de la que hablas, me telefoneó al instante. Necesitaba contarme algo. La tormenta que estaba cayendo no me permitía oírle con claridad. Ya sabes que a veces las líneas se colapsan y...

—Manuela, al grano, por favor.

—Va, va... De pronto, escuché un estruendo al otro lado de la línea y Bruce dejó de hablar —afirmó compungida—. Supe de él horas después, cuando la policía nos avisó de que Bruce estaba en el hospital. Al parecer, el conductor de la furgoneta que lo embistió estaba ebrio, Raquel. Falleció al instante. Mi... mi hijo podría haber corrido la misma suerte.

Percibí cómo se tragaba las lágrimas.

—Manuela, ¿crees que debería ir?

Mi corazón latía a siete mil kilómetros por segundo.

— Cariño, Bruce no ha dejado de preguntar por ti ni un solo momento. Sabe que prometió llamarte todos los días mientras estuviera en Nueva York y que no lo ha hecho. No hay día que no se flagele por no haber podido ir a recogerte al hospital. —Comencé a llorar—. Por cierto, con todo esto ni te he preguntado. ¿Cómo te encuentras?

— Yo estoy bien, Manuela. Quien me preocupa ahora es tu hijo. ¿Cómo está? Necesitaba respuestas y que fueran rápidas.

—Los médicos dicen que está bien, aunque el tiempo que estuvo dentro del coche le

afectó a las piernas.

Solté el móvil sobre el regazo y me cubrí la cara con las dos manos para controlar las lágrimas que comenzaban a escocerme en los ojos.

—¡Raquel! ¡Raquel, ¿sigues ahí?!

—Sí, aquí estoy. Dime.

Manuela continuó dándome el parte de Bruce. A consecuencia del accidente, había perdido la movilidad en las piernas. Por suerte, existía una posibilidad, aunque pequeña, de que volviese a caminar algún día.

—*No está todo perdido, Raquel* —comentó Manuela cuando ya no pude contener por más tiempo las lágrimas y comencé a llorar. Pensar que Bruce ya no iba a ser el mismo me destrozó el alma.

No le dije nada acerca del embarazo, prefería seguir manteniéndolo en secreto, aunque sí le informé antes de colgar sobre mi decisión de viajar a Nueva York cuanto antes. Necesitaba ver a Bruce.

Desolada, solté el móvil sobre la almohada y me puse mis zapatillas de estar por casa para ir a la habitación contigua.

Abrí la puerta sin llamar.

Óscar dormía plácidamente, ocupando toda la cama, como Dios le trajo al mundo.

—¡Óscar! —Empecé a zarandearlo—. ¡Óscar, joder, despierta!

—Coño, ¿qué son esos gritos?

Le lancé un cojín para que se cubriera y me senté en el colchón.

—No te puedes hacer a la idea de con quién acabo de hablar.

Bostezó. Luego miró el reloj.

—Raquel, son las seis de la mañana y la bola de cristal a esta hora no me funciona. ¿Quién te ha llamado?

—La madre de Bruce.

Óscar abrió los ojos de par en par. Era normal que se sorprendiera, ni yo misma creía que acabara de hablar con ella.

—¿Y qué es lo que quería esa señora a estas horas? —Volvió a frotarse los ojos.

—Me ha dicho que Bruce ha sufrido un accidente de coche.

—Joder, ¿te das cuentas de lo mal pensada que eres? Tú imaginándote que entre él y... *esa* estaban rodando cada noche una película porno cuando, en realidad, el pobre está en el hospital.

El mentón comenzó a temblarme.

—Ya lo sé —lloriqueé.

—Dime, ¿qué vas hacer?

—Necesito que saques dos billetes de avión cuanto antes, Óscar Quiero ir con él.

—¿Dos billetes? —Sus ojos se abrieron por fin al completo—. ¿Quién va a ir contigo?

—¿De verdad no te imaginas quién va a venir conmigo a Nueva York?

—Sonreí cuando lo vi fruncir el ceño—. Pues tú, mi querido amigo. Además, así puedes volver a ver a Chum. Le vas a dar una sorpresa.

—Eres increíble, Raquel. —Óscar se acercó hasta mí y me dio un fuerte abrazo. Sabía que le había merecido la pena haberlo despertado a esta hora—. Con mucho gusto haré ese viaje contigo.

—Oye, Óscar. Me estás aplastando.

—Lo siento.

Me llevé el pulgar a la boca y puse cara de niña buena.

—¿Te importa si me quedo aquí contigo?

—Reina, estoy desnudo —se guaseó.

Le pellizqué en el muslo.

—Y pierdes más aceite que la furgoneta de Locomía⁹, así que no hay ningún problema.

⁹ Locomía: Grupo de diseñadores de moda, también conocido como Loco Mía, que en 1984 se constituyó como grupo de electro-pop español. Se hicieron muy famosos gracias a su vestuario extravagante y al manejo de los abanicos durante sus intervenciones.

Cuando desperté, la casa olía a café y a pan tostado.

Lo primero que hice nada más levantarme fue ir al baño para vomitar, una rutina que se había convertido en costumbre desde el primer mes de embarazo.

—Buenos días, cielo —me saludó Óscar cuando pisé la cocina y me senté en un taburete. Estaba agotada.

—Buenos días.

—Ya tengo los billetes.

—¿Tan pronto?

—Los he comprado hace un rato para esta noche. Si todo va según lo previsto, llegaremos de madrugada a Nueva York.

—Joder, qué rapidez.

—Para qué te voy engañar, reina, estoy loco por ver a Chum. —Se mordió el labio inferior y esbozó una sonrisa pícara al tiempo que movía rítmicamente las cejas—. Me lo voy a comer a besos y a follar en cuanto lo vea. Bueno, tú ya me entiendes.

Lo miré con ternura y comencé a reír. Luego dije:

—Yo ya no entiendo nada. Desde que no estoy con Bruce vivo en una constante sequía.

—Eso no es bueno, reina —comentó Óscar, poniendo el grito en el cielo—. Espero que al menos disfrutes de vez en cuando de algún sueño erótico.

—He tenido que resignarme solo a ellos —declaré compungida, haciendo un gracioso mohín con los labios.

Mi amigo alzó los brazos y comenzó a moverlos como si estuviera espantando moscas.

—Cariño, me da miedo conocer tus sueños. Prefiero no saber nada de ellos por el momento. —Me guiñó un ojo—. Por cierto, ¿sabes ya lo que te vas a llevar?

—No.

—Deberíamos preparar las maletas cuanto antes. Si nos damos prisa, tal vez nos dé tiempo a comer fuera. —Aquello me resultó una gran idea—. Tú y yo solos. Para despedirnos de Málaga por una buena temporada. ¿Qué opinas?

—Me parece una idea estupenda.

—No te olvides de llamar a Mariela —sugirió Óscar mientras lavaba las tazas del café.

—¿Para qué?

—Reina, no vas a ir a trabajar en una buena temporada.

Me llevé las manos a la cabeza. No había pensado en ello.

—Joder, tengo que quedar sin más remedio con Enrique. —Comencé acelerar mis movimientos por la cocina mientras mi cabeza no dejaba de dar vueltas a todas las cosas que tenía que hacer durante toda la mañana—. Necesito que me recete las vitaminas y el ácido fólico. ¿Te parece bien que nos veamos a las dos y media?

—Lo que tú quieras, reina. Aprovecharé el tiempo para meterme en la sauna, hacerme un masaje, una limpieza de cutis...

—¡Déjate de coñas, Óscar! —exclamé—. Te viene bien, ¿sí o no?

—Me parece perfecto, Raquel.

—Gracias —vociferé desde el pasillo. Necesitaba tachar cosas de la lista. La primera y más importante era telefonar a mi jefa.

Abrí el armario para sacar algo de ropa mientras el móvil daba los tonos precisos, indicando que estaba intentando contactar con el de Mariela.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —Me había vuelto a saltar el contestador—. Mujer, ¿dónde demonios te has metido?

Volví al armario y saqué algo más de ropa: un traje chaqueta de color oscuro, un par de faldas de tubo para facilitar el acceso a las manos de Bruce si sus movimientos le permitían empotrarme contra la pared otra vez, como el día aquel que follamos en el callejón, una camisa transparente de color blanco a juego con una falda de vuelo de color turquesa, tres pares de zapatos, bajos, altos y súper altos para estilizar mis piernas...

Estaba pensando mentalmente lo que me quedaba por meter en la maleta

cuando el poli tono de *Entre dos tierras* me despertó del trance.

—Raquel, ¿ocurre algo?

—Mariela, no voy a poder ir a trabajar —solté con la respiración agitada—. En unas horas me voy a Nueva York.

—¿Y eso por qué? ¿Qué ha pasado?

—La madre de Bruce me llamó esta madrugada para decirme que su hijo ha sufrido un accidente.

—¿Un accidente? ¿De qué?

—Una furgoneta le embistió por detrás cuando iba conduciendo. —Me senté en la cama, sobre un pantalón vaquero, e inspiré hondo—. Lleva dos meses en el hospital. Hasta el momento, no ha recuperado la movilidad en las piernas.

—Wow...

—Necesito verlo, Mariela. Sé que te dejo en la estacada, pero...

—Raquel, no me tienes que dar más explicaciones, cielo. Vete a ver a Bruce, ya nos las apañaremos.

—Gracias —musité sintiendo cómo las lágrimas regresaban a mis ojos.

—A las amigas no se les dan las gracias, recuérdalo. —Sonreí al escuchar aquello—. Envíame un mensaje cuando llegues e infórmame de los avances, ¿entendido?

—Mariela, no sé cómo darte las gracias...

—Ya te he dicho que no tienes que dármelas. Es más, me las diste hace tiempo al permitirme ser la madrina de unos tus hijos. Cúdate y cuida de los pequeños, ¿me oyes? Te deseo un buen viaje, cariño.

Envié un mensaje a Enrique después de terminar de hablar con Mariela.

Necesito verte. ¡Ya!

Al instante me contestó, e iniciamos una conversación de besugos que podría haber sido más clara si alguno de los dos se hubiera parado dos segundos a buscar el teléfono en la galería de contactos o a hacer una llamada a través de *WhatsApp*.

Guapa, qué ocurre?

Nueva York Accidente Recetas

¿? 30 minutos

Donde siempre???

Me vestí a toda velocidad para salir a su encuentro.

Recorrí mi calle como alma que corre al diablo. Sorteé a varios transeúntes que me miraron asombrados por la velocidad de mis pasos y caminé hacia el coche, situado junto a una farola.

De espaldas, con el hombro apoyado en el frío metal, encontré a Adán, de la mano de una espectacular morena, a la que besaba con ardorosa pasión. Sigilosa, tratando de no ser descubierta, agaché la cabeza y me acerqué al coche.

—¿Raquel?

Cerré los ojos durante unos segundos, apreté los dientes hasta que las mandíbulas estuvieron al punto de la luxación, e inspiré hondo. Me había descubierto.

Parsimoniosa, giré sobre mis tacones y lo miré directamente a los ojos.

—Hola.

Dio un paso al frente y yo otro hacia atrás. Lo último que deseaba aquel día era que mi ex invadiera mi espacio.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Muy bien. —Sonrió de medio lado—. He asentado la cabeza. Siento que... La morena que le acompañaba no le dejó terminar. Se agarró a su brazo como si fuera una gata y comenzó a acariciarle el cuello por detrás.

—Cariño, ¿te queda mucho? —ronroneó la morena, acariciándole el cuello por detrás con la mano derecha mientras la izquierda agarraba con firmeza su antebrazo.

—Déjame que te presente, mi vida. —La susodicha batió las pestañas enérgicamente, frunció el ceño y apretó los labios con aire reprobado—. Claudia, ella es...

—Soy Raquel —anuncié entre dientes.

Claudia marcó su territorio, llevando la mano que había provocado la nuca de Adán hasta su bíceps, donde se ancló con fuerza.

—Encantada.

—Lo mismo digo —solté con vehemencia. Los formalismos no se me dan bien, sobre todo, cuando hay tanta tensión.

—Mi amor —comenzó a decir Adán, revolviéndome las tripas. Conmigo jamás había sido tan cariñoso como con aquella morenaza—, Raquel es mi ex. Oír de su boca la palabra ex, hizo que mi cuerpo se pusiera en tensión. Otra vez.

—Mmm, sí, algo me contaste hace tiempo.

—Tengo prisa —alegué. No había otra cosa que deseara más en aquel momento que alejarme de ellos. El tono de voz de Adán y las miradas felinas de aquella mujer me estaban desquiciando.

Con el corazón latiendo frenéticamente en el pecho, me monté en el coche, bajé la ventanilla, susurré un silencioso adiós y pisé a fondo el acelerador. Tenía cosas más importantes que hacer que estar con el hombre que me había destrozado la vida tiempo atrás y con la gatita en celo que llevaba colgada del brazo.

Diligente, recorrí las calles, sorteando de vez en cuando algunos coches aparcados en doble fila, hasta llegar al hospital.

Enrique me estaba esperando en la puerta principal cuando accedí al recinto hospitalario. Saqué la mano por la ventanilla para saludarlo, le solicité que me concediera cinco minutos para aparcar y comencé a dar vueltas hasta encontrar un puesto que estuviera a la sombra.

—¿Cómo te encuentras, Raquel? —me preguntó poco después mientras nos dirigíamos hacia la cafetería del hospital.

—Estoy, que no es poco —susurré—. Mi vida podría ir mejor, no te lo voy a negar, pero prefiero no pensar en ello en este momento. Tengo los nervios a flor de piel, Enrique. Acabo de encontrarme con Adán y su... y su nueva conquista, tengo que preparar las maletas y...

—¿Las maletas?

—Ya te lo dije antes. Me marcho en unas horas a Nueva York. —Fuiste muy escueta en tus mensajes como para adivinar tus intenciones —me provocó Enrique, recogiendo con habilidad los dos Nestea y los dos vasos que acababa de dejar el camarero sobre la barra—. Vamos.

—¿No vas a pagar?

Se detuvo en seco y me guiñó un ojo.

—Soy médico de este hospital.

—Coño, pues sí que tenéis suerte los doctorcitos —comenté con sarcasmo—.

Si lo sé me pido un *Gin Bombay Sapphire Laverstoke Mill*¹⁰.

Enrique puso los ojos en blanco.

—Raquel, ¿hace falta que te recuerde que estás embarazada?

—No es necesario. Mi estómago se encarga de hacerlo todas las mañanas.
—Mi respuesta hizo que ambos empezáramos a reír. Cuando nos relajamos un poco y la seriedad retornó a mi rostro, añadí—: Bruce tuvo un accidente hace un par de meses.
—Joder. Y tú criticándolo todos los días.
—¿Qué quieres que te diga? —Me encogí de hombros y di un trago a la lata antes de decir—: La bola de cristal no me funciona últimamente...
—Toma, no bebas de la lata.
—Si tú hubieses estado en mi lugar, también habrías actuado de la misma forma, Enrique.
—Bueno, no le sé...
—¿Enriqueee?
—Tienes razón —afirmó.
—Te ha costado lo tuyo otorgármela.
—Tú y yo nos parecemos más de lo que te imaginas.
—Sí. —Sonreí—. Somos dos cabezotas. Aunque, pensándolo bien, tú tienes la cabeza un poco más cuadrada que yo.
—Vete al cuerno, Raquel. —Enrique me lanzó la anilla metálica de una de las dos latas vacías de Nestea—. Por cierto, vamos a dejarnos de

¹⁰ *Gin Bombay Sapphire Laverstoke Mill*: Edición limitada que conmemora la apertura del complejo Laversoke Mill, una destilería de última generación que sigue liderando el camino de las ginebras *premium*. Destaca su presentación por su tradicional color azul.

tonterías...

—Ya va siendo hora —susurré, azuzándolo un poco más. —Hablo en serio. ¿Cómo está Bruce?
—Lleva dos meses ingresado en el hospital. —Enrique arrugó la nariz—. Solo sé que sus piernas no funcionan.

— Puede haber sufrido una paraplejía temporal o...

—¿O?

—La paraplejía puede ser permanente también, pero no te pongas en

lo peor, ¿entendido? —Asentí—. Acabo de dar un diagnóstico en voz alta sin haberlo visto.

Apoyé los codos sobre la mesa y el mentón entre las manos. Me pesaban los

ojos, quizá por el exceso de carga que producían las lágrimas sobre mis párpados inferiores.

— Enrique, no sé lo que me voy a encontrar cuando llegue a Nueva York —lloriqueé.

Enrique estiró el brazo y me acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—Raquel, te vas a encontrar con tu querido empotrador —admitió con una divertida sonrisa dibujada en los labios—. Vas a hartarte de follar con él, ya lo verás. Presiento que voy a tener que comprarme unos tapones ergonómicos para no escucharte.

—Voy a estar a miles de kilómetros de distancia.

—Cierto, pero tus gemidos van a llegar hasta aquí —dijo, tratando de controlar una carcajada que finalmente restalló en toda la sala. Luego, tratando de disimular, se encorvó ligeramente sobre la mesa y musitó—: Hay mucha tensión sexual no resuelta, Raquel, así que...

Abrí los ojos de par en par.

—Así que ¿qué?

—Hazme caso, reina. La escenita del callejón que nos describiste hace tiempo no va a tener nada que ver con lo que Bruce y tú vais a vivir a partir de mañana. —Me guiñó un ojo con picardía y comenzamos a reír como dos tontos—. El cambio de aires te va a venir genial, Raquel. Además de darle alegrías al cuerpo, también vas a tener la oportunidad de aclarar ciertos temas con tu Dios del sexo. Temas que, por cierto, todos sabemos que te comen por dentro. Bueno, y por fuera porque... tú lo exteriorizas todo, mi vida. Eres incapaz de quedarte callada.

—Enriqueeee, ¿no crees que te estás pasando?

—En absoluto —admitió con seriedad—. Estoy siendo muy fiel a la realidad. Tú eres una persona que prefiere decir lo primero que se le pase por la cabeza antes de...

—Yo no soy de las que se muere la lengua, si es lo que estás tratando de decir. —le corté.

—Haces bien. En la vida es importante conocerse a uno mismo. Saber cuáles son tus virtudes, y aprovecharlas... pero conocer también tus propias debilidades, para no meter mucho la pata.

—Óscar, Pablo, Carlos y tú sabéis perfectamente que soy una persona muy impulsiva.

—Sí, cariño, lo sabemos. Y por eso te queremos; porque eres tan transparente

y clara como el agua. Toma. —Me dio unos papeles firmados y sellados—. Te he hecho varias recetas para que no tengas problemas con tu tratamiento durante tu estancia en Nueva York.

—Gracias.

—No dejes de tomarte las pastillas ni un solo día. Si un día te olvidas de tomártelas por la mañana, hazlo por la noche, aunque lo tuyo es, como bien sabes, que lo hagas con el desayuno.

—Enrique, relájate. Lo tengo controlado.

Puso los ojos en blanco antes de decir:

—Eso es lo que más me preocupa, reina. —Miró el reloj y se puso en pie, recuperando ese rictus serio y ligeramente sombrío que adopta cada vez que se mueve por el hospital—. Raquel, nuestra reunión está siendo muy amena, pero...

—Tienes que trabajar —afirmé, levantándome automáticamente del asiento.

—Así es. —Sonrió—. Corro el riesgo de que mi jefa ordene que me corten los huevos para que se los sirvan en bandeja para comer como no me ponga a trabajar.

Conduje de regreso a casa con una sensación placentera en el cuerpo y encontré un puesto libre para aparcar a escasos cien metros del portal. .

Óscar estaba en el interior, de espaldas a la puerta, con el hombro apoyado en el revestimiento de mármol de la pared, junto al ascensor. Su voz restallaba en los azulejos. Mantenía una conversación airada por el móvil. Al verme, susurró algo que no fui capaz de entender y dio por concluida la llamada.

—¿Todo bien? —le pregunté cuando me acerqué a él.

—Claro. He pensado en comprar una pizza. ¿Te animas?

—¿Qué tal si nos la tomamos directamente en el Fabrizio? —sugerí—.

Prefiero las pizzas que hace Flavio a las que tú compras a la vuelta de la esquina.

—Perfecto, así me cuentas qué tal te ha ido la mañana.

—Bien y mal.

—Suelta esa boquita, reina —me instó Óscar, deteniéndose en seco.

Inspiré hondo y le conté mi desafortunado encuentro con Adán y su nueva conquista, una morenaza que, a todas luces, iba a hacérselo pasar mal por culpa de los celos.

—No entiendo el éxito que tiene ese cabrón con las mujeres.

—Yo sí.

—Pues explícamelo, Raque, porque no logro entenderlo. Adán es un ser...

despreciable. No hay más que ver lo que hizo contigo cuando...

Coloqué el índice sobre sus labios.

—Shhh, ya. No merece la pena recordarlo.

—Pero...

—Vamos a ver, Óscar. Puede que Adán no sea el hombre más atractivo, pero tiene mucha labia y soltura.

—¿Esa es la clave que utilizan algunos hombres para ligar?

—Tú deberías responderte a ti mismo, querido. Eres hombre.

—De pelo en pecho y mierda en las rodillas, como decía mi padre, pero con más agujeros por los que se escapa el aceite que una cestilla de freidora.

Rodé los ojos hacia atrás y me agarré de su brazo.

—Solo tienes que pensar cuáles fueron tus armas a la hora de ligarte a Chum

—sugerí, acelerando el ritmo de mis pies para cruzar la calle. El semáforo indicaba que solo faltaban diez segundos para que se cerrara el paso a los transeúntes.

—Lo nuestro fue algo muy especial, Raquel —admitió Óscar con cara de circunstancias—. No sabría explicarte muy bien cómo surgió todo.

—Cuando lo averigües, espero ser la primera en enterarme.

El Fabrizio estaba hasta los topes. La barra estaba vacía, a diferencia del comedor, donde no quedaba ni una mesa libre.

—¿Qué hacemos? —le pregunté a mi amigo.

—Esperar, reina. Me duelen mucho los pies. —Se subió a un taburete—. Y no pienso irme de aquí con el estómago vacío.

Continuamos nuestra charla durante veinte minutos más mientras aguardábamos a que se quedara una mesa vacía.

—Por cierto, ¿con quién hablabas por teléfono cuando llegué al portal?

—Con Chum. Me ha dicho que su chófer nos va a recoger en el aeropuerto cuando lleguemos esta madrugada. Supongo que él irá también, aunque no ha querido decírmelo.

Sonreí.

—¿Tienes ganas de verlo?

—Me muero de ganas de besarlo, de tocarlo, de...

—Shhh —siseé cuando la camarera se acercó a nosotros para avisarnos de que se había quedado una mesa libre.

Óscar se agarró de mi brazo y seguimos sus pasos. A mitad de camino, se detuvo en seco, obligándome a mí a hacer lo propio, y me susurró al oído:

—Reina, por si antes no te ha quedado claro, me muero de ganas de acostarme

con él. Esta sequía no es buena.

Comencé a reír.

—Opino lo mismo que tú.

Reanudamos el paso. La camarera acababa de llegar a nuestra mesa y había empezado a retirar el servicio anterior.

—Reina, lo echo tanto de menos.... —Suspiró—. La primera vez que lo vi supe que entre él y yo iba a surgir algo especial. El problema es que nunca imaginé que pudiera ser tan...

—¿Fuerte?

—Sí.

—Eso mismo me ocurre a mí con Bruce.

—Somos dos locas, reina. Dos locas que van a coger un avión dentro de unas horas, que van a cruzar medio mundo para reencontrarse con sus medias naranjas.

—Sí, tú eres una loca, muy loca, que se muere por coger un avión y yo, la loquita que se muere de miedo solo de pensar que va a pasar ocho o nueve horas metida en una caja de cerillas.

—¡Qué exagerada eres! Piensa que vas a ver a tu Dios del sexo en unas horas.

—Sí. —Sonreí. Aquello era lo único que controlaba mis nervios.

Una camarera, ataviada con una falda de color verde con puntillas blancas y rojas, un corpiño negro de terciopelo con mangas abullonadas y escote en satén blanco y delantal de puntillas con lazo rojo, se acercó a nosotros para tomarnos la comanda. Pedimos una pizza familiar de atún y jamón para compartir, una ensalada mixta, unos panecillos de ajo y una botella grande de agua. Todo *light*.

Es broma.

Óscar y yo no paramos de hablar y de reírnos durante la comida. Él es el hermano que, por desgracia, nunca he tenido. Una de las pocas personas que entiende mis miedos y que me apoya cada vez que tengo un problema. Hace años que nos conocemos, muchos, en realidad, y sé que siempre estará en mi vida.

No sé si lo he comentado alguna vez, pero no soy hija única. Tengo una hermana quince años mayor que yo, con la que nunca he tenido la complicidad que sí he logrado mantener con mis amigos. La diferencia de edad es lo que tiene.

Aunque mi hermana siempre me ha dado buenos consejos y nunca me ha criticado por mis actos, le gusten o no, no ha sabido ofrecerme el cariño que sí

me ha regalado desinteresadamente Óscar, mi loco favorito.

Cuando terminamos de comer, abonamos la cuenta y nos fuimos a pasear por el centro de Málaga. En la Calle Marqués de Larios, conocida popularmente como Calle Larios, compramos un par de helados en Casa Mira, una de las turroneñas más conocidas de la ciudad donde elaboran artesanalmente helados con vino dulce y pasas de la Axarquía, con fresas de Vélez-Málaga y brevas de Estepona.

Animados, recorrimos los más de trescientos cincuenta metros de ese ecosistema urbano de lo más variopinto con loteros, directivos, estudiantes Erasmus, abogados, jubilados, médicos y notarios, entre cientos y cientos de transeúntes, recorriendo el espacio creado por nobles edificios simétricos, y nos detuvimos frente a un escaparate donde, y como si estuviera en un gran salón de baile, un maniquí mostraba un conjunto formado por una falda blanca con lunares negros, un suéter de color ojo, unos altísimos zapatos de tacón muy fino de la misma tonalidad y un bolso con forma de corazón impresionante. Óscar y yo nos enamoramos al momento.

—Reina, entremos. —Comenzó a tironear de mi brazo—. Vamos a ver si tienen tu talla.

—Pero ¿estás loco?

—Un poco sí, reina. ¡Vamos!

Lo miré y negué con la cabeza. Sin embargo, su insistencia hizo que finalmente accediera a entrar en la tienda.

Las dependientas nos miraron horrorizadas al ver los helados que llevábamos aún en las manos. Una de ellas nos saludó cordialmente y se acercó a nosotros con rapidez, a pesar de que el bajo de su falda era demasiado estrecho y le obligaba a caminar dando saltitos como un pingüino.

—Disculpen. No se puede entrar en el establecimiento con comida. Lo siento.

Óscar me miró y, ni corto ni perezoso, me arrebató el helado. Su arrebato me dejó con la boca abierta. No había terminado de saborear mi helado de turrón.

—¡Listo! —exclamó cuando regresó al interior de la boutique. Había tirado los helados en una papelera—. Queremos el conjunto que tienen en el escaparate.

—¿Cuál?

—Este. —Óscar dio un par de pasos hacia atrás y señaló el maniquí que se encontraba en el escaparate, el único en realidad—. Lo queremos tal cual.

Nerviosa, la dependienta se frotó las manos, giró sobre sus altísimos tacones y comenzó a recorrer la tienda.

—Muy bien. ¿Es para usted? —Asentí—. ¿Qué talla utiliza habitualmente?

—La cuarenta —contesté después de que mi amigo me diera un codazo en el costado.

—¿Y de calzado?

—Treinta y cinco, treinta seis.

—Hija, tienes un pie de *Barbie* —susurró Óscar en mi oído cuando la dependienta se dio la vuelta y comenzó a revisar uno de los escasos percheros que había en el local.

—¿Y qué hago? Mis padres me hicieron así de pequeñita y aún no han inventado una pastillita para que crezcan los huesos, te quiten algunas arruguitas, desaparezcan las cartucheras, la papada y que el pecho no se caiga.

—Resopló—. Vamos, que no me voy a parecer nunca a Candice Swanepoel ni a Miranda Kerr. Y no voy a tener tampoco la estatura de Naomi Campbell.

—Ni el color de piel —se carcajeó Óscar propinándome un cachete en el culo que aún me está picando.

Poco después, la dependienta se acercó a nosotros y nos avisó de que había dejado todas las prendas en el probador.

—Si necesitan algo más, no duden en decírmelo. Estaré encantada de ayudarles.

Cuando me desnudé y me vi en el espejo, observé que mi vientre aún estaba plano. Mi embarazo no se apreciaba lo más mínimo, así que me propuse no decirle nada a Bruce. Al menos, no hasta que me diera una explicación coherente de lo que había ocurrido en Cádiz. Mi mente aún revivía con nitidez la escena en la que *Kassandra* envolvía su pene con los labios y succionaba con gusto mientras él se dejaba llevar por el más exquisito y lúbrico placer. Desterrando todos los pensamientos que amenazaban con arrancarle los ojos a esa arpía rubia de ojos azules y melena dorada, me puse el conjunto y estudié a la mujer que me mostraba el espejo. Tenía mi cara, pero sus curvas eran perfectas y su piel lucía primorosamente.

¿Era yo?

Temerosa, salí del probador y comencé a mover las caderas para que la falda ondeara de izquierda a derecha. Óscar, al verme, emitió un silbido y rodó el índice, obligándome a dar una vuelta completa.

—Wow, Raquel. ¿Eres tú? —Su pregunta me ruborizó. A pesar del carácter que tengo, soy también muy vergonzosa—. Reina, estás... estás preciosa.

Cuando te vea Bruce se va a empalmar al instante. Te juro que se va a poner más tieso que el mástil de una bandera.

—¡Óscar! —protesté.

—¿Qué?! —Abrió los ojos de par en par—. No me digas que tú no lo has pensado porque no me lo creo.

—¿De verdad te gusta cómo me queda?

Movió las cejas rítmicamente y emitió un hondo suspiro antes de decir:

—Es una pena que no me gusten las mujeres, reina.

—Calla, Óscar, por favor.

Besó mi mano con mimo para después abrazarme.

—Quiero que sepas que te quiero muchísimo. Sé que este viaje nos va a venir muy bien a ambos; sobre todo, a ti. Tu vida va a cambiar para mejor, Raquel.

Ya va siendo hora de que te toque algo bueno.

—Ojalá, Óscar. Ojalá.

—Venga, cámbiate mientras yo me peleo con la tarjeta de crédito. Tenemos que coger un avión dentro de un rato y todavía tengo que cerrar la maleta.



Llegamos al aeropuerto media hora más tarde, facturamos las maletas en el mostrador de Iberia, cruzamos el control y nos sentamos en una cafetería para tomar unas infusiones de tila, a la espera de que anunciaran por megafonía la salida de nuestro vuelo.

Ambos estábamos histéricos.

Óscar, por el reencuentro con Chum y yo, por el miedo que siempre me ha dado volar.

Estaba dando el último sorbo a mi tila cuando una voz muy parecida a la de C-3PO¹¹ anunció que ya podíamos embarcar. Se me contrajo el estómago y las piernas comenzaron a temblarme.

—Nena, tienes que relajarte —sugirió Óscar, tanto o más nervioso que yo—.

No es la primera vez que viajas en avión.

—Ya lo sé —admití entre dientes, sujetándome firmemente de su brazo para no caer—. Pero es algo a lo que no me acostumbro.

—Tienes un serio problema, reina.

—¿Sabes lo peor? —Movió la cabeza en una clara negativa y clavó los ojos

en los míos—. De los mismos nervios me estoy orinando.

Suspiró aliviado. Estoy convencida de que Óscar pensó algo peor.

—Cuando entremos en el avión, vete derechita al cuarto de baño. Y, ante todo, relájate. Piensa que todo este estrés está afectando a tus hijos.

—Mis hijos son dos habichuelas todavía.

—Reina, no quiero tener que pagar el psicólogo de mi ahijado y de mi sobrino el día de mañana. ¿Te imaginas lo que tiene que ser tener a un crío todo el día gritando como un poseso por culpa de los nervios que le ha transmitido su madre durante el embarazo? Ah, no, ¡de eso ni hablar! Más te vale que te relajes y que dejes de clavarme las uñas en el brazo porque... —Se las clavé un poco más—. ¡Auuu! ¿Por qué narices has hecho eso?

—Para que te calles. Con tu cháchara me estás estresando aún más.

Se llevó la mano izquierda a la frente y se dio un golpe en la sien.

—Joder, por un momento imaginé que te habías puesto de parto —comentó guasón.

—¡Qué gracioso!

—De vez en cuando sí que lo soy.

—No hace falta que lo jures.

—Por cierto, reina, ¿has llamado a la madre de Bruce?

¹¹ C-3PO: Androide de protocolo diseñado para interactuar con seres vivos pensantes, androides y máquinas al servicio de lo humanos que aparece en ocho episodios de la saga de la Guerra de las Galaxias.

Apreté los párpados con fuerza y negué con la cabeza.

—Joder, Óscar, no te lo vas a creer, pero... soy un puto desastre. Se me ha olvidado por completo. La telefonaré cuando lleguemos a Nueva York.

—Se va a liar, Raquel... Recuerda lo que te estoy diciendo, se va a liar como no hagas las cosas bien.

—Supongo que tú sí que habrás avisado a Chum.

Comenzó a reírse.

—Cielo, ¿tú qué crees? ¿No te he dicho antes que mi amorcito ya ha hablado con su chófer para que nos recoja en el aeropuerto?

—Lo había olvidado por completo, Óscar. Ya sabes que soy como Dory.

—¿Quién?

—La simpática pez azul con serios problemas de memoria a corto plazo

—expliqué—, la protagonista de la secuela de la película Buscando a Nemo.

—Reina, ¿has liado todo esto para decirme que tienes memoria de pez? —Me

puse colorada como un tomate reventón cuando sus ojos se clavaron en los míos. Al ver que no decía nada al respecto, añadió poco después, empujándome para que avivara el paso hacia el control donde dos azafatas de tierra chequeaban las tarjetas de embarque de los pasajeros, antes de acceder al finger—: Espabílate, Raquel. Nueva York nos espera.

El aire acondicionado me provocó un escalofrío cuando accedí a la cabina del avión.

—Joder.

—Reina, ¿qué te pasa?

—¡Mierda, esto es una puta nevera! ¡Qué frío me ha entrado de repente!

—Shhh... —siseó Óscar—. Contrólate.

Solté el bolso en el asiento y le pregunté a la azafata si podía ir al baño antes de despegar. Le hice saber que estaba embarazada y que era una necesidad.

—Tiene que darse prisa, ¿entendido? En unos minutos vamos a cerrar puertas y todo el pasaje tiene que estar situado en sus asientos para el recuento.

Nunca me he bajado las bragas tan rápido.

Matizo.

Nunca me he bajado las bragas tan rápido en un cuarto de baño tan estrecho. Creo que es necesario que haga esta apreciación porque con Bruce, la velocidad a la que han caído siempre mis braguitas ha sido mayor a la de la luz.

Cuando regresé a mi asiento, encontré a otro hombre sentado en él. Óscar se había ubicado en el centro y, por consiguiente, yo me vi obligada a colocarme junto a la ventana.

—¿Por qué no me cambias el sitio? —Mi pregunta fue más una exigencia que una súplica—. No sé yo si voy a ser capaz de aguantar con los ojos cerrados tantas horas.

—Reina, déjate de tonterías. Algunos matarían por ver lo que tú vas a poder disfrutar. Pocos pueden decir que el océano está a sus pies durante más de ocho horas.

—No me jodas, Óscar —refunfuñé, apretándole la mano con fuerza e implorando a todos los santos del cielo para que el despegue llegara a su fin. Las azafatas habían concluido la demo de seguridad y el avión estaba entrando en pista—. Sabes que tengo pavor a las alturas.

Cerré los ojos y apreté los párpados con fuerza cuando el avión despegó el tren de aterrizaje del suelo. No los volví a abrir hasta que estuvimos en posición horizontal.

—Reina, pareces un halcón. Me estás clavando las uñas.

—Lo... lo siento —me disculpé, tratando de no girar la cabeza hacia la izquierda para no ver cómo las nubes iban engulléndonos poco a poco.

—Ei, mi niña —Óscar me cogió la cara con las dos manos—, relájate. No pasa nada. Estás conmigo.

Inspiré hondo, buscando en el aire que acababa de hinchar mis pulmones la tranquilidad que no tenía.

Un cuarto de hora después, ya me había olvidado de todo. Reía a carcajadas con cada chiste de Óscar y miraba por la ventanilla sin miedo, imaginando que Bruce y yo hacíamos el amor entre aquellas esponjosas nubes.

—Reina, no te reconozco.

—A veces no me reconozco ni yo —aseguré, desplegando la mesita. Dos azafatas empujaban un *trolley* con bebidas.

—Nena, ¿qué vas a tomar?

—¿Qué puedo tomar?

Mi indecisión hizo que Óscar decidiera por los dos.

—Una wiski y un botellín de agua con gas con una rodajita de limón, por favor. —Al ver la cara de asco que puso el hombre que se encontraba a su derecha, en el asiento del pasillo, añadió Óscar a modo de justificación—: Mi amiga está embarazada y no puede probar ni una gota de alcohol.

Aquel comentario hizo que ambos empezaran a conversar animadamente mientras yo me recreaba en la espectacular estampa que me mostraba el cielo: nubes esponjosas coloreadas de bellas tonalidades de rojo en el horizonte.

Poco a poco, los párpados comenzaron a pesarme hasta que los cerré completamente y caí en los seductores brazos de Morfeo.

No sé decir cuánto tiempo estuve dormida. Cuando desperté, Óscar se había vuelto a encargarse de todo y se había tomado la molestia de elegir la comida por mí.

—Espero que no te importe, reina.

Bostecé, estaba aún un poco aturdida, y levanté el protector de plástico de la bandeja.

—No te preocupes, Óscar. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Cerca de cuatro horas.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Tanto?

—En realidad, han sido cuatro horas y siete minutos —bromeó—. De todas formas, no me extraña que hayas caído rendida.

—Teniendo en cuenta que me despertaron de madrugada y que no he parado en todo el día... —resoplé—. Lo raro es que no haya dormido más. Me siento fatal.

—Disculpa mi intromisión —dijo el desconocido que Óscar tenía a su derecha—, pero ¿te encuentras bien?

—Sí. —Bostecé—. Algo soñolienta, pero bien.

—Perdón por mi atrevimiento. Me llamo Daniel.

—Encantada, yo soy Raquel.

Rocé su mano cuando él estiró el brazo para estrechar la mía. En ese momento, una bomba deflagró en mi estómago cuando le estreché la mano. Su onda expansiva se extendió por todo mi cuerpo, haciendo que incluso mi centro del deseo se pusiera a temblar.

Aquel hombre tenía magia en los ojos y una belleza infartante, muy similar a la de Bruce.

Los tres mantuvimos una conversación muy agradable mientras cenábamos.

Daniel nos contó que era médico y que había estado en Málaga unos días para desconectar y tratar de olvidar una relación fallida.

—Has hecho lo mejor, Daniel. El sur de España es un lugar idílico para recuperarse de los fracasos amorosos. Te lo digo por experiencia. —Me guiñó un ojo con picardía—. Además, ya sabes eso de... —Canturreó—: Para hacer bien el amor hay que venir al sur, parará, parará...

Observé cómo Óscar movía las manos como un loco y Daniel comenzaba a reír, mostrando la perfección de sus dientes.

—Contrólate —le susurré cuando aquel se disculpó para ir al cuarto de baño—. Estás poniéndolo todo perdido de babas.

—Pero ¿lo has visto?

—Con los dos ojos —bromeé.

—Ese hombre está para comérselo enterito y, después, chuparse los dedos.

—Reconozco que no está nada mal, aunque yo no cambiaría a Bruce ni por él ni por nadie.

A pesar de que el viaje era largo, las horas se pasaron muy rápido. No me di realmente cuenta de ello hasta que la voz del capitán tronó en los amplificadores para informarnos de que estábamos sobrevolando Nueva York.

—Señoras y señores. Estamos aproximándonos al aeropuerto internacional JFK. Según el horario previsto, tomaremos tierra dentro de diez minutos.

Espero que hayan tenido un buen vuelo.

Sujeté la mano de Óscar con fuerza, tratando de no clavarle las uñas —su piel

aún conservaba las marcas que le había hecho durante el despegue—, y cerré los ojos.

—No te preocupes —oí que le decía Óscar a Daniel—. Ha entrado en fase de loca. En cuanto aterricemos se le pasará.

No respiré con tranquilidad hasta que los motores se detuvieron y el personal de tierra aprobó la apertura de puertas.

Animada, sintiendo cómo el pulso se me relajaba con cada paso que daba, recorrí los extensos pasillos del aeropuerto del brazo de Daniel hasta que llegamos a la sala de recogida de equipajes. Las cintas transportadoras no tardaron en funcionar. Desafortunadamente, mi maleta fue la última en salir. Óscar corrió al encuentro de Chum cuando salimos al exterior. Con su traje oscuro y su cara seria, estaba esperándonos junto a su chófer.

Se besaron efusivamente, compartiendo saliva, aliento y roces de lengua mientras las manos recorrían espaldas y apretaban traseros.

Daniel los observó impertérrito y yo con espesas lágrimas en los ojos. Un encuentro así, tórrido, sexual, sensual..., era lo que yo necesitaba experimentar con Bruce y, seguramente, no lo iba a tener.

—¿Te pasa algo? —cuestioné seria, dándole un codazo a Daniel en el costado cuando conseguí que levantara el brazo que tenía mi mano presa contra su costado.

—No, es solo que pensé que entre vosotros dos había algo más que amistad.

—Óscar es como un hermano para mí —afirmé con rotundidad viendo cómo su incomodidad aumentaba cada vez que mi amigo le regalaba un arrumaco a Chum—. ¿Qué pasa? ¿Nunca has visto a dos hombres besarse?

—No los estoy mirando —susurró entre dientes, estirando considerablemente el cuello hacia arriba como una garcilla cangrejera—. Estoy buscando a mi chófer. No sé dónde se habrá metido.

—Ja, eso es lo que dices para callarme la boca. Seguro que tú eres otro retrógrado más de los que hay en este mundo de hipócritas. Automáticamente, como si le hubieran puesto un pistón en el trasero, Daniel se acercó a mí y me cogió del brazo. Nuestros cuerpos se rozaron íntimamente y mis pulmones dejaron de respirar. Su aliento me acarició los labios al hablar.

—No me importa la condición sexual de los demás. Mira a tu derecha, pelirroja malpensada.

Giré el cuello con lentitud y observé al vehículo de color negro con un leopardo plateado en el capó frontal que avanzaba por uno de los carriles de la terminal.

Abrumada, sintiendo cómo mi pulso se aceleraba cada vez que su poderosa mano se cernía un poco más a mi brazo, bisbiseé:

—Lo... lo siento, de verdad.

En ese momento, me dieron ganas de meter la cabeza bajo tierra, como los avestruces. Había metido la pata hasta el fondo al cuestionar a un hombre al que apenas conocía.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Daniel se acercó a Óscar para despedirse. Mi amigo, al que la pasión le tenía aún arrebatado, le presentó a Chum sin separarse ni un milímetro de su cuerpo. Este sonrió abiertamente y le estrechó con firmeza la mano antes de volver a posar los labios sobre los de Óscar, su más que fiel y fervoroso enamorado.

Desde la distancia, pude apreciar el atractivo de Daniel. Su espalda ancha, de músculos perfectamente definidos, se estrechaba al llegar a la cintura, formando una uve perfecta antes de volver a tomar forma. Su trasero se intuía esponjoso bajo el pantalón, que parecía haberse convertido en una segunda piel para sus muslos, tan trabajados como sus poderosos brazos.

Una descarga eléctrica recorrió mi cuerpo de cabeza a los pies. Aquel hombre no tenía nada que envidiarle a Bruce. De no haber estado enganchada a mi Dios del sexo, Daniel podría haberse convertido en el hombre perfecto para mí.

—Le he dado a tu amigo mi tarjeta —me dijo cuando se acercó a mí para despedirse—. En ella tienes mi número de teléfono, Raquel. Mi terminal está operativo las veinticuatro horas del día.

—Gracias.

—No tienes que dármelas. —Apoyó su mano en mi hombro, provocándome otra descarga eléctrica que recorrió mis pechos, erizándome los pezones, surcó el abdomen y circundó mi clítoris—. Cuando descubras lo que le ocurre a tu pareja, si necesitas la opinión de otro médico, no dudes en llamarme. Ahora, si me disculpas, he de irme. Espero volver a verte algún día y que nos podamos tomar un café.

—No suelo tomar café con desconocidos —contesté con sarcasmo, tratando de provocar un poco de tensión para que se alejara de mí. Estaba ardiendo en deseo de lanzarme a su cuello y arrastrarlo hasta algún rincón para follármelo sin piedad.

—No soy ningún desconocido, hemos comido juntos en el avión.

Lo reté con la mirada. Sus preciosos ojos verdes parecían muy seguros.

Al final, cedí.

—De acuerdo. Te llamaremos para tomar algo juntos.

Mi respuesta incluyó a Óscar con deliberada intención. No me apetecía volver a quedarme a solas con Daniel. Hacía meses que deambulaba por la vida como una gatita en celo. Cuanto más lejos estuvieran las tentaciones de mí, mejor.

—Perfecto. Estaré esperando TU llamada.

Tras decir aquello, se metió en su coche y se marchó.

Mi sexo aún convulsionaba frenéticamente cuando me acerqué a Chum para saludarlo. Le di un fuerte abrazo y un par de besos al estilo Raquel, de esos que dejan huella y restallan en las mejillas. Luego accedí al choche y esboqué un sutil *hola* para saludar al hombre que sujetaba el volante.

No obtuve respuesta.

El vehículo comenzó a rodar, alejándose progresivamente de la terminal.

—Chum, ¿Sofía sigue estando en tu casa?

—Sí —afirmó con contundencia—. Sigue ayudándome en casa, pero hasta mañana no la verás. De hecho, no le he dicho que veníais. Quiero que se lleve una gran sorpresa cuando os vea en casa.

Fruncí el ceño, me recosté sobre el asiento acolchado y miré por la ventanilla. No sé qué tiene Nueva York, pero desde la primera vez que estuve allí, siento que es una ciudad mágica. Disfruté con su *skyline*, con las luces que iluminaban las avenidas, con las prisas de los transeúntes...

¡Con todo!

Llegamos al apartamento de Chum, dejé las maletas en el salón y me senté en el sofá para descansar mientras Óscar recorría la estancia, observando detenidamente las impresionantes fotografías enmarcadas que colgaban de las paredes.

—Raquel, ¿has llamado ya a la madre de Bruce? —me preguntó Óscar cuando se detuvo frente a una fotografía en blanco y negro en la que una mujer abrazaba con ternura a un niño de no más de seis años.

Lo miré mordiéndome los labios y negué con la cabeza. De nuevo se me había olvidado.

—¿Y a qué esperas para hacerlo? —inquirió Chum mientras servía un poco de vino en tres copas. En el coche le había explicado el motivo de nuestro viaje y, también, que estaba embarazada. Él me había abierto las puertas de su casa, así que era lo mínimo que podía hacer: abrirme en canal y contarle la verdad.

—Creo que no la voy a llamar. Me dijo en qué hospital estaban, solo tengo que averiguar el número de la habitación y listo.

—Vamos a ver, Raquel. —Óscar se cruzó de brazos y comenzó a mover el pie—. ¿No acordasteis que la llamarías en cuanto aterrizara el avión?

—Toma. —Chum me ofreció una copa con vino.

—No puedo beber alcohol —articulé antes de responder a Óscar—. Sí, pero quiero darle una sorpresa a Bruce.

—Stop —vociferó Chum, cortando la conversación de raíz momentáneamente—. Raquel, esto es mosto. No tiene nada de alcohol, así que lo puedes beber sin problema.

Lo abracé.

—Ainsss, si es que estás atento a todo, cariño. ¡Qué te quiero, por Dios!

—Óscar arrugó los labios y me miró ceñudo—. A ti también, corazón.

—Yo también te quiero —susurró Chum, sellando su amor con un beso que dejó a Óscar casi sin aliento.

Besos así, tiernos, apasionados, jugosos..., eran los que a mí me hacían falta en aquel momento.

—Bueno, a lo que iba. —Óscar dio un paso hacia atrás y apoyó la mano sobre el hombro de Chum para que se relajara—. ¿Vas a llamarla o no?

—Sí, la llamaré —resoplé con pesar, rodando los ojos hacia atrás—. Pero antes déjame que pruebe este mosto que me ha servido tu novio. Tiene un olor espectacular.

—Es lo mejor que puedes hacer.

—¿Tomarme el mosto? —Chum movió la cabeza afirmativamente y Óscar lo imitó—. Ya lo sé.

A pesar de lo mucho que me pesaban los ojos, me esforcé por pasarlo bien durante el resto de la velada. A eso de las ocho y media, cuando mis párpados decidieron que no podían aguantar más abiertos, decidí que era hora de irme a dormir.

Estaba agotada.

—Chicos, aquí hay una que se va a meter en la cama —anuncié—. No puedo más.

Me levanté del sofá, le di un beso a cada uno en la mejilla y arrastré la maleta hasta el dormitorio que Chum me había asignado.

Estaba a escasos dos pasos de la puerta cuando Óscar me recordó otra vez que tenía que llamar a Manuela.

—No seas tan pesadooo.

—Deberías estar orgulloso de que vele por ti y por tus intereses, reina.

—Esta reina, como tú dices, necesita descansar. Mañana será otro día.

Óscar me ayudó a poner la maleta encima de la cama y se despidió de mí, no sin antes recordarme otra vez que debía llamar a la madre de Bruce.

Cuando me quedé a solas en la habitación, saqué un pijama y una muda de ropa interior y me senté en un sillón. Necesitaba una duchita relajante, pero, contraviniendo a mis intenciones de no llamar a Manuela, cogí el móvil y busqué su número en la lista de contactos.

Después de seis tonos, escuché su voz.

—Raquel, ¿eres tú?

—Hola, Manuela. —Traté de sonar animada—. *Te llamo para decirte que ya estoy en Nueva York. He llegado hace unas horas.*

—¿De verdad? ¿Y por qué no me has llamado? Hubiera mandado a Fredy a por ti.

¿Quién demonios era Fredy? Era la primera vez que un miembro de los Smith pronunciaba aquel nombre.

—No quiero causaros ningún problema.

—Cariño, ¿pero qué tonterías estás diciendo? Me hubiera gustado ir a recogerte con nuestro chófer.

Vale, el misterio ya estaba solucionado. Fredy era su chófer.

—No te preocupes, de verdad. Mañana iré al hospital para ver a Bruce. ¿Le has comentado algo sobre mi intención de verlo? —Se hizo un silencio muy incómodo al otro lado de la línea y temí lo peor—. *Manuela, no sabe nada ¿verdad?*

—No, cariño. Ni siquiera imagina que estás aquí.

Suspiré aliviada.

—Manuela, tengo miedo. He hecho un viaje de no sé cuántos kilómetros para ver a Bruce y... —El corazón comenzó a latirme frenéticamente. Me puse en lo peor—. *¿Qué ocurrirá si tu hijo no quiere verme?*

—Raquel, escúchame, eso no va a pasar. Bruce no ha parado de preguntar por ti en todo este tiempo. De hecho, en todas sus conversaciones te nombra.

—Espero que tengas razón. Sería muy desagradable para mí que no quisiera verme.

—Tranquila, confía en mí.

No me quedaba otra opción que hacerlo.

—De acuerdo.

—Dime dónde quieres que te recoja Fredy y a qué hora. Él te puede llevar y...

—Iré sola —anuncié, dejándola con la palabra en la boca—. *No necesito*

ningún chófer.

—Muy bien, como tú quieras. Nos vemos mañana, querida. Bruce se va a poner muy contento cuando te vea entrar por la puerta de la habitación.

—Manuela, voy a cortar. Estoy agotada.

—Sí, sí, claro. Descansa.

Solté el móvil en la cama y me metí en la ducha.

El agua comenzó a caer sobre mi cuerpo, resbalando por toda mi piel, llevándose toda la angustia que me atenazaba para dar paso a nuevas preocupaciones.

Todas ellas relacionadas con Bruce.

Cerré los ojos, me enjaboné cuidadosamente con las dos manos y me acaricié los pechos hasta que mis pezones estuvieron duros, imaginando que eran las manos de Bruce las que recorrían mi cuerpo.

Estaba muy sensible.

Poco a poco, mis manos descendieron por mi abdomen y se instalaron entre mis pliegues. Me acaricié pensando en Daniel mientras el agua caliente resbalaba por mi piel, y el éxtasis fue brutal.

Cuando introduje el dedo índice y corazón en mi interior y circundé mi clítoris con el pulgar, mi mente desterró a Daniel y volvió a dar cabida a Bruce. Fue en ese momento cuando tuve que apoyarme en la pared para ahogar un gemido. Febril, mi cuerpo comenzó a temblar cada vez que mis dedos profundizaban en mi interior. A pesar del cansancio, me sentía más lujuriosa que nunca.

Jadeé con fuerza cuando mis dedos aumentaron el ritmo. Mi vientre se contrajo rítmicamente, anunciándome la llegada de un nuevo orgasmo. Temblorosa, respiré con fuerza, jadeante. Creo que Óscar y Chum tuvieron que escucharme desde el salón cuando los coletazos del segundo orgasmo se extendieron por todo mi cuerpo.

Aquel día me rompí los límites de mi placer.

Exhausta, con la respiración agitada, me senté en la ducha, doblé las rodillas y coloqué la cabeza sobre ellas mientras el agua regaba todo mi cuerpo. Poco a poco, mi respiración se fue calmando y mi corazón recuperó el ritmo. Fue en ese momento cuando di por concluida la sesión de autosatisfacción que maquillaba la ferviente necesidad que sentía por estar nuevamente entre los brazos de Bruce.

Cerré el grifo y me envolví en una toalla para ir a la habitación. Me había dejado el *body milk* en la maleta. Cuando acabé de ungir mi piel, me puse el

pijama y regresé al cuarto de baño para lavarme los dientes. La sensación de relajación y limpieza que experimentó mi cuerpo hizo que el sueño desapareciera, así que cogí el móvil y me metí en la cama.

Durante más de diez minutos observé cada una de las fotografías que Bruce y yo nos habíamos hecho cuando nuestra relación fluía como el caudal en un río, es decir, antes de que Cassandra hiciera su aparición. Las lágrimas comenzaron a nublarne la vista.

Solté el móvil. No deseaba llorar, así que cogí el libro que me acompañaba a todos los sitios, ese que ya había leído y releído una docena de veces, y me volví a adentrar en las vidas de Heather Rothscill y Rhian Hoover.



La luz de la mañana entraba por la ventana alumbrando toda la estancia cuando Óscar entró en mi habitación y me despertó.

—Buenos días, cariño —vociferó. Antes ya me había destapado totalmente.

—Buenos días. —Estiré los brazos para desperezarme y abrí el ojo izquierdo—. ¿Qué hora es?

—Las once y media, nena. Chum y yo no te hemos querido despertar. Estabas tan tranquila y relajada...

—Pero es tardísimo —grité—. ¡Sabes que tengo que ir al hospital!

—El día es muy largo, reina. Lo primordial es que descanses. Recuerda que no estoy dispuesto a pagar a un especialista para que tus hijos se...

—¡Calla! —exigí. Luego le hice una señal con los ojos para que se tumbara a mi lado. Lo hizo con gusto y me agarró la mano cuando estuvo a mi lado—.

Gracias.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Por qué? ¿Por tumbarme a remolonear en tu cama?

—Por estar siempre a mi lado, por no dejarme caer en mis peores momentos, por no dejarme nunca sola, por...

—Ei, ei, ei, Raquelita. —Envolvió mi rostro con las dos manos—. Nunca, escúchame bien, nunca te dejaré sola. Y cuando te caigas, te daré mi mano para que te levantes. Siempre me tendrás a tu lado, ¿me oyes? Tú y yo somos amigos, casi hermanos, diría yo.

Me acurruqué a su lado y nos abrazamos con fuerza. Su calor siempre me

transmite paz. Aquel día, Óscar fue el bálsamo que yo necesitaba para curar mis heridas, esas que, y a pesar de que había tratado de olvidarla, me había causado Kassandra Thompson.

—¿Me vas acompañar al hospital?

—¿Estás segura?

—No me apetece ir sola.

—En ese caso, no hay más que hablar. ¿Sabes ya qué ropa te vas a poner?

—Sí, un vestido negro que queda muy pegadito con un cinturón dorado y los zapatos negros de tacón de aguja que me regalasteis por mi cumpleaños.

Se incorporó apoyándose sobre el codo y clavó su mirada en mis ojos. Luego me quitó un mechón de pelo de la cara y sonrió abiertamente antes de decir:

—¿Quieres que ese pobre lisiado se recupere pronto o que le dé un infarto al verte?

—No lo vuelvas a llamar así, por favor —susurré con un hilo de voz—. Y sí, quiero que se recupere lo antes posible y que me vea atractiva.

—Reina, vas a parecer un putón verbenero pidiendo guerra.

—Pronto voy a perder la figura —alegué con cara de circunstancias—, así que deja que me ponga lo que quiera. No voy a poder llevar ropa ajustada durante mucho tiempo.

—Porque te vas a poner goorda —se carcajeó Óscar, acariciándome la tripa.

—Vete al cuerno.

—¿Para qué?

—Tienes razón —determiné, esbozando una sonrisa traviesa—. No quiero que te vayas a ningún sitio. Te quiero para mí solita.

—Uuuu, creo que eso va a ser imposible, cariño. Hay cierto hombretón ahí fuera que bebe los vientos por mí y que me hace pasar unas noches...

—No necesito que me des explicaciones.

—Mejor. No quiero ser el culpable de que te crezcan los dientes. —Me guiñó un ojo con picardía, me dio un cachete en la nalga y se levantó de la cama—.

¡Vamos! Te doy cinco minutos para que te prepares.

—¡Qué considerado! —exclame cuando salió por la puerta.

Cuando me quedé a solas, rezongué de mala gana, estirando los brazos una y otra vez para desperezarme completamente, y me levanté de la cama. La intranquilidad que se había apoderado de mí el día interior volvió a surgir cuando vi mi rostro en el espejo. Unas ojeras profundas envolvían mis ojos. Al llegar al salón, mi pulso se disparó para bien. Junto a la mesa principal encontré a Sofía, esa sevillana guapa y simpática que cuida para que Chum y

su hogar estén siempre impolutos. Movía el plumero con agilidad, retirando el polvo de uno de las fotografías que decoraban el estrecho pilar que había junto a la magnífica panorámica de Nueva York que ofrecía la ventana.

—¡Sofía! —vociferé emocionada, abriendo los brazos de par en par.

Pero ella ni se inmutó.

Sigilosa, me acerqué hasta ella y le toqué el hombro para llamar su atención.

Ella pegó un respingo, seguido de un pequeño grito.

—¿Raquel?! —Se quitó los auriculares y se lanzó a mis brazos—. ¿Qué haces tú aquí? ¡Cuánta alegría me da verte!

Sofía siempre ha sido muy cariñosa conmigo desde el día que nos conocimos. Cada vez que la veo, siempre me regala abrazos cargados de mucho cariño, de esos que reconfortan hasta el alma. Aquel día, su abrazo consiguió que mi alma se relajara un poco, lo suficiente como para ver que en la vida te puedes encontrar muchos baches que siempre se pueden superar si tienes buenos amigos cerca.

—So... Sofía, me estás machacando la espalda —susurré cuando percibí un nuevo apretón.

—Lo siento, Raquel. No te puedes hacer a la idea de lo feliz que me ha hecho verte de nuevo.

Observé que estaba el desayuno preparado en la mesita central, la que se encontraba junto al sofá.

—Anda, ven. —Cogí su mano derecha y comencé a caminar—. Siéntate conmigo y cuéntame cómo te encuentras.

—Raquel no puedo desayunar contigo.

—¿Cómo que no puedes? —Fruñí el ceño y la miré extrañada.

—Me vas a buscar un lío con el señor —murmuró, buscando a Chum.

—Escúchame, Sofía, o te sientas tú o te siento yo. Por el señor no te preocupes, que ya hablaré con él. Ese chinito me va a oír como que me llamo Raquel Ramírez.

—No sé si...

—Vamos, coge la cafetera y sírvete. Tenemos que ponernos al día.

Cuando me quise dar cuenta, ambas habíamos tomado un par de tostadas, huevos revueltos con beicon y varias tazas de café negro, lo ideal para mis nervios.

—¿Lo dices en serio? —le dije cuando me contó que después de cinco larguísimos años iba a volver a Sevilla para disfrutar de unas buenas y merecidas vacaciones.

—Sí. —Sonrió tímidamente—. Llevo más de un mes contando los días que me faltan para coger el avión. Bueno, eso da igual ahora, Raquel. ¿Cómo te va a ti la vida? ¿Sigues viviendo en Málaga?

—Ya sabes que Andalucía es una de las mejores partes del mundo para vivir.

—Asintió—. Sigo con mi trabajo en la hamburguesería y estudiando al mismo tiempo para poder dar el salto a la escritura cuanto antes. Ya te dije cuando nos vimos la última vez que escribir es mi pasión.

—Lo recuerdo. —Introdujo una tostada en el café y le dio un mordisco—. ¿Y qué te ha traído hasta aquí?

Compungida, le revelé que Bruce se había alejado de mí después del incidente ocurrido en Cádiz.

—No me lo puedo creer. ¿Lo dices en serio?

—Eso es agua pasada, Sofía —declaré—. Bruce me hizo mucho daño, no te lo voy a negar, pero necesito enfrentarme a él para perdonarlo. Además, hace un par de meses que tuvo un accidente.

—¡No! —Se llevó la mano que tenía libre a la boca.

—Sí —afirmé con contundencia—. No puede caminar.

Después de un silencio desgarrador, me puse en pie y llevé la bandeja con los platos y las tazas vacías hasta la cocina. Solícita, Sofía protestó por no permitirle que lo hiciera ella y me retiró la bandeja de las manos justo antes de que yo pudiera soltarla sobre la encimera.

—No debes cargarte tú sola con todo el trabajo.

—Es para lo que me pagan, Raquel.

Su respuesta me certificó que Chum no era un jefe ejemplar. Decidí que más tarde hablaría con él.

Óscar me acompañó al hospital, algo que agradecí enormemente porque mi inglés no era muy bueno por aquel entonces.

Al llegar, me agarré de su brazo y recorrimos el vestíbulo con paso firme hasta los ascensores.

—Óscar, te pido que no me dejes sola, por favor.

Estaba muy nerviosa.

—Tranquila. No tengo pensamientos de dejarte sola ni un minuto. —Me dio una palmadita en la mano— No me fío de ti, reina.

Cuando el ascensor abrió sus puertas en la cuarta planta, observé que al final del pasillo había un grupo de personas conversando agitadamente. Alguno que otro movía los brazos con insistencia y vociferaba algunas palabras que no logré comprender.

Poco a poco se fue haciendo el silencio y todos se giraron para observar a la pareja que caminaba hacia ellos.

Manuela sonrió forzosamente cuando las hermanas de Bruce se acercaron a mí para abrazarme y darme un gran beso en la mejilla.

—Chica, estás guapísima —confesó Helena, una de las hermanas del que hasta hacía unos meses había sido mi Dios del sexo—. Tu cutis está... Mmm, no sé, más firme, más brillante, más...

—¡Qué cosas dices! —exclamé con una sonrisa—. Para guapa y espectacular, tú. Yo sigo como siempre.

—Estás realmente preciosa —alegaron al mismo tiempo Laura y Matilde. Después de decir eso, las tres miraron a Óscar con curiosidad.

—Chicas, os presento a Óscar, un buen amigo. Ha hecho este viaje conmigo porque tenía algunas cosillas que hacer aquí.

Las hermanas Smith se acercaron a él y lo saludaron con efusividad, haciendo gala de la buena sangre andaluza que corría —y corre— por sus venas.

Alexander, el padre de Bruce, también me dio un gran abrazo mientras Manuela, su mujer, me miraba de arriba abajo y me acariciaba la espalda.

—Raquel, cariño, ¿cómo estás?

—Estoy bien, Manuela. He dormido un rato y estoy muy descansada.

—Me alegro. Nosotros llevamos un par de días sin pegar ojo.

Obvié su comentario y le pregunté por Bruce. La pobre mujer apretó mis manos con fuerza, me dedicó una mirada triste y me sugirió que nos sentásemos para hablar.

—No te lo vas a creer, pero... Bruce está insoportable y malhumorado. Se pasa el día diciendo tacos.

—Eso no es habitual en él.

—Lo sé —bisbiseó—. Supongo que, ahora que estás aquí, cambiará de actitud y se relajará un poco. Raquel, no te lo vas a creer. Mi hijo lo ha pasado fatal y se lo está haciendo pasar también muy mal a los médicos y a las enfermeras.

Cuando tienen que llevarlo a hacer la rehabilitación al gimnasio, se pone como un basilisco y arma la de Dios.

La miré con incredulidad. ¿Estábamos hablando de Bruce? Porque no era posible que estuviera hablando del mismo hombre tranquilo del que me enamoré y del que sigo plena y profundamente enamorada.

—Manuela, no creo que con lo que me estás diciendo sea conveniente que entre en esa habitación. Me encantaría ver a tu hijo, pero...

—Él te necesita, cariño.

—Si me va a tratar como lo hizo hace unos meses, prefiero no entrar.

—No digas eso, por favor. No te pongas el parche antes de hacerte la herida.

Bruce se pasa el día preguntando por ti: si te hemos llamado, si te hemos contando lo sucedido, si...

Cerré los ojos e inspiré hondo antes de decir:

—Me hago cargo.

De una forma u otra, debía enfrentarlo. Corría el riesgo de que me echase de la habitación como hice yo meses antes y entonces tendría que aguantarme. Pero también cabía la posibilidad de que lo que me estaba contando Manuela fuera cierto.

«Espábilate —me exigió la parte racional de mi conciencia—. Solo te falta dar unos pasos para averiguar si ese hombre te ama de verdad o para conocer si has hecho un viaje de más de ocho horas para nada.»

Me enfrenté a mis propios miedos y me puse de pie.

Con la cabeza bien alta, golpeé la puerta con los nudillos y aguardé estoica hasta que Bruce me invitó a pasar. Su voz fue demasiado tosca para mis oídos.

Tenía los humos subidos y yo mucha disposición para bajárselos.

Se quedó blanco como el papel cuando accedí a la habitación. Tengo que admitir que a mí me ocurrió lo mismo al ver su estado.

Estaba demacrado.

Su melena estaba despeinada. Varios mechones caían en cascada por su frente, cubriéndole parcialmente los ojos. Su rostro estaba cubierto por una poblada barba que se extendía hasta el cuello. Y su piel inmaculada estaba ajada, casi sin vida.

Indecisa, me acerqué a la cama con pasos lentos. Estaba en *shock*.

—¿Raquel? —Él no parecía creerse que estuviera allí.

—Hola, Bruce. ¿Cómo estás?

—Ahora que estas aquí, mucho mejor. —Esbocé una tímida sonrisa al recordar que aquella había sido también mi respuesta cuando él apareció el hospital durante mi ingreso, meses atrás—. Siéntate a mi lado, por favor. Clavó sus ojos en los míos y me devolvió una sonrisa perfecta. Aun así, determiné, algo le faltaba. No era la misma de siempre.

No me senté en la cama, tal y como fue su intención. Lo hice en un sillón, tratando de guardar las distancias.

—Perdóname por no ir a recogerte al hospital el día que te dieron el alta

—dijo con voz neutra, extendiendo la mano.

Acepté posar la mía sobre la suya. En ese momento, nuestros dedos cobraron

vida y se entrelazaron automáticamente, como si estuvieran destinados a estar siempre juntos.

—No es el momento de hablar de eso, Bruce. Ahora solo quiero saber cómo estás.

Cerró los ojos un instante y me apretó la mano con fuerza.

—Necesito caminar de nuevo, Raquel, tener la vida que tenía contigo. Ahora...

—carraspeó—, ahora no sirvo como hombre, no sirvo para na...

Escuchar cómo se flagelaba me puso furiosa. Muy furiosa.

—Cállate, no quiero que vuelvas a decir eso nunca más.

Me alejé de él y comencé a caminar por la habitación. ¿Por qué Bruce se fustigaba con su negatividad? ¿Por qué se esforzaba últimamente en enfurecerme una y otra vez?

—¿Sabes una cosa, Bruce? —Comencé a hablar con ímpetu—. He viajado durante más de ocho horas en avión, con el miedo que me da, para ver a un hombre seguro de sí mismo, y no a un niño quejicoso. Sé que no puedes andar, pero, por lo que me ha contado tu madre, es algo que tarde o temprano se solucionará. En este momento tienes los músculos... adormecidos, sí, esa es la palabra que ha utilizado Manuela, así que ya sabes lo que tienes que hacer. Despertarlos de una vez.

—No puedo.

—Con rehabilitación y constancia podrás volver a andar. Todo depende de ti y de la voluntad que pongas de tu parte.

Me quedé parcialmente vacía cuando terminé de hablar. Había soltado los primeros dardos, pero no iban a ser los últimos.

—Raquel... —susurró—, estás preciosa. No te recordaba así de bonita. Siento que la primavera ha entrado en esta habitación.

Tensé la mandíbula y cerré las manos. Bruce había ignorado todo mi discurso. ¿Y ahora qué? ¿Lo mataba? ¿Hacía oídos sordos a lo que me dictaba mi conciencia y me lo comía a besos?

La indecisión se apoderó de mí.

Durante unos segundos, no supe cómo reaccionar. Lo único que tuve claro es que debía hacerle saber que no estaba solo y que tenía que alejar todos esos pensamientos dañinos de su cabeza porque no todo estaba perdido.

—Bruce, sabes que tenemos una conversación pendiente. Pero quiero que sepas una cosa, lucharemos juntos. Si tú quieres, claro.

Antes de que pudiera darme la réplica, una tos fingida llamó la atención de Bruce.

—Hombre, mira a quién tenemos por aquí. Pero si es la cocinera de hamburguesas.

Giré sobre mis tacones y me encontré de frente con una de las serpientes más venenosas que de la historia: *Kassandra*.

Mi pulso se aceleró cuando me miró de arriba abajo con desdén. Tenía muchísimas cosas que decirle y, por supuesto, muchas más por hacerle, como tirarle de los pelos y arrancarle sus bonitas extensiones. Aun así, tuve la decencia de no enfrentarme con ella delante de *Bruce*.

—¿Alguien se va a quedar a dormir contigo esta noche? —pregunté dándole un beso casto en los labios, ignorando completamente a la víbora rubia que amenazaba con envenenar todo el oxígeno que respirábamos.

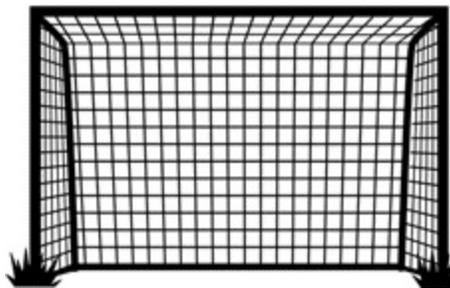
—No. ¿Por qué?

—*Bruce*, ¿cómo puedes decir que no se va a quedar nadie contigo? —inquirió *Kassandra* con altanería—. ¿No te he avisado esta mañana que yo...?

—Si te quedas es porque quieres. Yo no te lo he pedido.

Kassandra palideció de repente, como si un *Dementor*¹² de los que aparecen en las películas de *Harry Potter* se hubiera llevado su alma.

Sonreí con satisfacción cuando comenzó a resoplar. Yo había ganado la partida y no sería la última.



Raquel Ramírez



Kassandra Thompson

10

¹² *Dementor*: Está entre las criaturas más nauseabundas, desalmadas y malignas del mundo. Infesta los lugares más oscuros y más sucios y disfruta con la desesperación y la destrucción ajenas. Cuando un *Dementor* te besa, se lleva la paz, la esperanza, la alegría y el alma. (Fuente: Libros de *Harry Potter* y el *Prisionero de Azkaban*).

—¿Te apetece que me quede contigo esta noche?

Bruce sonrió ampliamente. ¡Cuánto echaba de menos verlo sonreír de aquella forma!

—Me encantaría, cariño.

—Perfecto. —Le guiñé un ojo cuando pasé por delante de Cassandra—. Nos vemos esta noche, amor.

Los pasos de Cassandra no tardaron en restallar en mis tímpanos.

—¡Oye, tú! —gritó a pleno pulmón, dando un espectáculo horroroso en mitad del pasillo.

Me giré lentamente y me crucé de brazos.

—Por si no lo recuerdas, me llamo Raquel. Raquel Ramírez —apostillé—.

¿Qué quieres?

Comenzó a caminar y se detuvo cuando estuvo a escaso medio metro de distancia de mi cuerpo. Apuntándome con uno de sus dedos larguísimos, espetó:

—Cocinerita de mala muerte, no vayas a creer que porque hayas venido tienes vía libre con Bruce. Yo he estado aquí desde el primer día de su accidente y me he comido muchas mierdas mientras que tú... Olvídalo, prefiero no saber lo que estabas haciendo.

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta. En el fondo, sabía que llevaba razón. Ella había estado al lado de Bruce desde el día que tuvo el accidente, yo no. Tenía ventaja sobre mí en ciertos temas, no lo puedo negar, pero me juré que nunca más iba a volver a tenerlo.

Raquel Ramírez

1



Kassandra Thompson

1

— ¿Qué está ocurriendo aquí? —vociferó el padre de Bruce al escuchar los improperios con los que Cassandra pretendió amedrentarme sin mucho éxito.

— Alexander, esta mujer ha venido para llevarse toda la gloria, cuando la que ha estado al pie de cañón he sido yo.

Las aletas de la nariz del padre de Bruce se dilataron ostensiblemente.

—Kassandra, bonita. ¿Por qué no te callas? Que yo sepa, Raquel sigue siendo la novia de mi hijo, y tú... Olvídalo, ni siquiera sé qué haces aquí después de

lo que hiciste.

Me mantuve en silencio.

En aquel momento, conocía muy poco al padre de Bruce, pero me sorprendió gratamente que me defendiera y que dijera que todavía seguía siendo la novia de su hijo. Me enorgullecieron gratamente sus palabras.

—Alexander, de aquello hace ya bastante tiempo como para que lo tengas que sacar a relucir a cada instante —protestó Cassandra, claramente ofendida.

—¿Qué ocurre, papá? —Laura, una de las hermanas de Bruce, se había acercado a su padre para saber qué estaba ocurriendo.

—Nada, hija. Cassandra se estaba despidiendo de nosotros. —Ella intentó hablar, pero él no se lo permitió—. Espero que no tengamos que verla en mucho tiempo. Sería lo mejor que le podría suceder a nuestra familia en este momento.

—¿Me estás echando?

—No, querida. Tú solita vas a recorrer este pasillo y vas a coger el ascensor.

—No voy a ir a ningún sitio —anunció Cassandra con vehemencia—. Yo he sido la única que se ha preocupado del desagradable de tu hijo mientras... No la dejé terminar. Mi mano voló a toda velocidad y se estampó en su mejilla.

—Desde el primer momento que te vi, tenía ganas de darte una buena *guantá*¹³—alegué con decisión. En realidad, se merecía muchas más—. Vete ahora mismo por dónde has venido. Si vuelves a aparecer por aquí con tus aires de grandeza, te juro que te arranco los dientes de un puñetazo, guapita. Todos se quedaron atónitos por mi reacción. Todavía no conocían a la verdadera Raquel, aunque no tardarían en hacerlo. Aquello fue solo un

¹³ *Guantá*: Bofetada en lenguaje coloquial. Expresión muy utilizada en Málaga.

aperitivo de lo que soy capaz de hacer.

—Esto no se va a quedar así, ¿me oyes?

Me acerqué a ella hasta que nuestros cuerpos se rozaron, estiré el

cuello y la miré con desafío.

—¿Me está amenazando? Ten cuidadito con lo que dices, Cassandra.

No me conoces y no sabes de lo que soy capaz.

Ella aguantó mi mirada unos segundos y sonrió con suficiencia antes

de decir:

—Muy bien, me voy. Pero no olvidéis que vendré a ver a Bruce cuando me dé la gana porque para eso trabajo en este hospital. Abrí los ojos ligeramente sorprendida.

Kassandra debió de ver mi sorpresa ante lo que acababa de decir porque sonrió como si me hubiera metido otro gol.

Raquel Ramírez

1



Kassandra Thompson

2

— Vaya, vaya, vaya... —Sonrió—. ¿No sabías que trabajo como cirujana en este hospital?

Mierda, acababa de meterme otro gol por la escuadra.

Raquel Ramírez

1



Kassandra Thompson

3

Juré que aquello no iba a terminar así.

Kassandra cruzó el pasillo moviendo las caderas con exageración. De vez en cuando se detenía y lanzaba una mirada hacia atrás. Sus provocaciones me incendiaron un poco más, hasta el punto de querer echar a correr tras ella para estamparla contra la pared. Aun así, me contuve. No soy una guerrillera.

Matizo.

Sí que lo soy, aunque me abstuve de sacar mi vena partisana delante de los padres y las hermanas de Bruce.

—Espero que podáis perdonarme —me excusé—. No suelo comportarme así habitualmente.

—Cielo, no te tienes que disculpar por nada —me tranquilizó Alexander—.

Esa mujer es insoportable y saca de quicio a cualquiera.

Me ofreció su brazo y me agarré a él con gusto. Laura se enganchó al otro y nos acompañó hasta el área de espera donde estaban Manuela, Óscar y el resto de sus hermanas.

—¿Has visto a Bruce? —me interrogó Manuela.

—No se parece al hombre que conocí. Su pelo, esa barba, sus ojos, su

carácter...

—Desde que está aquí no se ha querido peinar, ni afeitarse.

—Está amargado —añadió su padre.

Manuela lo miró con desaprobación y él se encogió de hombros.

—Le he preguntado si quería que me quedase con él esta noche.

—¿Y qué te ha contestado? —Helena pareció sorprenderse por la reacción de su hermano.

—Me ha dicho que sí. Por eso Kassandra se ha enfadado. —Miré a mi amigo Óscar que se reía muy bajito—. ¿Y tú dónde te habías metido?

Se llevó las manos al pecho.

—¿Yo? —Asentí—. Estaba al otro lado del pasillo viendo cómo te peleabas con esa gata despeluchada.

Todos rompimos a reír al escucharlo.

Poco después, Manuela anunció que su marido y ella iban a entrar a ver de nuevo a Bruce.

—Raquel, ¿nos acompañas?

¿Cómo iba a negarme si me moría de ganas de estar con él? Agarré a Óscar del brazo y cruzamos el pasillo, esta vez él no se quedaría fuera. A Bruce le vendría bien verlo.

Bruce se quedó asombrado cuando vio entrar a tantas personas en su habitación y sonrió cuando fijó sus ojos en mí.

—Chica del lunar, llevo más de dos meses sin verte y hoy ya lo he hecho dos veces en lo que va de día. —Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y se peinó las cejas con los dedos. Había vuelto el hombre del que me había enamorado, tan coqueto como siempre. Me guiñó un ojo con picardía y añadió misterioso—. ¿Estás buscando a alguien en concreto?

«A ti», quise decir, aunque obvié hacerlo, al menos delante de los Smith.

Solté el brazo de Óscar y me acerqué hasta la cama. Cuando llegué a su altura, lo miré aleteando las pestañas a la vez que pasaba la lengua por mis labios.

—No se equivoque, señor Smith. Yo no soy como las ratas que persiguen al Flautista de Hamelín. Más bien, soy su nueva terapeuta, la que le va a ayudar a mover otra vez esas piernas para que pueda llevar a bailar a su novia.

—Raquel, eso va a ser un trabajo muy duro para ti en tu...

Abrí los ojos de par en par, tanto que temí que se me salieran de las órbitas, y le lancé a Óscar una mirada airada con la que inmediatamente regresó el silencio a sus labios. ¡Joder, iba a contar lo del embarazo sin pedirme permiso! aquí, delante de todo el mundo!

Esperaba que nadie se hubiera dado cuenta de mi reacción, pero cuando volví mi cabeza y observé a los Smith, entendí rápidamente que no había sido así.

—¿Qué te pasa, Raquel? —Bruce estaba intentando sentarse en la cama como un machote, soportando el peso de todo su cuerpo con los brazos—. ¿Estás enferma?

—No me pasa nada —me excusé mirando esta vez al bocazas de Óscar con cara de asesina.

—Pero ¿qué tienes? ¿Tan malo es para que no debamos saberlo nosotros?

—preguntó esta vez Manuela.

—Te prometo que, cuando sea el momento, serás la primera en saberlo.

—Pero...

Mi respuesta le había dejado más descolocada de lo que ya estaba.

—Tienes que respetarla —exigió Alexander—. Todos guardamos ciertos secretos que no podemos revelar hasta que llega el momento adecuado.

Nerviosa, me despedí de Bruce y salí de la habitación con rapidez, dejándolos a todos con la boca abierta.

Iba directa hacia los ascensores cuando sentí cómo unas poderosas manos se anclaban a mis hombros, obligándome a detenerme.

Era Óscar.

—Reina, lo siento mucho. No pretendía... —Le tembló un poco la voz—.

Hablo en serio, Raquel. Lo siento de verdad. Espero que algún día puedas perdonarme.

—Joder, Óscar. Te pedí que no te fueras de la lengua y... ¡coño, casi lo sueltas! ¿No te das cuentas de que no quiero que nadie se entere de mi estado?

—Lo que estás haciendo es ridículo.

—Es mi decisión —afirmé con vehemencia, cruzándome de brazos para establecer cierta distancia con él.

—Estás ya casi de cuatro meses —insistió—. La tripa te empezara a crecer. Tus bebés necesitarán cada vez más espacio y...

—Óscar, déjalo, no seas pesado. He dicho que no.

Sé que tenía razón. Tarde o temprano mi embarazo se iba a empezar a notar. No había pensado en ello fríamente. No había tenido tiempo. Bruce había ocupado todos mis pensamientos desde que Kassandra y él se dejaron llevar por el morbo en el reservado del restaurante Cala Burra, por mucho que me negara a reconocerlo.

Me senté en una de las sillas del pasillo, escondí la cara entre mis manos y comencé a llorar.

—Raquel, cielo, a mí no me puedes engañar. ¿Qué te pasa?

Me abrace a Óscar con fuerza. Necesitaba su apoyo más que nunca después de haber visto el estado de Bruce. Imaginaba que la situación estaba regular, pero no tanto.

—¿Has visto cómo está? Parece que le han echado años encima.

—Está un poco desaliñado —reconoció él.

—Sus ojos están triste, joder. ¿No te has dado cuenta?

Me secó las lágrimas que resbalaban por mis mejillas con el pulgar. Luego inspiró hondo y soltó el exceso de aire a través de la nariz.

—Vamos a ver, Raquel. Escúchame. Hemos venido hasta aquí para ver lo que ocurría y ya lo has visto. Ahora lo que necesita ese pobre hombre es que alguien le ofrezca una mano, y ¡qué mejor que la tuya! Seguro que su recuperación se aceleraría si le cuentas que estás esperando dos hermosos bebés.

—Me niego a decirle nada sobre el embarazo. Al menos todavía.

—¿A los padres tampoco?

Cogí aire con fuerza y lo miré fijamente.

—Óscar, ya hablaré con ellos. —Suspiré—. He debido de quedar fatal, ¿verdad?

—No te voy a engañar, Raquel. Has actuado *muy* mal.

La conciencia comenzó a reconcomerme por dentro.

—Cuando lleguemos a casa y me tranquilice un poco, llamaré a Manuela y le pediré disculpas.

—Y le dirás que...

—Lo haré —afirmé mientras enganchaba el dedo meñique de mi mano derecha con el suyo—. Palabrita del niño Jesús.



— Raquel, ¿qué te parece si cambiamos los planes? —Observé a Óscar con cara de incredulidad cuando le anunció al taxista que detuviera el vehículo para apearnos. Me agarró de la mano y tiró de mí para que me diera prisa—. Hoy hace un día estupendo...

— ¡Óscar!

—Luce el sol como en Málaga y... ¡Joder, me siento vivo, reina! —Me estás asustando.

—No digas tonterías, Raquel. Hoy es un gran día. Te has reconciliado

con Bruce, has conseguido espantar a... —redujo ligeramente el tono de voz— esa asquerosa rubia que se comió lo que no le pertenecía y yo... yo he echado un par de polvos de escándalo con Chum que me ha dado energías suficientes como para subir a pie hasta allí.

Señaló la parte superior del *Empire State Building*.

—Tío, estás como una puta regadera.

—¿Y?

—Pues que estás loco, cariño.

—Las locuras son lo único sobre las que un loco nunca se lamenta

— afirmó con una divertida sonrisa dibujada en los labios—. Cada mañana, cuando me levanto y me pongo a recordar lo vivido en mis sueños, llego a la conclusión de que uno inconscientemente elige qué soñar antes de cerrar los ojos. Hace meses imaginé que tú y yo algún día subiríamos al observatorio del *Empire State Building*. El destino se ha encargado de mezclar las cartas para que nosotros juguemos la nueva partida de nuestra vida, Raquel. —Estiró el brazo en dirección al rascacielos, situado en la intersección de la Quinta Avenida y West 34th Street, y no pude hacer otra cosa más que abrir los ojos y la boca de par en par—. Creo que todas las cosas pasan por algo, mi reina, así que...

— Alguna vez he oído que el destino también te da opciones, Óscar.

—Comenzaron a temblarme las piernas—. No creo que pueda subir.

—¡Chorradas! Tú y yo vamos a disfrutar de unas vistas maravillosas de Manhattan en cuanto lleguemos a la planta ochenta y seis.

Me detuve en seco y volví a abrir los ojos de par en par.

—¿Ochenta y seis? ¿He oído bien?

—Perfectamente. —Me palmeó en el hombro, me agarró de nuevo la mano y comenzó a tirar de mí hacia el acceso principal del edificio. El plano contrapicado que me ofreció la perspectiva cuando miré hacia el cielo me acojonó un poco más—. Agradece que no te suba hasta la planta ciento dos. El aire azotó mi rostro cuando llegamos a la plataforma de observación del

piso ochenta y seis. Temblorosa, sin soltar la mano de Óscar, me acerqué a los paneles de cristal que protegen a los turistas de las caídas y disfruté de la impresionante vista de trescientos sesenta grados de la ciudad.

—Reina, ¿tienes unas monedas?

—Sí, ¿por?

—Vamos a mirar a través de esos prismáticos.

Aluciné en todos los colores del espectro cromático con la excelente vista de Manhattan, en especial, cuando pude distinguir los edificios más emblemáticos de Midtown: el edificio *Chrysler*, *Metlife*, *Flatiron Building* y *Madison Square Park* son impresionantes. *Union Square*, el distrito financiero de Nueva York y *Times Square*, me sorprendieron también. Ver, algo más lejos y bajo una neblina muy sutil, el nuevo *World Trade Center* con la Estatua de la Libertad y el puente de Brooklyn al fondo, tuvo un encanto especial.

—Raquel, muévete hacia la izquierda —me exigió cuando la lente del prismático se cerró y me acerqué temblorosa a la pantalla de cristal para seguir disfrutando de las maravillosas vistas de la bahía de Manhattan.

—Ahí, muy bien. ¡Sonríe!

Empezó a disparar fotos.

Me sentí especial cuando un grupito de japoneses se acercó a mi amigo y comenzaron a hacer fotos. Como una payasa, cambié de postura hasta un centenar de veces. Hilary Rhoda, una de las tops americanas más reconocidas desde que en 2009 se convirtiera en la imagen de la Estée Lauder, no habría sido capaz de seguir mi ritmo.

—Voy a tener que subir mi caché —bromeé cuando los japoneses se alejaron y me agarré del brazo de Óscar.

—Mmm, todo es estudiarlo, reina —se carcajeó él, palmeándome el dorso de la mano—. ¿Qué te parece si nos vamos y damos un paseo por la calle? Tengo la punta de la nariz congelada.

Una vez que el ascensor nos dejó en la planta baja y salimos al exterior, recorrimos la Quinta Avenida contemplando una sucesión de escaparates de marcas de lujo. Los ojos casi se me salen de las órbitas cuando nos detuvimos frente a la famosa joyería *Tiffany*. Para una cinéfila como yo, que ha visto hasta una docena de veces de la película *Desayuno con diamantes*, fue un placer revivir la escena en la que Audrey Hepburn, en su papel de la mundana, ingenua y excéntrica Holly Golightly, mordisqueaba un bollo con su mítico vestido negro frente al escaparate.

Bueno, reconozco que, a falta de un bollo y un vaso de café, recreé la escena

con una botella de agua medio vacía y un caramelo Halls que me ofreció Óscar. La intención es lo que cuenta.

Cuando algunos transeúntes comenzaron a observarme extrañados, di el último trago a la botella, la solté en una papelera y me acerqué a Óscar, que no había dejado de sacar fotos.

—¿Vamos?

—Al fin del mundo, si tú quieres, reina.

Envolvió mi espalda con su brazo y comenzamos a caminar.

Visitamos varias tiendas, todas tan elegantes y preciosas como caras. Un bolso que llamó mi atención en *Louis Vuitton* costaba cuatro veces el suelo que yo ganaba por aquel entonces en la hamburguesería. No me dio un ataque al corazón de puro milagro.

—Reina, esto es así —me dijo Óscar para tranquilizarme—. El lujo es lo que tiene. Para algunas personas es una necesidad que empieza cuando acaba la necesidad.

—El dinero no lo es todo —le rebatí.

—Para ti, para mí... —Puse los ojos en blanco—. Desafortunadamente, no todo el mundo puede decir lo mismo, reina.

Un escaparate lóbrego, escasamente iluminado, llamó mi atención. Como decimos en Málaga, estaba a *tentemonete*¹⁴ de complementos.

—¿Entramos? —sugirió Óscar al ver cómo mis ojos recorría uno por uno los colgantes que pendían de un estrambótico maniquí de madera desportillada.

—Ajá. —Asentí—. Creo que esta va a ser la única tienda a la que vamos a poder entrar sin miedo a que un armario empotrado de tres por cuatro con cara de *rottweiler* nos ponga de patitas en la calle.

Animados, accedimos al interior. Un hindú con un turbante de color azul y una poblada barba que le llegaba hasta el pecho nos sonrió, mostrándonos unos dientes amarillentos e imperfectos que me recordaron a los de Gollum, el personaje de la Tierra Media en el universo de historias de J. R. R. Tolkien. De repente, mientras ojeaba algunos colgantes, mis ojos se detuvieron en una pequeña estantería que se encontraba a mi izquierda. Unos pendientes con forma de cruz llamaron mi atención. Eran similares a los

¹⁴ *Tentemonete*: Vocablo popular empleado coloquialmente en Málaga para indicar que algo está lleno, cargado o rebosante de cosas.

que yo utilizaba en mi adolescencia, durante un período un tanto macarra que

tuve. De aquello hace ya muuuchos años.

Miré la etiqueta con el precio y me sorprendí de lo poco que costaban: cinco dólares. Automáticamente, los compré.

—¿Ya has picado?

—Óscar, oportunidades como esta no hay que dejarlas escapar —respondí, colocándome el cartoncito con los pendientes a la altura de la oreja derecha para que pudiera comprobar cómo me iban a quedar en cuanto me los pusiera.

—Vas a parecer una choni con eso.

—Genial —exclamé, metiendo los pendientes en el bolso—. ¿Qué te queda?

—A mí nada. ¿Y a ti?

—Tengo hambre y estoy algo cansada. —Los tacones de agujan me estaban destrozando los pies.

—Vayamos pues a tomar algo —propuso Óscar.

—Hamburguesa o pizza, ¿qué prefieres?

—Un menú selecto en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. —Me mostró el folleto que había cogido en el *Empire State Building*—. Dicen que este restaurante tiene las mejores vistas de la ciudad.

—¿Otra vez me vas a hacer subir en ese ascensor?

—Reina, tardaremos tan solo cuarenta y cinco segundos en llegar a la planta ochenta.

—Pero tendremos que pagar otra vez la entrada —anuncié con pesar, tratando de disuadirlo. Aunque había disfrutado de lo lindo en la planta ochenta y seis del *Empire State Building*, no me apetecía volver a sentir cómo el pánico burbujaba en mis venas al subir a más de doscientos cincuenta metros de altura.

—¿Y?

Sin darme apenas cuenta, Óscar abonó la entrada y me arrastró hasta uno de los setenta y tres ascensores de alta velocidad que conecta verticalmente el edificio.

Clavé las uñas en mis palmas y comencé a hiperventilar cuando el ascensorista pulsó el botón de la octogésima planta.

—Relájate, reina. —Óscar me agitó las manos, la espalda..., ¡el cuerpo entero!, como si fuera una bolsa de plástico—. Este bicho va a llegar en cuatro, tres, dos...

El ascensor se detuvo en seco y se abrieron automáticamente las puertas.

—¡Wow! —exclamé, abrumada por el espacio de decoración moderna y

atmósfera acogedora que apareció ante mis ojos—. Esto es... es...

—Precioso. —Asentí. Mi amigo no me había engañado—. Ya te lo había dicho, reina.

—Comer aquí tiene que costar un riñón.

—¿Acaso no tenemos dos cada uno? —Al ver mi cara de desconcierto, añadió—: Raquel, es una broma.

—Lo sé, pero...

—Ni pero ni leches. Tú y yo nos vamos a dar un buen festín hoy, cueste lo que cueste.

—Yo me conformo con algo más baratito —anuncié cuando revisé uno de los carteles de la entrada donde aparecían algunas imágenes de los platos más succulentos de la carta con el precio sobrepreso en letras doradas—. Es una pena que malgastemos un dinero que nos puede hacer falta para otra cosa.

—Escúchame, cariño. No quiero volver a repetirme esto nunca más: la pena es la mujer del pene. Punto. —Se giró y saludó al *maitre*. *Excuse me, do you speak Spanish?*

—Él no, pero yo sí —comentó una camarera que pasaba por allí con una bandeja repleta de copas vacías.

Soltó la bandeja sobre un pequeño aparador de madera, conversó durante cinco segundos, no más, con el *maitre*, y nos acompañó hasta una mesa.

—Es un placer cada vez que me encuentro con algún compatriota.

—El placer es nuestro —comenté yo mientras tomaba asiento—. Sobre todo para mí, que no entiendo *ni papa*¹⁵ de inglés.

¹⁵ No entender *ni papa*: Expresión coloquial muy utilizada en Málaga que denota que la persona que está hablando es ignorante respecto a un determinado tema.

Óscar, que había estado más pendiente de la carta que de la conversación, se colocó la servilleta sobre las piernas y preguntó con sumo interés:

—¿Cómo de grande es la parrillada de verduras?

— Yo sola no me la comería —respondió la camarera, tanteándome visualmente al tiempo que me revolvía en el asiento.

—Mmm, está bien. Estoy en duda, Raquel. ¿Qué te apetece comer? ¿Una parrillada de verduras o una de carne?

—¿Qué tal si les traigo media parrillada de cada tipo. Os garantizo que os vais a quedar satisfechos.

—Perfecto —exclamó Óscar—. Si luego nos apetece algo más, lo pedimos.

—¿Y para beber?

—Una botella de agua y dos té de limón, por favor —intervine yo, lo que provocó que la camarera me diera otro repaso de arriba abajo.

Un rubor intenso brotó en mis mejillas cuando se mordió el labio inferior con provocación y me guiñó un ojo.

—¿Algo más?

—De momento no, gracias.

La morena me volvió a guiñar un ojo y se dirigió a otra mesa.

—Óscar, ¿te has dado cuenta?

—Cuenta ¿de qué?

—Esa mujer no ha dejado de tirarme los trastos.

—Anda yaaa, no digas tonterías.

—Me ha guiñado el ojo un par de veces.

—¿Y? ¿Te has puesto cachonda? ¿Se te han mojado las bragas? —Inspiré hondo y cerré los ojos. Me estaba abrumando—. ¿Es eso lo que te ha pasado, cariño?

—Olvídalo.

—Sí, será lo mejor. —Sonrió—. Mira qué foto más bonita.

Me mostró el móvil.

—No salgo nada mal.

—Estás guapísima, reina. Me extraña que a Bruce no se le haya subido su cosita nada más verte.

—Eres un guarro.

—Ya lo sé, pero igualmente me quieres, reina.

Justo iba a darle la réplica cuando mi móvil comenzó a sonar. Lo busqué en todos y en cada uno de los bolsillos del bolso, temiendo que Enrique Bunbury se quedara afónico de tanto cantar el estribillo de *Entre dos tierras*, pero no logré dar con él. Puse sobre la mesa todo lo que encontré durante la búsqueda: el monedero, un espejo, un paquete de clínex, mi barra labial..., hasta que finalmente di con él.

No pude hacer otra cosa más que sonreír cuando vi el nombre de Enrique en la pantalla.

—*Joder, Raquel. Me estaba ya preocupando. ¿Dónde tenías el móvil?*

—*Holaaa.* —Mi amigo no estaba solo. Las voces de Carlos y Pablo restallaron también al otro lado de la línea—. *¿Cómo estáis?*

—*Dile a esas dos locas que estamos bien.*

—Dice Raquel que os echa mucho de menos —oí que le decía Enrique al resto—. *¿Qué tal va todo con...? Tú ya me entiendes, reina.*

—Un momento, Enrique. Voy a poner el altavoz para que Óscar también pueda saludarte.

—Oye, locas del tinte. Dejad de chillar; de lo contrario, va a venir uno de esos fornidos SWAT que tanto os gustan para deteneros.

—Si tiene las hechuras de Shemar Moore, a mí no me importa —comentó Carlos. Llevaba años enamorado del actor.

Le guiñe un ojo a Óscar para que pusiera la lengua a funcionar.

—Hola, guapo. Anda que no eres tú listo. Ese bombón nos lo tendremos que repartir, ¿eh?

—¡De eso ni hablar! Esos músculos de chocolate son solo para mí.

—Serás...

—Por cierto, ¿habéis visto ya a vuestros tortolitos? —preguntó Pablo.

—Calla, loca —exigió Óscar sin poder contener la risa—. Estamos en un restaurante y nos está mirando todo el mundo por vuestra culpa.

—Vaya, perdone usted, provocador de chinitos —contestó Carlos en tono guasón—. Raquel, ¿cómo se encuentra Bruce?

Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

—Está bien —respondió Óscar por mí—. Algo dolorido. —Pobre —oí decir a Pablo.

—Os aseguro que en febrero del año que viene va a ser uno de los primeros en terminar la maratón de Manhattan. —Me guiñó un ojo y me sacó la lengua—.

Eso, siempre y cuando haga los ejercicios que Raquel le tiene preparados.

Le propiné una patada en la espinilla por debajo de la mesa.

—Auuu —protestó.

—Te jodes. Eso te pasa por bocazas. —Me hizo burla con la lengua y yo rodé los ojos hacia atrás antes de dirigirme otra vez a los chicos—. —Bueno, contadme. ¿Qué tiempo hace por ahí? ¿Os ha afectado que el avión pinchara las nubes?

—Ay, Raquel, ¡qué cosas tienes! —exclamó Carlos.

—Y por ahí, ¿hace bueno?

—Esperaba que hiciera más frío —le respondí a Enrique—, pero nada más alejado de la realidad. Hoy hace un día precioso.

—Hace muuucho calor —afirmó Óscar, elevando ligeramente la voz—. Un sol espléndido baña todo Manhattan.

—¡Exagerado!

—No estoy de broma. Ahora mismo estamos a doscientos cincuenta metros sobre el nivel de la calle.

—¿Cómo?! —Sé que de haberlos visto por un agujerito, todos estarían con la boca abierta en señal de sorpresa.

—Raquel se ha comportado como una campeona —confirmó Óscar—. En menos de tres horas ha subido dos veces al *Empire State Building*. De hecho, ahora mismo estamos esperando a que nos traigan una parrillada de verduras y otra de carne.

—Media de cada —le corregí.

—¡Qué más da! La cuestión es que nos vamos a poner hasta el culo mientras disfrutamos de unas vistas espectaculares.

—Raquel, ojo con lo que vayas a comer. —Puse los ojos en blanco. Enrique y su profesionalidad habían hecho incursión en una charla que, a todas luces, era de lo más informal—. Recuérdalo, puedes comer de todo, pero con moderación. No te pases.

—Tranquilo, Enrique. Comeré un trocito de carne nada más.

—También comerá verduras —añadió Óscar—. Y se tomará un buen postre. A eso sí que no iba a renunciar. Me encanta el dulce.

—Pues sí. Me voy a poner púa con un buen trozo de *brownie*. Y, si me apuras, quizá me coma también un pedacito de *cheesecake*. Ya veré.

—No te pases, Raquel —me exigió Enrique con voz seria.

—Vale, vale... Ya te contaré lo que hago al final. —Traté de quitar hierro al asunto—. ¿Y vosotros como estáis?

—Nosotros bien —respondió Carlos, entrando de lleno otra vez en la conversación—. Cuidando de tus plantas, trabajando... poco más.

Seguimos charlando durante un buen rato, tratando de trazar el plan de lo que íbamos a hacer a nuestro regreso, hasta que, de repente, la voz de Enrique volvió a llegar alta y clara a mis oídos.

—Pago yo. Cortad ya.

—Bueno, chicos, os tengo que dejar —sugirió Carlos—. De lo contrario, corro el riesgo de que me corte las piernas para subastarlas al mejor postor y sacar el dinero suficiente para pagar la conferencia. Cuidaos mucho y, ya sabéis, llamad de vez en cuando para saber cómo os va.

—Adióóós —vociferó Pablo, haciendo que su voz restallara en nuestros tímpanos como si acabaran de lanzar una bomba.

La camarera se aproximó a nuestra mesa con dos bandejas, una repleta de verduras de todo tipo y otra con una carne a la parrilla que tenía una pinta

estupenda. La bebida nos la había servido una de sus compañeras mientras charlábamos con los chicos.

—Que aproveche —dijo, guiñándome nuevamente el ojo con picardía. Cuando fue a dejar la bandeja de verduras sobre la mesa, arqueó ligeramente la espalda insinuante, haciendo que su canalillo se abriera ante mis ojos.

—Este Pablo no cambia, joder —protestó Óscar, mordisqueando un bastoncillo de berenjena de carne sinuosa, tierna y sabrosa—. Ufff, siempre igual con los gritos. ¡Qué le gusta llamar la atención!

—No te lo tomes a mal. Está preocupado por nosotros, es normal. Todos quieren que tú y yo estemos bien.

—¿Sabes por qué no les he contado a ninguno que vamos a pasar todo este tiempo en casa de Chum? —Moví la cabeza en una clara negativa—. Porque no quiero que estén todo el día preguntándome.

Cambié el peso del cuerpo de una cadera a la otra cuando crucé la pierna izquierda sobre la derecha y apoyé los codos en la mesa.

—A ver, Óscar, es normal que los chicos se preocupen por nosotros. —Lo miré fijamente a los ojos para ahondar en esas lagunas sombrías que acababan de aparecer alrededor de sus iris y añadí con un susurro—: Son nuestros amigos.

—Lo sé. —Dio un sorbo a su té frío de limón y engulló otro bastoncillo de berenjena.

—Es cierto que, de los cuatro, Pablo es el más loco de todos.

—A veces está como una puta regadera.

—Piensa que todos tenemos pareja menos él.

Cogió un dadito de calabacín con los dedos y se lo lanzó a la boca.

—Bueno, bueno. ¡Qué sorpresa! —exclamó una voz a mi izquierda, haciendo que Óscar escupiera de sopetón el pedazo de calabacín sobre la servilleta.

Giré lentamente la cabeza para analizar el origen de aquella voz, sintiendo cómo el pulso se me disparaba en el pecho y un escalofrío recorría mi espina dorsal.

¿Qué hacía Daniel allí?

Mi corazón comenzó a bombear con fuerza cuando me levanté del asiento y me acerqué a él para estrecharle la mano. Ni corto ni perezoso, cuando mis dedos rozaron la palma de su mano, Daniel la atrapó entre la suya y tironeó de mi brazo, haciendo que mi cuerpo impactase contra el suyo, duro como el mármol.

—Hola, Raquel. —Mi sangre comenzó a circular a toda velocidad por mis

venas hasta alcanzar mis mejillas, que debieron ponerse rojas como un tomate reventón cuando acercó su rostro al mío para besarme—. Dicen que el mejor saludo es el de los españoles, ¿no?

—Ho... hola —le saludé con voz vacilante y la mirada perdida en su cuello moreno que se extendía hacia la abertura superior de la camisa.

—Ei, ¿qué tal? —La voz de Óscar me devolvió a la realidad—. ¿Qué haces tú por aquí?

—Acabo de salir de trabajar y he venido con unos colegas a comer algo.

—Volvió a mirarme de arriba abajo, haciendo que mis pulsos se dispararan un poco más. Mucho, en realidad—. Oye, Raquel, perdona mi atrevimiento, pero... estás espectacular. ¿Qué te has hecho? Estás radiante, muy diferente al día que nos conocimos en el avión.

Sentí que las mejillas me ardían de nuevo. En un acto involuntario, me mordí los labios, lo suficiente como para que el dolor se volviera intenso y mi mente dejara de imaginar lo que podría haber pasado entre Daniel y yo si Bruce no formara parte de mi vida.

—Debe ser que el aire de Nueva York me sienta muy bien —alegué dando un tímido paso hacia atrás.

—¿Os gustan las vistas que hay desde aquí?

—Son preciosas —contestó Óscar.

—Son maravillosas, no lo voy a negar, pero no sé si yo sería capaz de volver a subir aquí.

—Le dan miedo las alturas.

Podría haber matado a mi amigo en aquel momento, pero me contuve.

—Oh, sí. Creo que me lo comentasteis alguno de los dos en el avión. Aun así, tendríais que venir a disfrutar de las vistas alguna noche. Es una auténtica maravilla ver la iluminación de los rascacielos desde aquí. Una preciosidad.

—Sus ojos brillaron cuando dijo eso. A día de hoy, no he conseguido averiguar si se refería a las luces, a las vistas o a mí—. Por cierto, Raquel, ¿cómo está tu pareja?

Lo miré sorprendida por su pregunta. Hasta yo me había olvidado por un momento de Bruce y de su estado. ¿Eso me convertía en una mala persona? Dios...

Comencé a marearme un poco, así que me senté de nuevo en la silla.

—Siento si te he importunado, Raquel. No era mi intención.

—No te preocupes, de verdad. Hoy está siendo un día de muchas emociones.

—Vaya. —Frunció ligeramente el ceño.

—Lo que he visto esta mañana no me ha gustado nada. Tengo la sensación de que Bruce no quiere luchar y... —Callé para no darle más detalles. Al fin y al cabo, era un desconocido. Simpático y guapo, pero desconocido.

—¿Hace mucho tiempo que tú y él...? —Se pasó la mano por la cabeza, tratando de domeñar el nerviosismo que se había apoderado de su cuerpo—. Lo que quiero decir es...

—¿A qué viene esa pregunta?

—Mujer, no lo he preguntado con mala intención. Como sabrás, hay ciertos estudios que dicen que las mujeres sois las mejores.

—Somos las mejores en casi todo —le rebatí.

Él se relajó y comenzó a reír.

—Me refería a que sois las mejores a la hora de estimular a un hombre.

—Abrí los ojos de par en par—. Ei, no, no, ¡no! No pienses mal. Vosotras sois las únicas que podéis encontrar la tecla adecuada para que un hombre vuelva a luchar cuando su mente se niega a hacerlo por voluntad propia.

—Me hago cargo. Siento haber sido tan bocazas. Bruce y yo nos conocimos hace meses, pocos, en realidad, pero la unión que existe entre ambos es muy intensa.

—Entonces solo te puedo decir que tendrás que descubrir lo que le pasa, lo que le gusta y cuáles son sus miedos e incertidumbres. Los seres humanos somos demasiado complejos. Por lo general, tendemos a hacer lo que otros quieren y no lo que queremos nosotros. Y digo tendemos porque me incluyo en el grupo.

—Yo solo deseo que vuelva a ser el de antes, que sonría como hace unos meses, que cuide de mí, de mis hi... —El nudo en la garganta me impidió continuar. Respiré hondo y volví a hablar—. En fin, lo único que quiero es que volvamos a ser felices y que él sea uno de los dos motores principales que garanticen esa vida plena que toda pareja se merece.

Daniel envolvió otra vez mi mano con la suya. Su calor se extendió rápidamente por mi brazo y fluyó hasta concentrarse entre mis piernas.

—Raquel, háblalo con él, cuéntale lo mismo que me acabas de decir a mí. Y te lo vuelvo a repetir, si necesitas una segunda opinión, no dudes en llamarme.

Óscar tiene mi tarjeta con mi número de teléfono.

—Gra... gracias.

Unos hombres muy trajeados se acercaron a Daniel por detrás y le golpearon el hombro.

—He de irme. —Volvió a besarme en las mejillas, acelerando los latidos de

mi corazón—. Me alegro mucho de haberme encontrado con vosotros de nuevo.

—Ha sido un placer —corroboró Óscar estrechándole firmemente la mano.

—Y tú, preciosa —rozó la punta de mi nariz con el pulgar—, no estés triste, ¿O.K.?

Después de regalarme una sonrisa espléndida, se alejó. Lo observé detenidamente caminar entre las mesas y saludar a varios compañeros.

Entonces volví la cabeza y me encontré a mi amigo con una mirada pícaro y una sonrisa contenida en los labios.

—Le gustas —soltó de repente.

—¿A quién?

—¿A quién va a ser?

—¿A Daniel?

—Se le nota un montón.

—Por favor, no digas tonterías, Óscar. Estoy ahora como para que me mire mucha gente. Soy como un huevo Kinder.

—Y encima vienes con doble sorpresa —se carcajeó.

Sonreí tímidamente, lo justo para indicarle que había oído sus palabras, y engullí una porción minúscula de carne.

—Oye, ¿qué haces?

—Observar a Daniel. Hace un momento, nos estaba mirando. —Fui a darme la vuelta, pero Óscar no me lo permitió—. No se te ocurra mirar, reina. Una malagueña salerosa como tú no puede ser descarada.

Hice un mohín con la nariz. Óscar me conocía, y me conoce, muy bien. Para determinadas cosas, sí que puedo ser muy descarada, aunque no tanto como la camarera, que acababa de acercarse otra vez a la mesa y de acariciarme el hombro con la excusa de que tenía una pelusa.

—¿Postre?

—Sí —respondió Óscar—. A mí me vas a poner un *cheesecake* y una *Celestial Seasonings Chai Coco*¹⁶.

—Guapa, ¿y a ti?

—Lo mismo.

—Reina, ¿no vas a probar el *brownie*?

—Sí, pide uno también. Yo tengo que ir al cuarto de baño inmediatamente. Me puse en pie y le pregunté a la camarera dónde estaba el servicio.

—No tiene pérdida. —Se humedeció los labios—. Al fondo a la derecha. No lo encontré.

Y no lo hice cuando volví a intentar localizarlo después de cruzar un arco y acceder a otro pasillo que respondía a las escasas indicaciones de la mujer que me había desnudado con la mirada más de doscientos veces aquel día.

—¡Dios, ¿dónde cojones está el maldito baño?!

No me di cuenta de que había alzado tanto la voz hasta que una mano se posó en mi hombro izquierdo y me detuvo en seco.

—¿Dónde vas? —La voz de Daniel me erizó la piel.

—Necesito encontrar el servicio urgentemente.

Un calor intenso recorrió mi cuello cuando Daniel me mostró el cartel que anunciaba la ubicación exacta del aseo de señoras. Estaba situado frente a mí, a escasos veinte centímetros de distancia de mis ojos.

Trastabillé.

Por instinto, me sujeté a él con fuerza y me golpeé contra su pecho.

—Lo... lo siento —susurré, percibiendo el aleteo de su nariz y cómo su aliento caldeaba mis sienes. Las venas latían erráticamente en su cuello, aromatizado con un perfume que me enloqueció al instante: una mezcla de rosas, canela y cuero.

—Lo siento, de veras —susurré, cruzando las piernas.

—¿Quieres que te acompañe?

La pregunta fue tentadora. Follármelo habría sido el postre ideal, pe

¹⁶ *Celestial Seasonings Chai Coco*: Infusión de té negro sin cafeína adornado con especias *chai* (jengibre, canela, cardamomo, clavo y nuez moscada) y de coco.

ro preferí no tentar la suerte. El *brownie*, el *cheesecake* y la infusión me esperaban sobre la mesa.

—No es necesario. Gracias.

Mi giré bruscamente y él volvió a retenerme. Un cosquilleo agradable se instaló en la boca de mi estómago cuando sus ojos se clavaron en los míos.

—¿Te gustaría tomar un café conmigo? Como amigo —aclaró—. Me gustaría conocer a esta malagueña.

Crucé las piernas. Mi vejiga estaba a punto de reventar.

—Sabes que tengo pareja, Daniel.

—No te estoy pidiendo que te acuestes conmigo, Raquel, aunque tampoco me importaría. —Mi corazón se detuvo de repente—. Solo te estoy pidiendo un café.

—¿Por qué? —balbuceé.

Se encogió de hombros.

—¿Y por qué no?

Tras un par de segundos de reflexión, determiné que no había motivos suficientes como para no aceptar un café.

—De acuerdo, te llamaré.

Daniel sonrió ampliamente al escuchar mi respuesta y se mordió el labio inferior, haciendo que mis ojos se concentraran en su carne y que mi mente comenzara a analizar si aquella minúscula gotita de sangre que acababa de brotar después de que sus dientes arrancaran un minúsculo pellejito sabría tan bien como sus besos.

Me ruboricé en el acto.

Debía alejar ese tipo de pensamientos antes de que mis ojos fueran hacia otras zonas mucho más peligrosas de su anatomía.

—Raquel, ese día me harás el hombre más feliz.

—Vale, pero ahora, si no te importa, necesito ir al baño. No aguanto más; me hago pis.

Daniel comenzó a reír y se alejó con paso decidido, dirigiéndose nuevamente a la mesa donde sus colegas mantenían una conversación muy animada a su costa.

Después de lavarme las manos y retocarme los labios frente al espejo, salí con ganas de comer el *cheesecake* y el *brownie* que había dejado sin tocar sobre la mesa. Sin embargo, mi cuerpo chocó contra un muro de hormigón que olía a... rosas, canela y cuero.

Era Daniel.

Otra vez.

Nos observamos con intensidad, con las bocas a escasos milímetros de distancia. Su respiración agitada le obligaba a hinchar los pulmones con urgencia, haciendo que la tela de su camisa se estirara sobre su pectoral.

En un arrebato de locura, entorné los párpados hasta que formaron dos delgadas líneas y me humedecí los labios resecaos. El corazón se me aceleró, ya no recuerdo cuántas veces ocurrió, cuando vi que sus ojos se concentraban en mi boca, jugosa tras haberla retocado con mi lápiz de labios.

—Perdona. No quise...

Respiré hondo y su olor penetró en mis fosas nasales. Un aroma exquisito, muy diferente al de...

¡Dios mío!

Di un paso hacia atrás y me llevé las manos a la cabeza.

Bruce no se merecía que yo tonteara con otro hombre.

Cuando su mano comenzó a acariciar mi mejilla, rozando el lunar que tengo sobre el labio, lo empujé con todas mis fuerzas y espeté:

—Aléjate.

—Raquel...

—Daniel, siento haber chocado contigo. Adiós.

Salí del pasillo con prisa. De repente no me dolían los pies, solo quería salir de aquel lugar cuanto antes.

Cuando alcancé la mesa donde Óscar y yo habíamos disfrutado de una succulenta comida, le pedí que pidiera la cuenta rápidamente.

—¿Y el postre?

—Se me han quitado las ganas. ¡Vamos! Necesito salir de aquí cuanto antes.

Ambos sacamos la cartera cuando la camarera depositó la cuenta sobre la mesa. Sin embargo, fue Óscar el que finalmente abonó la cuenta. No discutí. En aquel momento, preferí quedarme callada, tratando de digerir todo lo que me había pasado aquel día: el encuentro con Bruce, el desafío cuerpo a cuerpo con Cassandra, las insinuaciones de la camarera y la tensión sexual no resuelta que se había creado entre Daniel y yo.

Desafortunadamente, tuvimos que pasar por la mesa donde se encontraba él de camino al ascensor. Muy serio, se disculpó con sus amigos y me cortó el paso.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! —le exigí entre dientes cuando me sujetó del brazo, a la altura de la muñeca—. Suéltame o no respondo.

Me libró de su agarre y dio un paso hacia atrás, dándome vía libre para seguir los pasos de Óscar, que ya se encontraba a escasos dos metros de la puerta de un ascensor.

—Reina, ¿qué ha sido eso?

—No quiero hablar ahora, Óscar. Te lo cuento después. En este momento, necesito respirar aire fresco cuanto antes.

—Pero...

—¡Te he dicho que luego te cuento! —grité. Estaba demasiado alterada tras lo ocurrido.

Sabía que él no tenía la culpa de nada de lo que había pasado. Aunque ¿qué había pasado realmente? ¿De verdad me había sentido atraída por Daniel? Yo amaba a Bruce.

Cuando el ascensor se detuvo en la planta baja, corrí hacia la puerta principal, a pesar de los altísimos tacones. Necesitaba sentir cómo el aire fresco acariciaba mi piel.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa?

—¡Nada!

Inspiré hondo, tratando de que mis pulsos se relajaran.

—Cariño, me estás asustando. No es normal que salgas huyendo, y hoy ya lo has hecho dos veces. En el hospital y ahora en el restaurante.

—Yo... —Ni siquiera sabía por dónde empezar—. Estaba saliendo del baño cuando... cuando...

—¡Joder, Raquel, no me asustes más! ¿Qué te ha ocurrido con ese hombre?

—Creo que hemos estado a punto de besarnos.

—¿Qué?!

—Ya te lo he dicho. Creo que hemos estado a punto de besarnos. —¡Estás loca, Raquel!

—Lo sé —lloriqueé, lanzándome a sus brazos—. Afortunadamente, he podido controlar la situación a tiempo. No quiero engañar a Bruce. Yo no soy como Cassandra.

—Shhh... Bueno, ya está, tranquila. No ha pasado nada de lo que puedas arrepentirte. Vayámonos a casa.



Tres horas después, salía del dormitorio vestida con unos vaqueros tipo pitillo, una camisa ancha de los *Guns N' Roses* y mis deportivas *Converse* negras cuando me encontré a Chum en la cocina, completamente desnudo. Estaba preparando una ensalada, con Óscar abrazado a su cintura. De vez en cuando, le mordisqueaba en el cuello, dejándole unas marcas sobre la piel.

Me dio mucha alegría de verlos tan felices.

—Chicos, siento interrumpiros —ambos comenzaron a reír, pero sin dejar de hacerse carantoñas—. Me voy al hospital. Hoy paso la noche con Bruce.

—Llévate un coche de los que tengo en el garaje, Raquel —sugirió Chum mientras se movía por la cocina como Dios lo trajo al mundo.

—No hace falta. Cogeré un taxi.

—De eso ni hablar. Vamos al garaje, tienes que elegir un coche.

—¿No pensarás ir así?

—No sería la primera vez —se carcajeó, recorriendo el extenso pasillo hasta alcanzar un pequeño armario de donde extrajo un pantalón holgado de color

negro y una sudadera ancha.

Los tres bajamos al garaje.

Me quedé embobada cuando encendió las luces. Chum tenía —y tiene— una buena colección de coches. Grandes, pequeños, de alta gama, de menor gama, de alta cilindradas... Todos alucinantes.

Muchos habrían escogido el vehículo más ostentoso, pero yo no. Escondido tras uno de los pilares del fondo, donde casi no llegaba ni la luz, encontré un *Fiat Cinquecento* de color rojo. Era ideal para mí, manejable y pequeño. Me acerqué hasta él y comencé a reírme con fuerza cuando vi la pegatina que tenía en la parte trasera.

—Chum, quiero este. —Lo señalé.

Frunció el ceño y sus ojos rasgados se estiraron un poco más.

—¿Ese tan feo?

—Sí.

—Pero si es muy pequeño.

—Exacto, por eso mismo lo quiero. Me gusta, aunque lo que más me chifla es esta pegatina. —La acaricié con las yemas de los dedos—. Es la caña.

—¿La pegatina? —Asentí—. Este coche era de mi hermana pequeña.

—¿Qué pegatina? —cotilleó Óscar llegando a mi altura.

—Esa —señalé.

Mi amigo comenzó a carcajearse en cuanto leyó la frase que aparecía impresa con letras doradas en el adhesivo.

—¡Es la bomba! —exclamó sin poder parar de reír.

—Ya te digo.

—Mi hermana era un poco locuela, más o menos como tú —afirmó Chum, mostrándome el vehículo que se encontraba a mi izquierda—. Creo que este te sería más útil. Tiene navegador GPS.

—¿De qué me servía?

—Te llevaría a donde tú quieras, Raquel.

—¿Tú crees? —Lo miré por encima de las pestañas—. Chum, no tengo ni pajolera idea de hablar en inglés. Te aseguro que si cojo ese coche, acabaría más perdida que el arca de la alianza que buscaba Indiana Jones en una de sus películas.

—Reina, no exageres —protestó Óscar.

—¿Os imagináis el dilema que se os presentaría si me pierdo? —Me llevé las manos a la cabeza—. Ufff, no lo quiero ni pensar. Harrison Ford tiene setenta y seis años y hasta el 2021 no sale la última película, la quinta, de Indiana

Jones. ¿Creéis que me buscaría como al arca perdida con ochenta y pico años? Mmm, me temo que no. Con esa edad a los hombres os suelen pesar demasiado los huevillos. Y, por si fuera poco, no me conoce de nada como para arriesgar la vida buscando un bólido de color negro con tapicería de cuero en color beige y navegador GPS. No, no, ¡no! Definitivamente me quedo con este Fiat Cinquecento tan bonito.

Me subí al coche emocionaba y observé a través del espejo retrovisor la cara de tonto que se les había quedado a ambos después de mi perorata.

Llegar al hospital fue una odisea. No sé cuántas veces me perdí por el camino. Como era de esperar, la pegatina que la hermana de Chum le había puesto al coche causó sensación por las calles. Algunos conductores me pitaban cada vez que me detenía en un semáforo. Otros, en cambio, lo hacían indiscriminadamente, sin motivo aparente.

Mi vena andaluza surgió cuando a través del retrovisor pude leer los labios de un taxista diciendo *bitch*¹⁷. Sin pensarlo dos veces, saqué la mano por la ventanilla y le hice una peineta, algo prohibido en el estado de Nueva York, por otra parte, pero que no supe hasta que a Chum le llegó una multa días después. En ese momento, comprendí a la perfección el motivo por el que el nivel de ruido es tan elevado en Nueva York. Tocar el claxon es una forma como otra cualquiera de desfogar el estrés que produce que un taxista frene bruscamente, que un autobús se detenga en doble fila o que un camión de reparto circule a la velocidad por el carril de los autobuses.

Entré en el aparcamiento del hospital y estacioné el coche. Tenía muchas ganas de volver a ver a Bruce.

¿Por qué aparece siempre alguien inoportuno cuando más prisa tienes? Eso fue lo que me ocurrió a mí cuando el ascensor se detuvo en la tercera planta y accedió al interior una mujer rubia con una impecable bata blanca.

Mis pulsos se dispararon cuando subí la mirada y me tropecé con la mujer más odiosa que existía por aquel entonces sobre la faz de la tierra.

¹⁷ *Bitch*: en inglés, perra o puta.

Kassandra.

Ella me miró de arriba abajo durante un par de segundos y murmuró con voz amarga:

—Desde luego, no sé qué habrá visto Bruce en ti. Me hice la tonta. No me apetecía perder el tiempo con una persona como ella—. ¿Te ha comido la lengua el gato?

«Lástima que no se haya comido tu lengua, so puta —dije por lo bajini—. ¿No te das cuenta de que calladita estás más guapa?»

Kassandra se revolvió inquieta. No soportaba que la estuviera ignorando, así que me tocó el hombro y yo le cogí la mano muy rápido para retorcérsela. Hacía tiempo que me había cansado de sus jueguitos.

—No vuelvas a tocarme, te lo advierto.

Solté su mano y ella se la llevó al pecho mientras se la acariciaba con la otra. «Debería de habértela arrancado, víbora», le dijeron mis ojos cuando la miré con rabia.

—Eres una ordinaria.

—¿Sabes una cosa, Kassandra? —solté con vehemencia, colocando las manos sobre las caderas—. Pensé que con el tiempo tú y yo podríamos ser amigas, pero a la vista está que me equivoqué.

—¿Yo? ¿Amiga de una mujer como tú? ¡Ja! Por favor, no me hagas reír. Tendría que darme un golpe en la cabeza para que eso ocurriera.

—¿Hablas en serio? ¿Te consideras mejor persona que yo? ¿Por qué? Se humedeció los labios, se recolocó el flequillo y comenzó a enumerar con los dedos.

—Primero, tengo un estatus. Segundo, tengo una carrera. Y tercero, tengo dinero, algo que tú, una pobre infeliz cocinera de hamburguesas, no tendrás nunca.

Mi bruja interior me exigió que le arrancara la cabeza. Sin embargo, preferí enfrentarla por la vía diplomática, utilizando la palabra como único y principal recurso.

—Cierto, yo no tengo dinero, ni estatus ni carrera. Pero ¿quieres que te diga una cosa? Al menos yo no estoy sola y amargada como tú. Si no cambias, te auguro un futuro muy incierto. Vas a estar sola toda tu vida porque, en el mundo real, y no en ese imaginario lleno de dinero donde tú vives, no se puede comprar el cariño de las personas.

Kassandra se puso blanca como la pared.

—¡Qué sabrás tú de mí! —exclamó soberbia, lanzándome una mirada incendiaria.

—No sé nada de ti, al igual que tú tampoco sabes nada sobre mí —la rebatí entre dientes justo cuando el ascensor se detuvo en la séptima planta, a donde

habían trasladado a Bruce hacía un par de horas—. Entérate bien, Kassandra. No vivir pensando que eres un *peo*¹⁸ cuando no llegas ni a mierda. Ahora, si me disculpas, tengo prisa, bonita.

Me di la vuelta y fui hacia la habitación de Bruce. Mi corazón aún latía frenéticamente cuando abrí la puerta.

La cena estaba intacta en la mesita auxiliar y su móvil sobre la sábana, a la altura del pecho.

Sigilosa, me acerqué a la cama y le di un beso en la frente para no despertarlo.

—¡Buuu! —exclamó, agarrándome de la cintura y tirándome encima de él.

—¡La madre que te parió, Bruce! —Le golpeé en el hombro—. ¡Qué susto me has dado! ¡Eres un capullo!

Me besó en la frente, barriendo toda su superficie desde las sienes, y me acurruqué sobre su pectoral. ¡Cuánto echaba de menos su calor!

Inspiró hondo y soltó el aire muy despacio, haciendo que los pelillos de mi flequillo cascabelearan en mi frente. Luego dijo:

—Raquel, no te puedes hacer una idea de lo mucho que te he echado de menos.

Apoyé la barbilla en su esternón y clavé la mirada en sus ojos.

—Yo también te he echado de menos —susurré percibiendo cómo su corazón se aceleraba con el contacto—. Bueno, en realidad, he pasado estos meses maldiciéndote a todas horas.

—¿Por qué?

¹⁸ *Peo*: Transcripción coloquial de la pronunciación laxa de *pedo*, en la que la consonante dental se elide habitualmente.

— Llegué a pensar que todas las noches te metías en la cama de Kassandra para llevarla al séptimo cielo como solías hacerme a mí.

Cogió mi rostro entre sus manos y lo alzó para que nuestras miradas adquirieran un ángulo mucho más cómodo. En sus ojos vi mucho amor y eso me hinchó el pecho de felicidad.

—Jamás podría hacerte daño, mi chica del lunar.

—Pero...

Me interrumpió con un beso dulce, suave y muy placentero.

Disfruté del momento mientras nos devorábamos. Gemí cuando nuestras lenguas se acariciaron con ganas y se enredaron febrilmente. Quería más, deseaba más, necesitaba más... Ansiaba que devorara mis pechos y sedujera mi piel con las manos. Añoraba sentirlo dentro mientras mis pulmones se

agitaban buscando el aire que el éxtasis se encargaba de robarles.

Joder, estamos en un hospital, las piernas de Bruce carecían de cualquier signo de vida y...

Me alejé de él.

—¿Por qué has hecho eso? —inquirió Bruce, cariacontecido.

Me mordí el labio inferior y ahogué unas lágrimas

—Ahora no me apetece hablar de ello.

—Quiero disfrutarte, Raquel. —Me recorrió con la mirada de los pies a la cabeza—. Quiero comprobar si mi cuerpo reacciona como hace unos meses.

Quiero...

—Cuéntame, ¿cómo estás? —le corté, dejándolo con la palabra en la boca. Lo que él deseaba, también lo ansiaba yo. Necesitaba sentirme viva otra vez entre sus brazos. Mi cuerpo reclamaba sexo.

—Pequeña, ¿quién te ha avisado del cambio de habitación?

—Tengo mis contactos.

—No me cabe duda de que puedes ser muy persuasiva cuando te lo propones. Sonreí.

—Tú lo has dicho.

—Cuéntame. ¿Qué has hecho para estar tan...?

—Sé que no te gustan las mujeres con deportivas, pero, como comprenderás, para estar aquí toda la noche no voy a venir vestida de fiesta.

—Mmm, vestida de fiesta, no —me guiñó un ojo con picardía—, pero con un conjunto atrevido debajo de un abrigo...

—Estás loco. —Con una sonrisa, bajé de la cama para acercar la bandeja de la comida hasta él—. Venga, Bruce, tienes que comer.

—No me apetece. —Su rictus se ensombreció de repente—. Si te soy sincero, hay veces que preferiría morirme.

Una silenciosa lágrima comenzó a resbalar por mi mejilla izquierda.

Al verme, Bruce extendió su mano para que yo la tomase, pero no lo hice.

—Si no comes, me voy. —Me sequé las lágrimas y tragué el nudo que tenía en la garganta. Tenía que decirle cuatro cosas bien dichas a ese hombre amargado que se había apoderado del cuerpo de Bruce—. No me verás nunca más.

—Raquel...

—Estoy muy cansada, Bruce. Agotada de ver cómo te autodestruyes.

Extenuada de que tu ex me trate como una mierda. Consumida por ver que tú no luchas por recuperarte. —Trató de decir algo, pero no se lo consentí—.

¿Sabes lo que te digo? Si no quieres comer, no comas. Si no quieres vivir,

muérete. Pero no le digas a nadie que me llame para ir a tu funeral, ¿me oyes?
Caminé hacia la puerta.

—Raquel, no te vayas, por favor. Ven, dame esa bandeja.

Me volví para mirarlo. Sus ojos estaban tristes y su cara, pálida.

—No me iré siempre y cuando comas y hagas tus ejercicios, Bruce. Me lo tienes que prometer. Tu familia, Óscar y yo te ayudaremos. —Necesitaba que el viejo Bruce volviera de una forma u otra porque, con movilidad en las piernas o sin ella, seguía siendo el mismo hombre de siempre. Aquel que me enamoró desde que se acercó en la hamburguesería para consolarme—. Te juro que, como bajas la guardia, voy a desaparecer y no me vas a volver a ver en tu puta vida. Prométeme que vas a hacer todo lo que te pido porque...

—Ya no me acordaba de lo malhablada que eres.

—Puedo serlo aún más —espeté con vehemencia y con la respiración agitada.

—Te lo prometo. —Cogió mi mano derecha y extendió un par de besos tiernos por el dorso, a la altura de la muñeca—. Recuerda que eres y siempre serás mi chica del lunar.

Nerviosa y emocionada por volver a escuchar aquello después de tanto tiempo, giré la cabeza y me sequé las lágrimas que nuevamente surcaban mi rostro.

—Raquel, mírame, por favor. —Obedecí y vi que él también estaba llorando—. Te quise, te quiero y te querré toda mi vida. Eres lo mejor que me ha pasado en todo este tiempo. Solo te pido que tengas paciencia y que no me dejes. Sé que te he fallado, y eso me hace aún más débil. No sé qué pudo pasarme en Cádiz, pero lo averiguaré, aunque tenga que morir en el intento.

—Come —le exigí. No me veía con fuerzas de abordar otra vez ese tema.

Cogió el tenedor de plástico y pinchó un par de habichuelas verdes y un trozo de zanahoria.

—Mmm, no están mal.

—Come —insistí, sentándome en el lateral de la cama.

Poco a poco, nuestra conversación se fue relajando.

—¿Lo dices en serio? ¿Has vuelto a retomar las clases de escritura?

—Asentí—. ¿Y sigues yendo al gimnasio?

—No.

—¿Por qué?

—Porque me faltan horas al cabo del día —dije levantándome de la cama un tanto nerviosa.

—Bueno, cuando salga de aquí, tal vez podamos ir juntos a hacer otro tipo de

deporte. —Retiró la sábana y mostró esa pieza tan golosa que Cassandra había disfrutado en Cádiz—. Siempre y cuando esto se despierte, claro.

—Bruce, no creo que... Da igual. Tengo que volver pronto a Málaga. Creo que solo estaré un mes aquí.

—¿Y eso por qué?

No sé por qué, pero me dio la impresión de que él era consciente de que le escondía algo.

—¿Por qué me estás haciendo tantas preguntas? —pregunté a la defensiva. Soltó el tenedor sobre la bandeja y alargó la mano para empujar la mesa auxiliar y alejarla de la cama. Luego clavó su intensa mirada en mí y me acarició el vientre.

—¿Cuándo me lo ibas a contar?

—No sé a qué te refieres.

—Raquel...

Me quedé inmóvil, sin habla.

—Bruce, yo... yo...

—Yo, yo... —repitió con el ceño fruncido y los labios apretados—. ¿Por qué me ocultas algo así?

—No era mi intención.

—¿No? —Alzó la ceja con suspicacia.

—Me enteré después de haberte visto con...

Posó su dedo índice sobre mis labios para callarme.

—¿De cuánto estás, cariño?

—Cerca de los cuatro meses —musité avergonzada—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Eso no importa ahora. —Me besó el hombro, a la altura de la intersección con el cuello—. Pero sí que te voy a decir algo, mi vida. Tienes unos amigos que te quieren con locura.

—Son unos putos bocazas —maldije—. Ellos no son amigos, son unos traidores.

—No cariño, son tus amigos y se preocupan por ti. Y de mi hijo también.

Inspiré hondo para armarme de valor. Los chicos habían soltado la misiva, pero la información no había llegado completa.

—Bueno, creo que no te lo han contado todo.

—¿Qué quieres decir? ¿El niño no es mío?

Lo miré con sorpresa y la boca abierta. ¿De verdad estaba insinuando que yo le había sido infiel? Aquello era lo último que me faltaba por oír—.

Contéstame, Raquel.

—Claro que es tuyo, capullo —bramé. Por un momento me hizo sentir sucia—. Me refería a que no estamos esperando un bebé, gilipollas, sino dos.

Abrió los ojos de par en par, no sé si más sorprendido por la noticia o por mi reacción.

—¿Dos?

—¡Déjame en paz!

Me senté en el sillón que había a su izquierda y encendí la televisión.

Necesitaba oír ruido. Su desconfianza me había ofendido.

Lo suyo hubiera sido pegar un portazo y dejarlo allí solo, envuelto en su propia miseria, pero no lo hice. Estoica, me crucé de brazos y me mantuve en silencio durante una hora. En todo ese tiempo, me entretuve en contabilizar la extensa abotonadura de la chaqueta de Ellen DeGeneres y en criticarla por lo bajini por hacer la sarta de preguntas más estúpidas que jamás ha realizado un presentador a un profesor de educación especial.

Cuando comenzaron las noticias, cogí el libro que los chicos me habían regalado durante mi estancia en el hospital y releí el capítulo en el que Rhian Hoover seduce a Heather Rothscill con una tarrina de helado de vainilla. Mis pulsos comenzaron a dispararse con la exquisita recreación que su autor, José Antonio Moreno, hace de aquel encuentro.

Cardiaca, sintiendo cómo mi centro del deseo palpitaba febril, crucé las piernas.

—¿Por qué no apagas la televisión si vas a leer?

—Porque no me da la gana —espeté, lanzándole una mirada incendiaria.

—¿Qué lees?

—Un libro.

—Ya sé que es un libro, no tiene pinta de ladrillo.

—Un ladrillo es lo que necesitaría ahora mismo para tirártelo a la cabeza y que me dejes tranquila.

Bruce soltó una carcajada.

—¿Me quieres matar? ¿La madre de mis futuros hijos es una asesina?

—Cállate, loco. —Sonreí como una tonta y le golpeé el hombro con el lomo del libro.

El golpe le hizo constreñir los párpados.

—Estoy por ti desde el momento que te vi en aquella hamburguesería. —Lo observé con detenimiento. A pesar de estar muy desgarrado, seguía siendo increíblemente atractivo. Me atraía como un imán. Allá donde estuviera él, mi cuerpo iba—. ¿Qué miras?

—¿Puedo ser sincera? —Asintió con la cabeza—. ¿Dónde está el hombre del que me enamoré?

—¿Cómo dices?

—Estás... No sé cómo explicarme para que no te ofendas.

—Dejado, abandonado, inválido, inútil, lisiado... —enumeró con cara de circunstancias—. ¿Quieres decir eso?

Me levanté con rapidez del sillón y fui hasta la puerta. Necesitaba tomar aire. Mis pulmones exigían hincharse con el oxígeno de otro espacio en el que no estuviera Bruce. Su actitud me estaba ahogando. En realidad eran sus palabras las que estaban cerrando mi tráquea, impidiendo que el aire llegara a los bronquios. Eran como una soga que apretaba mi cuello, cada vez más y más. Recorrí todos los pasillos de la planta, tratando de encontrar la calma. Junto a la caja de escaleras, encontré un par de máquinas expendedoras, una de sándwiches, patatas fritas y galletas, y otra de bebidas. Atraída por los brillantes colores de las bolsas, busqué unas monedas y adquirí un paquete de galletas de crema *Hershey's*, unas *Lays* con sabor a vinagreta y una chocolatina *Snickers* con almendras y caramelo. Para depurar el exceso de colesterol y de acidez que se iba a instalar en mi estómago, cogí una botella de agua con gas.

Engullí todo con ferocidad.

Poco después, algo más calmada, y con un dolor de estómago del quince, todo sea dicho de paso, accedí nuevamente a la habitación.

Bruce estaba recostado sobre la almohada. Sostenía mi libro en una mano y en la otra la ecografía de los bebés. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y tenía las mejillas con un ligero rubor. En este momento, me resultó adorablemente frágil.

—¿Son nuestros bebés? —Su voz salió en un hilo.

Me acerqué a él con cuidado y asentí con un sutil cabeceo. No recordaba haber guardado la ecografía en el libro.

—Sí.

—Son tan hermosas.

—Bruce, aún no se conoce el sexo —musité hechizada por su embelesada expresión—. Les da vergüenza abrirse de piernas cuando me hacen una ecografía.

—¿Por qué no habías dicho nada? ¿Por qué ocultarlo durante todo este tiempo?

Me acaricié el vientre por instinto.

—Supe que estaba embarazada cuando ingresé en el hospital.

—Eso quiere decir que...

—Hicimos a nuestros hijos aquí, en Nueva York, en uno de nuestros locos encuentros de sexo desenfrenado.

—Tu presencia es un regalo, amor mío, pero esto... —Se pasó la mano por la cabeza, barriendo su melena desde la frente hasta la nuca—. ¡Joder, vamos a ser padres!

Me aproximé a él y le cogí la mano, entrelazando los dedos con los suyos.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Chica del lunar, nunca podría estar enfadado contigo. Pero vuelvo a repetirte lo mismo que te dije una vez en tu casa. No me ocultes nada, por favor, porque me enteraré de todo tarde o temprano.

Me dieron ganas de tumbarme a su lado, de besarle apasionadamente y tatuar mis labios en su piel, de sentir el palpitante latir de su corazón contra mis costillas y la delicadeza de sus yemas recorriendo mi piel. Aun así, reprimí el deseo ferviente que amenazaba con devorar mis entrañas y, guardando ligeramente las distancias, le pregunté:

—Bruce, ¿te puedo pedir un favor?

—Claro, Raquel. Dispara.

—Ahora que ya sabes que estoy embarazada, ¿me prometes que vas a luchar, que no vas a tirar la toalla y que nunca más te vas a rendir? —Enterré la cabeza en mi pecho—. No quiero que vuelvas a decir que eres un lisiado o un inútil porque no es cierto. A mí no me importan tus piernas, me importas tú. Sé que vas a volver a caminar, pero todo a su tiempo. Lo conseguiremos juntos. ¡Los cuatro! Pero tú tienes que poner mucho de tu parte. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Perfectamente —admitió abrazándome con fuerza—. Tengo que ponerme bien por ti y por mis hijos.

—Oye, guapo, que también son míos, ¿eh? —bromeé—. Recuerda que están en mi horno y que yo soy la que los mantengo calentitos.

—No te enfades mujer. Sé que también son tuyos. ¿Para cuándo está previsto que des a luz?

—Cumpló el 11 de marzo, el mismo día de mi cumpleaños.

—Mmm —me mordisqueó la yugular, haciendo que un centenar de descargas eléctricas recorrieran mi cuello—. Maravillosa fecha.

—La mejor —jadeé cuando sus dedos culebrearon hacia mis pezones, duros como rocas graníticas.

—Princesa, cuéntame. ¿Qué sientes al llevar a mis hijos en tu interior?—.

Arqueé ligeramente la espalda para facilitarle el acceso. El Bruce que tanto quería volvía poco a poco a aparecer, resurgiendo de sus propias cenizas.

—En este momento no siento nada, salvo tus dedos alrededor de mis...

Me mordí los labios para controlar el gemido que amenazaba con despertar a todos los enfermos de la planta. Durante unos minutos, Bruce se encargó de darme placer, ese que tanto yo necesitaba. Mordisqueó mis pezones por encima de mi camiseta, haciendo que mi piel se erizara y que mis músculos se pusieran en tensión. Hacía meses que esperaba sentir sus besos en mi cuello y el tatuaje de sus besos sobre la piel.

El calor de nuestros cuerpos subió repentinamente cuando su lengua recorrió mi esternón. Frenética, clavé las uñas en sus omóplatos y eché el cuello hacia atrás, invitándole a seguir el descenso.

—Me temo que esto no está bien —susurró cuando envolvió uno de mis pechos con las dos manos para acercárselo a la boca—. Se está usted aprovechando de este pobre lisiado que...

Me separé de él y le lancé una mirada incendiaria.

—¿Por qué cojones haces esto? —vociferé, cubriéndome con el pico de la sábana.

—Raquel, no entiendo lo que me quieres decir.

—Acabas de hacer una promesa hace cinco minutos. ¿Ya la has olvidado? Has jurado por tus hijos que jamás ibas a volver a decir esa palabra.

—¿Cuál?

—¡Joder, no voy a ser yo quien la repita! Me voy.

—¿Adónde?

—A casa de Chum.

—Trasládate a mi casa —sugirió, sujetándome firmemente del brazo para que no me alejara de él—. Allí tendrás todo lo que necesites.

—Tengo todo lo que necesito justo aquí, ¿no lo ves? Estás tú, están nuestros hijos —coloqué sus manos sobre mi vientre—, y estoy yo...

—Tú eres la única persona por la que abro los ojos cada día, mi chica del lunar. —Me acarició el mentón con el dorso de la mano. Me relajé nuevamente y me recosté sobre su pecho, donde comencé a dibujar círculos concéntricos con los dedeos—. Cuando salga del hospital, espero que tú y yo podamos vivir juntos.

—Recuerda que estoy embarazada y que solo me puedo quedar un mes aquí. De lo contrario...

—Shhh, no te preocupes por eso, mi amor. Déjalo todo de mis manos, ¿de acuerdo?

Me moría de ganas de vivir con él, de despertarme todas las mañanas a su lado después de haber hecho el amor media docena de veces, de hacerme mayor a su lado... Sin embargo, en ese momento, lo principal era su estado. Debía hacer todo lo posible para que Bruce volviera a caminar. Sin duda, la tarea no iba a ser fácil.

Volví de mi trance cuando me preguntó cómo había llegado al hospital.

Intranquila, le expliqué que Chum me había prestado uno de los vehículos de su extensa colección. Cuando le conté que el vehículo en cuestión tenía una pegatina muy graciosa, puso los ojos en blanco y comenzó a reír. Sin embargo, cuando se enteró de que se trataba de un Fiat Cinquecento, apoyó los puños en el colchón y, aprovechando la fuerza de sus brazos, arrastró las piernas hasta que su espalda formó un perfecto ángulo recto con el colchón.

—Has sido una insensata, Raquel. Los mejores coches son los grandes.

—A mí me gustan las cosas manejables, salvo cierta pieza de la anatomía masculina que habitualmente languidece entre las piernas a la espera de que una mujer como yo la espabile —insinué coqueta colocando la mano sobre su muslo.

Mis dedos ascendieron progresivamente hasta su entrepierna, que no respondió cómo yo esperaba.

—No me tientes, pelirroja. —Me guiñó un ojo con picardía y retiró mi mano de su zona de peligro—. Cuéntame, ¿qué pone esa pegatina?

—«Sonríe si quieres sexo».

Bruce comenzó a reír a carcajadas.

—Estás loca, chica.

—Pues sí, estoy loca. —Me humedecí los labios y añadí convencida de mis sentimientos—. Loca por ti.

Después de abrir mi corazón en canal y decirle que estaba enamorada de él, le di un beso en la mejilla para chincharle.

—¿Qué ha sido eso?

Frunció el ceño, pretendiendo hacerme ver que estaba molesto por no haberle besado en los labios.

—Un beso casto y sincero —declaré, haciéndome la distraída.

—Ya sabes que ese tipo de besos no me gustan, Raquel —afirmó, observándome a través de sus larguísimas y arreboladas pestañas.

—¿No?

—No —negó con rotundidad—. Los mejores son aquellos en los que tus labios se funden con los míos y...

—Shhh... —siseé, apoyando el índice sobre esa boca cremosa de piel bronceada que tantas veces me había llevado al nirvana.

Automáticamente, y sin esperármelo, Bruce me envolvió con sus poderosos brazos, haciendo que mi cuerpo cayera pesadamente sobre su pectoral y apoyó sus labios con firmeza sobre los míos. Su lengua se perdió entre mis dientes, haciendo que nuestros sabores se mezclaran cuando jugueteó con mi lengua.

Ansiosa, sintiendo cómo mi corazón se saltaba unos pulsos cuando sus manos serpentearon por mi espalda, emití un quejicoso gemido que encendió aún más el fuego que bullía en mi interior.

Disfruté de aquel momento con voracidad mientras mi cuerpo se iba caldeando con las provocaciones de Bruce.

Sentí cómo nuestras respiraciones se agitaban con cada caricia, con cada suspiro, con cada uno de los gruñidos que brotaban de la garganta de Bruce.

Sus manos recorrieron mis pechos, erizándome nuevamente los pezones, descendieron por mi abdomen y se detuvieron entre mis piernas donde mis propios latidos se habían instalado para reactivar a ese pequeño botón que, tímidamente, ansiaba despertar.

Extasiada, arqueé ligeramente la espalda, permitiendo que mi cuello quedara a merced del hombre que estaba robándome hasta el último aliento y comencé a convulsionar cuando sus dedos rozaron mi hendidura y peinaron mis pliegues.

—Estás húmeda —musitó Bruce con voz ronca, rodando mi clítoris entre sus talentosos dedos.

Lujuria...

La lujuria, en su estado más puro, hizo que mi cuerpo se relajara mientras él me ofrecía esa cantidad de placer justa que necesitaba mi cuerpo.

—Bruce —gemí temblorosa cuando su mano se detuvo en seco dentro de mi canal mientras mi vagina acariciaba la elusiva almohadilla de carne de su yema.

—Estás tensa, Raquel.

Estaba cardíaca, en realidad, ansiosa y febril, con la cabeza acostada en su pecho y su melena acariciando mi rostro. Necesitaba dejarme llevar, sentir las descargas eléctricas que provoca un orgasmo por todo mi cuerpo y rescatar los maravillosos recuerdos que ambos habíamos tejido juntos en el pasado, como una gran tela de araña.

—Echo de menos otro tipo de juegos —musité. Su pene permanecía a un lado

de la ingle, lánguido, sin vida. Recibir aquella cantidad increíble de placer sin que él pudiera disfrutar, no estaba cumpliendo los objetivos de la misión, esa que, sin pensarlo, alguien se había encargado de escribir para nosotros.

—Y yo. —Chasqueó la lengua y me abrazó con fuerza, insatisfecho.

Delineé los músculos de su pecho con las uñas, explorando todos los apretados y afilados picos y los profundos valles de su pecho.

—Entre los dos, conseguiremos que esto cambie, Bruce. Te lo prometo.

—Siento lo ocurrido, Raquel.

Me separé de él, lo suficiente como para que mis ojos quedaran a la altura de los suyos.

—No tienes que sentir nada, cariño. Me has dejado con un calentón del quince —le guiñé un ojo y le besé la frente con ternura—, nada que no se pueda arreglar con un poquito de agua fría. Lo único que me importa en este momento es que tú estés bien.

—No lo estoy.

—Por el momento. —Humedecí las yemas de mis dedos y le peiné las cejas—. Cuando menos te lo esperes, volverás a ser el mismo de antes. Apoyé la cabeza en el hueco de su cuello y lo abracé con fuerza.

Nos mantuvimos así durante casi media hora, hasta que Bruce sintió que perdía la sensibilidad en el brazo izquierdo por culpa del peso de mi cuerpo.

—Raquel...

—Ajá.

—Muévete. No siento el brazo.

—¿Qué?!

Me puse en pie a toda velocidad.

—Joder —protestó entre dientes cuando la sangre comenzó a circularle con normalidad—. Se me ha dormido hasta el hombro.

Comencé a moverle los dedos.

—Anda, sube el volumen y cambia de canal. Esa película que está empezando es un rollo. La protagonista muere al final.

Enfoqué la mirada y sonreír al instante.

—*Love Story* ha sido considerada una de las mejores películas románticas de todos los tiempos —anuncié—. Cuenta la historia de un chico adinerado y una chica que no tiene nada.

—Pero ella muere—insistió él.

—¿Y?

—Pues eso, que va a ser un rollo.

—Yo soy amante de los buenos rollos —le dije, mirándolo fijamente a los ojos mientras la banda sonora creada por Francis Lai¹⁹ iba creando un ambiente mucho más relajado entre nosotros.



Las ganas de ir al cuarto de baño me despertaron en torno a las ocho y media de la mañana.

—Bruce, cariño. Necesito ir al baño.

—Quédate conmigo, no te vayas —murmuró con los ojos aún cerrados mientras sus brazos caían pesadamente sobre mi espalda para tenerme aún más cerca.

—Por favor, necesito que me sueltes —insistí, tratando de zafarme de él—. Quiero ir al baño.

—Mmm, ve más tarde —dijo medio adormilado—. No me dejes solo, pequeña. Necesito tenerte cerca.

Forcejeé con él, pero esos dos bloques de hormigón que tiene por brazos no me permitieron moverme ni un milímetro de la posición en la que me encontraba.

—¡Bruce, por favor! —tuve que gritar para que me hiciera caso.

Abrió los ojos con rapidez.

—¿Qué, qué pasa? —Parecía asustado—. ¿Estás bien?

—Necesito que me sueltes ¡ya! Me estoy meando.

No fui muy fina al decirlo, pero era la verdad. Necesitaba visitar al señor Roca cuanto antes.

¹⁹ Francis Lai (Niza, 1932-Paris, 2018): Compositor Francés especialista en crear música de bandas sonoras cinematográficas. Con la de la película *Love Story* ganó el Óscar a la mejor banda sonora en 1970.

En cuanto conseguí zafarme de él, corrí hacia el baño, cerré la puerta y comencé a pelearme con los botones del pantalón, que se resistieron como gladiadores romanos cuando empecé a soltarlos.

Puto Murphy...

Después de lavarme las manos y refrescarme la nuca —el calor que me habían

provocado las caricias de Bruce horas antes aún fluía flagrante en mis venas—, regresé a la habitación y pillé a Bruce partiéndose de risa.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—De ti —respondió guasón.

—¿Cómo dices?

—Has echado a correr como si hubieran dado un aviso de bomba.

—Ja.

—Raquel, has sido un poco desconsiderada, ¿no crees? —Alzó las cejas con suspicacia—. En mis circunstancias, yo no podría escapar y...

—La próxima vez marco tu cama con mi propia orina. Es una buena técnica de supervivencia para alejar a las fieras, así que supongo que tendrá algún beneficio también con las bombas.

Sonrió por mi alocada respuesta.

—Perfecto. Pero antes decórala con pétalos de rosas y velas aromáticas, por favor, que maten tu aroma de *femme fatale*. Aún no he conseguido olvidar el olor con el que tu sexualidad intentó anoche atrapar a este pobre y desventurado héroe de guerra.

Le di un fuerte empujón en el hombro.

—Bruce, no seas guarro, por favor.

Caminé hasta sentarme sobre la cama. Su calor me invadió de inmediato.

—Ven aquí, pequeña. —Me dejé abrazar—. No sabes la de cosas que vamos a hacer tú y yo en cuanto nazcan los bebés.

Alcé mi cabeza para mirarle fijamente a los ojos.

—¿Qué tipo de cosas?

—Ir al parque, por ejemplo.

—¿Solo eso?

—Cuando tengan la edad suficiente, también podremos llevarlos a la guardería.

—Y ¿tú y yo no vamos a hacer nada de nada?

—Nada ¿de qué?

Sonreí pícaramente.

—Bruce, ¿tú vas a poder estar cinco meses en el dique seco? Apretó los labios.

—¿Acaso no te diste cuenta anoche de que yo no puedo...? —¿Y tú no recuerdas lo que yo te dije? —le rebatí.

—No.

—Claro, seguramente será por tu memoria de pez.

Rodó los ojos hacia atrás y se cruzó de brazos. Luego dijo:

—Todo ser humano tiene algún defectillo. En mi caso, mi lista se ha engrosado desde que... —La puerta se abrió de repente—. Bueno, ya hablaremos de eso en otro momento, Raquel.

—Buenos días —nos saludó la auxiliar que portaba la bandeja con el desayuno de Bruce.

—¿Qué viene hoy?

—Lo de siempre: descafeinado con leche y azúcar, un bollo suizo y mantequilla de cacahuete. Todo riquísimo.

—Puag.

—Señor Smith. —La auxiliar colocó su mano sobre el hombro de Bruce y coqueteó con él antes de decir—: Tiene que comer para reponer fuerzas. De lo contrario, tendrá que verme todos los días durante mucho tiempo.

—No tiene que ser plato de buen gusto —repliqué por lo bajini, lanzándole una mirada incendiaria a Bruce. Luego alcé ligeramente la voz, lo suficiente como para que se diera cuenta de que el *enfermito* no estaba solo.

—Buenos días, señora...

—Señora Smith —Me adelanté a decir.

—¡Oh! Sí, perdón, discúlpeme. No la había visto.

—Suele pasar

Me crucé de brazos y la miré de arriba abajo, tratando de incomodarla y lo conseguí. Un rubor intenso se instaló en sus mejillas.

Rápidamente, como alma que escapa del diablo, cogió la bandeja con la cena de Bruce de la noche anterior —no consintió en levantar la tapa ni para ver su contenido— y salió de la habitación sin despedirse.

—Así que la señora Smith, ¿eh? —El muy pillo sonrió ampliamente.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—No hay una fecha concreta. Solo he pretendido dejarle claro que me gusta que lo mío, sea eso. Nada más.

—Entonces ¿tú eres mía también?

—Siempre que tú quieras.

Bruce abrió las palmas de las manos, las apoyó en el colchón y se impulsó hacia arriba hasta que su espalda estuvo paralela a la pared.

—Cariño, este pobre lisa...

—Ni se te ocurra terminar la frase porque no respondo —le amenacé con contundencia, alzando el índice.

—Vale, vale... No digo nada.

—Mejor.

Retiré la tapadera translúcida de la bandeja y le acerqué la mesita auxiliar a la cama para que desayunara.

—Come.

—No tengo apetito.

—Te he dicho que comas —insistí, propinándole un puñetazo en el deltoides—. Ahora vengo.

Me metí el móvil en el bolsillo trasero del pantalón y me dirigí a la puerta.

—Ei, espera. —Me detuve en seco, pero no miré hacia atrás—. ¿Adónde vas?

—Ahora lo sabrás.

Presurosa, me dirigí al control de enfermería y aporré el mostrador con los nudillos.

—¡Hola, buenos días! —Alcé la voz—. ¿Hay alguien por ahí?

Insistí de nuevo y apareció una enfermera junto a la auxiliar que acababa de servirle el desayuno a Bruce.

—Dígame.

—Necesito que alguien me ayude a llevar a mi esposo al cuarto de baño.

Lleva varios días sin ducharse y huele a perro muerto.

—Elizabeth, ¿puedes ayudarles tú?

—Sí, claro.

—Yo no puedo hacerlo sola —anuncié—. Mi marido es muy grande y, en mi estado, no debo hacer mucho esfuerzo.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí, por supuesto.

—Perfecto, en ese caso, deme un par de minutos, ¿de acuerdo?

—Claro.

—Entre las dos lo bañaremos más rápido, no se preocupe.

Aguardé a que la enfermera terminara de darle instrucciones a la auxiliar y aproveché los dos minutos más eternos de toda mi vida para revisar el móvil.

Las *Chirusas* me habían enviado una docena de mensajes, Enrique diez y Pablo tres.

—¿Vamos? —sugirió Elizabeth cogiendo un par de toallas blancas, unas esponjas jabonosas y unos guantes de látex de color rosa.

Cuando entramos a la habitación, Bruce nos miró horrorizado. Estoy convencida de que intuía que nada bueno estaba pasando por mi cabecita.

—Elizabeth, ayúdame a sentarlo en el filo de la cama para pasarlo después a

la silla de ruedas, por favor.

Nos pusimos las dos junto a la cama, una a cada lado de Bruce.

—¿Qué vais a hacer?

—Algo que tendrías que haber hecho hace días.

Se puso a temblar. Literalmente. Supongo que por su cabeza debieron de pasar cientos de imágenes. Todas ellas relacionadas con una de las fantasías sexuales que tantas veces me había explicado que le gustaría llevar a término. Sin embargo, en aquel momento no me sentía yo como para convertirme en una estrella del porno. Creo que Elizabeth tampoco.

—¡Espera, Raquel, estás loca! ¡No puedes hacer eso!

—¿Se puede saber por qué? —Lo miré molesta, poniendo las manos sobre mis caderas.

—Estás embarazada y no voy a permitir que hagas esfuerzos.

—Solo tiene que apoyarse en nuestro hombro e impulsarse hasta la silla de ruedas —anunció Elizabeth.

Bruce movió los brazos en rebeldía, con la única intención de que no nos acercásemos a él.

—No voy a consentir que...

Me cabreé.

Ese guaperas no sabía con quién se la estaba jugando.

—Escúchame bien, guapito de cara. —Puse los brazos en jarras—. Estoy embarazada, no enferma. Y tú, por si no te has dado cuenta, hueles fatal.

Comenzó a olisquearse.

—Puedo asearme yo solo.

—Estás en un hospital, así que deja el pudor para otra ocasión. Elizabeth no se va a asustar por verte desnudo.

Los ojos de la auxiliar brillaron de emoción.

—Joder, Raquel —refunfuñó. Me acerqué a él cuando me lo pidió—. ¿Tan difícil es de entender que no quiero que ninguna desconocida me vea desnudo? Lo miré sin dar crédito a lo que mis oídos acababan de oír.

—A otro perro con ese hueso, Bruce. No te entiendo. Me parece mentira lo que estoy oyendo. —Acerqué mi rostro al suyo lo suficiente como para que Elizabeth no pudiera ver ni escuchar lo que estaba a punto de decir—: ¿Tú no vas a clubs de intercambio de parejas? ¿Qué pasa? Que yo sepa, allí no follas con la ropa puesta.

Se puso rojo como un tomate.

—¿Te has vuelto loca? —me recriminó—. ¿Cómo se te ocurre decir eso aquí?

—Escúchame bien. —Recuperé mi tono de voz habitual—. Tienes dos alternativas: o haces lo que yo te diga o te juro por *Snoopy*, y por las bragas de *Mafalda* si hace falta, que no me vuelves a ver el pelo. Estoy de tus berrinches de niño pequeño hasta el mismísimo *toto*²⁰.
Bruce trató de rebatirme, pero yo me encargué de hacerlo callar pronto. Estaba cansada de discutir con él una y otra vez. Estaba agotada

²⁰ *Toto*: Vulgarmente, órgano genital femenino.

de su actitud gruñona y poco colaborativa. Se iba a duchar, sí o sí, por las buenas o por las malas.

Sus párpados formaron dos delgadas líneas en mitad de su rostro cuando yo me crucé de brazos frente a él y subí los hombros a la espera de una respuesta.

— Sabes que conmigo no se puede discutir —le dije cuando miró al techo y movió la cabeza en un claro asentimiento.

—Lo sé.

Le di un casto beso en la boca y le hice un gesto a la auxiliar para que se espabilara.

—¿Vamos?

—Sujétese bien a nosotras, señor Smith. —Bruce apoyó la mano sobre mi hombro, clavándome dolorosamente las yemas, e hizo lo propio con el de Elizabeth, a quien trató con suma delicadeza—. Una, dos y...

Cayó a plomo sobre la cama y emitió un gruñido.

Estaba desesperado.

—No puedo.

A pesar del sermón que le había echado hacía un momento, Bruce se reafirmó en la idea de que yo no debía hacer esfuerzos.

—¿Te importa dejarnos a solas un momento, por favor? —le pedí a Elizabeth. En cuanto salió por la puerta, solté sapos y culebras por la boca—. ¿Tú de qué vas? Eres la persona más desagradable y malhumorada que me he podido echar nunca a la cara. ¿Por qué eres tan estúpido? Eres un puto engreído que cree que todo lo tiene que hacer por sí solo. ¿No te das cuenta de que te quiero ayudar? Nooo, tú solo sabes poner impedimentos.

—Raquel...

—¡Ni Raquel ni mierdas, joder! —Me dejé caer sobre uno de sus muslos y le

clavé las uñas como si fuera un halcón, dejándole marcas sobre la piel. Mis ojos hervían de ira—. ¡Estoy embarazada, Bruce, no enferma!

—No digo que no quieras ayudarme, pero tú sola no debes...

—¿Hasta dónde va a llegar tu ceguera? Yo no iba a hacer nada sola, me va a ayudar Elizabeth.

Bruce se cruzó de brazos.

—Llama a algún celador para que os ayude o de la cama no me muevo.

—Berrinchudo, eso es lo que eres, un puto berrinchudo.

Cogió mi mano y tiró de mí hasta que caí sobre la cama. Luego me apresó mis muñecas y me dio un ardoroso beso en los labios para calmarme.

—¿No te das cuenta de que no quiero que os pase nada? Por si no lo recuerdas, llevas a *mis* hijos en tu interior.

Sus ojos verdes echaban chispas.

Lo miré con ternura.

«¡Dios, cuánto te quiero, joder! —dije en silencio, mirándolo fijamente—.

¿Por qué a veces tienes que ser tan cabezota? ¿No te das cuenta de que en una pelea hay uno de los dos que siempre pierde?

—De acuerdo —cedí—. Si así te vas a quedar más tranquilo, avisaré a alguien.

—Gracias.

Su lengua se paseó por mis labios con sensualidad hasta que sus dientes surgieron tras una sonrisa perversa para clavarse en mi cuello. Mordisco a mordisco, me sedujo con delicadeza mientras sus manos recorrían la longitud de mi espalda.

Yo no me quedé atrás.

Las mías recorrieron sus muslos en sentido ascendente hasta llegar a sus duros y prietos glúteos que apreté con fuerza, haciéndolo gruñir de placer. Un tímido movimiento, casi despreciable, surgió entre sus piernas.

Sonreí.

Comencé a besarlo y a devorar su cuerpo sin piedad, tratando de encontrar alguna señal que me volviera a indicar que sus piernas y su sexo iban a recuperar toda su virilidad.

No sucedió nada, al menos aparentemente.

Comencé a tentarlo, a provocarlo, a sugestionarlo sin piedad. Me convertí en una salvaje irracional que no deseaba ser suave ni delicada con el hombre que había sido, hasta hacía unos meses, mi Dios del sexo.

Sentí que Bruce ardía por dentro. Su sangre burbujeaba en sus venas,

hinchándolas, pero no llegaba a esa parte de su cuerpo que aún permanecía laxa entre sus piernas.

Hundí nuevamente las manos entre sus piernas y me dejé llevar por la imperiosa necesidad de espabilar su pene de alguna manera mientras mi cordura se perdía poco a poco en un mundo lleno de estrellitas brillantes. Bruce no había dejado de acariciarme los pezones por encima del sujetador. Poco a poco, mi respiración fue agitándose.

Notar el tacto de su cuerpo en mis manos hizo que las yemas me hirvieran y que los vellos se me pusieran como esarpas.

Arrebatado, Bruce me levantó la camiseta con sus fuertes y anchas manos y devoró mis pechos con ansias por encima del sujetador, estrujándolos con fervor y mordisqueándolos hasta que mis uñas desgarraron la piel de su espalda y mi garganta emitió un profundo gemido.

Cuando consiguió deshacerse del encaje, me tumbó boca arriba sobre la cama y se lanzó nuevamente a mis pechos. Los devoró, los lamió, los degustó con deleite como si fueran el más dulce bombón.

Joder, mi centro del deseo no tardó en entrar en erupción. Supliqué para que me diera más placer. En realidad, lo quería todo. Lo quería a él.

Rodamos sobre la cama y quedé sobre él, sus piernas como dos flecos colgando de la cama. Debajo del batín, había surgido una pequeña erección. Su pene se erguía lo justo como para invitarlo a entrar dentro de mí.

Jadeé con fuerza.

La boca se me hacía agua, quería sentirlo dentro de mí. Me subí encima de él, acogí entre mis manos su pene y fui deslizándolo entre mis pliegues.

De pronto, sus manos se alejaron de mi cuerpo y su espalda se puso en tensión. Al mirarle a los ojos, rápidamente supe que algo le pasaba.

—¿Qué sucede, Bruce?

—No creo que pueda hacerlo —musitó.

—Tienes sensibilidad, Bruce. ¿O es que no lo notas? —Hice referencia a su miembro que seguía dispuesto para entrar en acción.

—Raquel, soy un pobre lisi...

Me levanté como un cohete de la cama y empecé a vestirme. Me dolía dejarlo, más aún después de lo que acabábamos de vivir juntos, pero no podía seguir viendo cómo se autodestruía el amor de mi vida.

Aquello era superior a mis fuerzas.

—Te lo advertí —vociferé—. Te lo dije y no estaba bromeando, Bruce. Me voy.

—Pero...

—Pero nada. Estoy harta de escucharte. ¡Me das pena! —Le lancé una mirada lobuna—. ¿Sabes lo que te digo? Que te den. La pena es la mujer del pene.

Punto.

Cogí el bolso y abrí la puerta.

—¿Me vas a dejar así?

—Las manos te funcionan, ¿verdad? Pues ya está, tú te tapas y yo me voy. No volverás a saber de mí ni de tus hijos hasta que no cambies tu forma de pensar. Al salir de la habitación, me encontré con Elizabeth. Se me había olvidado que le había pedido que esperase fuera.

—Elizabeth, ¿le podrías decir a un celador que se pase por la habitación y le ayude a vestirse a ese tontorrón? —Me miró sorprendida antes de asentir—.

Muchas gracias por todo.

Al llegar al aparcamiento, me monté en el coche llena de ira y pisé a fondo el acelerador, a riesgo de que Chum recibiera una multa o, peor, que tuviera que ir a pagar una cuantiosa fianza si la policía me arrestaba por conducción temeraria.

La voz de Michael Bolton, mi ídolo musical, empezó a sonar en la única emisora de radio que había sintonizada en la radio. Lo cierto es que adoro su forma de cantar, pero aquel no era el mejor momento para escuchar esa voz melodiosa entonando *How Am I Supposed To Live Without You*²¹.

Apagué la radio.

Y desintonicé mi mente.

Minutos después, atraída por el magnetismo de las ondas que aún re

²¹ *How Am I Supposed To Live Without You* (Cómo se supone que debo vivir sin ti). © Sony/ATV Music Publishing LLC.

verberaban en mi cabeza, la volví a encender. Ariana Grande y su *Into you*²² me hicieron recordar el baile que le hice a Bruce en su despacho, sin saber que era el dueño, el día que fui a hacer la entrevista a su empresa.

Subí el volumen y comencé a cantar como una auténtica loca mientras conducía. Tenía que echar fuera la furia y la rabia que tenía acumuladas dentro de mí. Paré en un semáforo en rojo y, mientras esperaba a que cambiara de color, moví la cabeza para un lado, para el otro..., y grité a pleno pulmón como si yo fuera Ariana Grande y estuviera dando un concierto en el *First Niagara*

*Center*²³ de Buffalo.

De repente, intuí que alguien me observaba. Aunque miré a la izquierda, solo vi a una pareja de ancianos aterrorizados por mis gritos. A mi derecha tampoco vi nada fuera de lo normal ya que los cristales del coche contiguo estaban tintados. Me olvidé de ello y seguí echando fuera de mi cuerpo toda la tensión que había acumulado durante días, meses...; incluso años por culpa de Adán.

No me di cuenta de que el coche de mi derecha se había adelantado un poco hasta que la ventanilla de la parte trasera quedó a mi altura.

Muy despacio, el cristal comenzó a descender.

—¡¡HOLA!! —vociferó una voz masculina que hizo que, aunque no pudiera escucharla con claridad por culpa del volumen de la música, mi cuerpo recuperara la tensión que había conseguido soltar.

—Ho...hola —pude responder, boquiabierta.

—¿Dónde vas tan temprano, Raquel?

Miré a Daniel a través de las pestañas. ¿Cómo podía estar más guapo incluso que la última vez que lo había visto en el restaurante del *Empire State Building*?

Daniel tiene una belleza singular, muy parecida a la de Bruce. Es un hombre extremadamente elegante.

¡Muy sexi!

Por si fuera poco, es un seductor nato, y lo sabe.

²² *Into you* (Dentro de ti). © Universal Music Publishing Group, Warner/Chappell Music, Inc, BMG Rights Management, Kobalt Music Publishing Ltd.

²³ *First Niagara Center*: Pabellón multiusos situado en Buffalo, Nueva York, con una capacidad para 19.200 espectadores.

Aquel día me quedé extasiada cuando lo vi.

El sonido del claxon del coche que tenía detrás me hizo despertar del trance. Arranqué con velocidad, quería perderlo de vista, pero de nada sirvió porque tuve que pararme en otro semáforo a escasos quinientos metros. Su coche volvió a situarse a mi lado, en esta ocasión, a mi izquierda.

Daniel me guiñó el ojo y alzó las cejas rítmicamente cuando lo miré de reojo. Se había cambiado de asiento para estar próximo a mí.

Durante unos segundos aguardé a que dijera algo, pero no lo hizo.

Yo tampoco.

Pero sí nos miramos. Yo a él con desafío. Él a mí con dulzura, haciendo que mi estómago se contrajera. Mis pulsos se dispararon hasta límites insospechados.

Daniel es el segundo hombre que ha causado ese efecto en mí y, en cierto modo, a día de hoy todavía me genera cierta ansiedad. Es extraño, ¿no? En cuanto el semáforo se puso de nuevo de color verde, avancé unos metros. Pero mi estómago volvió a contraerse, esta vez no por la presencia de Daniel, sino porque me sobrevino una arcada.

Nerviosa, salí del vehículo y me doblé por la cintura.

Vomitó hasta que un reflujo de bilis me agrió la garganta.

No sé cómo ni en qué momento, pero Daniel apareció de entre las sombras como por arte de magia. Me sostuvo la cabeza, cuidando de que no me manchara el pelo.

Cuando me sentí vacía, me apoyé sobre el capó delantero del coche y lo miré de reojo. Creí morir de vergüenza. Daniel, lejos de parecer asqueado por la situación, sonrió con timidez y me limpió la boca con un pañuelo de papel.

Luego, introdujo la mano en el bolsillo interior de su americana y me ofreció un suave pañuelo blanco de hilo que olía a hiedra y a madera.

—Gracias —musité, sintiendo cómo el rubor se extendía por mis mejillas.

Unos minutos más tarde sumidos, en un profundo silencio, me despedí de él.

Necesitaba llegar cuanto antes a casa de Chum y darme una ducha. Me sentía fatal.

Justo cuando iba a abrir la puerta del *Fiat Cinquecento*, Daniel se me adelantó. Se sentó detrás del volante, ajustó al asiento para estar cómodo y me observó con atención.

—¿A qué esperas para montarte?

—¿Se puede saber quién te ha dado permiso para que te tomes esas licencias? Su mirada cambió. Ahora era fría como el hielo.

—¿De verdad pretendes que te deje aquí sola? Sube, iremos a tomar algo para que se te calme la sensación que tienes ahora mismo. —Me quedé inmóvil—.

Raquel, por favor, sube. No te voy hacer nada, Dios me libre.

Una vez que estuve dentro del coche, lo miré soslayadamente y sonreí con disimulo. Daniel parecía estar metido en una caja de cerillas.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—Podríamos haber ido en tu coche y no en el mío —alegué como excusa.

—Tienes toda la razón, no lo pensé.

Esa mandíbula marcada y los hoyuelos que se le forman al sonreír llamaron mi atención. He de reconocer que Daniel es muy sexi.

Sus ojos, tan verdes y brillantes como los de Bruce, me hipnotizaron. Recorrí sus facciones y me recreé en la forma en la que su cabello, negro como el carbón, cubría sus orejas, de dimensiones perfectas.

Iba impecable, con un traje de seda celeste, una camisa blanca y una corbata fina de una tonalidad muy similar a la del traje.

«Si está buenísimo con ropa —comenzó a provocarme mi brujita interior—, no me lo quiero imaginar sin ella.»

Me ruboricé al instante.

Mis ojos no tardaron en fijarse en sus manos, que sujetaban con firmeza el volante. Grandes, fuertes, con una manicura impecable... Se cuidaba, eso es un hecho. Aquel fue el primer día que me di cuenta de ello.

—¿Adónde ibas Raquel? —preguntó rompiendo el silencio que se había creado entre los dos.

—A casa.

Encendí de nuevo la radio para distraerme un poco y...

Me llevé las manos a la cabeza. Ariana Grande volvía a entonar *Into you*.

—Preciosa —afirmó él, tarareando el estribillo en un perfecto inglés.

— ¿Te importa si subo un poco el volumen?

—En absoluto.

En cuanto la música comenzó a sonar con fuerza, mi cuerpo comenzó a revitalizarse.

Aproveché cuando nos detuvimos frente a un semáforo para mirarlo de reojo, y lo pillé con sus ojos clavados en mí mientras sus manos se movían sobre el volante al compás de la música.

— ¿Tienes prisa?

—No, ¿por qué?

—Hoy mi día está de suerte, entonces. ¿Vamos a tomar ese café que

tenemos pendiente?

Fruncí ligeramente el ceño.

Acababa de pelearme con Bruce y Óscar me había enviado un mensaje de texto para avisarme de que iba a pasar el día con Chum en un spa.

—Vale.

Poco después, llegamos al típico restaurante americano de carretera que sale en todas las películas. Después de deleitarnos con la docena de *Harley Davidson* que estaban estacionadas en un lateral de la puerta, accedimos al interior. No había demasiada luz. El ambiente estaba cargado de un extraño olor muy similar al del incienso.

Cuando fui a dirigirme a la barra, Daniel me sujetó de la mano. Su tacto fue como una corriente eléctrica que me erizó toda la piel y me estremeció desde la cabeza a los pies.

— Acompáñame —sugirió con una hermosa sonrisa dibujada en los labios. Aunque estaba febril y eternamente enamorada de un estúpido que no dejaba de regodearse en sus propias miserias, no retiré mi mano de la suya. En silencio, lo acompañé hasta una de las mesas del fondo. Al instante, una camarera con un batín rosa y un delantal blanco hasta la mitad del mulo se acercó a nosotros con una jarra de café en la mano.

—Me llamo Sussy. —Dejó un par de cartas sobre la mesa—. No tienen más que levantar la mano cuando decidan qué van a comer.

Daniel le dio las gracias y me miró sonriendo. Cada vez que lo hacía, un centenar de mariposas revoloteaban en mi estómago.

—No lo hagas más, por favor —murmuró cuando me mordí los labios para tratar de calmar los nervios que bullían en mi interior.

Lo miré extrañada.

—¿Qué quieres que no haga más?

Se inclinó sobre la mesa, apoyando los codos en la superficie deslustrada de madera, y se acercó a mi rostro. El dedo pulgar de su mano derecha acarició mis labios para relajarlos.

—No vuelvas a morderte los labios o me veré en la obligación de besarte.

—Los latidos del corazón se instalaron en mi garganta, impidiéndome hablar—. Vamos a comer. ¿Qué te apetece?

«A ti —dijo la parte irracional de mi mente—. Me encantaría probarte entero, de arriba abajo.»

—Raquel, ¿estás bien? —Chasqueó los dedos frente a mí.

—¿Si? —contesté con voz de atontolinada.

Daniel se acercó otra vez, casi pegando sus gruesos y perfectos labios en los

míos.

—Tienes que comer algo. ¿Qué quieres?

—Sí, perdona. Quisiera un trozo de tarta de queso.

Me sorprendió dándome un cálido y dulce beso en la punta de la nariz y alzó las cejas con provocación al decir:

—¿No te apetece otra cosa?

—No, gracias.

Levantó la mano tal y como nos había dicho Sussy.

—¿Y bien?

—Dos porciones de tarta de queso, un número seis y otro café.

—¿Algo más?

—No, de momento así está bien.

Cuando la camarera se dirigió dos mesas más allá de la nuestra para apuntar otra comanda, Daniel volvió a envolver mi mano con la suya.

—¿Dónde ibas tan temprano, Raquel?

Observé cómo entrelazaba sus dedos con los míos y no me inmuté. Me agradó sentir su piel sobre mi piel.

—He estado en el hospital toda la noche para hacer compañía a mi pareja.

—Sí, creo recordar que me comentaste algo al respecto.

—Tiene paralizadas las piernas —proseguí—, Lo médicos no han encontrado daños aparentes como para que no pueda caminar.

—Entonces, ¿a qué se debe tu preocupación?

—Yo...

—A mí no me engañas, Raquel. —Abrí los ojos de par en par—. Se te forman unas arruguitas muy lindas alrededor de los labios cuando estás inquieta.

—Me enerva que Bruce diga constantemente que es un inválido o un inútil, cuando sé que no es verdad.

—Tienes que darle tiempo.

—No es el de antes, siempre está de mal humor. Y yo... —Vacié los pulmones e inspiré hondo—. Yo solo quiero ayudarlo, nada más. Tú eres médico, ¿verdad? ¿Qué puedo hacer para que cambie de actitud?

—Si no tiene ningún daño en la columna, estoy convencido de que se recuperará poco a poco con rehabilitación y mucho ejercicio. Pero tiene que poner mucho de su parte. En cuanto a su estado de ánimo, no hay nada que ni tú ni yo ni nadie puedan hacer. Tiene que ser el que se dé cuenta de que su actitud no le va a llevar por un buen camino y aceptar la realidad, Si no lo consigue, otra opción es que acuda a terapia con un psicoanalista.

La camarera interrumpió nuestra conversación cuando depositó la bandeja con la tarta de queso y el plato combinado de beicon, huevos y salchichas que había pedido Daniel. Cogí un trozo de mi pastel y me lo llevé a la boca.

—¿Qué piensas? —inquirió después de darle el primer bocado a su comida. Me aventuré finalmente a decir:

—Estaba analizando cómo es posible tener el cuerpo que tienes con el plato que te vas a meter entre pecho y espalda.

Soltó el tenedor en su plato y bebió un poco de café antes de contestar.

—¿Qué clase de cuerpo tengo según tu opinión?

«De esos que hacen que a cualquier mujer se le mojen las bragas con solo mirarte», quise decir.

—Pues tienes un cuerpo... —miré mi tarta para evitar mirarlo directamente a los ojos— de infarto.

Al decir aquello, sentí cómo mis mejillas ardían de la vergüenza.

Comenzó a reír.

—Solo como dos veces al día, Raquel. Intento trabajar muchas horas para mantener mi mente ocupada. El resto del tiempo, poco, en realidad, lo dedico al gimnasio.

—¿Mantener tu mente ocupada?

—Sí, estoy pasando por un mal momento personal. Pero es algo sin importancia.

—¿Tu mujer? —Su rostro se ensombreció de repente—. Perdón por ser tan indiscreta. No quería molestarte.

Esbozó una sonrisa dulce y estiró la mano otra vez para acariciar la mía.

—Tranquila. No estoy casado, era mi pareja.

Estuvimos hablando de todo y de nada en general hasta que el sol estuvo en lo más alto. Cuando fuimos a pagar, Daniel no permitió que yo sacara la cartera. Abonó las seis tazas de café, su plato combinado y los tres trozos de tarta de queso que me había metido entre pecho y espalda. Bueno, en realidad, compartimos un par de ellos como si fuéramos dos eternos enamorados. No todas las calorías iban a ser para mí.

Salimos de la cafetería y envolvió mi cintura con su brazo mientras que nos dirigíamos hasta mi coche.

—¿Quieres que te lleve a casa?

Negué con la cabeza. No me apetecía estar solo. Ya me sentía totalmente recuperada.

—Muchísimas gracias por el café —dije abriendo la puerta del conductor.

—Más bien tú no has tomado demasiado. Todo me lo he bebido yo. —Se acercó peligrosamente a mí, haciendo que nuestras frentes se unieran, y me miró con deseo—. Gracias a ti por cruzarte en la carretera, preciosa. Me esperaba una mañana muy aburrida y tú has conseguido que sea la mejor que he tenido en mucho tiempo. Espero que nos volvamos a ver pronto.

—Daniel, yo... —comencé a hablar, pero él me interrumpió con un beso. Un beso que por supuesto no rechacé. Es más, me agarré a su cuello para profundizarlo. Nuestras lenguas comenzaron a moverse como si hubieran estado esperando ese encuentro durante toda la mañana. Jugaron hasta la saciedad. Se entrelazaron entre sí con intensidad, desesperadas por disfrutar del sabor igualmente exquisito e incongruente de la saliva.

Sin separar los labios de los míos, Daniel clavó los dedos en mi cintura, obligándome a acercarme a él un poco más. Inmediatamente, sentí el calor envolvente de su cuerpo sobre el mío y los gemidos que le producían mis caricias cada vez que mis manos recorrían la ancha y extensa curva de su espalda.

No pensé en nada, ni siquiera en Bruce. Me dejé llevar por aquel beso, lujurioso y pasional, y por el morbo que me provocaba haberme convertido en un súcubo para entablar esa relación carnal que tanto necesitaba.

Cuando nuestras bocas se saciaron, nos miramos fijamente a los ojos, con la respiración entrecortada y el corazón frenéticamente en el pecho.

—Sé que tienes pareja —susurró en mis labios, todavía pegado a mi cuerpo—. No haré nada que tú no quieras hacer.

«Quiero que me cojas en brazos y que me lleves a un hotel, un garaje, un hostel o un callejón si hace falta. Que cojas mi cabello como si fueran un par de riendas y me folles con fuerza, empotrándome, si es preciso, contra la pared. Maldita sea, necesito sentir cómo tu polla dilata mis pliegues y recorre todo mi canal. Quiero caer extasiada sobre tu pecho mientras tú sigues hundiéndote frenéticamente en mi cuerpo. Sería capaz de convertirme en tu sumisa si tú me lo pidieras. Lo que significaría para ti puedo imaginarlo. Sin embargo, tú no sabes lo que supondría para mí, Daniel. Necesito a un hombre que me lleve hasta el cielo una y otra vez, que acaricie mi cuerpo con su lengua para hidratarlo, que se enfrente con las exigencias de un jefe a mis necesidades y que revolucione mi corazón hasta el límite de sus fuerzas. ¿Quieres ser tú ese hombre?»

Cerré los ojos y los apreté con fuerza. Mi mente calenturienta y las hormonas descontroladas, que no dejaban de pedir sexo, sexo y más sexo, me estaban

haciendo pasar un mal trago.

—Te... te lo agradezco. —Solo pude decir eso. Tenía la voz todavía atascada en la garganta por el beso.

Sin despedirme, traté de subir al coche. No obstante, Daniel me agarró de nuevo, haciendo que mi espalda quedara literalmente apoyada contra la puerta, y volvió a besarme con pasión. Esta vez me mordisqueó los labios con los dientes, pasó su lengua sobre las marcas y ungió con su saliva las rojeces que su barba habían dejado sobre mi piel.

Quise morirme de placer allí mismo.

Jadeé de puro deseo cuando su mano derecha elevó mi rodilla izquierda. Su pene, rígido y portentoso, aumentó de volumen bajo el pantalón y se clavó peligrosamente entre mis piernas.

La ansiedad nos pudo.

Durante unos minutos nos dejamos llevar por el morbo y la necesidad más febril. Nuestros corazones latían frenéticos, golpeándonos las costillas.

Daniel llevó sus manos hasta la cremallera.

—¿Te apetece? —Su voz sonó casi como un gruñido.

Acababa de invitarme a follar.

La propuesta era muy tentadora, pero me negué. Mi subconsciente actuó con rapidez, indicándome que no debía cometer el error de entregarme a otro hombre que no fuera Bruce.

Le propiné un golpe seco en el pecho, a la altura del esternón, que lo hizo retroceder varios centímetros. Fue en ese momento cuando me subí al coche con rapidez y pisé el acelerador.

Salí escopeteada de allí, dejándolo tirado en mitad de la carretera. No sé si podría haber aguantado un tercer asalto con él sin llegar al final, pero preferí no tentar mucho más a mi suerte. Mi cuerpo llevaba un tiempo sin experimentar los arrebatos del sexo. Tener a un hombre como Daniel tan dispuesto a todo, hacía que mi cuerpo temblase de los pies a la cabeza.

«¿Qué has hecho Raquel? Por Dios, ¿en qué estabas pensando? —me sermonó la conciencia cuando me percaté de lo estúpida que había sido—. Estás embarazada, tienes a tu chico en el hospital y... ¡Joder, eres una inconsciente!»



Cuando llegué a casa, Óscar y Chum estaban charlando animadamente con Sofía, frente a un impresionante desayuno. Me sorprendí y también me alegré de verla con ellos.

—Hola. —Los saludé muy escueta, tenía prisa por darme una ducha.

— Muy buenos días, Raquel —gruñó mi amigo, demostrando que estaba cabreado.

¿Qué demonios le pasaba?

—Buenos días. —Desvié la mirada para no hacerle mucho caso—. Voy al baño, he pasado una noche regular en el hospital.

Óscar se levantó como un resorte de su asiento y, mientras se acercaba a mí con paso decidido, comenzó a gritar como un poseso.

—¡De eso ni hablar! Primero me vas a explicar, mejor dicho, nos vas a explicar dónde demonios has estado.

—No tengo que darte explicaciones de lo que hago o dejo de hacer —solté con vehemencia, enfrentándome a él con los brazos en jarras—. Soy bastante mayorcita como para...

Me callé.

No tenía ganas de discutir con él. La mañana había sido demasiado ajetreada. Intuyo que mi silencio tuvo que cabrearlo más porque su voz se tornó más oscura y profunda al decir:

—Me importa una reverenda mierda si me quieres contar o no dónde has estado. Pero al menos podías haber llamado porque te recuerdo que estamos viviendo en casa ajena y...

—Joder, me avisaste de que ibais a estar todo el día fuera.

—Hemos cambiado de opinión, reina.

Lo rodeé y caminé hasta Chum para darle un fuerte abrazo.

—Lo siento, Chum. No volverá a pasar, te lo prometo.

—Raquel —comenzó a decir—, Bruce no ha dejado de llamar en toda la mañana. Quiere hablar contigo urgentemente.

—No tengo ninguna llamada suya —argumenté mientras metía la mano en la bandolera para buscar el móvil.

Cuando lo encontré, abrí los ojos de par en par. Estaba en silencio, de ahí que no me hubiera percatado de las veinte llamadas que me había hecho Bruce.

Solté el terminal sobre la mesa y me senté en una silla, derrotada.

—¿Lo ves? —Me mostró el móvil—. ¿Dónde coño has estado? Bruce nos ha

dicho que habéis discutido y...

—Yo... yo...

—Cállate, Raquel —me interrumpió un poco más calmado, aunque todavía muy cabreado. Se sentó a mi lado y me cogió las manos—. Joder, ¿no te das cuentas de que no estamos en Málaga? Estás en un país totalmente distinto donde te podrían haber pasado miles de cosas, estás embarazada y no sabes ni pedir agua en inglés.

—Me defiende con el inglés —le rebatí, aunque, en realidad, llevaba toda la razón. Con Daniel no había tenido problemas; tampoco en el hospital ni con Sussy, la camarera de origen mexicano que nos había atendido en el bar de carretera donde casi me dejó arrastrar por el morbo y la necesidad más febril.

—Déjate de chaladuras, reina.

Me cubrí la cara con las manos y empecé a llorar como una magdalena.

—Lo siento tanto, Óscar, de verdad. No pretendía que os preocuparais tanto. Salí del hospital sin saber adónde ir, estaba muy cabreada con Bruce. No quería que me molestara, así que puse el móvil en silencio. Pero entonces me encontré con él y...

—¿Quién es él? —Esta vez fue Chum quien se interesó. —Daniel.

—¿Daniel? —inquirió Óscar sorprendido.

Asentí.

—Después de salir del hospital me sentí indispuesta y tuve que parar un momento.

—¿Y? —insistió Chum, casi o más sorprendido que Óscar.

—Daniel tomó los mandos del coche y condujo hasta un bar de carretera para invitarme a un café. —Me encogí de hombros—. Se me ha ido el santo al cielo, chicos. Ya está.

Sofía me dijo con la mirada que no me preocupara.

—Ya entiendo por qué Bruce estaba tan alterado cuando me llamó —afirmó Óscar, irreverente.

—El muy cretino dice que no sirve para nada —expuse con cara de circunstancias.

—Y tú, en lugar de apoyarlo, lo dejas solo en el hospital regodeándose en su propia mierda, ¿no?

—Estoy harta de que diga que es un inútil y que no volverá a ser el que era —espeté—. Por eso me fui del hospital, porque no aguanto tanta negatividad.

Bruce no entiende que yo lo quiera por lo que es, no por lo que tiene o deja de tener. Lo quiero con toda mi alma, tú lo sabes mejor que nadie, Óscar. Lo

quiero tanto que hasta me duele pensar en él, pero... —Me limpié las lágrimas que seguían cayendo por mis mejillas—. He intentado ayudarle esta noche. He reído con él, he dormido a su lado y le he secado las lágrimas también. Pero no quiere ayuda de nadie, solo quiere estar en la cama lamentándose por su falta de movilidad. No quiere andar. Ni siquiera desea intentarlo.

—Es pronto —afirmó Chum.

—Por cierto, ¿quién cojones le ha dicho que estoy embarazada?

—He sido yo, Raquel —admitió Óscar. Su rostro pasó de la rigidez a la dulzura en cuestión de segundos—. Siento haberte defraudado, mi vida. Me acerqué a él y le acaricié el pómulo con el dorso de la mano antes de enfrentarme con intensidad a sus ojos.

—Cariño, eres mi mejor amigo, el único que vela por mí. Nunca me has defraudado, pero yo sí lo he hecho y lo siento con toda mi alma.

Nos envolvimos en un gran abrazo que duró varios minutos. Cuando nos separamos, me dio un beso en la frente.

—Anda, dúchate. Hueles a camionero.

—¿Qué?!

—Olvídalo, reina —sugirió Chum—. Hoy se ha levantado con el pie izquierdo.

—Aligérate, Raquel —me exigió Óscar, dándome un cachete en la nalga—. Tú y yo nos vamos a ir al hospital para sacar a ese garrulo de la cama de una vez por todas.

Mientras me desvestía para meterme en la ducha, pasé los dedos sobre mis labios, recordando los besos que me había dado Daniel y lamentándome por no haberlo rechazado a tiempo.

Determiné frente al espejo que debía mantener en secreto lo que había ocurrido entre Daniel y yo. Hasta que no lea este libro no se va a enterar de todo. Me espera una buena reprimenda de su parte, lo presiento.

Al salir de la ducha, me unté crema por las piernas. Al llegar a mi abdomen, sentí algo extraño que no sé cómo describir. Mi tripa se estaba moviendo.

Parecía una montaña rusa que subía y bajaba.

—¡Óscar!! —vociferé.

Mi amigo apareció con la cara desencajada.

—¿Qué te pasa? —Me examinó de arriba abajo.

—Toca. —Cogí su mano y la puse sobre mi vientre. Él me miró extrañado—.

¿Lo sientes?

—¿Qué quieres que sienta?

Puse el dedo índice en mi boca para que se callase. Ambos prestamos más atención.

—¡Joder, qué ha sido eso! —Quitó su mano con rapidez.

—Tus sobrinos se están moviendo.

—Tú estás bien, ¿verdad? —preguntó asustado.

—Mejor que nunca. —Acababa de sentir a mis pequeños moverse dentro de mí. Sonreí, pero Óscar me miró con el ceño fruncido—. ¿Qué ocurre?

Se rascó la cabeza, parecía incómodo.

—Tus tetas están enormes, Raquel. Te pareces a Pamela Anderson, la de los vigilantes de la playa.

Le di un pequeño puñetazo en el brazo.

—Me habías asustado, capullo.

—Son tremendas.

—Me han crecido un poquito, sí. Es lo que les sucede a todas las mujeres cuando se quedan embarazadas. Crece el pecho, la tripa... Y, por si fuera poco, es el momento en el que salen las temidas estrías.

—¿Tú tienes estrías?

—Todavía no, pero seguro que alguna me martirizará toda la vida.

—Pues hija, por más que te miro, a ti no se te nota nada la tripa. Bueno, pensándolo bien, tiene el tamaño de un güito.

—En cuanto me crezca me pareceré a una albóndiga con patas.

Decir aquello hizo que nos desternilláramos de la risa.

—*Chochete*, qué cosas tienes por Dios. Tú y tus ocurrencias. Anda, me voy para que te prepares. Nos vamos dentro de diez minutos.

Quince minutos más tarde, y no diez, Chum, Óscar y yo cogimos un coche de la impresionante colección del chinito para ir al hospital.

Aproveché el camino para llamar a Bruce.

—*Raquel* —dijo nada más responder. Estaba cabreado—. *¿Se puede saber dónde has estado todo el día?*

—*Raquel, ¿estás bien, cariño? Eso es lo primero que tendrías que haberme dicho. Y yo, como es natural —ironicé—, te habría contestado que no porque no estoy en mi mejor momento.*

Se hizo un odioso silencio al otro lado de la línea.

—*Raquel, ¿cómo te encuentras?* —inquirió tras unos segundos de desconcierto. Su voz tenía un tono de preocupación.

—*Estoy mal, Bruce. Estoy muy jodida, muy cabreada, muy... —Suspiré—. Estoy mal.*

—*Necesito hablar contigo, por favor. ¿Vas a venir al hospital?*
—*Sí* —respondí escueta—. *Dime una cosa, ¿cómo te encuentras?*
—*Cariño, te echo muchísimo de menos.*
—*Bruce, yo...* —Inspiré hondo—. *Necesito contarte algo.*
—*Me estás asustando.*

— *Recuerda siempre que te quiero* —anuncié justo antes de colgar. Me sentía fatal.

Tremendamente mal.

Había besado a otro hombre y había disfrutado al hacerlo. Mis nervios fueron in crescendo a medida que se fue acercando el

momento de encontrarme con él. Cuando accedimos al ascensor, me temblaban las manos y las piernas. Me sentí como un flan en mitad del plato cuando me encontré con los padres de Bruce al final del pasillo. Al llegar a su altura nos recibieron a los tres con un cariñoso abrazo.

— *¿Qué hacéis aquí afuera?* —interrogué curiosa.

—*Lo están arreglando* —contestó Manuela cogiéndome de la mano. —*¿De verdad?*

—*Cielo, yo estoy igual de extrañada que tú. Aún no me lo creo. Que*

después de dos meses se quiera arreglar es un milagro.

Nos sentamos a esperar.

—*¿Y sus hermanas? ¿No han venido?* —Intenté tener algo de conversación para calmar mis nervios.

— *Están en la facultad. Supongo que vendrán en un ratito. Las tres terminan la carrera este año y tienen que esforzarse mucho para superar sus exámenes.*

— *¿Qué estudian?*

—*Helena y Laura, abogacía. Y Matilda, empresariales.*

—*¡Wow!* —exclamé sorprendida.

—*¿Qué estudiaste tú?*

—*Ella es una vulgar camarera de una hamburguesería, no lo olvides*

— *respondió* *Kassandra* con su voz irritante. *Había aparecido como por arte de magia.*

Me levanté del asiento y me acerqué a ella.

—Oye, tú.

—Dime, cariño.

—¿Qué haces aquí?

—Trabajo aquí, ¿sabes? Soy la jefa de trauma.

«Trauma es el que vas a tener tú del porrazo que te voy a dar», pensé muy cabreada.

Manuela se puso también en pie y se interpuso entre las dos. —¿A qué has venido?

—Vengo a ver a tu hijo. Recuerda que soy su médico y que tengo que llevar todo el seguimiento de su recuperación.

Traté de no parecer sorprendida cuando oí aquello. ¿Por qué Bruce no me había dicho nada al respecto?

—¿Y cómo lo ves? —Su opinión personal me importaba una mierda, pero tenía que saber su opinión como profesional—. ¿Cuándo le darás el alta hospitalaria?

—Pues es difícil de determinar. Primero tengo que ver cómo funcionan sus piernas.

—Pero Bruce está bien, ¿no? Su columna no sufrió ningún daño.

—Vaya, fíjate, Manuela. Ahora resulta que esta camarera sabe lo que tiene tu hijo.

—Solo tiene miedo a caminar —vociferé impotente.

—¿Has estudiado medicina?

Tuve la tentación de pegarle un puñetazo, pero el padre de Bruce me frenó.

—Vete, Cassandra —le increpó Alexander.

—Pero...

—¡Vete! —insistió entre dientes, lanzándole una mirada lobuna que a mí, por lo pronto, me dio tanto miedo como las películas de Freddy Krueger—. Mi hijo no mejora. Cada día está peor por tu culpa. Así que te pido por favor que te vayas. De lo contrario, tendré que hablar con el director de este hospital y... Cassandra se dio media vuelta y se fue.

Poco después, la puerta de la habitación de Bruce se abrió, dando paso a tres hombres amanerados que, sin lugar a dudas, tenían pinta de estilistas. El último saludó a Manuela y nos anunció:

—Está estupendo, ya podéis pasar.

—Gracias —musitó Alexander, palmeándole el hombro—. Enviadle la factura a mi secretaria.

Traté de esconderme tras el padre de Bruce cuando accedimos a la habitación, pero no sirvió de nada. Mi adonis tuvo que percibir mi perfume y me localizó de inmediato.

Observé que su barba había desaparecido, su melena estaba perfectamente recogida en una coleta y sus ojos brillaban con más fuerza que nunca. Su mirada me hizo temblar como una hoja seca cuando es impulsada por los vientos del otoño.

Estaba impecable.

Bruce volvía a ser el hombre de siempre, apuesto, elegante, seductor...

Levantó la mano e hizo un gesto para que me acercara hasta él. Yo no lo dudé ni un solo segundo. Caminé hasta que estuve a escasos centímetros de la cama y, sin ningún pudor, hice que sus labios chocaran contra los míos.

El ímpetu con el que lo besé hizo que él me agarrara de la cintura con sus manos fuertes y que me tumbara en la cama.

Avergonzada, miré hacia atrás, buscando la reacción en las cuatro personas que me acompañaban: Manuela, Alexander, Óscar y Chum. Sin embargo, solo vi pared a mi alrededor. La puerta estaba cerrada. Nos habían dejado a solas, otorgándonos cierta intimidad.

—¿Qué te pasa, preciosa? —curioseó Bruce al verme distraída.

—Estoy feliz de verte tan cambiado, nada más.

Al instante supe que aquella respuesta no le había convencido. Su ceño estaba fruncido y unas arrugas muy marcadas habían aparecido en su frente.

—No sabes mentir, Raquel. Dime qué pasa por esa cabecita.

Me solté de su agarre con cuidado, me levanté de la cama, crucé los brazos sobre mi pecho y empecé a recorrer la habitación.

—Bruce, no sé ni cómo empezar.

—¿Por el principio? —Rodó los ojos hacia atrás y sonrió travieso—. Sería lo ideal.

—Sé que te vas a molestar bastante, pero...

—Raquel —se estaba impacientando y con motivo—, me estás empezando a preocupar.

Me clavé las uñas en las palmas e inspiré hondo para armarme de valor.

—Vale, allá voy..., por el principio.

—Arranca.

—Óscar y yo conocimos a alguien el avión...

Bruce carraspeó e intentó incorporarse sobre la cama para sentarse. Traté de ayudarlo, pero no me dejó. Él solito lo consiguió.

—Sigue, Raquel, no pares de hablar.

—Óscar estuvo hablando con... ese hombre durante horas, mientras sobrevolábamos el Atlántico, hasta que desperté de mi siesta. Estaba muy cansada, tu madre me había llamado de madrugada, por la mañana tuve también que hacer un montón de recados y...

—No te enrolles, Raquel —dijo tajante, haciendo que me pusiera todavía más nerviosa

—Cuando salí de aquí esta mañana estaba muy cabreada.

—Ajá.

—Me encontré a... Da igual. Lo he vuelto a ver, Bruce. Ha sido una casualidad. El caso es que... hemos ido a tomar café, una cosa ha llevado a la otra y...

Bruce entrecerró los ojos, apretó los dientes y se puso en tensión.

—¡Dispara!

—Nos hemos besado —confesé entre lágrimas.

El nudo que se me formó en la garganta me impidió decir nada más. Fui incapaz de explicarle cómo me sentía. Le di la espalda para no ver su reacción y me envolví en mi propio abrazo mientras las lágrimas resbalaban dolorosamente por mis mejillas, desgarrándome hasta el alma.

—Lo siento, Bruce. Te he fallado —sollocé—. Yo... Lo siento tanto, de verdad. Sé que ha sido una estupidez por mi parte cometer ese error.

Hubo un silencio infinito, eterno, abismal.

—Raquel...

No me atreví a ver sus ojos de desilusión.

—No lo he hecho a conciencia. Ni siquiera sé qué me ha pasado. Supongo que serán las hormonas, que estoy con las defensas bajas o... ¡yo qué sé! La cuestión es que te he fallado y no sé si algún día me lo podrás perdonar.

Comenzó a reír a carcajadas y yo cerré los ojos para almacenarla en mi mente y poder escucharla cada vez que me hiciera falta. De hecho, aún recuerdo cómo reverberó en mis tímpanos y recurro a ella cada vez que me siento perdida como aquel día.

—Raquel, ¿puedes darte la vuelta, por favor? Quiero verte.

Hice lo que me pidió.

—Ven aquí, quiero hablar contigo estando bien cerca. —Le sostuve la mirada, no parecía muy cabreado. Eso me tranquilizó un poco, aunque no lo suficiente. Hipé tratando de controlar mi llanto y me acerqué a la cama. Rápidamente extendió sus brazos y tiró con fuerza de mis manos, sentándome a su lado—.

Mírame.

No me atreví a hacerlo.

—Bruce, yo...

—¡Mírame! —insistió.

Obedecí.

En sus ojos encontré amor y serenidad. En las yemas de sus dedos, la calidez precisa para secarme las lágrimas. Y en sus labios, la caricia dulce y acaramelada que me estremeció por completo.

Mi cuerpo lo deseaba, se moría por él. Ansiaba con todas mis fuerzas que me hiciera suya.

Mi estómago se contrajo cuando sus manos se colaron bajo mi camiseta y se dirigieron hasta mis senos, que reaccionaron al instante. Se pusieron duros y firmes cuando me bajó el sujetador y las yemas de sus pulgares rodearon con delicadeza mis pezones.

No pude contener un quejido de placer cuando tironeó de ellos, haciendo que un reguero de descargas eléctricas se extendiera por todo mi cuerpo, y se los llevó a la boca. Me provocó con fuego y me torturó con sus labios hasta que gemí de placer.

Mis manos no se quedaron atrás.

Acariciaron su espalda firme hasta llegar a sus fuertes y duros brazos. Sus pupilas se dilataron y brillaron de placer cuando mis dedos llegaron a su torso, cincelado en mármol, y se dirigieron hacia abajo, donde su pene comenzaba a dar pequeños espasmos, anunciando nuevamente que estaba vivo. Sin aguantar más tiempo, me lancé a su boca con ansia. Ambas lenguas comenzaron a hacerse el amor, desgarrándonos el alma mientras mis manos saqueaban el cuerpo de él. Internamente, contemplé el poder y el control que ejercía Bruce sobre mí.

Gemí.

Jadeé cuando sentí que su protuberancia se marcaba en mi vientre.

Estaba extasiada, muy necesitada...

Ansiosa por él.

Su mano se deslizó sinusoidalmente por mi abdomen y se coló dentro de mis mallas. Llegó hasta el hilito de mi tanga y barrió mi trasero de arriba, ejerciendo algo más de presión cuando sus dedos se hundieron entre mis muslos y rozaron la parte inferior de mi sexo.

Bruce respiró ronco cuando sus dedos se perdieron en mi cueva.

Enloquecí.

Él era el dueño y amo de mi cuerpo, el único que sabía cómo calentarme hasta hacerme perder la razón.

Arqueé la espalda cuando extrajo los dedos de mi interior y levanté los brazos para que me subiera la camiseta y pudiera percibir la tensión que se había creado en las crestas tostadas de mis senos.

Sus ojos brillaron ansiosos cuando en el cristal de la ventana apreció el volumen de mi excitación, que acarició con delicadeza mientras su lengua rodaba justo detrás de mi oreja izquierda.

Mi respiración comenzó a agitarse con fuerza cuando Bruce aumentó la velocidad con la que sus dedos habían comenzado a profundizar en mi interior. Exhausta, sintiendo cómo el corazón bombeaba acelerado en mi pecho, enredé los dedos en su larga melena, que volvía a caer en cascada sobre sus hombros después de que la goma que la sujetaba en una hermosa coleta se cayera al suelo, y barrí su cráneo, desde la frente hasta la nuca.

—Raquel, aguanta...

Me mordí los labios y arqueé la espalda, invitándolo a hundirse un poco más en mi interior. Su pene seguía clavado en mi cadera, pero no con la rigidez suficiente como para sustituir a sus dedos.

—Ahhh...

—Recuerda que estamos en un hospital. —Me dio un par de mordiscos en el cuello, a la altura de la yugular.

De repente, me sentí vacía.

Arrebatada y vacía.

—Bruce —gruñí, sintiendo un dolor agudo entre mis piernas y un calor sofocante en el cuello.

—Ponte de pie, Raquel, y desnúdate para mí —me exigió—. Quiero verte sin ropa.

Obedecí.

Una por una, me deshice de las prendas ante la atenta mirada de Bruce. Cuando estuve completamente desnuda, vulnerable ante su páfida mirada, me sentí avergonzada. Si alguien entraba en aquella habitación, sería un escándalo.

—Eres realmente preciosa, mi amor. —Suspiró—. Acércate. Ayúdame a desnudarme.

No tardé ni dos segundos en desanudar el cordoncillo de su batín. Ver su torso desnudo hizo que se me saltaran los pulsos. Había perdido algo de volumen, pero seguía conservando las formas perfectas de sus músculos.

Comencé a salivar como un sabueso cuando vi su miembro. Había crecido un poco, no lo suficiente como para montarlo, pero sí lo necesario para que en sus ojos se apreciara la esperanza de que no estaba muerto.

—Ven.

Me acaricié los pechos y me subí en la cama, arrodillándome entre sus rodillas. Iba a follármelo, sí o sí, pero antes necesitaba espabilarlo un poco más. Con destreza, y con una fuerza tan intensa y poderosa que hasta él le llamó la atención, comencé a masturbarlo.

Después de unos escasos minutos, colocó las manos detrás de la cabeza y cerró los párpados, tratando de concentrarse. Se hundió en el abismo que le produjeron mis labios cuando envolví su masculinidad y la recorrí hasta la base, succionando ligeramente al llegar nuevamente a la punta.

Poco a poco, su tensión fue cediendo y mi preocupación amainando. Daniel había sido un caramelo; Bruce, el postre que iba a tomar cada día a partir de ese momento.

—Métete en la cama y súbete encima de mí. ¡Ya! —gruñó con desesperación al percatarse de que su pene se había puesto rígido y que la sangre recorría sus venas como lava incandescente—. Necesito tenerte y meterme dentro de ti.

Mirándolo con picardía, me metí bajo de las sábanas y repté hasta llegar a sus labios, haciendo que mis pezones rozaran enérgicamente su torso durante el ascenso.

Lo besé con deseo y mucha pasión para después dirigirme a su cuello. Recorrí con mi lengua cada uno de los recovecos de su cuello hasta llegar al lóbulo de la oreja izquierda. Bruce jadeó y repetí el movimiento para que lo volviera a hacer.

Estaba loco.

Y febril.

Aun así, no accedí a la petición que me hacía su pene, rígido como una vara de hierro. Como una niña traviesa, deslicé mi cuerpo hacia abajo, repartiendo besos por su cuerpo. Me recreé en sus pezones, lamiéndolos y saboreándolos hasta que de su garganta brotó un gemido de placer.

Aunque nuestros sexos se alinearon, continué atormentándolo, tratando de que sus miedos se alejaran completamente y de que su erección se extendiera aún más. Jugueteeé con su ombligo, humedeciéndolo con la lengua, y seguí el sendero ascendente de su línea alba, tentándolo un poco más, para bajar a toda velocidad a su pene.

Su respiración se entrecortó y se volvió más pesada.

Saboreé su glande como si fuera el más dulce de los helados. El flujo preseminal no tardó en anunciarme que su grado de excitación era máximo. Aun así, no cejé en mi empeño de abarcar el cuerpo cavernoso que tenía entre mis labios y drenarlo hasta que sus testículos se contrajeran un poco más. Emocionado, Bruce apoyó sus manos sobre mi cabeza y dirigió mis movimientos.

Recorrí con el perfil de mis dientes su extensa masculinidad, mirando de vez en cuando hacia arriba para observar sus reacciones. Con los ojos cerrados y la respiración agitada, se entregó al placer de mis labios.

Se entregó.

—Ponte encima de mí, Raquel —pidió con voz ronca—. Necesito que me hagas tuyo de una vez por todas. No aguanto más...

Alcé ligeramente las caderas para que quedaran en una posición próxima a las suyas, envolví la base de su pene, apretándola para que no perdiera tensión y comencé a bajar lentamente, lubricándolo en toda su extensión.

Quise disfrutar de su hombría y recuperar el tiempo perdido, sentir cómo mi interior se dilataba progresivamente. Sin embargo, justo cuando mi nivel de excitación estaba en su punto álgido, clavó las yemas de sus dedos en mis caderas y me bajaron de golpe.

Gemí acaloradamente por la impresión, sintiendo como si una parte de mí se hubiera partido por la mitad.

—Muévete, amor —exigió él entre dientes, haciendo grandes esfuerzos para no enloquecer otra vez—. Muévete como tú solo sabes hacer.

Me sentí poderosa.

Bruce permitió que fuera yo la que llevara las riendas de nuestro alocado encuentro hospitalario, aunque sus manos siguieron firmemente acopladas a mis caderas para ayudarme a subir y a bajar por ese dardo enhiesto que apuntaba hacia el techo.

De vez en cuando, me sujetaba con fuerza y me levantaba unos centímetros, justo hasta la punta de su glande, para que con la caída pudiera ensartarme en él con más fuerza.

Mi garganta no paró de jadear con fuerza, ansiando por que llegara el orgasmo que ambos tanto necesitábamos.

Cuando me quise dar cuenta, tenía uno de mis pechos en su boca. Su lengua traicionera humedecía mi pezón justo después de libarlo y succionarlo como si quisiera robárselo a mi cuerpo.

Me estremecí, agitándome sobre su pecho, moviendo las caderas bruscamente,

buscando más atenciones...

—¿Te gusta? —curioseó entre jadeos.

—Sí —exhalé abotargada. La habitación comenzó a dar vueltas, como si estuviera en un tiovivo.

—Sí ¿qué? Te he hecho una pregunta, Raquel. Contesta si no quieres que pare. Me humedecí los labios con sensualidad antes de decir:

—Ahhh, me gusta... —Arqueé la espalda, invitándolo a entrar en mi interior otra vez—. Me vuelves loca.

—¿De quién son tus labios, pequeña?

Estaba tan excitada que no contesté. No podía. Y él dejó de moverse.

—¿Qué haces? —Traté de moverme yo solita para seguir cabalgando sobre sus piernas, pero sus fuertes manos no me permitieron.

—No pienso dejar que te muevas hasta que no me contestes.

—Tuyos, cariño. Mis labios, mi cuerpo y mi alma son tuyos. ¡Tuyos!

—exclamé ansiosa—. Soy toda tuya, Bruce.

—¿Seguro?

—Por favor, te pido que no dejes de follarme —le supliqué, sintiendo cómo mi cuerpo comenzaba a relajarse después de semejante esfuerzo.

Sonrió perverso y recorrió mis costillas con delicadeza.

—Princesa, prepárate porque... tus órdenes son mis deseos.

Comenzó a devorarme la boca mientras me elevaba cada vez más alto, casi podía sentir el increíble orgasmo que se avecinaba en la boca del estómago.

Brinqué como una jaca cartujana sobre sus muslos y ahogué un centenar de gemidos cuando mis dientes se clavaron en la tierna carne de mis labios.

Mis músculos vaginales comenzaron a contraerse ligeramente, tratando de drenar sus testículos con voracidad.

—No te corras aún —exigí cuando sus testículos se contrajeron amenazando con dar por concluida la sesión de sexo enérgico y animal que estábamos disfrutando juntos sobre una incómoda cama de hospital—. Hazlo conmigo. Sus embestidas aumentaron el ritmo y de intensidad.

—Jo... joder. —Bruce apretó los dientes y constriñó el rostro—. Raquel, vamos, córrete... ¡ahora!

Nos miramos fijamente y me agarré a sus piernas para recibir las estocadas más fuertes y más placenteras de toda mi vida.

Estallé, rompiéndome en mil pedazos que él supo recoger al instante, cuando mi vagina se contrajo enérgicamente, ansiosa por recibir la simiente que sus testículos estaban a punto de disparar.

Con los párpados aún pegados como si en lugar de rímel me hubiera echado *Loctite* en las pestañas, recibí una estocada certera y estallé.

Un sinfín de descargas eléctricas circundó mi clítoris.

Bruce se encargó de que todas se extendieran por mi cuerpo, de cabeza a los pies, prolongando mi propio placer antes de que su cuerpo cediera también al más exquisito de los orgasmos de cuantos había experimentado con otras mujeres, incluida *Kassandra*.

Caí desplomada encima de su pecho, con la respiración agitada y la mente nublada por el deseo.

—Ha sido increíble. —Bruce me dio una docena de besos tiernos en la frente—. Me has dejado exhausto, pequeña.

Sonreí.

Estaba cansado, no lo niego, pero también estaba vivo, aunque él se hubiera encargado de decir lo contrario.

—Pronto te concederé el segundo *round*, machote. Ahora, si me disculpas, y sintiéndolo mucho —cogí la ropa del suelo—, he de ir al baño.

—Te quiero, mi chica del lunar.

—Y yo a ti —afirmé antes de cerrar la puerta.



Cuando regresé a la habitación me encontré con *Kassandra*. Otra vez. Iba como siempre, con su perfecta melena rubia, bien maquillada y

sobre unos altísimos tacones que llamaron mi atención.

—¿He interrumpido algo?

Nos observó a ambos con cara de acelga.

—En realidad ya habíamos acabado —solté con vehemencia, lanzándole una mirada odiosa que no generó ningún efecto en ella—. Por dos minutos, no nos has pillado follando.

Bruce trató de ocultar la risa que apareció en sus labios, cubriéndose con la sábana.

—*Kassandra*, ¿a qué has venido? —preguntó una vez que dejó de reír.

—Quería saber si necesitas algo.

—Pues ya estás viendo que no —expresé con rabia mientras terminaba de

abrocharme los pantalones.

Sin decir media palabra más, Kassandra dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Nuestros tímpanos estuvieron a punto de estallar cuando dio un portazo al cerrar.

— Joder, qué humor tiene esa tía. —Me senté en el sillón para ponerme los zapatos—. Seguro que hoy no ha cagado.

Sentí los ojos de Bruce clavados en mi nuca.

—¿Qué piensas? —le interrogué sin ni siquiera mirarlo.

—Háblame de él. ¿Te gusta?

Lo miré por encima del hombro sin entender el motivo por el que había sacado el tema. Acabábamos de hacer el amor, de entregarnos febrilmente a la pasión y...

—¿En serio me estás preguntando si...?

—Ajá.

Terminé de abrocharme los cordones de las zapatillas y me acerqué a él. Enfadada, retiré la sábana que le cubría parcialmente las piernas para ayudarle a ponerse el batín. Mi cuerpo entró en calor otra vez al ver su desnudez y mis mejillas se enrojecieron cuando percibir un nuevo despertar entre sus piernas.

—No, no me gusta.

No dije nada más.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué, Bruce? —Mi voz sonó brusca. Le puse el bóxer, le ayudé a meter los brazos en las mangas y le abroché el cordoncillo de la espalda—.

¿Quieres saber por qué lo besé? ¿Es eso lo que quieres saber? Pues, para que lo sepas, ni yo misma lo sé. Supongo que las hormonas tuvieron algo que ver.

—Joder, Raquel —protestó—. Deja de joderme con las putas hormonas de las narices.

Le miré con desafío. ¿Por qué se empeñaba últimamente en darme una de cal y otra de arena? Vivía en una montaña rusa. Primero me llevaba al cielo, después al infierno. Estaba agotada.

—Si te hubieras puesto un condón antes de metérmela sin previo aviso, no me encontraría de esta situación.

—Que yo sepa, tú tampoco te opusiste a que te follara sin condón.

Me quedé helada al escucharlo, sin saber cómo reaccionar. Permanecí en

silencio durante un par de segundos, tres a lo sumo, a pesar de la insistencia con la que mi bruja interior me instaba a comenzar una disputa con Bruce. La ignorancia es atrevida, y aquel día fue la mejor opción para no lanzarme al cuello del hombre que amaba y odiaba a partes iguales y clavarle los dientes como a una alimaña.

Temblorosa, ahuequé la almohada para que apoyara la espalda y re Coloqué las sábanas sin rozarlo.

—Háblame, por favor. —Me agarró con fuerza de las muñecas y me observó con un brillo extraño en los ojos. Los míos debieron parecerle los de una asesina en serie puesto que no tardó en ejercer algo menos de presión—. ¿No vas a decir nada?

—¿Qué quieres que te diga, Bruce?

—Algo, lo que sea.

—He cometido un error, lo sé, pero no creo que me merezca que me trates como una fulana. Tú permitiste que Cassandra te hiciera una mamada en aquel jodido reservado del restaurante Cala Burra y yo... yo...

—¿Es por eso? ¿Lo has hecho por venganza?

Me solté de su agarre con fuerza e inter puse distancia entre ambos, situándome a los pies de la cama. Sus palabras me hicieron mucho daño. De hecho, las sentí como puñales en el corazón.

—¿De verdad crees que soy como esa que va por ahí pavoneándose mientras te mira con deseo delante de mí? Te voy a dejar varias cosas claras, Bruce, y espero no tener que volver a repetírtelas. —Guardé silencio momentáneamente para inspirar hondo y proseguí—: Yo no he hecho nada por venganza. No soy tan retorcida como otras.

—Raquel...

—¡Déjame hablar! —espeté. No se inmutó—. Yo no busqué quedarme embarazada. Ser madre no entraba en mis planes. No me siento preparada para cambiar pañales ni para corretear detrás de un par de monstruitos cuando empiecen a hacer trastadas en mi casa. Joder, se van a sentir como en una cárcel, ¿no te das cuenta? Tengo una puta caja de cerillas.

—En la mía sí.

—¿Qué?!

—En mi casa sí que van a poder corretear sin ningún problema.

—¡Ni hablar! Mis hijos no van a poner un pie allí.

—¿Por qué?

—¡Porque no me sale del coño!

—Es *nuestro* hogar —musitó, mirándome fijamente a los ojos. Mi corazón se llenó de amor al momento. Sin embargo, no quise demostrárselo. Estaba muy enfadada con él.

Las lágrimas amenazaron con rodar por mis mejillas cuando volvió a repetir que su hogar me pertenecía también. Aun así, dije:

—Te besaste con esa... puta en mi propia cara. Y encima tuviste el valor de decirme que no había sucedido nada, que no era lo que yo... —Me eché el flequillo hacia atrás y apreté los dientes—. ¿Qué pensaba, Bruce? ¡Dímelo, joder! Dímelo porque... no consigo olvidar la cara de satisfacción que pusiste cuando ella comenzó a aumentar el ritmo con el que sus labios recorrían tu... tu... ¡tu polla!

—Raquel, lo único que te puedo decir es que siento muchísimo el daño que te hice aquella noche.

—¡Ja! No estoy así por esa puta mamada, joder. Durante toda la noche pasaste de mí como de la mierda. De ser tu pareja, me convertí en una simple amiga, en una cualquiera que se engancha al brazo de un hombre rico para ver qué cantidad de dinero puede sacarle.

—Eso no es cierto.

—Tu indiferencia me destrozó. Tú... tú... —balbuceé, sintiendo cómo las lágrimas me arañaban dolorosamente las mejillas.

—Ven. —Moví la cabeza en una clara negativa y me sequé la cara de un manotazo—. No hagas que me levante y te traiga hasta aquí por la fuerza.

—Tendrás que arrastrarte primero por el suelo —afirmé con rotundidad, provocándole.

Me crucé de brazos cuando hizo el intento de salir de la cama. Primero cogió su pierna derecha con su fuerte brazo y la dejó caer pesadamente, haciendo que en su frente aparecieran unos profundos surcos y que su rostro se constriñera de dolor. Cuando la tuvo fuera de la cama, atrapó la pierna izquierda e hizo lo mismo.

Yo no le perdí de vista ni un segundo.

Salí corriendo, asustada, cuando Bruce puso en pie, sujetándose firmemente al borde del colchón, y lo agarré con todas mis fuerzas. No quería que se cayera al suelo y se hiciera daño.

Besó mi frente, mis ojos, mis mejillas, mi nariz y mi boca cuando envolvió mi cuerpo con sus poderosos brazos y se dejó caer en la cama. A pesar de mis reticencias, disfruté con el erotismo de sus besos.

—Soy un hombre, no una serpiente. Yo jamás me arrastraré por el suelo, a no

ser que tú estés entre mis piernas.

—Eres un...

—Shhh —siseó, acariciándome el óvalo de la cara con el dorso de la mano—.

No estropees este momento. Es mágico.

Poco a poco, gracias a sus caricias, mi enfado se fue esfumando. Aun así, tratando de mantener el grado de tensión que se había instalado entre nosotros minutos antes cuando mi lengua soltó todo lo que llevaba atormentándome durante meses, me levanté de su regazo y, después de ayudarlo a meter las piernas dentro de la cama, comenté:

—La magia no es más que un cuento chino. Hay que dominarla muy bien para dejar al público con la boca abierta.

—Tú no has cerrado la boca desde que...

Inspiré con sonoridad.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Bruce?

—Claro, dime.

—¿Qué es lo que ha pasado hace un rato?

Me miró con esa cara de canalla que Dios le dio al nacer y me guiñó un ojo.

—¿A qué te refieres?

—No te hagas el tonto. Sabes muy bien a lo que me refiero. —Mmm, no muy bien.

—Me refiero a...

—Oh, sí. He disfrutado mucho cuando me has follado.

—Yo no te he follado.

—Oh, sí —repitió—. Tú me has follado, Raquel. Y lo has hecho muy bien. Te aseguro que no será la última vez que lo hagas.

—Antes muerta —exclamé solo por disimular, sintiendo mis mejillas arder.

—Me encanta cuando te sonrojas. Ven aquí. —Señaló la cama—. ¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Aunque no haya sido yo el que te ha follado, quiero que sepas una cosita...

Este cuerpo —me besó las manos—, estos ojos —me besó los párpados—, estas mejillas, estos labios y, sobre todo esto —me besó la barriga—, son míos. Solo míos.

»Por supuesto, este lunar también me pertenece. Es más, me vuelve loco. —Lo circundó con la yema del pulgar mientras se mordía los labios y su respiración comenzaba a agitarse—. ¿Pensabas que me había olvidado de él? —Asentí compungida—. No, pequeña. Tú eres y serás siempre mi chica del lunar.

Una espesa lágrima resbaló por mi pómulo y se dirigió hacia la punta de mi nariz. A pesar del dolor que me había causado en Cádiz, el amor que sentía por él era mucho más fuerte.

—¿Por qué lloras, cariño? —Me apartó un mechón de pelo de la cara y lo colocó delicadamente detrás de mi oreja izquierda.

—Soy inmensamente feliz, Bruce, pero a la vez una completa tonta.

—Explícate mejor.

—Tus palabras me han sobrecogido.

—Y ¿qué más?

—Me ha dolido en el alma lo que has dicho sobre mi embarazo. Has dado a entender que...

Envolvió mi rostro con las dos manos y apoyó la frente en la mía. Nuestros ojos quedaron a escasos centímetros de distancia.

—Escúchame, Raquel, olvida todo lo que te he dicho. He sido un estúpido.

—Un gilipollas más bien.

—Lo que tú quieras. La cuestión es que no volverá a ocurrir. Te prometo que siempre cuidaré de ti y de nuestros hijos.

—¿Y Cassandra?

—Te quiero demasiado como para perderte, Raquel. No te preocupes ahora de eso, por favor. Averiguaré lo que sucedió aquella noche. Te lo prometo.

—Yo también te quiero muchísimo, Bruce —musité—. Espero que puedas solucionarlo todo porque... solo tengo un deseo en este momento.

—¿Cuál?

—Que tú y yo disfrutemos de nuestros hijos juntos.

Me besó los nudillos con ternura, uno por uno.

—Y lo vamos a hacer, de eso que no te quepa la menor duda. Sois lo que quiero tener en mi vida. Cuando te conocí, mi mundo cambió. Antes, estuve sumergido en un mundo muy oscuro por culpa de... —Le di un beso para acallararlo. No estaba dispuesta a escuchar otra vez el nombre de la víbora que tanto daño nos había hecho. Cuando me separé de su boca, prosiguió—: Me engañó con mi mejor amigo en mi propia casa, en mi cama, a dos semanas de que nos casáramos. Creí que jamás me recuperaría de algo así, pero me equivoqué. A la vista está. Ahora estoy con la mujer más maravillosa del mundo. Reconozco que a veces eres un poco guerrera y que...

—¿Solo a veces?

Sonrió.

—Siempre, diría yo. Aunque soy un afortunado, Raquel. La vida me vuelve a

sonreír a pesar de las circunstancias que me mantienen postrado en esta cama. Tú eres el regalo máspreciado que me ha podido conceder la vida. Y, por si fuera poco, voy a ser papá. ¿Qué más puedo pedir?

—No me lo recuerdes, chiquillo. Vaya puntería tuviste —expresé de broma, lo que provocó que ambos riéramos a la par.

Poco después, con los ánimos más calmados, lo abracé con fuerza, apoyé la cabeza en su esternón y le dije:

—Bruce, quiero hablar contigo de ciertos temas, pero necesitaría que... Daniel viniera a verte.

Su cuerpo se puso en tensión.

—¿Ese es el que te besó?

Puse los ojos en blanco y le pellizqué en el costado, junto al pezón izquierdo.

—No vayas a empezar otra vez, por favor. Fue un error, Bruce, nada más.

Me tumbé a su lado y él pasó su brazo por debajo de mi cabeza, quedando uno frente al otro.

—De acuerdo, llámalo. Quiero ver quién ha besado a mi mujer

—Solo te voy a pedir que...

—Lo que quieras.

—Quiero que me prometas una cosa, Bruce. —Me miró arqueando una ceja—. No me mires así.

—¿Cómo?

—Déjalo. —Preferí no entrar en su juego para que la conversación no diera lugar a una nueva disputa entre ambos—. No le vayas a decir nada al respecto del beso, por favor. No quiero que seas borde, que haya una palabra más alta que otra, ni nada parecido.

Bruce susurró que lo prometía y besó mi lunar sobre el labio.

—Puedo recalcar que eres mía, ¿verdad? Eso no ha entrado en el contrato que acabo de sellar.

Lo fulminé con la mirada y, tras pedir disculpas por sus palabras y entendernos con gestos, musité:

—Bruce, yo soy y seré siempre tuya, no lo olvides.

Apoyé la mano en su pecho para tomar impulso y levantarme de la cama. Aun así, no fue capaz de hacerlo. Bruce se propuso a que no me alejara de él, acorralándome con sus brazos cuando se situaron alrededor de mi cuerpo.

—¿Adónde crees que vas?

—Llevo a dos bebés en mi interior.

—Dos preciosos bebés, sí, ¿y?

—Voy a ser clara, Bruce. Necesito ir al baño. Me estoy meando. Levantó mi camiseta y me dio un beso en la tripa, haciéndome inmensamente feliz. Recé en silencio para que no perdiera la confianza en sí mismo y se aventurara a caminar pronto. La batalla iba a ser dura, sí, pero con mi apoyo podía lograrlo.

Cogí el móvil y me dirigí al cuarto de baño. Después de hacer mis necesidades, dediqué unos minutos a leer las conversaciones de *WhatsApp* hasta que me di cuenta de que no había vuelto a saber nada de Óscar ni de Chum desde que ambos, junto a los padres de Bruce, decidieron dejarnos a solas en la habitación.

—Mierda —blasfemé en voz alta, abriendo automáticamente el chat de mi amigo. Escribí. Óscar, dónde estáis?

Dando un paseo para concederos un poco de intimidad

Envíame el teléfono de Daniel, por favor

Para qué lo quieres?

He estado hablando con Bruce

Me gustaría conocer otra opinión

 Espabílate!!!

Te lo envío dentro de un rato. Ahora no puedo

Joder!!!

Oye, cómo está???

Mejor

Acabamos de...

Habéis follado en el hospital??????????????

 Ahhh...

Sonreí. Apoyé el móvil en el lavabo y me miré en el espejo. No tardó en avisarme de la entrada de un nuevo wasap.

Estáis locos!!! Los dos!!!

Tienes razón

Estamos locos el uno por el otro

Sabes que me alegro muchísimo por ti

Lo sé, amor

Y Chum? Reina, no puedo hablar

Intentaré enviarte el

Nos vemos en la cena



Regresé a la habitación. Allí me encontré con la familia de Bruce al completo. Los saludé con una amplia sonrisa en los labios y me acerqué a Manuela.

— Me gustaría comentarte algo —susurré para que solo ella pudiera escucharme.

—Claro, salgamos.

—Bruce —lo llamé para que me prestase atención—, estaré fuera con tu madre. Enseguida vuelvo.

—De acuerdo, pero no tardéis. —Le guiñó un ojo a su madre y a mí me lanzó un beso—. Sois mis dos chicas preferidas.

—Oye, ¿y nosotras qué somos? —Sus hermanas le dieron varias collejas,

haciéndose las ofendidas.

—Vosotras sois las niñas de mis ojos —le oí decir antes de cerrar la puerta. Manuela y yo caminamos en silencio hasta el final del pasillo y nos sentamos en un par de sillones que había junto a una ventana.

Me miró preocupada cuando le comenté que tenía intención de llamar a Daniel para que nos diera una segunda opinión sobre el problema de Bruce.

—Me parece una idea estupenda, Raquel. —Se frotó las manos y me acarició la mejilla con ternura—. Alexander y yo correremos con todos los gastos. No tienes que preocuparte por nada.

Sonreí.

O, al menos, esboqué una mueca con los labios. Luego dije:

—Verás, Manuela, también quería comentarte que...

—¿Qué ocurre? —Envolvió mis manos entre las suyas con delicadeza. Su calor me tranquilizó ligeramente—. ¿Estás bien?

—Estoy embarazada —solté sin anestesia—. De mellizos, además.

—Hija mía, por Dios, ¡qué alegría!

Después de darme un abrazo rápido, se levantó de su asiento, dejándome allí plantada con la boca abierta, y se dirigió con paso decidido hasta la habitación de Bruce.

A pesar de la distancia, escuché cómo le decía que acababa de hacerle la madre más feliz del mundo.

Me acerqué a la puerta de la habitación para ver qué se estaba cociendo dentro y me apoyé en el quicio. Manuela estaba abrazando a su hijo —sonreía como nunca—, mientras el resto de la familia los observaba con sumo interés. Bruce deshizo el abrazo cuando me vio.

—No aguantabas las ganas de contarlo, ¿eh?

—No —susurré, llena de felicidad. Si él ya lo sabía, ¿por qué iba a escondérselo a los demás? Frente a todos, nos comimos a besos y a abrazos. Las hermanas de Bruce se pusieron a gritar cuando Manuela les dio la noticia de que iban a ser tías. Una enfermera que pasaba junto a la puerta, se asomó por si había ocurrido algo grave.

Bruce le restó importancia al asunto, aduciendo que los gritos se debían a un problema entre sus hermanas, y la enfermera se marchó no sin antes recordarnos con extrema seriedad que estábamos en un hospital y debíamos guardar silencio.

Una vez que se fue, todos comenzamos a reír más bajito.

—¿Has llamado a ese médico? —se interesó Bruce cuando consiguió

calmarse un poco.

—No, lo voy a hacer ahora mismo.

Cogí el móvil para ver si Óscar me había enviado el número de teléfono de Daniel por *Whatsapp*. Di unos saltitos al comprobar que sí que lo había hecho. Ilusionada, salí de la habitación y marqué su número.

—¿Sí? —Contestó una voz de mujer que me dejó un poco aturdida. Daniel me había asegurado que no estaba comprometido con nadie.

—*Hola, pregunto por...* —carraspeé—. *Me gustaría hablar con Daniel.*

—*Un momento, por favor. Deme un par de segundos.* —Percibí un movimiento de papeles al otro lado de la línea—. *Ya estoy. Me ha dicho usted que desea hablar con...*

—*Daniel.*

—*Ah, sí. ¿Usted es...?*

—*Raquel Ramírez.*

—*Enseguida le paso.*

Esa voz tan masculina, tan profunda, tan sensual... que reverberó al otro lado de la línea hizo que todo mi cuerpo se pusiera en tensión.

—¿*Raquel?*

—*Hola, Daniel. Sí, soy yo.*

—¿*Cómo estás?*

—*No te voy a negar que podría estar mejor* —afirmé con contundencia—. *Estoy en el hospital.*

—¿*En el hospital?*

—*Necesito tu ayuda. Como bien sabes tengo a mi pareja ingresada.*

—*Sí, me lo comentaste cuando tomamos el café que teníamos pendiente.*

—*Cierto. Lo pasamos bien hasta que...* —Se hizo el silencio al otro lado de la línea—. *Da igual. La cuestión es que necesitaría una segunda opinión. La primera no me convence. ¿Te importaría pasarte por el hospital para hacerle una valoración rápida a Bruce?*

—*Claro, lo haré con mucho gusto. Dime en qué hospital se encuentra tu pareja y su nombre.*

—*Mount Sinai Hospital. Su nombre es Bruce Smith.*

Otro silencio incómodo que no me gustó nada hasta que Daniel inquirió:

—*Raquel, ¿Bruce es tu pareja?*

—*Sí, ¿por qué? ¿Lo conoces?*

—*No, no lo conozco.* —El tono de su voz cambió de repente—. *Mañana*

iré a verlo, ¿de acuerdo?

—*Muchas gracias, Daniel* —susurré. Sin embargo, él ya había colgado. Una gran incertidumbre se instaló en mi cabeza. ¿Por qué Daniel había dado por concluida la conversación de una forma tan brusca?

Entré en la habitación pensando en ello y cambié el gesto en cuanto Bruce se percató de que estaba preocupada por algo.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —mentí—. Mañana vendrá Daniel a examinarte.

Después de unas horas de cháchara, los padres y las hermanas de Bruce decidieron que había llegado el momento de dar por concluida la visita. Bruce necesitaba descansar.

Se ofrecieron a llevarme a casa de Chum, algo que agradecí encantada.

Necesitaba darme una ducha antes de volver al hospital. Iba a pasar otra vez la noche con Bruce. Él, por supuesto, se negó a ello, aduciendo que habíamos tenido un día muy ajetreado y que yo necesitaba descansar.

No lo rebatí.

—Mañana a primera hora estaré aquí —anuncié, dándole un apasionado beso en los labios—. Quiero estar contigo cuando venga el médico.

—Tranquila, de aquí no me voy a mover. No voy a ir a tomar ninguna copa ni a bailar ni... —Se rio de su propia broma.

Me tranquilizó observar que ya no se despreciaba a sí mismo como antes. Eso era un paso importante de su recuperación.

Alexander accedió al ascensor después de que Manuela, sus hijas y yo lo hiciéramos. Animados, comenzamos a hablar entre nosotros, haciendo referencia a mi embarazo y al cambio a positivo que había experimentado Bruce en las últimas horas.

En la tercera planta se detuvo el ascensor y accedieron a él más de una decena de personas.

—¿Os vais ya?

La repelente voz de Cassandra me taladró los tímpanos. ¿Olió nuestra posición como una hiena hambrienta? Estoy convencida de que tuvo que ser algo así.

—Sí, hemos estado un buen rato con mi hijo —comentó Manuela entre dientes, haciendo gala de su exquisita educación.

—Yo voy a subir a verlo en cuanto suelte estos papeles en recepción —dijo con voz envenenada mientras sonreía con suficiencia.

—¿Para qué? —intervino Laura de mala gana.

—Laura, tu hermano es mi paciente —alegó Cassandra—. Quiero ver cómo se encuentra. Mañana a primera hora quiero hacerle unas pruebas.

No me pude callar por más tiempo.

—No hace falta que le hagas nada mañana.

—¿Y eso por qué? —rebatió con chulería, sujetando firmemente los papeles contra el pecho.

«Se está sorteando una hostia y tú tienes todas las papeletas para ganarla

—pensé—. ¡Dios, qué ganas tengo de callar esa puta boca!»

—Porque hemos solicitado una segunda opinión.

—Bonita, creo que no conoces las normas de este hospital.

Me acerqué a ella y la encaré. En ese momento éramos como dos titanes cargados de furia. Necesitaba saber quién de las dos podía más y recuperar posiciones en el marcador de nuestra afrenta para arrastrarla por el suelo y regocijarme de su derrota. Decidí meterle ocho goles de golpe.

Raquel Ramírez



Kassandra Thompson

1+8 3



— Tranquila, solo es para saber el diagnóstico de otro profesional —aclaró Manuela para tratar de calmar el ambiente.

—Muy bien, pero me gustaría estar presente cuando ese profesional venga. Quiero escuchar lo que dice y poder intercambiar impresiones con él.

—De acuerdo, estarás ahí —intervino Alexander justo cuando el ascensor se detuvo al llegar a la planta baja—. Pero te quedarás en un segundo plano y sin decir ni una sola palabra hasta que termine de hacer sus pesquisas. Sonreí maliciosa antes de salir del habitáculo.

Estoy convencida de que tuvo que observarme con cara de margada hasta que me perdió de vista, pero me dio igual. Es más, puedo asegurar que me importó una reverenda mierda.

Cuando llegamos al aparcamiento exterior, me despedí de las hermanas de Bruce y subí al coche de sus padres.

Mantuvimos una conversación animada mientras recorriamos las calles en dirección a la casa de Chum.

—Creo que deberías valorar dar a luz aquí, en Nueva York —sugirió Manuela cuando Alexander se detuvo frente a un semáforo en rojo—. Así podremos estar a tu lado, cariño.

—Nosotros nos encargaremos de todos los gastos, Raquel. No tienes que preocuparte por nada.

—Ya veremos —susurré pesarosa. Tenía muchas cosas en las que pensar.



Cuando subí a casa, encontré a Chum y Óscar en el salón, listos para cenar. Le di un beso a cada uno en la mejilla para distraerlos y robar un par de patatas fritas del plato de Chum.

— Jooo —protesté cuando Óscar me dio un manotazo, impidiéndome coger las patatas.

—¿Cómo se encuentra Bruce?

—Hoy está mucho mejor —contesté con alegría.

—¿Y tú?

—Yo ¿qué?

—Cielo, ¿cómo estás? —intervino Chum con curiosidad. —Bien, bien...

—¿Seguro? —quiso saber Óscar.

Asentí.

—He llamado a Daniel para que mañana vaya a ver a Bruce al hospital.

Quiero saber qué opina sobre lo que le pasa y que me diga qué posibilidades hay de que vuelva a andar.

—Uuuu, se avecina tormenta —comentó Óscar, guasón, rodando los ojos hacia atrás—. ¿Le has contado a Bruce algo?

—¿Algo de qué?

—De lo tuyo con ese doctorcito. —Cogí un tenedor y pinché unas patatas fritas. Mastiqué tranquilamente, con un esbozo de sonrisa en los labios y los ojos fijos en el rostro de mi amigo—. ¡Reina, joder, traga ya! No me dejes más tiempo con la incertidumbre.

—Sí, le he contado lo del beso con Daniel —admití, estirando el brazo otra vez para cargar el tenedor.

—Espera, ¿os besasteis? —Abrió los ojos de par en par y se llevó las manos a la cabeza. Chum se limitó a repetir sus gestos—. Oye, no me habías contado eso.

Había decidido guardarme el secreto para mí sola y ahora ya lo sabían tres personas: Bruce, Óscar y el chinito que no dejaba de mirarme con los ojos abiertos como platos.

—Nos besamos, nada más.

—¿Te parece poco?

Me encogí de hombros.

—Tuve que contárselo a Bruce, pero...

—Ya te vale, Raquelita. —Me golpeó cariñosamente en el hombro con el puño. El dolor fue menor que el que produce el roce de una pluma—.

Cuéntame, ¿cómo se lo tomó?

—Terminamos fo... —Me mordí la lengua. No me apetecía que Chum escuchara esa palabra malsonante de mi boca.

Óscar volvió a abrir los ojos de par en par. A punto estuvieron de escapársele de las cuencas.

—Raquel, no sé cómo se os curre hacer esas cosas sin pensar en las consecuencias —me regañó.

—No sé lo que nos pasó. Lo único que te puedo decir es que cuando le conté lo del beso, una cosa llevó a la otra y... lo hicimos. No pensamos en nada más. Simplemente nos dejamos llevar por el morbo, la necesidad, el deseo y la ansiedad.

—¡Coño, parecéis conejos! —Chum comenzó a reír—. Todo el día dándole que te pego al asunto.

—Eso quisiera yo, cariño. Estar todo el día follando.

Después de cenar, planeamos ver una película de vídeo, algo *light* para relajarnos y que maquillara la desesperación que le entró a Óscar cuando Chum le pidió que le llevara al aeropuerto. Tenía que cerrar unos negocien en Londres.

Recogimos la mesa en silencio y yo me encargué de fregar los platos. Cuando

se encerraron en la habitación de Chum para cerrar las maletas, yo me apresuré a coger el móvil. Necesitaba saber algo de Bruce. Afortunadamente, me había enviado varios mensajes.

Hola, mi amor

Quiero decirte que te quiero con locura!!!!!!!!!!!!

Se me aguaron los ojos.

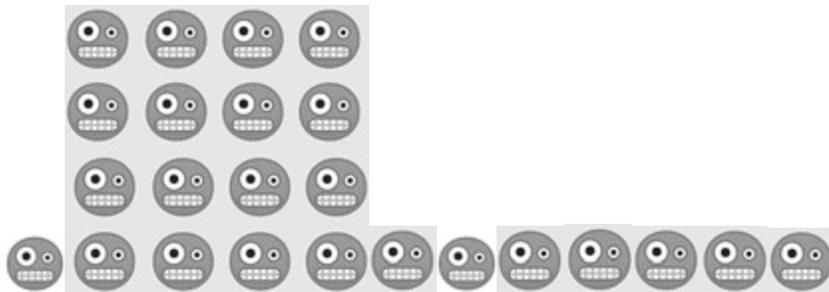
Estoy convencido de que tendrás el móvil en silencio. Hace horas que no te conectas...

Has cenado?

Recuerda que tienes que alimentarte bien y descansar mucho
Cuando os habéis ido todos, ha aparecido Kassandra

El corazón se me desbocó.

Me ha explicado que quiere hacerme unas pruebas mañana. Yo le he comentado que tú has hablado con un especialista, Daniel.



Sonreí al ver la extensa colección de caritas que había puesto. En ese momento supe que aún no había superado que Daniel y yo hubiéramos tomado juntos un café. Menos aún lo del beso.

Te prometí que iba a
averiguar qué sucedió
realmente en Cádiz y lo

he conseguido

Se me volvió a acelerar el pulso y se me formó un nudo en el estómago.
Continué leyendo:

Burundanga, ese fue el
motivo, Raquel
Me drogó para aprove
charse de mí



Vertió unas gotas en mi bebida cuando yo estuve contigo en el baño.

Josh no tuvo nada que ver. Te lo comento porque sé que también estarás pensando mal de él

Había dado en el clavo. Lo había hecho. Josh había entrado automáticamente en el saco en el que se encontraba su hermana. Afortunadamente, me equivoqué.

Me he enfadado mucho. Demasiado, en realidad. Creo que me ha tenido que subir la tensión

Me mordí la mano para ahogar un grito.

«Puta. Puta. Y mil veces puta.»

Podría estar muerto en este momento, Raquel

La muy fresca me ha dicho que yo soy como un roble y que la cantidad de droga era muy baja, pero....

«Será zorra —vociferé, lanzándome sobre la cama—. Te juro que te

voy a matar, puta. ¿Cómo pudiste hacer eso? Con razón tenía Bruce las pupilas

dilatadas aquella noche. Lo habías drogado, ¡joder!»

Amor, la burundanga te obliga a hacer cosas en contra de tu voluntad. Puedes comprobarlo en Google. Necesito que se te meta en la cabeza que la única mujer por la que muero es por ti. Que si a ti te hiciera falta mi último aliento, te lo daría sin dudarlo. Eres importante y muy valiosa para mí. Te quiero tanto, que hasta me duele.

Mis lágrimas comenzaron a salir a borbotones de mis ojos, humedeciendo la colcha de la cama.

TE AMO, mi amor. Eres la luz de mi vida, quien manda en mis pensamientos y, por si fuera poco, la madre de mis hijos. Qué más puedo pedir?

NADA!!!!!!



Me dieron ganas de ir al hospital, buscar a Cassandra y arrancarle los pelos delante del director del hospital. Sin embargo, inspiré hasta llenar los pulmones, los vacié completamente y, me relajé. Era lo mejor que podía hacer en ese momento.

Luego, una vez que sentí cómo la furia burbujeaba en mis venas con lentitud, llamé a mi amor.

Un tono, dos tonos...

—*Hola, mi vida.*

—*Bruce, yo... yo... he leído tu mensaje y...*

—*Shhh, calla, no digas nada* —susurró—. *Solo quiero saber cómo se encuentra la madre de mis hijos.*

Cada vez que de su boca salían expresiones del estilo «nuestros hijos» o «mis hijos», mi corazón daba un salto brusco en el pecho y sus latidos se aceleraban hasta que la sangre revolucionaba en mis venas a mil o a tres mil kilómetros por hora.

—*Me encuentro bien. He cenado con los chicos.*

—*Has hecho muy bien.*

—*Óscar va a salir un momento para acompañar a Chum al aeropuerto. En cuanto regrese, haremos sesión de pelis.*

—¿Comeréis palomitas?

—Y gominolas, y chocolate, y...

—¡Qué barbaridad de calorías os vais a meter en el cuerpo! —exclamó guasón, riéndose descaradamente.

—Tengo que aprovechar a comer. Por mucho que engorde, nadie lo va a notar con el embarazo.

—Debes controlarte, Raquel. Recuerda que llevas a dos criaturitas en tu vientre.

—No hace falta que lo estés repitiendo cada dos por tres —le regañé—. Por cierto, ¿me perdonas por haber desconfiado de ti?

—Cariño, ya te dije antes que no tengo que perdonarte nada. Quédate tranquila, ¿vale?

—Vale —repetí antes de guardar silencio. Mi cabeza estaba en otra parte en ese momento.

—Princesa, ¿en qué piensas? —inquirió Bruce al comprobar que mi silencio se estaba dilatando demasiado.

—En las ganas que tengo de ver a *Kassandra* para arrancarle las extensiones.

—Raquel, no merece la pena caer en su juego. Deja que sea yo el que se encargue de ella. Te juro que esto no va a quedar así.

—Por su culpa, tú y yo hemos estado peleados mucho tiempo —repliqué—. En cierto modo, me siento responsable de tu accidente, Bruce.

—No se te ocurra repetir ese nunca, Raquel —gruñó con voz grave—. Pasó porque el destino así lo quiso. Punto. Soy yo el que nunca se va a perdonar de no cumplir la promesa que te hice cuando estabas ingresada en el hospital.

—Bruce, amor, tuviste un accidente. ¡Qué vas a lamentar, por favor! Si no hubiera pasado ese suceso, ¿habrías ido a recogerme?

—Con los ojos cerrados. Ya te he dicho que eres muy valiosa para mí. Por eso mismo, quiero pedirte algo, mi vida.

Me quedé paralizada ante sus palabras.

—¿A qué te refieres, Bruce?

—Imagínate por un momento que yo no volviera a caminar, ¿vale?

—Eso no va a ocurrir.

—Imagínatelo —insistió—. Inténtalo al menos.

—Vale.

—Si se diera esa circunstancia, me gustaría que hicieras tu vida con alguien que te pueda dar lo que yo sería capaz. —Abrí los ojos de par en par, alucinada—. Eso sí, solo te pido por favor que me dejes ver a mis hijos.

Inspiré hondo para evitar que mi mal carácter saliera a la luz y le dije:

—Escúchame porque solo te voy a decir esto una vez y quiero que te quede bien claro. Uno. Sé que vas a andar de nuevo y que corretearás y jugarás con nuestros hijos. Si me equivoco, algo poco probable, por cierto, disfrutarías igualmente de ellos desde una silla de ruedas. Yo jamás te quitaría el derecho de verlos. Dos. No quiero que vuelvas a decir nada parecido. Cuando te conocí, me enamoré de tus piernas, de tus manos, de tus ojos, de tus labios..., de tu impresionante cuerpo, ¡sí! Pero si hubo algo que me enamoró aún más fuiste tú, en esencia. Eres una persona buena, amable, cariñosa, sensible, cabezota, pasional..., y eso, para mí, es lo más importante. No pienses ni por asomo que, porque no me puedas caminar ni follar como antes, con esa vehemencia que te caracterizaba cada vez que nos dejábamos arrastrar por el placer más morboso, todo está perdido. Hay muchas otras maneras de proporcionarnos placer. A la vista está. ¿Acaso no has disfrutado con lo que tú y yo hemos hecho hace horas en el hospital?

El silencio se hizo presente entre nosotros a través del teléfono. Solo podía oír cómo aspiraba por la nariz mientras lloraba. Escucharlo me partió el corazón en dos.

La llamada se cortó justo cuando iba a decirle que lo amaba profundamente.

—¡Mierda! —exclamé al ver que me había quedado sin batería.

Me levanté de la cama y me vestí con lo primero que pillé. Tenía que ir a verlo.

Cuando subí al coche para dirigirme al hospital, enchufé el móvil a la batería portátil que siempre llevo en el bolso y le envié un audio a Óscar. No quería que se preocupara por mí cuando llegara a casa.

—Cariño, nuestra sesión golfa tendrá que esperar —le dije a modo de despedida.

Por suerte, la carretera estaba tranquila a esas horas de la noche por lo que llegué muy rápido al hospital. Me sabía el camino al dedillo.

Al entrar en la habitación, vi a mi adonis con los ojos cerrados y con algunas lágrimas aún sobre las mejillas. A pesar de que la televisión estaba encendida, pude escuchar con claridad sus sollozos.

Sigilosa, me acerqué a la cama y le besé en los labios tímidamente. Como

siempre, estaba tan cálidos como un día de verano y tan dulces como mi helado preferido.

—¿Raquel?

Empecé a darle pequeños besitos en el mentón mientras mis manos acariciaban su piel, suave y delicada después de haberse afeitado por la mañana.

Me aparté de él cuando su respiración comenzó a agitarse.

—Estás loca, pequeña. —Abrió los ojos y sus labios se separaron para enseñarme una preciosa sonrisa, propinándome un suave azote en la nalga derecha después de que su mano acariciara mi espalda—. ¿Qué demonios haces aquí?

Mi cuerpo comenzó a temblar cuando me dio un beso en la punta de la nariz y me tumbó sobre la cama.

No fui capaz de contestarle.

Una de sus manos se perdió misteriosamente de mi vista. No me percaté de dónde estaba hasta que la sentí sobre mi pecho. Con rapidez, sus dedos deslizaron la copa de mi sujetador hacia abajo y me pellizcaron el pezón.

Gemí.

Desde que estaba embarazada, estaba mucho más sensible a cualquier caricia de él.

En silencio, mirándome fijamente, me desnudó de cintura para arriba y dejó mis pechos a su merced. Los masajeó y los lamió sin piedad mientras un gemido ronco tras otro brotaba de mi garganta.

Su erección no tardó en clavarse en mi vientre y mi piel comenzó a arder como si estuviera cubierta de fuego.

Jadeé agónicamente. Necesitaba sentir su cuerpo pegado al mío, su boca sobre la mía y su masculinidad dentro de mí.

Bruce alzó la cabeza, me miró con los ojos brillantes, cargados de deseo, y me sonrió como sólo él sabe hacer antes de lanzarse sobre mi boca para besarme con desesperación.

No fuimos capaces ni de coger aire en el tiempo que duró nuestra unión.

Excitada, me quité los pantalones y lo desnudé a él por completo. Era la segunda vez que nos dejábamos arrastrar por la pasión en menos de veinticuatro horas. A ninguno de los dos nos causó reparo hacerlo en el hospital.

Cuando ya no hubo ninguna prenda que pudiera separarnos entre nosotros, me subí a horcajadas en sus piernas y lo miré a los ojos.

Pude ver amor, cariño, pasión... ¡lujuria! En ese momento, Bruce se convirtió para mí en un pícaro ángel del cielo y en un travieso demonio que azuzaba una hoguera con su propio aliento.

Besé, acaricié y lamí todo lo que encontré a mi paso hasta llegar a su erección que me saludaba con júbilo. Sin pensarlo, engullí su portentosa masculinidad, haciendo que de su garganta brotara un gemido ronco. Paseé la lengua con lentitud por el glande hinchado y percibí la viscosidad que emanaba por ese minúsculo orificio que, como un ojo, observaba todos mis movimientos. Poco a poco, mi grado de perversión fue en aumento. Mis manos, que nunca han podido estar quietas cuando practico sexo, acariciaron sus testículos, haciendo que su dueño se estremeciera desde la cabeza a los pies.

Escuchar su respiración, sus jadeos y ver cómo disfrutaba del placer que le estaba dando, me enloqueció.

A él también.

Sin previo aviso, sus fuertes brazos me agarraron y me colocaron estratégicamente para que nuestros sexos se unieran.

Se ensartó en mí de una estocada.

En ese momento, sentí un millar de bombas nucleares estallando en cada uno de los poros de mi piel. Un reguero de excitantes escalofríos recorrió mi espalda, mezclándose con la caldeada sudoración de mi cuerpo.

Bruce me agarró con fuerza de la cintura para hacerme subir al cielo y bajarme al mismísimo infierno a su antojo.

—No te vayas a correr todavía —supliqué, imitando las palabras que siempre me decía él.

Debieron de gustarle mis palabras puesto que me miró con admiración, con los ojos cargados de deseo.

Cuando se acercó un poco más y me mordió el labio inferior, jadeé impresionada y me abracé con fuerza a su cuello. Estaba ansiosa, febril... excitada y emocionada a partes iguales.

Necesitada de sexo, en realidad.

—Quiero verte disfrutar y que me mires mientras me haces tuya —le susurré al oído con la voz entrecortada.

Él aumentó sus embestidas, incrementando la velocidad y la profundidad.

Mi cuerpo no tardó en prepararse para la apoteosis final.

—Bruce... —jadeé.

—Vamos, pequeña, ¡ahora! Córrete para mí, que yo lo haré en cuanto tú desfallezcas sobre mis brazos para prolongar tu placer.

Mi cuerpo comenzó a convulsionar y, tal y como había previsto Bruce, me desplomé sobre él.

La habitación se llenó de jadeos y gemidos incontrolables cuando él sucumbió al orgasmo, haciendo que mi clímax se reactivara otra vez.

Poco después, al ver cómo mi cuerpo caía rendido sobre su cálido pectoral, me arropó entre sus brazos y me susurró al oído:

—¿Pretendes matarme, mujer?

Me incorporé ligeramente, lo suficiente como para observar el brillo de sus ojos y entorné los ojos. Me sentía exhausta.

Él no tardó en hundirse otra vez en mi interior, haciendo que mi pulso se acelerara otra vez.

—Yo... —jadeé agónicamente.

Me acalló con un beso lento y dulce que saboreé con gusto.

—Me encanta que estés aquí —musitó, acariciando delicadamente mi mejilla izquierda con el dorso de su mano derecha.

—Y a mí estar contigo, Bruce. Si he venido hasta aquí es porque no quiero volver a escuchar una estupidez como la de antes.

—Te echaba tanto de menos...

—Estás vivo, amor.

—Pero no como a ti te gusta.

Golpeé su pecho con mi dedo.

—¿Otra vez? —Esbozó una sonrisa ladeada y puso los ojos en blanco—.

Muchachote, entérate de una puta vez que eres un gran hombre, el único que realmente me gusta, con sus defectos y sus virtudes.

Bruce soltó una gran carcajada que reverberó por toda la estancia.

—Me encanta cuando te cabreas, Raquel. Me gusta cuando dices tacos y, sobre todo, me vuelve loco ver cómo te cabreas. Adoro ese color que ruboriza tu cara cada vez que me regalas un beso en los labios o me dices que me amas.

Dibujé el perfil de sus hombros con mis uñas.

—Bruce, no quiero que me digas más tonterías como las de antes.

—Lo intentaré.

Enrique Bunbury, la voz del grupo Héroes del Silencio, comenzó a cantar dentro de mi bolso, anunciándome la entrada de una llamada telefónica.

—Debe ser Óscar —anuncié—. Le envié un mensaje antes de venir.

Separé mi piel de la suya, me envolví con la sábana y me senté en el borde de la cama.

—Ahora mismo no puedo hablar —susurré al descolgar.

—Reina, ¿estás bien?

—Perfectamente.

—Uuuu..., esto me huele a sexo.

—¿El olor viaja a través de las ondas?

—Aún no, que yo sepa, pero todo se andará, cariño. ¿Quieres que te recoja en el hospital?

—Me harías un gran favor.

—Espero que a tu madre no le importe.

—Bruce también te envía saludos —dije para disimular. Nos vemos en diez minutos.

—En cinco, mejor. Estoy en la puerta del hospital.

—Está bien. Dame cinco minutos para vestirme —lo oí gritar como un loco—, y otros tantos para despedirme de Bruce.

Colgué y, con una amplia sonrisa dibujada en los labios, me encerré en el cuarto de baño.

Al salir, me encontré a mi Dios del sexo con la cabeza recostada sobre la cama. Sigilosa, me acerqué a él pensando que quizá se hubiera quedado dormido después del esfuerzo, pero me equivoqué.

Tenía los ojos bien abiertos.

—¿En qué piensas?

—En la suerte que tengo de haberte conocido. No quiero que te alejes de mi vida jamás, Raquel. —Sonreí como una boba—. También estoy pensando sobre cuál puede ser tu mayor ilusión.

—Tengo muchas.

—Ahora mismo, ¿qué se te viene a la mente?

Su pregunta me hizo pensar.

Sexo. Sexo. Sexo.

Y después más sexo.

Siempre con él.

Me senté a su lado y contesté:

—Una de mis ilusiones sería montarme en un globo aerostático y volar sobre París de noche. —Imagínarnos haciendo eso me puso los vellos de punta—.

Ver la Torre Eiffel iluminada y...

—Pero si te da miedo a volar.

—Lo sé, pero por eso es una ilusión. Porque creo que nunca podrá cumplirse.

—Bueno, nunca digas de este agua no beberé.

—No, Bruce, estamos hablando de un sueño. Aparte de que me da miedo volar

y que no tengo ni un puto céntimo, ahora en mi estado tampoco podría hacerlo.
—El hecho de que estés embarazada no es ningún problema, Raquel. Y el dinero tampoco.

Lo miré frunciendo el ceño. Nunca me ha gustado depender de nadie económicamente y él lo sabía. Tuve que recordárselo.

—El hecho de que esté esperando dos hijos tuyos no significa que me tengas que mantener. Nunca he dependido de nadie, Bruce, y no lo voy a hacer ahora. Buscaré trabajo para mantener a nuestra familia también.

—No estaba pensando en mantenerte en ningún momento porque sé cómo eres —alegó él con cara de circunstancias—. Por eso te voy a proponer que trabajes en la editorial y puedas hacer uno de tus sueños realidad.

—¿Cuál? —me interesé.

—Quiero que saques tu primera novela con nosotros. —Me quedé paralizada al escuchar aquella propuesta. Desde luego, trabajar en la editorial había sido una experiencia maravillosa durante mis tres meses de prácticas—. ¿Qué te parece la idea, Raquel? ¿Aceptas?

—Sí, pero con varias condiciones. —Él me miró expectante—. En primer lugar, tendré el mismo trato que tus empleadas.

—Pero...

—Nada de pero, ¿de acuerdo? —Asintió con la cabeza—. En segundo lugar, cobraré lo mismo que ellas.

—Y ¿en tercer lugar?

—Haré los cursos que sean necesarios para aprender a escribir bien.

—Ven aquí, pequeña chantajista.

Él abrió los brazos para abrazarme.

—Tengo una última condición, Bruce.

—Miedo me das.

—En el trabajo no quiero que haya nada de sexo, ¿de acuerdo? No quiero ningún tipo de distracción ni para mí ni para ti.

—A mí me gusta desconcentrarme, sobre todo, si es contigo. —Me guiñó un ojo con picardía y yo le propiné un golpe en el antebrazo—. Eres una chantajista muy cruel.

—Lo soy.

—Puedo aceptar todo, pero en lo referente al sexo... Mmm, no sé. Mi becaria está muy buena, tanto como para querer fallármela a todas horas y en cualquier rincón.

—Cuando esté gorda y fea no dirás lo mismo.

Bruce me apretó con fuerza contra su cuerpo y me besó como un adolescente enamorado.

Yo me sentí igual: libre, alocada, traviesa, juguetona..., como si tuviera quince años.

Nos separamos cuando escuchamos a alguien carraspear. Óscar acababa de entrar en la habitación y no nos habíamos dado cuenta.

—Te di tan solo cinco minutos, reina —protestó, acercándose hasta la cama para saludar a Bruce.

A pesar de sus protestas iniciales, el saludo se convirtió en charla y se extendió hasta la una de la madrugada. Juntos, Óscar y Bruce son peores que las *Chirusas* y yo cuando nos reunimos.

Estuve varias horas escuchando cómo hablaban de fútbol, de series y de películas bélicas, hasta que no pude más y espeté:

—Óscar, es tarde. Debemos irnos. Bruce tiene que descansar.

Mi amigo comenzó a reírse.

—Anda sí, que tiene que estar cansado de picar piedras.

—De picar piedras, no, pero de fo... —Cerré la boca de golpe.

—Madre mía Raquel, llevas todo el día desatada con tanta mandanga de la buena.

Los dos comenzamos a carcajearnos sin parar.

—¿Mandanga? —preguntó Bruce con curiosidad.

—Mandanga es lo mismo que el *ñaca, ñaca*, amigo mío —contestó Óscar sin un ápice de vergüenza.

Bruce frunció el ceño extrañado.

—¿*Ñaca, ñaca*?

Cuando pude controlar la risa, me acerqué hasta él.

—Bruce, el *ñaca, ñaca* y la mandanga son lo mismo que tú y yo hemos hecho hoy dos veces. —Hice un movimiento de cintura para que entendiese a lo que me refería—. Tú ya me entiendes.

—Ah, ¿te refieres a...?

—Sí, hijo, al *folleteo* —exclamó Óscar—. Tenéis que estar *agotaitos* de darle tanta alegría al cuerpo.

Lo miré con la boca abierta.

¿Desde cuándo era tan fresco hablando?

—Óscar, vámonos ya —insistí—. Mañana será otro día. Creo que todos nos merecemos un descanso esta noche.



A pesar de lo movido que había sido el día anterior y de que Óscar y yo estuvimos viendo una película hasta las tres y media de la madrugada, me levanté completamente descansada, en torno a las nueve.

Como solíamos hacer cada vez que a alguno de los dos no le apetecía dormir solo, Óscar y yo habíamos compartido el colchón, aunque, por primera vez, él había sido más madrugador que yo.

«Pobre —pensé cuando vi la fotografía que pendía de la pared. Chum y él estaban abrazados y se sonreían amorosamente—. ¿Qué harás cuando tengas que regresar a Málaga sin mí?»

Después de valorarlo mucho, había tomado una decisión: mi sitio estaba al lado de Bruce, no en Málaga.

Salí de la habitación y fui a la cocina. Óscar y Sofía estaban desayunando mientras charlaban animadamente sobre el concursante que mantenía todas las mañanas un duelo con una batería de preguntas para llevarse un coche en uno de los programas más vistos de la BBC.

En cuanto Sofía me vio, se levantó para servirme un café.

—Siéntate, por favor. Puedo hacerlo yo.

—¿Cómo has dormido, cielo? —se interesó mi amigo.

—Muy bien, aunque de vez en cuando siento unos retortijones extraños en la tripa. A veces se me pone demasiado dura.

—Es normal en los primeros meses de embarazo —afirmó Sofía.

—Creo que estos diablillos me van a dar la misma guerra, o incluso más, que su puñetero padre.

Los tres rompimos a reír por mi atrevimiento.

Mientras desayunaba, les comenté la propuesta que me había hecho Bruce para trabajar en su editorial. Ambos se sorprendieron y se alegraron. Fue entonces cuando Óscar soltó la bomba.

—Chum me ha pedido que me case con él.

Sofía empezó a aplaudir de felicidad y yo me quedé con la boca abierta.

—¡¿Qué?! —vociferé sorprendida por la noticia.

—Chum me ha pedido que me case con él —repitió vocinglero.

—Y ¿qué le has contestado?

—¿Tú qué crees, reina?

—¡Dios mío, Óscar, que tenemos boda a la vista!

—Sííí...

—Y ¿cuándo os casáis? —inquirió Sofía, tanto o más sorprendida que yo.

—Eso, eso... ¿Cuándo os casáis?

Óscar puso los brazos en jarras y me miró con el ceño fruncido.

—Eh, eh, Raquel, no te envalentones, que nos conocemos. Chum y yo nos casaremos después de que nazcan tus bebés. —Arrugué la nariz y suspiré aliviada—. ¿Piensas que te voy a dejar con este marrón de narices?

—¿Qué marrón?

—Obvio, ¿no? —Señaló mi barriga, que ya comenzaba a perfilarse con una redondez más acuciada—. No, cariño. Me casaré cuando mis sobrinos nazcan. Antes no.

—Pero... ¡Óscar es tu boda, tu sueño!

—También lo es ver nacer a mis sobrinos.

—Joder. —Me acerqué a él y lo abracé con fuerza—. ¿Por qué te quiero tanto?

—Simplemente porque soy tu chico favorito —comentó guasón, robándonos a Sofía y a mí una sonrisa. En cierto modo tenía razón. De mis chicos, mi favorito es él. Mi Óscar. Mi hermano. Mi todo, salvo en el sexo.

Después de desayunar y de recoger la mesa, cada uno nos encerramos en nuestras habitaciones, Sofía incluida. Debíamos ir al hospital antes de que Daniel llegara para examinar a Bruce.

Animada, me di una ducha rápida y me puse el conjunto que Óscar me regaló cuando paseamos juntos por la calle Larios, en Málaga, justo antes de volar a Nueva York. Mi intención era dejar a Bruce con la boca abierta, así que, para complementar el *look*, me maquillé los ojos y los labios de color rojo.

Un rojo intenso, en realidad.

Luego, metí la barra de labios en el bolso con forma de corazón y me eché unas gotitas de mi perfume favorito: *Channel n° 5*.

Al mirarme en el espejo, me gustó muchísimo lo que vi. Me sentí radiante, lista para ir al hospital.

—Desde luego, el embarazo te está sentando fenomenal —declaró Manuela con una gran sonrisa cuando me vio. Desde que se había enterado de la noticia, no paraba de sonreír y de mirarme el vientre.

—¿Embarazo? —inquirió Cassandra. Como de costumbre, había aparecido

como por arte de magia.

Me di media vuelta y la enfrenté con una gran sonrisa.

—¿No te has enterado? —Me miró de arriba abajo con los ojos muy abiertos—. Vaya, y yo que pensaba que tú te enterabas de todo.

Hizo un mohín con la boca.

—Te sienta bien.

No sé si en aquel momento se refirió a mi traje o al embarazo, pero me da igual. No merece la pena de analizar en este momento a lo que se refirió. Ha pasado ya mucho tiempo.

—Estoy embarazada —anuncié—. Tengo dos bebés en mi interior, frutos del amor y de la pasión que nos tenemos Bruce y yo.

Se puso pálida, de eso sí que me acuerdo, blanca como la leche.

—Tú, ¿embarazada? —Solo alcanzó a decir aquello.

—¿Por qué te sorprendes? Quizá es porque soy... ehm... —Me llevé el pulgar a los labios y miré al techo, pensativa—. ¿Cómo lo definiste tú? Ah, sí, una vulgar camarera de hamburguesería.

»Te dije aquella noche que no todo en esta vida es dinero. De hecho, yo necesito lo justo. Me he enamorado de Bruce, no de su cartera. Aunque me regalara sábanas bordadas oro o las mejores sortijas de brillantes, no las querría. Yo solo lo necesito a él, nada más. —Hizo el amago de decir algo, pero se lo impedí—. Y te digo una cosa, guapa de cara, procura no acercarte mucho al padre de mis hijos porque tendrás que atenerte a las consecuencias.

—¿Me estás amenazando?

—¿Amenazarte? —Mis labios formaron una pequeña «o»—. Dios me libre de hacer eso. No sé por quién me tomas, yo no soy como tú. Solo te estoy haciendo una sugerencia, querida. Si fueras lista, te largarías por dónde has venido.

—No pienso moverme de aquí —Se cruzó de brazos—. Soy su médico. Y, por si fuera poco, quiero conocer qué dice ese medicucho de tres al cuarto que habéis hecho llamar.

—Muy bien, te quedarás —consentí—. Pero te quiero calladita, ¿me oyes? Como te sienta respirar, te juro que te arranco la lengua de un bocado.

—¿Raquel?

Di un respingo.

Daniel apareció de repente, enfundado en una bata blanca que le quedaba genial.

Espectacular, diría yo.

Sus brazos se mostraban poderosos bajo las mangas. Sus ojos, brillantes como siempre.

—¿Daniel? —inquirió sorprendida Cassandra.

—El mismo —respondió él, alzando rítmicamente las cejas.

—¿Qué haces tú aquí?

—Vengo a ver a la pareja de Raquel.

—¿A la pareja de esta?

—Creo que eso he dicho, ¿no?

Me miró extrañado, esperando que le confirmara si estaba en lo cierto.

Asentí.

—¿Te ha comentado por casualidad quién es?

Daniel introdujo las manos en los bolsillos, estiró los brazos ligeramente hacia el frente y miró al techo. Parecía impaciente.

—Eso no importa, Cassandra. Ese hombre es un paciente de este hospital y esta mujer que está a tu izquierda me ha pedido una segunda opinión. Juro por Apolo médico y por Asclepios y por Higia y por Panacea y todos los dioses y diosas, poniéndoles por testigos —recitó, haciendo referencia, como supe después, al Código de deontología y ética médica que había prometido cumplir el primer día que formó parte de la plantilla del hospital—, que cumpliré, según mi capacidad y mi criterio, este juramento: Trataré al que me haya enseñado este arte como a mis progenitores, y compartiré mi vida con él, y le haré participe, si me lo pide, y de cuanto le fuere necesario, y consideraré a sus descendientes como a hermanos, y les enseñaré este arte, si desean aprenderlo, sin remuneración ni contrato. Y haré participes de los preceptos y de las lecciones orales y de todo otro modo de aprendizaje no sólo a mis hijos, sino también a los de quien me haya enseñado y a los discípulos inscritos y ligados a por juramento según la norma médica, pero a nadie más. Y me serviré, según mi capacidad y mi criterio, del régimen que tienda al beneficio de los enfermos, pero...

—¡Es Bruce! —vociferó Cassandra.

—Doctora Thompson, espero no tener que volver a recordarle que está usted en un hospital. Baje el tono.

Mi estómago se contrajo repentinamente y la cabeza me empezó a dar vueltas. Como pude, me sujeté al antebrazo de Daniel que no tardó en cogerme en brazos para trasladarme hasta uno de los asientos que se encontraban más próximos, junto al mostrador de enfermería.

Cuando me recompuse un poco, encontré a Cassandra a su lado. Parecía

preocupada por mí.

Manuela no tardó en ofrecerme un poco de agua de una botella. Justo me la estaba acercando a la boca cuando la puerta de la habitación en la que se encontraba ingresado Bruce se abrió.

Las ruedas de una silla hicieron que mis ojos comenzaran a subir hasta que tropezaron con los suyos.

Todos los que estábamos allí nos quedamos atónitos.

Daniel fue el primero en acercarse a él para ayudarlo, pero Bruce rehusó de su ofrecimiento propinándole un manotazo en el antebrazo. Fue él quien impulsó a las ruedas de la silla a rodar por el pasillo.

—¿Con este fue con el que te besaste? —Un silencio incómodo se instaló en el ambiente—. Te acabo de hacer una pregunta, Raquel.

Por un momento me asusté. Sus ojos habían perdido todo el brillo con el que sus pupilas se habían maquillado cuando él y yo habíamos hecho el amor por última vez.

Dejé el temor a un lado, me puse en pie y lo encaré.

—Sí, fue con él con quien me besé.

—¡Márchate! —vociferó, dirigiéndose a Daniel.

En ese instante, comencé a hilar ciertas cosas. ¿Era Daniel, mi Daniel, el hombre al que Bruce había pillado en la cama con Cassandra?

Mis lágrimas amenazaron con salir, pero no quise darle el placer a Cassandra de reírse de mí otra vez.

—Bruce, relájate —sugirió Daniel, confirmándome con esas dos palabras que mi teoría era cierta. Ambos se conocían. De hecho, según me habían contado, habían sido grandes amigos, casi hermanos, hasta el fatídico día en el que todo el mundo de Bruce se fue a la puta mierda.

Me dirigí hacia el ascensor con paso decidido, tratando de alejarme de aquel enfrentamiento. Estaba cansada de disputas, de dimes y diretes...

Estaba agotada.

Exánime.

Oí cómo alguien pronunciaba mi nombre, pero me dio igual. Cuando las puertas del ascensor se abrieron y me encontré a Ángel y a Josh, me derrumbé. Aquel no era mi día de suerte.

—Hola, Raquel —dijeron los dos al unísono.

No pude responder porque en ese momento sentí una punzada en mi vientre. El dolor fue intenso y se extendió hasta mi espina dorsal. Caí de rodillas.

Luego aprecí cómo goteaba sangre por mis piernas.

Ahora sí que comencé a gritar colérica, pidiendo ayuda. La vida de mis bebés estaba en juego.

Unas enfermeras llegaron tan rápido como pudieron y me subieron a una camilla con la ayuda de ambos. En sus rostros vi reflejada la angustia y la desesperación.

Bruce no tardó en acercarse a la camilla, acompañado de Óscar, el encargado de empujar la silla de ruedas. Al verme, me sujetó la mano y se puso a llorar desconsoladamente.

—Lo siento, cariño, esto es por mi culpa. Siempre lo estropeo todo.

—Por favor, no digas eso —musité, sintiendo cómo otra punzada, algo más suave que la anterior, me doblaba literalmente por la mitad—. Tú no tienes la culpa de nada.

Me retorcí de dolor cuando sentí otro pinchazo en la barriga.

—Relájese —sugirió una de las enfermeras, evaluando la situación.

Una mano me sujetó con fuerza, transmitiéndome apoyo. De primeras, pensé que era de Manuela, por la suavidad con la que sus yemas me acariciaron el cuello, justo donde la yugular me latía erráticamente por el exceso de presión. Sin embargo, cuando giré la cabeza, me sorprendí.

Aquella mano era de Kassandra.

La puta de ella estaba junto a la cama, diciéndome que no me preocupara, que todo iba a salir bien, mientras Daniel se mantenía con la mirada perdida en el horizonte y me auscultaba entre las piernas.

—Tenemos que llevarla a quirófano, ya —vociferó, apremiando a las enfermeras.



Algo pasaba.

Sentía frío, mi boca estaba seca y el cuerpo me pesaba demasiado como para moverme. Mi mente recordaba que alguien me había dicho que todo saldría bien, pero, justo cuando las escenas comenzaban a hilarse en mi cabeza, me volví a dormir.



Horas más tarde...

— Por fin despiertas, cariño. —Abrí los ojos ligeramente al sentir un beso en la mejilla, pero lo vi todo nublado—. ¿Qué... qué ha pasado?

—Shhh, no hables —sugirió Bruce. Al instante, entendí el motivo de sus palabras. Las mías acababan de apuñalarme la garganta—. Tranquila, todo ha salido bien.

Temblorosa, llevé pesadamente las manos a mi vientre.

—Mis bebés. —Tosí—. ¿Cómo están mis bebés?

—Mi vida, los niños están bien; sanos y fuertes.

—Bruce, tú... —Puso un dedo sobre mis labios para hacerme callar.

—No ha pasado nada, pequeña, todo está bien.

Se le veía afectado. Estaba pálido y ojeroso. Tenía los ojos rojos como si hubiera estado llorando durante horas.

—Estoy muy cansada —se me cerraban los párpados cada vez más.

—Duerme, mi chica del lunar.



No sabría decir cuánto tiempo estuve dormida.

Cuando desperté, encontré a Bruce con la cabeza apoyada sobre el colchón de mi cama, con la melena desparramada sobre las sábanas.

Comencé a acariciarla.

Estaba sedosa, como yo la había conocido siempre.

—Pobre, estarás rendido —musité entrelazando los dedos en algunos mechones de su nuca.

—Buenos días, mi amor —susurró, regalándome una gran sonrisa.

—Ho... hola. ¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Dos largos días, cariño.

—¿Dos?

—Ajá. —Envolvió mi mano con la suya y la besó con delicadeza—. Raquel yo... Siento cómo te traté anteayer. No tendría que haberme puesto como una furia otra vez ni haberte gritado.

—Fuiste muy impertinente.

—Siento que mi carácter se ha agriado desde el accidente. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Cuando te vi en el suelo, me volví loco, cariño. Mi alma se desvivía por besarlo, por sentirlo.

—Acércate y bésame, Bruce.

Lo hizo con dulzura.

Sus labios me supieron a amor puro, a brisa de verano, a miel...

Disfruté de su beso, cálido y tierno, hasta que la puerta de la habitación se abrió, obligándonos a separar nuestras bocas a regañadientes.

La estampa que me encontré me sorprendió muchísimo. Cassandra y Daniel parecían relajados y sonreían animadamente.

—Hola, Raquel —dijo ella cuando llegó a mi altura—. ¿Cómo te encuentras? La miré con desconfianza.

Antes de que pudiera soltarle una fresca, Bruce se adelantó para decirme que ellos habían sido los que habían conseguido que nuestros bebés siguieran con vida después del sangrado. Saber eso, hizo que por primera vez mis ojos miraran a Cassandra de otra forma mucho más... cordial.

—Estoy un poco... dolorida —giré el cuerpo, tratando de cambiar de postura—, pero es soportable.

—Quisiera disculparme por todo —comenzó a decir—. Desde que me dijiste que no todo giraba en torno al dinero, he estado dándole vueltas a la cabeza a muchas cosas.

—¿Y?

—Aunque me cueste reconocerlo, sé que tienes razón. He actuado muy mal llevándome por la codicia, incluso le he hecho daño a las personas que quería. He sido una auténtica arpía con muchos, incluida tú, y por eso me he quedado sola. —Algunas lágrimas aguaron sus ojos—. No te pido que seamos amigas, pero sí que puedas perdonarme algún día.

Al ver cómo Daniel y Bruce asentían con cada una de sus palabras, tuve la certeza de que habían hablado entre ellos sobre el tema.

—Kassandra —carraspeé un tanto desconcertada—, yo no soy Dios para perdonarte. A pesar de que muchos consideran que arrepentirse es de cobardes, yo pienso todo lo contrario. Te has equivocado, y lo mejor es que te has dado cuenta de ello. Sabes dónde has fallado y eso es lo que importa. En ningún momento he pretendido ser tu enemiga. De hecho, recordarás que yo no fui la primera en dejar ver sus uñas aquel día que estuvimos cenando en Cádiz.

—Eso ya ha quedado atrás, Raquel.

—Lo sé —admití—. Es pasado, y como tal, solo nos dejará un vago recuerdo

en la memoria que, y créeme que lo espero, siento que poco a poco lo iremos olvidando.

—Gracias —susurró con cierto sobrecogimiento.

Poco después, Daniel entrelazó los dedos de su mano con los suyos y la invitó a salir de la habitación. Antes de que lo hiciera, expuse:

—Kassandra, si me necesitas, ya sabes dónde estoy. No te aseguro al cien por cien de que vayamos a ser amigas. Pero sí que tengo capacidad de perdón y considero que nunca es tarde para que empecemos una relación cordial. Desde cero, por supuesto.

Daniel la invitó a salir, no sin antes de ofrecerle la mano a Bruce, que aceptó sin dudar. Por lo visto, mientras yo permanecía con los ojos cerrados como la Bella Durmiente, ambos habían acabado con sus diferencias.

—Bueno, muchachita —dijo para despedirse de mí—, mañana me pasaré para saber cómo estás, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza y los vi cruzar el umbral, sintiendo cómo el amor había vuelto a resurgir entre ellos.

—¿Qué piensas? —le pregunté a Bruce cuando nos quedamos a solas. Hacía rato que no hablaba.

—En que tengo la mujer más maravillosa y buena del mundo.

—Bah, tampoco es para tanto. Creo que otra en mi lugar hubiera hecho lo mismo.

—Perdona que te contradiga, pero... —Hizo un mohín con los labios—. Creo que otra mujer, en lugar de perdonarla, le habría enviado al infierno para que su cuerpo hierva en alguno de los calderos de Satán.

—Ya, pero yo no soy esa mujer. Soy la que ves. La que tiene mal carácter, es malhablada y...

Apoyó el índice sobre mis labios y me susurró al oído:

—La misma que tiene un corazón que no le cabe en el pecho.

La puerta se abrió de nuevo.

Lo que vi me hizo gritar de felicidad.

—¡Mis chicos! ¿Pero qué hacéis aquí?

Enrique, Pablo y Carlos se acercaron a mí y me abrazaron con ternura.

—Pues aquí estamos porque cada vez que te dejamos sola, no sabemos cómo te las apañas, pero siempre acabas en un hospital, hija —respondió Pablo con su arte especial.

—Estoy... estoy muy contenta de teneros aquí.

—¿Y a nosotros? —inquirió la madre de Bruce, que acababa de llegar con

Alexander y sus hijas.

—Esto parece una fiesta de fin de curso —expresó Josh, guiñándome un ojo con picardía cuando dio un paso al frente, sujetando la mano de Matilda.

Me alegré mucho de que entre ellos se hubiera comenzado a forjar una bonita amistad.

Una amistad con derecho a roce, por lo visto, ya que Matilda no dejó de acariciarle las lumbares ni cuando su madre la invitó a tomar asiento en la cama mientras Josh conversaba animadamente con Carlos.

Mi habitación se convirtió en el camarote de los hermanos Marx cuando llegaron Óscar y Chum con varios regalos. Mi amigo llevaba una docena de globos blancos anudados en una muñeca y un ramo de flores precioso. Como él, su futuro marido iba cargado con una cesta enorme repleta de bombones, peluches, champán y algunas copas de plástico y otra docena de globos anudados en el asa de mimbre.

—Bueno, no falta nadie, ¿verdad? —dijo con ese acento tan atractivo que tiene.

—Faltan las *Chirusas*, Ángel, Daniel y Kassandra para estar al completo —anuncié asombrada por tanto júbilo. Cómo consiguieron acceder todos al hospital es un misterio para mí.

—Cariño, Ángel está en la calle esperando algo —comentó Bruce—. No te preocupes por él. Y lo de llamar a Daniel y Kassandra, es tu elección.

Muchos de los que estaban en la habitación se acercaron para ayudarme cuando me incorporé ligeramente en la cama, buscando acomodo sobre la almohada.

—Por Dios, estoy embarazada, no inválida. —A mi lado, Bruce agachó la cabeza—. Tú tampoco estás inválido, mi amor.

Cogí su rostro entre mis manos y le di un buen beso, delante de todos.

Cuando nos separamos, sus ojos brillaban de emoción.

—Chicos, avisad a Daniel y a Kassandra —les sugerí a Carlos, Enrique y Pablo.

No tardaron ni cinco minutos en regresar.

—Enseguida vienen —anunció Pablo, guiñándome un ojo con picardía—. Y después... ¡¡Uuuu, fiesta!!

Kassandra le sonrió a Bruce cuando accedió a la habitación. Intranquila, sintiéndome otra vez un pelín celosa, fruncí el ceño.

—Espero no tener que arrepentirme de haberte perdonado.

—Descuida, no es lo que piensas —replicó Kassandra cruzándose de brazos.

—Eso mismo me dije una y mil veces para auto convencerme de que entre tú y él no iba a volver a existir... —Me quedé muda repentinamente cuando Alexander y Óscar ayudaron a Bruce a levantarse de la silla de ruedas.

«¿Es real lo que están viendo tus ojos? —preguntó mi brujita interior—. ¿Has visto lo que están haciendo?»

Mi Dios del sexo se había vuelto loco.

Completamente loco.

Con los ojos llenos de lágrimas, observé cómo trataba de doblar las piernas para ponerse de rodillas. Pude ver el dolor reflejado en sus ojos. —Bruce...

—protesté.

—Señorita Ramírez —dijo con voz temblorosa cuando terminó de colocarse, sacando un estuche pequeño de terciopelo negro de debajo del colchón—, me haría muy feliz si, delante de todas estas personas, respondiera con un sí a una pregunta. ¿Quiere casarse conmigo?

Me emocioné muchísimo al ver el precioso anillo de oro blanco con una piedra del mismo color que sus ojos en la cajita.

Con el corazón acelerado y un nudo en la garganta, estiré la mano, alzando ligeramente el dedo anular para que me colocara el anillo.

—Ei, ei, ei —vociferó Mariela, una de las *Chirusas*, cuando todas accedieron a la habitación—. ¿Qué haces, Raquel?

—Qué malo, Bruce —afirmó Natalia, colgada del brazo de Isidro y de Ángel—. No podías esperar más, ¿eh?

—Pero... ¿qué hacéis aquí?

—Hemos sido invitados a una fiesta muy especial —declaró Isidro con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Estamos todos? —inquirió Bruce, mirándome con ardorosa felicidad.

—Todos, todos... ¡no! Faltan dos personas muy importantes, pero...

—Tus padres te acompañan desde el cielo, reina —afirmó Óscar.

—¿Y mi hermana?

—Viene mañana, cielo —respondió Natalia—. Es una pelotuda. Perdió el vuelo porque se despistó con la hora. Bruce, prosigue.

Un rubor se instaló en sus mejillas.

—Espera —exigí—. ¿Sabéis algo de mi prima Lucía?

Llevábamos tres años sin hablar por una tontería.

—Está al tanto de todo, Raquel —respondió Pablo—. En cuanto te recuperes, llámala. Tiene ganas de arreglar el malentendido que os ha mantenido todo este tiempo alejadas.

—Lo haré. Ella va a ser una de las madrinas de uno de los bebés. —Miré a Bruce. El pobre seguía con la rodilla clavada en el suelo—. Si a ti no te importa, claro.

—¡Qué le va a importar! —exclamaron las *Chirusas* al unísono, un tanto desesperadas.

—Bueno, ¿falta alguien más? —Bruce estaba impaciente. —Creo que no.

—Genial. En ese caso, ahora que estamos todos, o casi todos, voy a formularte otra vez la pregunta, Raquel. ¿Quieres... —carraspeó—, quieres casarte conmigo?

Las lágrimas empañaron mis ojos y la saliva se me empastó en la garganta.

Fue Enrique el que tuvo que darme un golpecito en el hombro para que me espabilara después de ofrecerme un clínex para que me secara la cara.

Cuando por fin pude percibir otra vez la silueta de Bruce, me di cuenta de que estaba radiante, aunque muy nervioso.

Tanto o más que yo.

Tragué por segunda vez el nudo que se me había formado en la garganta y musité:

—Sí.

—¿Ha dicho que sí? —oí que preguntó Manuela, dirigiéndose a Óscar.

Mi amigo se encogió de hombros.

—Eso creo.

Al ver la cara de asombro de todos, vociferé:

—¡Sí, Bruce, me encantaría casarme contigo!

Lo besé con pasión, con ardor, con necesidad...

Me sentía dichosa de ser la futura señora Smith. Nuestras vidas iban a unirse de forma definitiva.

Mi futuro suegro fue el que ayudó a su hijo a sentarse en la silla de ruedas cuando nos separamos.

—¿Puedes acercarme el móvil, por favor?—le solicitó a Óscar mientras su padre bajaba los reposapiés y le colocaba correctamente las piernas.

—Claro.

Una vez que lo tuvo en sus manos, buscó el contacto en la agenda, pronunció unas cuantas palabras cuando su interlocutor aceptó la llamada y colgó, ante la atenta mirada de todos.

Creo que nunca he visto a alguien mantener una conversación telefónica tan rápida.

—¿Con quién has hablado? —pregunté extrañada. No es lo más normal que tu

pareja se ponga a hablar por teléfono justo después de haber sellado un compromiso con un beso como el que yo le di.

Me guiñó un ojo con picardía y respondió sagaz:

—No seas curiosa, mi amor. —Estiró el brazo y señaló a los chicos—. Mira hacia allí, por favor.

—¿Hacia dónde?

—Hacia allí.

—Solo veo a mis amigos.

—Fíjate bien, por favor.

Enrique, Pablo, Carlos y Óscar sonrieron y se fueron retirando hacia un lateral, permitiéndome ver el gran ventanal de la habitación. Al otro lado del cristal, las nubes envolvían algunos rascacielos, creando una estampa deslumbrante, mientras cinco pequeñas avionetas surcaban el cielo formando una sucesión de letras de color rosa.

—Eres lo más... bonito que... —comencé a leer.

—Eres lo más bonito que me ha pasado en la vida, mi chica del lunar

—concluyó Bruce, adelantándose a los *Skytypers*²⁴.



Meses más tarde...

La recuperación de Bruce avanzó bien gracias a la rehabilitación. Yo, en cambio, me vi obligada a guardar reposo. La tripa cada día me pesaba más y, después de lo ocurrido, no me podía permitir poner en riesgo la vida de mis bebés.

Por esas fechas nos habíamos trasladado a la playa, a hermoso chalé situado en primera línea de playa.

²⁴ *Skytypers*: Empresa que se dedica a escribir todo tipo de mensajes en el cielo con un humo especial que sale de sus avionetas AA-5B Tiger, a unos 10000 pies de altura (3050 metros aproximadamente).

La parcela en la que se encuentra esa vivienda, tiene también otras tres viviendas independientes para las visitas, algo más pequeñas. Durante unos meses, mis *Chirusas* ocuparon una; otra fue para mis chicos, Enrique, Carlos, Pablo, Óscar y su enamorado Chum, a los que se unieron también Ángel y

Josh.

Mi hermana nos visitó por segunda vez dos o tres semanas antes de que se cumpliera mi octavo mes de embarazo, acompañada de mi sobrina, de su marido y sus hijos.

Mi corazón estaba al completo sabiendo que los tenía a todos tan cerca. La relación entre Matilda y Josh se afianzó en aquellos días. Entre Mariela y Ángel también surgió algo especial. Su relación comenzó a fluir cada vez más hasta que formaron una pareja curiosa, eso sí, pero muy bonita.

Ambos se merecen lo mejor.

Juntos formamos una gran familia. Desayunábamos, comíamos y cenábamos juntos en la gran mesa del comedor de la vivienda principal.

Aquellas reuniones me dieron la vida en los últimos días de mi embarazo. No poder hacer nada había hecho que mi mal humor se acrecentara. Después de casi nueve meses de embarazo, necesitaba desfogar energía de cualquier forma: gritando, peleando... ¿ follando?

El sexo siempre ha estado considerado como un gran remedio para aplacar a las fieras. Así que, una mañana, después de darme un buen atracón de comida, me encerré en el cuarto de baño para darme una ducha relajante. Quería ver a Bruce.

Lo necesitaba, en realidad.

Mi barriga había crecido bastante; el aburrimiento y la gula estaban haciendo estragos en mi cuerpo, pero no había perdido las ganas de sentir a mi Dios del sexo en mi interior.

Estuve casi veinte minutos echándome agua fría en las piernas. Constantemente las tenía hinchadas. Aquel día, mi piel estaba completamente estirada como la piel de un balón, amenazando con resquebrajarse de un momento a otro.

Aquello, sin duda, era la consecuencia lógica de una gran retención de líquidos y de que mi cuerpo, más bien pequeñito, soportaba cada día más de veinte kilos de lo habitual.

Un embarazo múltiple tiene muchas ventajas. Los niños se crían juntos, interactuando entre ellos mientras crean lazos de por vida. Solo pasas una vez por el paritorio a no ser que tomes la decisión de aumentar un poco más la familia. Según algunos estudios, las madres múltiples gozamos de mejor salud y vivimos más tiempo. Tener dos o más hijos a la vez ayuda a mantener el tipo. Aun así, mi mente solo se centraba en los problemas que se generan una vez

que la matrona le coloca a una parturienta múltiple dos cuerpecitos de piel blanquita sobre su regazo. Yo había conseguido resumir todos esos problemas en una única expresión: «Trabajo, trabajo, más trabajo... y muchas noches sin dormir. Y, por si fuera poco, todo aderezada por el aislamiento más vil.»

Aislamiento...

Sentirme aislada es, quizá, lo que más reparo me daba. ¿Cómo iba a ser mi relación con Bruce? ¿Cuánto tiempo tendríamos para compartir juntos cuando los bebés ya no estuvieran dentro de mi vientre?

Mis miedos se debían, sin lugar a dudas, a la inseguridad de una madre primeriza que está loca y profundamente enamorada del hombre con el que ha vivido experiencias inolvidables. Hombre que, por cierto, tiene que quedar en un segundo plano porque los bebés son seres vulnerables que dependen siempre de su madre.

A pesar de todo, y con independencia de mis kilos de más, Bruce me regalaba todos los días la mejor de las sonrisas, no sin antes convencerme de que estaba preciosa y que seguía siendo para él la mujer más atractiva del mundo. Cuando el agua templada comenzó a resbalar por mi cuerpo, la puerta de cristal translúcido de la ducha se abrió. De pie, con la palma de la mano derecha apoyada en los azulejos y la izquierda anclada firmemente al toallero, encontré a Bruce. No vi sus muletas ni su silla de ruedas.

—Bruce, amor mío, ¿qué haces aquí? Estás... ¡estás de pie!

Comencé a llorar de la emoción.

—Sí, cariño. Estoy de pie. —Sonrió—. Llevo una hora caminando muy despacio. Nunca pensé que me costaría tanto recorrer los escasos doscientos metros que hay desde el gimnasio.

Lo abracé, haciendo que mi cuerpo humedeciera su torso desnudo.

—Estás loco.

—Un poco sí, pero por ti.

Accedió con cuidado a la ducha y se afianzó a mi cuerpo mientras yo lo besaba con lentitud, recorriendo cada uno de los recovecos de su piel.

Su excitación no tardó en encumbrarse cuando tomó el ritmo y sus labios recorrieron mi cuerpo.

Mordisqueó los lóbulos de mis orejas, besó mi cuello y moldeó mis pechos con su mano izquierda mientras la derecha se adentraba en mi centro del deseo.

Gemí alto y me agarré a sus hombros cuando sus dedos acariciaron mi clítoris. Poco a poco, sus besos fueron descendiendo por mi abultado abdomen hasta

llegar a mi monte de Venus. Ansiosa, abrí un poco las piernas para darle más acceso. Un gemido ronco brotó de mi garganta cuando comenzó a devorarme con la lengua.

En ese momento, clavé mis yemas en su cabeza y cerré los ojos para disfrutar del momento. Sentir cómo el agua tibia recorría mi piel mientras su lengua húmeda hacía lo propio entre mis pliegues, ascendiendo de abajo hacia arriba para después descender en picado con la única intención de comenzar otra vez la subida, hizo que mis pulsos se aceleraran y que mis piernas comenzaran a temblar como un flan sobre el plato.

Antes de incorporarse, Bruce introdujo dos dedos en mi interior y comenzó a rascar, robándole tres sonoros suspiros a mi garganta. Luego se bebió los coletazos de otro gemido y su lengua se perdió en mi boca, enredándose peligrosamente con la mía.

«Dios mío, cómo deseo a este hombre», pensé.

De repente, sin esperarlo, cortó el beso que me estaba dando y me dio media vuelta entre sus brazos, dejándome de espaldas a él.

Su ansiedad era casi más brutal que la mía.

Acelerada, apoyé las manos sobre los azulejos cuando él clavó sus manos en mis caderas. Sabía perfectamente lo que iba a hacer a continuación.

Me encendí como una tea.

Bruce colocó el pene enhiesto en mi entrada y me penetró con vehemencia, haciendo que mis pulmones se detuvieran durante un par de segundos mientras mi vagina se aclimatava a su grosor.

Una vez que la tensión de mi entrepierna fue desapareciendo, subí ligeramente la pierna derecha para que profundizase un poco más. Fue en ese momento cuando él aumentó el ritmo de sus embestidas, haciendo que me volviera loca. Gemimos de placer una, dos, tres... cien veces cuando Bruce aceleró el ritmo un poco más, haciendo que mi mente se nublara y solo pudiera recordar la conversación que habíamos mantenido días antes.

Flashback

—*Raquel, ¿les causará algún daño a los bebés si follamos así?*

La pregunta me hizo reír a carcajadas mientras que seguía cabalgando encima de él como una loca.

—*¿Se puede saber qué es lo que te hace tanta gracia?*

—*Mi vida, tu pregunta es absurda, por dios.*

—*¿Por qué es absurda?* —preguntó con la respiración agitada por el movimiento.

—*Porque, por esa regla de tres* —jadeé de placer—, *no nos consolaríamos ninguno. A base de pajas no vive el hombre, cariño. ¿O te vas a ir con otra con la excusa de que no podemos follar porque estoy embarazada?*

Negó con la cabeza y dejó de hablar, de preguntar y de pensar para seguir con el trabajo que tenía entre manos, que no era otro que darme placer.

Mucho placer.

Fin del flashback

Una embestida bestial me hizo bajar de las nubes, electrizando todo mi cuerpo, cuando el suyo comenzó a convulsionar excitado.

El sexo con Bruce siempre ha sido así.

Inmejorable.

Imponderable.

¡Insuperable!

Segundos después, cayó de rodillas y el agua se llevó los últimos coletazos de su orgasmo.

Asustada, me agaché para ayudarlo a levantarse.

Despacio, lo apoyé contra la pared, abrí la puerta de cristal y cogí la banqueta de plástico que siempre tengo en el cuarto de baño. Es muy útil para la depilación de las piernas o cuando quieres saltar sobre la erección de tu marido sin que él haga esfuerzos innecesarios más allá de respirar, gruñir, gemir o jadear.

Su respiración comenzó a relajarse cuando se sintió seguro otra vez entre mis brazos.

Le acaricié mientras le frotaba el pelo con champú. Mis manos recorrieron parsimoniosas su cuerpo, haciendo que las pompas de jabón envolvieran cada uno de los recovecos de su piel.

Se dejó hacer.

Disfrutó como nunca cuando mis manos se recrearon en su poderosa masculinidad. No lo masturbé, pero sí que me recree con su erección, recorriéndola desde la punta a la base y después más abajo, hacia los testículos con la espuma.

Jadeó.

Suspiró también cuando sopesé sus testículos y proseguí con el descenso,

envolviendo sus muslos con las dos manos para hidratarlos con una finísima película de jabón.

Cuando estuvo listo, abrí el grifo de agua caliente y lo aclaré como a un bebé. Luego me lavé yo, a una velocidad pasmosa, para envolverlo poco después en una delicada tela de rizo blanco.

Después, nos tumbamos en la cama y, durante el resto del día, lo único que hicimos fue acariciarnos.

También nos besamos, follamos e hicimos el amor con delicadeza, disfrutando de los últimos rayos de sol que caldeaban nuestros cuerpos desnudos.

Al día siguiente, interrumpiendo una de las animadas conversaciones de toda la *troupe*, Bruce golpeó un par de veces con la cucharilla del postre su copa de cristal para invitarnos a guardar silencio.

—Chicos, mañana nos vamos de viaje. —Todos nos quedamos con la boca abierta—. Os sugiero que preparéis las maletas esta noche. A las siete y media en punto tenemos que estar ya en pista.

—¿En pista? ¿Dónde... dónde vamos a ir?

—A las islas Bermudas —afirmó como si fuera una obviedad.

Mi hermana, que se había sentado a mi derecha, me miró preocupada.

—Raquel, yo no puedo ir —susurró—. No tengo tanto dinero.

Bruce debió escucharla porque sonrió y volvió a hablar en voz alta para que todos lo oyeran.

—No os tenéis que preocupar por el dinero porque todo corre de mi cuenta.

Todos comenzaron a aplaudir, agradeciéndole a Bruce el detalle. Los observé uno por uno, tratando de memorizar la felicidad de sus rostros, hasta que me percaté de algo importante: Natalia e Isidro no estaban sentados a la mesa. De hecho, llevaba varios días sin verlos.

—¿Alguno de vosotros habéis visto a Isidro y Natalia?

De pronto, se hizo el silencio y todos se miraron entre sí, tratando de disimular. Intrigada, alcé una ceja cuando mis ojos se cruzaron con los de Óscar. Al ver cómo agachaba la cabeza y comenzaba a jugar con la servilleta, supe positivamente que algo me ocultaban.

—Así que nos vamos a las islas Bermudas, ¿no? —solté.

—Efectivamente —dijo Bruce, haciendo un sutil asentimiento con la cabeza.

—Y ¿para qué vamos a ir tan lejos cuando tenemos aquí estas maravillosas playas?

En ese momento, mi Dios del sexo frunció el ceño y se concentró en un punto impreciso de la estancia, retirándome la mirada.

Ocultaba algo, sin duda.

Cuando hice lo propio otra vez con el resto de mis amigos y familiares, recibí la misma respuesta: nerviosismo, desvío de mirada y jugueteo con las migas, la copa de cristal, la servilleta o la costura del mantel.

—Pues nada —exclamé sardónica, irguiéndome en la silla para pinchar una patata frita de la bandeja que Pablo había dejado en el centro de la mesa—, vámonos a las Bermudas.

—Tía, ¿allí hay tortugas? —me preguntó Nicolás, el hijo de mi sobrina. Me encogí de hombros.

—Supongo que sí, cielo.

—Son muy grandes —apuntó Bruce, guiñándole un ojo con complicidad mientras se limpiaba la boca con la servilleta.

Observé a Candela, la hermana pequeña de Nicolás. Estaba muy callada, mareando la comida del plato con el tenedor.

—Cariño, ¿qué te pasa?

—No me gusta el avión, tita.

Rodé los ojos hacia atrás y sonreí de medio lado al descubrir que mi sobrina nieta tiene pánico al avión.

Eso debe de darlo la sangre...

—Candela, ¿te quedarías más tranquila si tú y yo nos sentamos juntos?

Se hizo el silencio cuando Bruce le ofreció a mi sobrina nieta viajar a su lado. Embobada, observé cómo ese hombre tan grande, con esos músculos de infarto y esa melena leonina, departía animadamente con Candela. Su voz sonó dulce, melodiosa tal vez, cuando volvió a dirigirse a la niña para afirmar que su miedo iba a desaparecer en el momento en el que él le ofreciera su mano.

—¿Aceptas el trato? —insistió Bruce, guiñándole un ojo con complicidad.

La niña movió la cabeza afirmativamente y sonrió afable, observándolo como a un Dios.

«Sí, Candela, tu tío es un Dios del Olimpo, mi vida —musitó la parte racional de mi mente, esa con la que llevaba mucho tiempo sin hablar—. No tiene ningún defecto, mi vida. Por eso tu tía está loca por él.»

—No hay más que hablar, mi sobrina Candela se sentará a mi lado. —La pequeña comenzó a aplaudir—. Lo siento por los demás, pero... ¡se sientee! Todos comenzamos a reír.

Bueno, ¿qué os parece si nos tomamos el postre en el porche? —sugerí—.

Hace una noche maravillosa.

Todos aceptaron con agrado.

Cuando me puse en pie, tuve que sentarme al instante. Los bebés llevaban toda la noche dando guerra. Juro que un futbolista de primera división da menos patadas al balón de las que me dieron mis hijos aquel día.

—¿Estás bien?

—Sí. —Sonreí—. Voy a ver si estos dos mocosos se relajan un poco.

Bruce apoyó sus poderosas manos sobre mi vientre. Automáticamente, los pequeños se movieron. Sorprendido, dijo:

—Joder, parece que tienes un *Alien* en el vientre.

—Son tus hijos, cariño.

Resoplé airada, no a consecuencia de sus palabras, sino para controlar la punzada que acababa de recorrer la parte inferior de mi vientre.

—Mi amor, es broma, no te enfades.

—Lo sé, Bruce. Estoy... estoy muy pesada. Y, por si fuera poco, gorda y fea. No soy la misma mujer que conociste en la hamburguesería hace... —cerré los ojos y guardé silencio, para controlar las fuerzas que me estaban arrebatando mis hijos—, hace apenas nada.

Con cuidado, me cogió del brazo, me ayudó a levantarme del asiento y me acompañó hasta la habitación. Al entrar, me obligó a enfrentarme al espejo. Inconscientemente, llevé las manos a mi rostro para taparlo, pero él me las apartó para que nos observara en el reflejo.

—¿Recuerdas que una vez te puse delante de un espejo porque tuvimos más o menos esta misma conversación? —Asentí con la cabeza—. Pues bien, quiero que te mires y que veas lo que eres para mí.

—Pero Bruce, yo... yo...

—Tú nada —me interrumpió, susurrando las palabras en mi oído—. Eres la mujer de la que me enamoré perdidamente hace unos meses. Y vamos a tener unos hijos preciosos porque tienen una madre preciosa.

—Y un padre cañón.

Él sonrió de oreja a oreja cuando escuchó el apelativo.

—Raquel, eres preciosa. Me encanta tu espontaneidad y tu valentía; nada te da miedo. Me enloquecen tus curvas y estoy completamente enamorado de tus ojos, de tus labios y de tu lunar. Pero ¿sabes qué fue lo que más me enamoró de ti? —Negué con la cabeza, mirándolo todavía a través del reflejo del espejo—. La gran persona que eres. Eres amiga de tus amigos, te preocupas por cada uno de ellos y por tu familia. Sin duda, tengo a la mujer que cualquier hombre desearía.

Giré mi cuerpo, todavía entre sus brazos, y besé sus labios con pasión para

demostrarle cuánto me habían emocionado sus palabras.

—Te quiero muchísimo, mi chica del lunar —susurró, separándose unos milímetros de mi boca para acariciarme la parte superior del labio con el pulgar—. Recuerda que este lunar y estos labios son míos. Solo míos.

—Tuyos. Solo tuyos, mi amor.

Salimos de la habitación agarrados de la mano y nos dirigimos al porche. Al llegar, Óscar no se aguantaba la risa y Enrique trataba de disimular el arrebató que le había dado después de escuchar uno de los chistes de Carlos.

Al ver que la fiesta estaba asegurada gracias a las ocurrencias de los chicos, accedí otra vez a la cocina para coger el móvil. Necesitaba hacer algo que llevaba dilatando mucho tiempo: hablar con mi prima Lucía.

Busqué su número en la agenda de contactos. Sin embargo, justo cuando iba a presionar el botón de llamar, algo en mi interior me dijo que no lo hiciera y me sugirió que lo más sensato para romper el hielo era escribirle unos *WhatsApp*.

Hola, cielo!!!

Cómo estás, cariño?

Soy Raquel, tu prima No recibí ningún tipo de respuesta, aunque el móvil sí que me anunció que los mensajes los había leído.

Oye, que soy yo

Estoy en Nueva York

Sí, sí, en Nueva York

Quince minutos después con el móvil en la mano, mi prima Lucía seguía sin contestar al mensaje. Insistí un poco más.

Mira el puñetero móvil de una vez, jodía

Ay, mi Raquelita!!!

Cómo estás, preciosa?

Lo siento, estoy en el trabajo y no he podido contestar antes. Cómo estás, preciosa?

No me seas embustera, que te he visto en línea

Bueno, bueno, no me seas angustias

Cuéntame, cómo te va por ahí?
Tienes a algún tío bueno babeando por ti?

Sip

Se llama Bruce y me vuelve loca

Pero eso no es lo mejor de todo

Hay más?

 Sip

Madre mía, nos tiramos sin hablar tres años y pasan mil cosas

Estoy embarazada de mellizos y...

QUÉÉÉ!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

Quiero que seas la madrina

El bautizo será aquí, en Nueva York
Es donde vivo ahora Pero...

Pero qué?

Yo no tengo suficiente dinero para hacer un viaje tan largo

Tú por eso no te preocupes. Yo me encargo

Cuéntame. Cómo estás?

Bien, trabajando. He quedado con una compañera para almorzar

Sabes algo del indeseable?

Cada vez que recuerdo que ese tío la dejó tirada estando embarazada me entran los siete males.

No

Ni ganas que tengo

Sabía que hablar con ella de este tema podría hacerle daño, aunque esa no era mi intención. Quería recuperar a mi prima, nada más. La echaba muchísimo de menos; era la única familia que tenía por aquel entonces además de mi hermana.

Al final conseguiste lo que querías?

Eres maestra? Sí, de hecho me has pillado en clase

He tenido que salir al pasillo para escribirte

Me van a matar como me pillen

Entonces corto.

No quiero que te busques ningún follón por mi culpa

Nos vemos en Nueva York

Noooooooooo

Nos veremos en las islas Bermudas

CÓMOOO!!!

Un avión privado te esperará a las 9:00 am en el aeropuerto de Málaga

Estás LOCA, prima

En tu estado no puedes volar

Enrique se ocupará de mí

No te preocupes

Sigo pensando que estás loca, Raquel

Irán también Carlos, Pablo y Óscar con Chum, mi hermana con sus hijos y sus nietos, mis compañeras de la hamburguesería y la familia de Bruce

Edu y tú no podéis faltar

Por cierto, cómo está?

Enorme, prima. Hoy en día los hijos crecen como los pepinos de noche

Me reí a carcajadas y Bruce me miró extrañado. Tuve que hacerle un movimiento con la cabeza para que no se preocupara antes de leer el siguiente wasap.

No dejo de pensar en el viaje, Raquel

El director me va a matar cuando le diga que voy a tener que faltar unos días
Mi felicidad no estará al completo si tú no estás conmigo

Vale

Veré qué puedo hacer

Pero no te pongas ñoña porque no te va ese estilo

Ni me reconozco, prima

Me paso el día llorando

Eso es por culpa de las hormonas

Sí, sí. Putas hormonas

Bueno, prima, te dejo. Tengo a los alumnos revolucionados

Mañana, antes de subir al avión, envíame un wasap

Bruce y yo iremos a recogerte al aeropuerto de la isla

Adiós, loca

Te quiero mucho Yo también te quiero, prima



Bloqueé el móvil y lo dejé sobre la mesa con una gran sonrisa. Recuperar la relación con mi prima fue un motivo más de alegría para mí. Me moría de ganas de abrazarla.

— ¿Con quién estabas mensajeándote tan alegremente? —me interrogó Bruce cuando me acerqué a él y le envolví la cintura con mi brazo izquierdo.

— Con mi prima Lucía.

Nada más decir ese nombre, todos los presentes me miraron. —¿Con Lucía? —me interrogó mi hermana, sorprendida. —Sí, con Lucía. ¿Qué pasa? ¿Acaso no puedo hablar con ella? —Sí, sí, ¡claro! No voy a negar que me has dejado en *shock*, Raquel.

Lleváis tres años sin dirigiros la palabra y...

—Sé que te va a costar creer lo que te voy a decir, pero... —Abrió los ojos de par en par—. Ana, me arrepiento muchísimo de no haberte hecho caso. Tendría que haber hecho algo para evitar esta situación. Tú siempre has intercedido por Lucía y por mí cuando, en realidad, tendríamos que haber sido nosotras las que nos sentáramos a hablar.

—Yo solo he intentado que vuestro enfado no fuera a mayores. —Lo sé —confirmé, convencida de que mi prima Lucía y yo habíamos sido unas estúpidas por no solucionar nuestros problemillas antes. —Y ¿cómo está? Hace días que no he hablado con ella.

—Pronto lo sabrás. Ha aceptado a viajar a las islas Bermudas. Mi hermana se levantó de su asiento y se lanzó sobre mí para abrazarme.

—No sabes lo feliz que me haces, Raquel.

Moqueé.

Mi nariz me anunció que pronto iban a comenzar a brotar de mis ojos unas cuantas lágrimas.

—Joder, Ana, me vas a hacer llorar.

Todos comenzaron a aplaudir entusiasmados cuando unas lagrimillas comenzaron a rozar por mis pómulos.

Bruce sonrió y colocó su mano izquierda en mi espalda para acariciarla. Se me pusieron los vellos de punta por el contacto.

—¿Qué pasó con la prima de vos? —preguntó Alicia, una de mis *Chirusas*.

—Tuvimos un malentendido por culpa de un hombre. —Sorbí por la nariz, tratando de descongestionar mis fosas nasales, y declaré—: Sergio, su novio, me pidió ayuda para organizarle a Lucía una fiesta sorpresa por su cumpleaños. Acepté encantada. El problema surgió cuando una tarde mi prima nos encontró escondiendo algunos paquetes bajo mi cama. La tonta de ella se creyó que Sergio y yo estábamos liados.

—Joder, yo habría actuado igual, Raquel —afirmó Alicia. —Yo jamás le sería infiel a mi pareja. No lo fui con Adán, aunque él sí lo fue conmigo, así que...

—¿Y cómo has conseguido su número de teléfono? —preguntó mi hermana.

—Hace un año se lo pedí a Isidro.

—Ya. —Frunció los labios.

—Hablé con Lucía un par de veces para dejar las cosas claras, pero nuestras conversaciones fueron muy frías.

—No lo sabía, Raquel.

—Fue entonces cuando me contó que el canalla de Sergio se había marchado a Alemania para visitar a un tío suyo que se estaba muriendo y que no había vuelto a saber nada de él.

Bruce me agarró de la mano con suavidad y sonrió.

—Me hago cargo —resopló mi hermana.

—No me gustaría estar nunca en esa tesitura —musité, mirando fijamente a Bruce—. Lucía fue madre con tan solo dieciocho años y tuvo que trabajar muy duro para sacar a su hijo adelante.

—No tendrías que haber esperado tanto en arreglar las cosas, pequeña —comentó Bruce.

—Lo sé —admití compungida—. Como ya he dicho, llevo tiempo va lorando qué hacer para que todo se solucione.

—Afortunadamente ya lo has hecho —confirmó mi hermana Ana—.

Eso es lo que importa.

—Sí, aunque ha sido más tarde de lo que imaginé en un principio. —Nunca es tarde si la dicha es buena.

—Eso es verdad. Siento que a partir de hoy todo va a cambiar en nuestras vidas.

—¿Para mejor? —intervino Óscar, mirándome con el ceño fruncido. —Por supuesto.

Me mordí el labio inferior con intranquilidad.

—Uuuu... Algo te pasa, reina. A mí no me engañas. Empieza a hablar si no quieres que...

—Espero que no os importe que... —musité, dejándolo con la palabra en la boca.

—Reina, esperas que no nos importe ¿qué?

—He invitado a Lucía a compartir unos días con nosotros en las islas Bermudas.

Bruce apoyó sus manos sobre mis hombros y me obligó a mirarlo fijamente a los ojos.

Temblé.

—Raquel, tu felicidad es la nuestra, no lo olvides.

Departimos un rato más en el porche hasta que Enrique, Carlos, Pablo, Óscar, Chum y el resto de nuestros invitados decidieron que había llegado el momento de dejarnos a solas.

—Demos un paseo, Bruce.

La noche era cálida, el cielo estaba lleno de estrellas y la brisa marina soplaba con suavidad.

Solícito, se puso en pie para ayudarme a incorporarme. Hacía más de media hora que nos habíamos sentado en un balancín.

Me sujeté con fuerza de su mano, apoyé firmemente los pies en el suelo y me levanté tras un par de intentos.

Nos dirigimos a la orilla del mar para que el agua aliviara la presión de mis pies.

En silencio, sintiendo cómo nuestros cuerpos decían todo lo que nuestros labios no se atrevían a pronunciar, recorrimos la orilla hasta que unas grandes rocas nos impidieron ir más allá.

—Deberíamos darnos la vuelta —anunció Bruce. La velocidad del viento había cambiado bruscamente y la brisa se había vuelto más fresca. Recorrimos la orilla en sentido inverso, cogidos del brazo, sintiendo cómo nuestros cuerpos se encendían con el calor del contrario a pesar del empeño de la brisa marina por robarnos la mayor temperatura posible. Al llegar a la vivienda, encendí la linterna del móvil y nos dirigimos al cuarto de baño de la planta baja para lavarnos los pies. Después, subimos sigilosamente a nuestra habitación mientras las prendas iban dejando al desnudo nuestras pieles.

Me tumbé sobre la cama y observé a mi Dios del sexo. Sus espectaculares músculos destacaban gracias al bronceado de su piel. Sus piernas

habían recuperado su complexión y se mostraban como dos hermosas columnas cada vez que sus pies se detenían en seco y aguardaban unos segundos a dar otro paso.

Lo que más me llamó la atención fue el bulto que se apreciaba en su entrepierna, bajo la delicada tela de algodón, modal y elastano de su bóxer de color negro.

Decidido, Bruce se tumbó a mi lado y comenzó a besarme el cuello, recorriendo con la punta de la lengua el perfil de mi yugular. Poco a poco, mis labios, mis senos y mis pezones fueron envueltos con la humedad de su boca, haciéndome jadear.

Gemí descontrolada cuando sus dientes mordisquearon mi ombligo. Estaba demasiado sensible como para soportar aquella clase de provocaciones tan exquisitas.

Con mimo, acarició mi vientre y lo besó durante unos segundos mientras sus manos me acariciaban las costillas y se recreaban en mis pechos.

Convulsioné cuando sus dientes me bajaron el tanga. Sorprendida, lo miré directamente a los ojos cuando rompió el encaje, haciendo que esa delicada prenda tuviera que ir a la basura en cuanto nos levantásemos al día siguiente de la cama.

—Me estorbaba —musitó a modo de justificación mientras acercaba sus labios a mi monte de Venus.

Aguanté la respiración cuando su lengua humedeció mis pliegues y se introdujo ligeramente en mi interior para darme placer.

Por instinto, abrí un poco más las piernas, cerré los ojos y arqueé la espalda, invitándole a entrar un poco más.

Bruce puso las manos alrededor de mis muslos para mantenerme anclada a sus labios y se apropió de mi centro del placer. Lo succionó, lo libó y lo circundó una y otra vez hasta que de mi garganta brotaron una sucesión de gemidos roncós.

Ansiosa, sintiendo cómo todo mi cuerpo convulsionaba excitado, dirigí mis manos a su cabeza para mantenerla férreamente entre mis piernas.

Su aliento me estremeció otra vez cuando su lengua recorrió mis pliegues en sentido descendente y acarició mi perineo.

Un calor sobrenatural me recorrió el cuerpo cuando sus dedos se deslizaron en mi interior y bajaron, envueltos en mi propia humedad, hasta el trasero.

Creo que morí de placer.

Hacía tiempo que no disfrutaba de un cóctel tan explosivo, concretamente, desde nuestra primera y única visita a un club de intercambio de parejas.

Allí perdí la poca vergüenza que me quedaba.

—Bruce —jadeé extasiada, propinándole a Bruce un azote en el trasero cuando dejó de moverse y me colocó de costado en la cama. Su pectoral acarició mi espalda cuando alzó mi pierna izquierda y sus dedos se deslizaron otra vez en mi interior. Una descarga eléctrica de alto voltaje recorrió mi espina dorsal cuando su erección comenzó a abrirse camino en ese rincón protegido por las nalgas que hacía mucho tiempo que no incursionaba.

Inspiré hondo para relajarme y cerré los ojos de puro placer cuando Bruce comenzó a repartir besos sobre mi cuello.

Estuve a punto de volverme loca.

Más aún.

Su mano rodeó mi cintura y una vez estuvo dentro completamente, comenzó a embestir con delicadeza.

Uno.

Gemí.

Dos.

Me mordí el labio inferior.

Tres.

Exhalé profundamente.

Cuatro.

Pedí más, mucho más.

Necesitaba sentir cómo su pene profundizaba en mi interior, cómo nuestros cuerpos se fundían en uno solo y cómo nuestros jadeos se acompañaban bajo el mismo ritmo.

Giré mi rostro como pude para besarlo, pero no disfruté de sus labios tanto como me hubiera gustado. La postura no invitaba a ello. Aun así, no dije nada. Me centré en exprimir sus testículos, en clavarle las uñas en el muslo para que no dejara de incursionar en mi trasero y en robar un poco de oxígeno al aire para no morir en el intento.

Bruce cambió repentinamente de posición sin que a mí me hubiera dado tiempo a sentir cómo su simiente me llenaba el trasero. Decidido, me puso boca arriba sobre la cama, se limpió con una toallita húmeda el

pene que, brillante, se mantenía rígido como el mástil de una bandera, y lo hundió en mi vagina, haciendo que mis pulmones se detuvieran momentáneamente y que mi corazón se saltara un par de pulsos. Nuestros ojos conectaron de inmediato.

—Más fuerte —exigí, clavándole otra vez las uñas, esta vez en la parte superior las nalgas.

Hizo lo que le pedí.

Bruce movió frenéticamente las caderas mientras sus labios recorrían con delicadeza mi abultada tripa.

—Di mi nombre, Raquel. Quiero escuchártelo mientras te follo. —Bruce...

Más fuerte, joder.

Mis manos se agarraron salvajemente a las sábanas y arqueé la espalda, lo suficiente como para que él accediera a un rincón mucho más profundo, mucho más placentero.

—¿De quién es tu boca?

—Tuya —pude decir entre gemidos—, solo tuya. —Di que eres mía, solamente mía.

—Soy tuya, solamente tuya —afirmé con la voz entrecortada.



Al día siguiente todos estaban nerviosos.

Muy nerviosos, en realidad, aunque no entiendo por qué, puesto que íbamos a ir todos juntos a las islas Bermudas en el avión privado de Bruce, sin preocupaciones de tener que facturar equipaje, ir dos horas antes al aeropuerto, ni nada por el estilo.

Curiosa, me senté con Candela y Nicolás en el sofá del salón para disfrutar del ir y venir de Enrique y Pablo, de los cariñosos arrumacos de Óscar y Chum, y de los alocados y chirriantes gritos matutinos de Carlos cuando las *Chirusas* empezaron a soltar maletas sobre la mesa donde él había dejado, perfectamente estirada, una bolsa de traje.

Unos minutos más tarde, un fuerte silbido los paralizó a todos.

—Chicos, tranquilos —vociferó Bruce, tratando de que todos le prestásemos atención—. El avión no se va a ir sin ninguno de nosotros. Si hace falta retrasar una hora la salida, no hay problema. Aviso al piloto y punto.

Todos suspiraron aliviados.

—Son unos histéricos —murmuré cuando Bruce me dio un beso en la cabeza.

—Acabo de darme cuenta, cariño. —Sonrió—. ¿Has desayunado?

Negué con la cabeza y me ofreció la mano para que la cogiera.

—Nosotros nos quedamos aquí —dijo Nicolás—. Esto es mejor que ver una carrera de coches.

Candela comenzó a reír.

—Ya te digo —confirmé yo mientras me alejaba con Bruce para adentrarme en la cocina.

Como un auténtico chef, Bruce comenzó a sacar paquetes y botes de los muebles y de la nevera. Azúcar, mantequilla, miel, mermelada, tostadas...

—Te juro que vas a chuparte los dedos, mi amor. —Cogió una sartén y encendió el fuego para hacer unas tortitas—. Por cierto, quisiera preguntarte una cosa.

—Dispara.

—He pensado que tú y yo nos podríamos casar antes de que nazcan los bebés. ¿Qué te parece la idea?

—Que es una locura. —Fruncí el ceño—. ¿A qué vienen tantas prisas?

—No son prisas, Raquel. —Rodó los ojos hacia atrás—. Simplemente es que me muero de deseo por ti. Quiero que seas mi mujer cuanto antes.

—Pero si ya lo soy, Bruce. Sin papeles, eso sí, pero yo siento que soy tu mujer a todos los efectos.

—Necesito y quiero que nos casemos... —Se acercó hasta mí y me abrazó. Yo lo rodeé con mis pequeños brazos aunque con la barriga tan grande era un poco difícil.

—Vale, si tú quieres, nos casaremos, pero... —Señalé mi tripa—. ¿Así, con estas pintas?

—Tú estás preciosa siempre, mi chica del lunar.

—Y ¿cuándo tienes previsto de que se celebre la ceremonia?

Me miró con un brillo especial en los ojos. Al instante supe que algo estaba tramando.

—Eso déjame a mí, ya lo sabrás a su debido tiempo. —Cogió una espumadera del cajón y se acercó al fuego donde la tortita ya humeaba dentro de la sartén—. La primera siempre suele quemarse.

—Ya.

Aunque la tensión y los nervios estuvieron muy presentes en casa desde el amanecer, desayunamos como de costumbre en la gran mesa del salón, como

todas las mañanas. Antes, Bruce tuvo que encargarse de retirar todas los cachivaches que habían colocado encima las *Chirusas* y Carlos.

El tema de conversación se centró en el viaje que estábamos a punto de hacer.

—A mí me gustaría hacer pesca submarina —afirmó Chum, animado.

Óscar le dio una patada muy poco discreta por debajo de la mesa y me sonrió.

—Pues yo pienso tumbarme a la bartola desde la mañana a la noche

—comentó Pablo.

—Eso es lo que tú te crees —replicó Enrique con la boca llena.

—Pues yo voy a regresar más negra que un tizón —anunció Alicia, una de las *Chirusas*.

—Lo dudo mucho —le rebatió Luna—. Recuerda que...

—Shhh... —siseó Pablo.

Aquello hizo que mi mente comenzara a trabajar a marchas forzadas.

—No sé por qué me da, pero... creo que aquí hay gato encerrado, chicos.

Óscar, Pablo y Chum se agacharon para mirar debajo de la mesa.

—Reina, ¿dónde está ese gato? —preguntó Chum, adoptando el apelativo que su prometido siempre ha empleado para dirigirse a mí.

—Pronto lo averiguaré —sentencié feliz y dichosa de tener a tantas personas a mi lado.

Terminamos de desayunar media hora después del horario previsto inicialmente la noche anterior.

Bruce y yo subimos a nuestro dormitorio para vestirnos y ultimar los últimos preparativos del viaje cuando nos quedamos a solas.

Me estaba lavando los dientes cuando accedió al cuarto de baño completamente desnudo y me ofreció la mano para que le acompañara a la ducha. No la acepté y me ganó una mirada seria por su parte.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no te quieres duchar conmigo?

Puse los brazos en jarra.

—Bruce, si me meto contigo, vamos a retrasarnos aún más.

—No veo por qué.

—Pues yo sí.

—Explícate.

—Follaremos como locos.

—¿Y? —me provocó con seriedad—. A mí me gusta follar contigo, Raquel.

¿A ti no?

Me enjuagué la boca, retiré la pasta de dientes que aún quedaba en la comisura de mis labios y me sequé con la toalla. Luego dije:

—No seas tonto, Bruce. Claro que me gusta follar contigo. Podría hacerlo las veinticuatro horas del día si me lo propusiera, pero no hoy. Vamos tarde.

Tenemos un largo viaje por delante. Recuerda debemos recoger a mi prima Lucía en el aeropuerto. Eso supone que nosotros tengamos que llegar antes.

—Métete, prometo portarme bien. Seré un buen chico.

Por el brillo de sus ojos pude determinar que aquello no era cierto. Aun así, acepté. Me desnudé, tomé la palma de su mano que aguardaba pacientemente a la altura de mi cadera y me metí bajo el chorro de agua caliente de la ducha.

Bruce no tardó ni un segundo en empalmarse.

Después, los gemidos, los suspiros, los jadeos y el chapoteo del agua sobre nuestros cuerpos mientras sus caderas se encajaban una y otra vez entre las mías fue la melodía que nos acompañó hasta que ambos sucumbimos al clímax.

—¿Te das cuenta? Al final no has cumplido tu promesa.

—No me importa, Raquel —susurró junto a mi oreja. Su aliento erizó mi piel.

—Parecemos conejos, Bruce.

—Tu cuerpo es el culpable, mi amor. Cada vez que te veo, soy incapaz de controlar las ganas que me entran de follar.

—Benditas ganas —musité risueña, mordiéndome ligeramente el labio inferior y rondando los ojos hacia atrás.

Veinte minutos después, Bruce salió del vestidor enfundado en unos vaqueros negros, una camisa blanca y un *blazer* de color gris. Completaba el atuendo con unas zapatillas *Aprix* inspiradas en el *skate*, el *surf* y el estilo *old school*, un cinturón de piel de *Armani* y unas gafas de aviador de la marca *Ray-Ban*. Estaba guapísimo.

—¿Te gusta lo que ves? —dijo con picardía cuando mis ojos recorrieron su cuerpo de cabeza a los pies.

—Mucho —contesté con descaro—. Me gusta muchísimo.

Bajé la pierna derecha de la cama cuando terminé de ungir la con crema hidratante y me dirigí al vestidor, completamente desnuda, provocando a mi Dios del sexo un poco más.

Me puse un conjunto de ropa interior de encaje de color blanco, un vestido holgado del mismo color y unas sandalias doradas de medio tacón.

Cuando Bruce me vio, se dejó caer sobre la cama y comenzó a silbar.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunté con guasa.

—Mucho. —Apoyó las palmas de las manos sobre el colchón, se echó ligeramente hacia atrás y se humedeció los labios—. No sabes las ganas que

tengo de quitarte ese vestidito, Raquel.

—Es usted incorregible, señor Smith —expresé con descaro—. ¿Usted no se cansa nunca?

Inspiró hondo y clavó los dientes superiores en la tierna carne de su labio inferior.

—De la mujer que amo, jamás. —Su respiración comenzó a agitarse peligrosamente, anunciando que su grado de excitación era máximo—. Es más, quisiera estar dentro de ella a cada instante.

—Déjate de tonterías. —La fuerza con la que le di un manotazo en el brazo hizo que este perdiera su anclaje sobre el colchón y que su cuerpo cayera sobre este, arrastrándome a mí con él—. ¿Qué haces?

—Mirarte, desearte y compadecerme de mí mismo por no tener tiempo de hacerte el amor otra vez.

Después de decir aquello, me dio un beso tierno en la punta de la nariz y me ayudó a ponerme en pie.

Agarrados de la cintura y con las maletas en la mano, salimos al jardín donde todos aguardaban para acceder al autobús que Bruce había alquilado para ir al aeropuerto.

Que no nos hiciera falta facturar ni pasar por el control fue una gozada.

Cumpliendo su promesa, Bruce se sentó con Candela.

«Si con ella es así —pensé—, no quiero ni imaginar cómo va a ser con sus propios hijos.»

El despegue fue mejor de lo que esperaba. En cuanto el avión sobrevoló el cielo de Nueva York, una azafata se llevó a los niños a una de las tres estancias privadas que tiene la cabina para que se relajaran viendo una película. Los mayores nos quedamos sentados en nuestros asientos tomando unos refrescos.

A pesar de mi miedo a volar, aquel día me sentí tranquila. Estaba rodeada de grandes amigos. Frente a mí, Chum y Oscar se abrazaban acaramelados, al igual que Carlos y Enrique.

Pablo era el único que parecía más melancólico. Aún no había conocido a su media naranja.

A mi lado estaban Matilda y Josh, felices y radiantes. Su relación iba viento en popa y a toda vela.

Una hora y media después del despegue, sorprendí también a Mariela haciéndole ojitos a Ángel. Él respondía entusiasmado a sus guiños, lanzándole besitos al aire.

Después de varias horas de vuelo, llegamos a nuestro destino. Unas furgonetas nos recogieron en el Aeropuerto Internacional L.F. Wade, el único que da servicio a Bermuda, ese territorio británico que se encuentra rodeado íntegramente por el océano Atlántico, y que está situado a dieciocho kilómetros de la capital, Bermuda.

De camino al hotel, me quedé dormida sobre el hombro de Bruce. Estaba agotada; muy pesada, en realidad.

—Hemos llegado, dormilona —susurró mi Dios del sexo cuando llegamos a un complejo privado con un conjunto de pequeñas villas de color blanco en torno a una más grande.

—¡*Wow!* —exclamé abrumada. Aquella era la viva estampa de una fotografía que había visto tiempo atrás en la revista *Hola*.

—Bienvenida a mi paraíso.

—Y yo que pensaba que tu paraíso era yo.

—Tú eres mi cielo, Raquel, donde quiero morir cada día contigo. —Me dio un beso muy dulce—. Ven, voy a enseñarte esto. Mientras estemos aquí, toda la playa es nuestra. No habrá nadie más, solo nosotros.

Miré hacia atrás.

Mi hermana, mis sobrinos y el resto de la *troupe* caminaban hacia sus respectivas villas, acompañados por el personal de servicio.

Vimos a los niños corretear sobre los puentes de madera que conectaban unas villas con otras mientras caminábamos por la arena fina de la orilla, disfrutando de los movimientos lentos de un par de tortugas marinas *Boba* bajo la superficie turquesa y cristalina del agua.

—¿Te importa? —preguntó Bruce cuando me soltó la mano.

—En absoluto.

Corrió hacia uno de los puentes y sorprendió a los niños por detrás, haciendo que las carcajadas se fundieran con el sonido del mar.

Verlos tan unidos hizo que mi pecho se hinchara de felicidad. Apenas había pasado poco más de un año de nuestro primer encuentro en la hamburguesería. Aun así, mi corazón ya se había encargado de anunciarme sin cesar que aquel hombre sagaz, risueño e intemperante en lo que al sexo se refiere, iba a ser el hombre de mi vida.

De hecho, lo sigue siendo.

Seguí paseando por la orilla, sintiendo el agua y la arena en mis pies.

No sentí su presencia hasta que envolvió mis caderas con las dos manos y me obligó a detenerme en seco, haciendo que una ola humedeciera mis piernas

casi hasta el muslo.

—¿En qué piensas, cariño?

Entrelazó sus dedos con los míos y me besó en el mentón.

—En ti, en mí, en nuestros hijos, en... —carraspeé—, en mis padres también.

No puedes hacerte a la idea de cuánto los añoro.

Reprimí las ganas de llorar. Recordarlos siempre me ha encogido el corazón.

De hecho, creo que siempre me ocurrirá lo mismo.

—Apenas me has hablado de ellos. ¿Te apetece hacerlo?

Lo miré con cariño y acaricié su rostro. Él, a cambio, me regaló un beso perfecto, de esos que liberan el alma y hacen que los miedos sean mucho más llevaderos. Cuando nos separamos, comencé a hablar.

—Mis padres eran unos seres extraordinarios que perdí repentinamente

—expuse cuando los labios de Bruce me permitieron articular palabras y no suspiros de placer.

—Tuvo que ser muy duro para ti.

—Mucho —afirmé—. Me quise morir.

—Eso hubiera sido una estupidez por tu parte, pequeña. —Tal vez...

—Tú y yo no habríamos tenido la oportunidad de conocernos.

—Cierto. Sin embargo, cuando vives una tragedia así, tu mente se nubla y no ves más allá del dolor.

—Yo te ayudaré a hacerlo, mi chica del lunar —musitó, arrastrando la yema del pulgar por mis labios—. ¿Quieres seguir?

Asentí.

—Isidro y Natalia se ocuparon de mí hasta que me recuperé de aquel terrible golpe que me dio la vida.

—Son unas bellísimas personas.

—Lo son. De no haber sido por ellos, no habría conseguido salir de la depresión. Estaba muy apegada a mis padres, Bruce. No te puedes hacer a la idea de cuánto.

—Puedo imaginármelo.

—Los chicos me ayudaron también; Óscar, sobre todo. Él es ese hermano que nunca tuve, mi amigo, mi confidente...

—Y ¿tu hermana?

Nos sentamos en la arena.

—Ana y yo somos muy diferentes. Ella lo pasó muy mal también, pero la compañía de sus hijos hizo que el trance fuera más ligero.

—Entiendo. —Esta vez me acarició las cejas—. ¿Sabes una cosa, Raquel? A

veces he tenido celos de él.

—Anda ya...

—No es broma, mi amor. Óscar sabe en todo momento lo que te ocurre con solo mirarte, y a mí aún me queda mucho por aprender. —Escuchar aquello me hizo sonreír—. No estés triste, pequeña. Estoy seguro de que tus padres te observan desde el cielo y te protegen siempre. Recordarlos es sinónimo de que siguen vivos en tu corazón.

Se levantó de la arena, se sacudió el pantalón y me ofreció su mano para que me levantara.

Con paso lento para disfrutar del maravilloso paisaje que nos rodeaba, fuimos hacia la vivienda principal, la más grande, donde el servicio había dispuesto una gran mesa en el salón con un centenar de viandas, a cada cual más exquisita.

—Creo que te está sonando el móvil, reina —me avisó Óscar. Se había sentado a mi izquierda; a la derecha estaba Bruce, ocupando la presidencia de la mesa.

Busqué el terminal en el bolso, lo desbloquéé y leí los mensajes que me había enviado mi prima Lucía.

Ya hemos aterrizado



Ya estamos en la isla!!!



Por cierto, qué calor hace aquí!!!!!!!

Solté un grito que hizo que todos dieron un respingo en el asiento.

— ¡Lucía ya está en la isla! —vociferé entusiasmada, metiendo el móvil en el bolso—. Bruce, tenemos que ir a recogerla.

—¡Vamos!

Envolvió mi mano derecha con la suya y comenzó a tirar de mí mientras conversaba por el móvil.

Cuando llegamos al exterior, un hombre alto y robusto, vestido de uniforme,

nos esperaba junto a un flamante BMW de color negro.

—Raquel, él es George, nuestro chófer.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Nuestro chófer?

—Exacto. Lleva años a mi servicio.

—Pero...

—No pienses tanto y mete tu bonito trasero en el coche. Tu prima Lucía nos espera.

Cuando íbamos de camino al aeropuerto, se me ocurrió preguntar.

—¿Tus padres no van a venir a pasar unos días con nosotros?

—Llegan mañana en torno a las cuatro. Mis hermanas vienen también. Han tenido que esperar un poco porque tenían que hacer unos exámenes. ¿Por qué lo preguntas, por cierto?

—Por nada, simple curiosidad.

—Ya. —Frunció los labios.

—Te pareces a Noé.

—¿Quién es ese?

—Ya sabes, uno de los ocho supervivientes del gran diluvio desatado por Dios para destruir a los descendientes violentos de Adán y Eva, el encargado de construir un arca grande de madera que sirvió para guarecer a su familia, así como a todas las especies de animales que pudo encontrar antes del diluvio.

—Nunca me habían comparado con él, aunque, pensándolo bien, tienes razón. Mañana tendremos a muchas personas a nuestro alrededor.

—Mmm, ¿a qué ha venido ese tonito?

—No seas curiosa, Raquel. Como dicen tus amigos, tienes que dejarte llevar. Cuando George detuvo el vehículo frente a la puerta principal de la terminal de llegadas y vi a Lucía y a Edu, salí corriendo del coche y corrí hacia ellos.

—Te he echado de menos, cara culo —bromeé, fundiéndome en un abrazo intenso con mi prima. Por fin habíamos vuelto a reencontrarnos.

—Y yo a ti, loca. ¡Menuda has liado, primita!

A su lado, Edu se mostraba un poco reticente. Solo nos miraba con atención.

—Hola, Edu. Soy Raquel, la prima de tu madre. —Le di dos besos y un abrazo—. ¿Cómo estás?

—Bien, pero ¿por qué mi madre te llama loca y tú a ella cara culo?

Lucía y yo comenzamos a reír.

—Tu madre siempre pone cara de estreñida cuando se enfada con alguien.

—Y ella se pone como una loca cuando saca su carácter —afirmó mi prima mientras se recolocaba el asa del bolso en el hombro.

—Lucía, te presento a Bruce, mi prometido.

Mi prima se quedó sin palabras.

Tuve que chasquear los dedos frente a sus ojos para que reaccionara. —Lo siento, es que eres tan... tan...

—Grande —comentó Edu sin malicia alguna.

—Sí, hijo, tan grande —añadió su madre. Los ojos le hacían chiribitas como al resto de mujeres que pasaban frente a nosotros.

—¿Y tú quién eres? —Bruce se agachó hasta quedar a su altura.

—Soy Edu, su hijo.

—Hola, Edu. —Le tendió la mano—. Yo soy Bruce.

—¿Por qué eres tan grande?

—Porque de pequeño comía muchas verduras.

Al niño se le iluminaron los ojos como si Bruce le hubiera contado el mayor de los secretos. Luego agarró el vestido de su madre y comenzó a tirar de él.

—¡Mamá, mamá!

—¿Qué quieres, cariño? —preguntó mi prima con cierto hastío en la voz.

—A partir de ahora voy a comer muchas verduras. Quiero ser grande como él.

—Me parece muy bien, señorito. Ahora, lo primero que tenemos que hacer, es darnos una ducha y descansar un poco. Estoy agotada, Raquel. No sabes tú lo que es viajar tantas horas con este niño. —Comenzamos a caminar hacia el coche—. Por cierto, estás guapísima. El embarazo te ha sentado genial.

El camino de regreso al complejo se me hizo muy corto puesto que Lucía y yo no dejamos de hablar.

Nada más salir del coche, mi hermana recibió a Lucía con los brazos abiertos, al igual que el resto de invitados. En ese momento, me di cuenta de algo: Isidro y Natalia estaban otra vez desaparecidos. ¿Dónde se habían metido esta vez?

—Raquel —intervino mi prima—, ¿Isidro y Natalia no han venido? Pensé que estarían aquí.

Escuché una risa nerviosa y todos miramos al causante. Bruce trataba de parecer normal, pero algo me ocultaba. Tanto secretismo me estaba poniendo nerviosa.

—Han ido al centro a comprar unas cosas. —Trató de sonar normal, aunque no lo consiguió—. Enseguida vendrán.

Todos los allí presentes se miraron entre sí, pero ninguno soltó prenda. Algo

se estaba cociendo a mis espaldas, de eso no me cupo la menor duda, pero evité echárselo en cara. Me limité a acompañar a Lucía y a Edu a la que sería su casa durante los próximos días.

—¡Dios mío, Raquel! —exclamó asombrada mi prima—. ¡Si esta casa es más grande que la mía!

—Ya hija. ¿Qué quieres que haga si para Bruce todo tiene que ser grande? ¿Es que no has visto cómo es él? A mi lado parece un armario empotrado.

—Sí, si ya me he fijado. ¿Y empotra bien? —murmuró para que el pequeño no nos escuchara.

Comenzamos a reír con fuerza.

—No te voy a engañar. —Le guiñé un ojo y alegué entre risas—: Es un empotrador insaciable.

Mi prima me golpeó en el brazo.

—Ay, Raquel. Tú y tus cosas.

—Sí, sí... Eso me dice todo el mundo.



Al día siguiente, unos gritos me despertaron. Por un momento me asusté, puesto que cada vez eran más fuertes.

Asustada, di unos saltitos en la cama hasta que conseguí bajar los pies. Me sentía muy pesada.

Cuando llegué, me quedé helada.

—¿Se puede saber qué carajo está pasando? —vociferé.

Todos se detuvieron para mirarme, pero evitaron decir algo y siguieron a lo suyo. El único que me prestó atención y se acercó a mí fue Bruce.

—Buenos días, preciosa —murmuró el muy zalamero dándome un beso en los labios.

—¿Qué es lo que está pasando, Bruce?

—Estamos organizando una fiesta que se va a celebrar en... —miró su reloj—, en dos horas.

—¿Qué clase de fiesta?

—Joder, Raquel. ¿Te has caído de un higuera y te has quedado idiota perdida?

—preguntó mi hermana, acercándose a nosotros—. No puedo creer que no sepas que...

Bruce la fulminó con la mirada.

—No quiero volver a repetirlo. ¿De qué fiesta se trata, joder? ¿Me lo quiere decir alguien?

—La fiesta de tu matrimonio —contestó ella con resignación.

—La de nuestra boda, Raquel. A partir de hoy, tú y yo uniremos nuestros corazones para toda la eternidad.

Me quedé con la boca abierta. Cuando fui capaz de reaccionar, vociferé.

—Pero si no tengo vestido, ni zapatos ni... ¡Ni iglesia! —Me llevé las dos manos a la frente, que ya comenzaba a perlarse en sudor por el exceso de humedad—. Joder, esto no me puede estar pasando. Es una auténtica locura.

—Mi amor... —La dulce voz de Bruce me tranquilizó un poco—. Lo tenemos todo

De repente, Lucía y las *Chirusas* salieron de una habitación y me metieron en ella con rapidez. Colgado de la lámpara había un precioso vestido largo de color marfil con un escote palabra de honor y un lazo azul en la cintura. Sobre la cómoda, entre varios cojines de color beis con puntillas, estaban los zapatos y el velo.

—Ve a la ducha, rápido —me urgió Mariela—. No hay tiempo que perder.

A regañadientes, me metí en la ducha.

Diez minutos después, con la colaboración de todas, me puse la ropa interior de encaje blanco que me habían comprado y me enfundé en el vestido de novia.

Afortunadamente, se adaptó a mi cuerpo como un guante.

Mariela se encargó de recogerme el pelo y de maquillaje con tonos claros, haciendo que mi cutis pareciera el de una muñeca de porcelana.

—Raquel, voy a ponerte la liga —sugirió Lucía, arrodillándose en el suelo—.

Es la misma que llevé yo cuando me casé. Ya sabes lo que suelen decir: algo nuevo, algo prestado y algo usado.

Isidro y Natalia se abrazaron a mí con fuerza cuando salí de la habitación.

—Tus padres estarían orgullosos de ver la clase de mujer en la que te has convertido, Raquel —susurró Isidro con lágrimas en los ojos.

—Ven, acércate, cariño —sugirió Natalia, mostrándome una cajita con unos pendientes de brillantes. Me los puso con mucho mimo y tuve que hacer un gran esfuerzo por no ponerme a llorar allí mismo. Todo estaba pasando muy rápido.

Ángel apareció de la nada y comenzó a fotografiarnos. Posé atendiendo a sus instrucciones, aunque me moría de ganas de ver a Bruce vestido de novio.

Isidro pareció leerme el pensamiento porque me ofreció un brazo y, guiñándome un ojo, comentó con dulzura:

—Te está esperando. No le hagamos esperar más o al pobre le va a dar un infarto.

Me recogí la falda para no pisarla, crucé el salón en compañía de Isidro y nos adentramos en la playa.

Mi corazón se aceleró cuando Michael Bolton, en persona, entonó *I promise you*²⁵.

—¿Cómo ha conseguido Bruce que...?

—Shhh... —Isidro palmeó mi mano—. Relájate. Ya conoces a Bruce. Tiene sus contactos.

Dejé de observar a Michael Bolton, que acababa de guiñarme un ojo con complicidad, cuando sentí cómo la presencia de Bruce lo llenaba todo.

Las piernas comenzaron a temblarme otra vez, obligándome a sujetarme firmemente al brazo de Isidro. Mi perfecto Dios del sexo vestía un

²⁵ *I promise you* (Te prometo). © Sony/ATV Music Publishing LLC, Universal Music Publishing Group.

traje azul de satén con camisa blanca y corbata con topitos en una tonalidad más clara que la del traje.

No sé qué hice en su día para merecerlo; de hecho, no sé qué hago cada día para que siga a mi lado, pero sí que me esforzaré toda la vida para que nuestra unión, basada en el amor, la complicidad, el querer y el sexo, no se destruya nunca.

Su penetrante mirada me recorrió de arriba abajo. Cuando sus ojos volvieron a clavarse en los míos, percibí que estaban acuosos. Se había emocionado al verte, tanto como yo lo había hecho al verlo a él.

Miré a mi alrededor para memorizar la expresión del rostro de cada una de las personas que estaban conmigo: mis amigos, mi familia... ¡Todos, en realidad, puesto que por primera vez en mucho tiempo, pude sentir que mis padres también estaban a mi lado, acompañándome en uno de los días más felices de mi vida!

Todo era perfecto.

Alguien se había encargado de decorar todas las sillas con rosas blancas y girasoles, dos de mis flores favoritas.

Cuando solo me faltaban unos pasos para llegar hasta mi amor, mis manos comenzaron a temblar. También percibí que los latidos de mi corazón aumentaban el ritmo, bombeando con fuerza la sangre en mis venas.

Ángel se puso al lado de Bruce y sacó unos papeles del bolsillo interior de su chaqueta. En ese momento lo comprendí todo. No iba a haber cura. Él se iba a encargar de presidir la ceremonia. Al ser juez, tenía potestad para officiar nuestro casamiento.

Isidro le ofreció mi mano a Bruce cuando llegamos al altar. Si de lejos estaba impresionante, de cerca la perfección hecha hombre.

Bruce me regaló la mejor de las sonrisas y depositó un beso sobre mi mano derecha. En ese momento, comencé a llorar como una tonta. Cuando él secó las lágrimas de mis mejillas, pude apreciar en sus ojos verdes la secuencia completa de todo lo que habíamos pasado hasta llegar a ese punto: pasión, miedo, sacrificios, dolor...

También hubo mucho amor.

Reconozco, una vez pasado el tiempo, que el camino recorrido no fue fácil, pero lo volvería a hacer con los ojos cerrados una y mil veces.

—Te quiero —gesticuló con la boca, sin pronunciar palabra. Yo hice lo mismo antes de girarnos hacia Ángel.

La ceremonia fue tan emotiva que la mayoría de los presentes acabaron llorando. El momento mágico llegó cuando Ángel le dijo a Bruce que podía besarme.

Animado, me cobijó entre sus brazos, inclinó ligeramente mi cuerpo hacia atrás, y me besó con pasión.

Sus labios me supieron a gloria.

Sus caricias, a mar.



Tres años después

Han pasado tres años desde el día que me casé. En este momento podría gritar a los cuatro vientos que lo hice con el hombre más maravilloso del mundo.

Bruce.

Mi adonis.

Mi Dios del sexo.

Mi amor.

Mi todo.

Conocerlo marcó un antes y un después en nuestras vidas. Creo que

ya ha quedado claro a lo largo de esta historia que hoy, nostálgica, he pensado terminar de escribir. Bruce lleva semanas apretándome las tuercas para que lo haga. Hace meses, anunció en la editorial que en el mes de febrero se iba a publicar una historia fresca, divertida..., diferente y no puedo demorarme más porque la historia es esta: mi historia.

Nuestra historia, en realidad.

Quiero terminar haciendo un pequeño balance de todo lo que ocurrió después de nuestra boda.

Allá voy...

Luna, una de las *Chirusas*, se quedó a vivir en las islas Bermudas con David, un surfista de larga melena rubia y ojos color rubí que conoció días después de la boda. No sé quién cayó rendido a los pies del otro. Lo que sí tengo claro es que ese hombre bohemio y soñador está como un tren, salvando las distancias, por supuesto, con Bruce. De hecho, a mi amiga se le cae la baba cada vez que habla de él.

Ambos son muy risueños. No hay más que ver sus rostros en las fotos que me envían semanalmente para saber que están disfrutando de la vida de forma alocada. Todos los meses hacen algún viaje a los rincones más paradisíacos del mundo, buscando las mejores olas, y se tuestan en las playas más recónditas, haciendo nudismo como a ellos les gusta.

Alicia ahora vive con su marido en Brooklyn, después de unos meses de incertidumbre en los que a Marcelo le costó saber dónde iban a poner el huevo, como decimos los malagueños. Han abierto una tienda especializada en alimentos argentinos y, al parecer, les va muy bien, a diferencia de lo que ocurre en la cama. Marcelo no se esmera demasiado y mi argentinita, está que se sube por las paredes. Sé que tarde o temprano, encontrarán algún remedio para que ese amor que se profesan no se acabe. No me cabe duda.

Andrea, mi colombianita, conoció a un chico súper simpático que también es originario de Colombia. Andrés, así se llama él, bebe los vientos por ella y la

tiene siempre en palmitos. En todo este tiempo han venido hasta en doce ocasiones a Nueva York para vernos. Desde el primer día, Andrés y Bruce congeniaron muy bien. De hecho, se han hecho grandes amigos.

Mariela consiguió por fin que su sueño se hiciera realidad hace seis meses. Ángel, ese empotrador que me folló la boca en aquel club de intercambio de parejas, y ella están esperando su primer hijo, un varón que va a ser la alegría de todas las mujeres. En todas las ecografías aparece empalmado. Estoy segura de que el gen de follador se lo ha transmitido su padre.

Ángel y Mariela son los que más tiempo han compartido con nosotros durante estos tres años ya que viven a escasas manzanas que nosotros.

Mariela decidió dar el paso y venirse a vivir a Nueva York una vez que se cercioró de que todas las *Chirusas* estaban bien con el cambio de vida que cada una había elegido. Después de eso, alquiló la hamburguesería que regentaba en Málaga y se mudó a Nueva York. Dos meses después, montó un negocio con ayuda de Ángel.

¿Cuál?

Obvio. Otra hamburguesería. Después de que una cadena alimentaria patentara sus salsas y de percatarse de que los neoyorkinos no conocían los camperos, ni los pepitos ni los serranitos, alquiló un local de unos ciento cincuenta metros cuadrados con ayuda de Ángel y comenzó a distribuir todos los platos de la carta por la ciudad. Bueno, en realidad, el reparto lo empezó a hacer un hindú que entró una tarde en la hamburguesería en busca de trabajo. Comenzó a distribuir los encargos con una vieja bicicleta que Mariela compró en un rastro para economizar. Hoy en día, sin embargo, tiene un equipo de más de trescientas personas que reparten por toda la ciudad en motos, coches y furgonetas de alta gama.

Actualmente, mi cuñada Matilda también está embarazada, creo que de un mes y medio menos que Mariela. Está bellísima. El embarazo le ha sentado realmente bien. Josh, por su parte, ha cambiado mucho sus hábitos. No he vuelto a verle beber alcohol desde que Matilda y él comenzaron a tontear. Ahora, el agua y el deporte se han convertido en sus mejores aliados.

Chum y Óscar se casaron hace un año y medio. En Arizona, sobre el Gran Cañón, se juraron amor eterno en un pequeño altar decorado con flores silvestres y ante la atenta mirada de unos cincuenta invitados. El viaje de novios duró un mes y medio. Visitaron China, Taiwán, Japón y Vietnam. Poco después comenzaron con los trámites para adoptar a un niño. Hace tres meses, han regresado de Rusia, donde ha tenido lugar todo el proceso de adopción,

pero no con uno, sino con una pareja de hermanos de seis meses a los que ambos se negaron a separar de por vida.

Reconozco que tanto uno como el otro tienen un corazón que vale millones. Ahora voy a hablar de mí otra vez.

Yo no puedo estar más feliz de tener una familia tan maravillosa. Hace tres años, poco después de casarme y según lo previsto, di a luz a dos preciosos bebés, Alejandro y Oliver.

Desde entonces, ellos han sido los encargados de dar alegría a la casa. Son igualitos que su padre: espigados, ágiles, varoniles... A pesar de su corta edad, ya empiezan a ser exigentes. Lo último que han pedido es que no les corte el pelo. Al parecer, quieren dejárselo largo como su papá. De mí han sacado el carácter alocado y las ganas inmensas de protestar cuando algo no les sale bien.

Al final no llegamos a bautizarlos porque, cada vez que se sacaba el tema, se formaba la monumental. Los que pretendíamos que fueran los padrinos de Oliver querían serlo a su vez de Alejandro, y viceversa. Así que, hartos de tantas disputas y dimes y diretes, Bruce y yo decidimos una noche, mientras permanecíamos abrazados en la cama después de haber echado un polvo arrebatador, que los niños se bautizarán, si quieren hacerlo, cuando tengan unos añitos más y puedan elegir libremente a sus padrinos.

Bruce...

Cada vez que pienso en él mi corazón comienza a palpar frenéticamente en mi pecho.

Después de la boda, cambió mucho.

Para bien.

Me colmó en atenciones, me cuidó y me mimó como nunca, demostrándome aún más si cabe todo lo que me quería.

Cuando me incorporé a la empresa después de dar a luz, pensé que nos costaría adaptarnos ya que nos tendríamos que ver tanto en casa como en el trabajo.

Nada más alejado de la realidad.

Todo fluyó bien en el trabajo. Bruce cumplió su promesa de tratarme como una empleada más, salvo cuando llegaba la hora del almuerzo y, como un descarado, me invitaba a su despacho para follar. ¡Qué le vamos a hacer!

Algunas promesas no se pueden cumplir.

Según lo previsto, me formé muchísimo para convertirme en escritora.

Compaginé el trabajo, a Bruce, a los bebés y a la escritura a duras penas,

quitándome algunas veces horas de sueño. Alguna que otra noche, la pasé en vela frente al ordenador, estructurando esta novela. Solo cuando Bruce me llamaba desde la cama con esa voz tan sexi que tiene, me acostaba. A través de estas líneas que leerá en breve, quiero darle las gracias. Siempre me ha apoyado en todo, dándome su opinión sincera.

Siento que esta historia se está acabando. Las lágrimas han empezado a rodar nostálgicas por mis mejillas, anunciándome el final. Un final feliz, sin duda, puesto que en estas páginas queda recogida toda mi historia. La mía y la de muchos más. Cada personaje se ha metido dentro de mí durante muchos meses, años incluso, y ha dejado una huella en mi corazón.

En unos minutos voy a tener que cerrar el documento y apagar el ordenador. Mi familia me está esperando para celebrar la Nochebuena. Bruce está correteando detrás de los gemelos con el ceño fruncido. Los dos se han convertido en unos pillos.

Candela, Nicolás y Edu se acaban de unir a la carrera, pensando que Bruce está jugando con Alejandro y Oliver al *pilla pilla*. Bruce tiene algo especial a la hora de tratar con los niños. Todos le adoran.

Al otro lado del salón, mis suegros están embobados observando a los hijos adoptivos de Óscar y Chum. A su lado, George y su mujer Carolina se abrazan entusiasmados, observándolos con emoción.

Hoy es un día especial, ellos no podían faltar en esta reunión.

Kassandra acaba de salir de la cocina con un par de refrescos. Le ha dado uno a Daniel, quien ha esbozado una gran sonrisa antes de acariciarle su prominente barriga. Le falta un mes escaso para dar a luz.

Después de todo lo ocurrido, me alegro de que todos hayan dejado a un lado las diferencias. Después de todo, en una historia como la nuestra, ni los buenos son tan buenos, ni los malos tan malos.

Opsss, ¿qué ha sido eso? ¿El timbre?

Centro mi atención otra vez en el ambiente del salón. Sofía, la empleada de Chum, acaba de aparecer en escena junto a Pablo, con sus dos socios, Juanjo y José, con los que ha montado una peluquería. Detrás de ellos, están las tres hermanas de Bruce, Isidro y Natalia, que se han mudado recientemente a Nueva York, y mi prima Lucía, junto a Edu y Sergio.

No puedo estar más feliz de tenerlos a todos en casa. Después de un tiempo separados, mi prima y Sergio han aclarado por fin sus diferencias y se han dado una segunda oportunidad.

Permitidme que me levante un momento y me acerque a saludarlos.

Pero ¡no os vayáis, que aún me queda cerrar esta historia!

...

...

¡Listo!

¡Ya estoy aquí de vuelta!

Solo puedo daros las gracias por haber llegado hasta aquí. Vosotros, mis queridos lectores, formáis también parte de esta estampa navideña que hay en mi casa.

He tenido la gran suerte de conocer a Bruce y a toda su familia. Con mi historia, siento que también os empezaré a conocer a vosotros un poco. De hecho, formáis parte de mi familia también.

Todo comenzó entre nosotros, entre Bruce y yo, y ahora somos algunos más. De ahí el título de esta novela: *Tú, yo y algunos más*. Esos *algunos más* lo forma la gran familia que he conseguido formar junto a la persona más maravillosa que he podido conocer en la vida, mi Dios del sexo, mi amante, mi confidente, mi amor...

¡Mi todo!

Y, por si no os ha quedado claro, vosotros, mis queridos lectores, sois parte de esa familia.

Os quiero.

R

Raquel Ramírez *La chica del lunar*

Bruce

Con la excusa de tener que hacer una llamada importante, acabo de encerrarme en la habitación, portátil en mano, para escribir estas líneas. Mi chica del lunar piensa que yo desconozco que ha terminado de escribir nuestra historia, esa que yo le propuse hace tiempo publicar en mi editorial.

Por lo visto, aún no se ha dado cuenta de que yo siempre lo sé todo. Soy el hombre más afortunado del mundo. Esta noche, a mi derecha, Raquel ha brillado como el mejor de los diamantes. Está radiante, preciosa con su vestido ajustado de color negro y sus labios rojos. No puedo estarle más agradecido a la vida, o al destino, qué se yo, de que esta hermosa mujer se interpusiera en mi camino.

Raquel me ha devuelto la vida, una que ya creía perdida, y ha hecho que mi corazón vuelva a palpar. Y a sentir.

Sobre todo, a amar.

Estoy deseando hacerla mía como cada noche y en cada rincón de la casa, siempre y cuando los pequeños nos dejen. Hace un momento, he escondido mi mano debajo de la mesa y le he acariciado el muslo con los dedos.

Sorprendida, ha dado un respingo y me ha lanzado una mirada incendiaria, provocando que mi deseo siga aumentando.

La cena se me está haciendo eterna, no lo voy a negar. Estoy emocionado y nervioso a la vez. Ansioso por sentir cómo sus pliegues se dilatan con la presión de mi erección, que no ha dejado de palpar en mi entrepierna desde hace dos horas.

A través del cristal ahumado que tenemos en la habitación, puedo ver que entre todos están recogiendo la mesa. Óscar acaba de servir unas copas de Brandy para todos. A las embarazadas Chum les está ofreciendo champán sin alcohol. Mi nivel de excitación es cada vez mayor. Necesito a Raquel ahora mismo. Disculpadme, voy a por ella. Estoy loco por hacerle el amor.

Una hora después...

Después de saciarnos momentáneamente, mi chica del lunar me ha dado un azote en el trasero y me ha entregado un traje de Papá Noel, anunciándome que

había llegado el momento de darles una sorpresa a los niños. Que me haya ayudado a ponérmelo me ha vuelto a encender otra vez. Aun así, he controlado mis ansias y, tras colocarme la barba y susurrarle al oído que esta noche su Papá Noel le va a dar un regalo muy especial y en persona, he cogido el saco de regalos que hemos guardado en uno de los altillos del vestidor para que los niños no lo encuentren, he disimulado la dureza de mi entrepierna cubriéndome con el faldón de la casaca roja y hemos regresado al comedor.

—Ho, ho, ho.

En cuanto los niños me han visto, han corrido hacia mí para abrazarme. Después de tratar que se calmasen un poco —nunca los he visto tan nerviosos—, he conseguido que se sienten en el suelo, alrededor de la chimenea, y les he dado a cada uno sus regalos.

Ver la cara de felicidad de mis hijos me ha cargado el alma de energía.

—¡*Wow!* —ha exclamado Oliver—. Alejandro, ¿has visto? Papá Noel se acordado de envolver nuestros regalos con el papel de nuestros personajes favoritos.

—Sí, el mío es de Batman.

—Y el mío de Spiderman, como el tuyo —ha dicho Edu, tan entusiasmado como el resto.

Una vez que se han encerrado los niños en la enorme habitación de juegos de los gemelos, les he entregado sus regalos a los adultos.

Raquel se ha mordido el labio inferior y me ha mirado sorprendida cuando le he dado un pequeño sobre de cuero, haciendo que mi pene se encumbrara otra vez. Reconozco que esta noche, la sangre hierve en mis venas.

Una vez que ha visto que en su interior había dos entradas para montar mañana en globo, se ha lanzado a mis brazos y me ha besado en los labios.

—Reina, te van a denunciar por violar a Papá Noel —ha dicho Óscar con guasa, haciendo que todos soltaran unas risas.

—Ho, ho, ho —he exclamado yo por segunda vez, guiñándole un ojo a mi mujer, cuando, y después de un par de horas de intranquilidad por mi parte y diversión por parte del resto, nos hemos quedado a solas en el salón—.

¿Señorita, se ha portado usted bien este año?

—Por supuesto.

Ver el gesto de satisfacción en su rostro me ha puesto cardíaco.

—En ese caso, túmbese para controlarle el pulso. El corazón es el único que

puede ayudarlo a Papá Noel a averiguar las mentiras.

—Estás muy sexi vestido de Papá Noel —me ha susurrado al oído, cuando me he arrodillado junto a su cuerpo y he comenzado a acariciarle el mentón.

—Tú también estás arrebatadora con ese vestido.

Ver cómo se ha desabrochado el vestido lentamente para mostrarme un modelito de encaje rojo ha disparado mis pulsos y me ha resecaado la garganta. Nuestras lenguas se han enroscado automáticamente.

Completamente loco, la he agarrado de las caderas y le he acariciado los muslos mientras mis labios se recreaban entre sus piernas.

Reitero.

Raquel me vuelve loco.

Cuando estoy con ella me convierto en un puto sádico sexual. Necesito devorar su cuerpo con ímpetu, como si fuera el más exquisito manjar. Su cuello, sus pechos, su abdomen y su centro del deseo me atormentan cada vez que los veo.

También sus piernas y sus pies.

Sus pezones, rosados y erizados del frío a pesar del calor que desprende la chimenea, son lo mejor que me he llevado esta noche a la boca. La cena me hubiera sobrado. Ella es el único alimento que sacia a mi cuerpo. Sus gemidos lo único que alivia a mi garganta de la sed.

Adoro cada vez que mi mujer saca a pasear a esa pantera que esconde en su interior, que me clave las uñas y arañe mi espalda y mi trasero cada vez que me hundo en su interior.

Esta noche no se ha quedado atrás.

Sus uñas rojas, decoradas para la ocasión, han recorrido mi cuello una y otra vez mientras mis labios saboreaban sus pliegues y mi lengua circundaba su clítoris, tratando de robarle algunos gritos, que no gemidos, de placer.

He follado con Raquel un millón de veces, con mi polla, con mi boca, con todo mi cuerpo, pero como esta noche, nunca. Hoy se ha ofrecido a mí en cuerpo y alma. Por la mañana, al mediodía, por la tarde, por la noche y, ahora de madrugada. Ver cómo se ha estremecido de placer cada vez es el mejor regalo que me puede haber dado.

Travieso, he juguetado con ella como siempre. Y he consentido que sus dedos acaricien mi pene para encumbrarlo todavía más. Luego, cuando la ansiedad ha comenzado a darme latigazos en la espalda, sobre el abdomen y entre las piernas, haciendo que mis testículos comenzaran a hincharse dolorosamente, le he separado las piernas y, con un movimiento certero de caderas, me he

ensartado en su interior de una estocada.

Todo se ha desintegrado a nuestro alrededor: los muebles, los cuadros, la chimenea, el fuego...

¡Todo!

—Quiero más regalos como este siempre —le he oído decir cuando nuestros cuerpos se han debatido entre la vida y la muerte que nos ha ofrecido el destino al alcanzar el clímax.

Poco después, cuando se ha dormido, he envuelto su cuerpo en una manta, he cogido el portátil de la habitación y me he sentado a su lado para terminar de contaros la última parte de esta historia.

La amo.

La adoro.

Y la venero como a una diosa.

Ella me ha dado la vida que jamás creí recuperar y me ha regalado algo maravilloso: su amistad, su paciencia, su comprensión... Y dos hijos fantásticos.

Yo dejé de creer en el amor hace tiempo, pero Raquel me ha ayudado durante estos tres años a encontrarlo otra vez y a mantenerlo con vida.

Voy a sorprenderla con estas palabras, lo sé; de hecho, no las va a leer hasta que el libro no se publique, pero quiero decírselas, puesto que no se las digo tanto como me gustaría.

Permitidme que me dirija solo a ella, a mi chica del lunar, a esa mujer que me ha cambiado la vida para siempre, a esa alma gemela que me acompaña cada día...

Raquel, mi amor, mi todo... Estas letras son exclusivamente para ti.

Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Junto a ti, he conseguido dominar mis angustias y mis miedos. Cada día, cuando te despiertas, los pétalos de tu mirada me secuestran el alma, obligándole a dar cabida a otros sueños. Tú eres mi consuelo cuando estoy triste y el timón de este hombre que, aunque no te lo creas, surcaría los mares abisales si hiciera falta buscando la estela de tu velero.

Eres mi refugio, Raquel.

Querer es bello...

Quererte es vivir.

B

Bruce Smith FIN

Agradecimientos



N

unca imaginé que despedirse de unos personajes me costara tanto. Hace días que las lágrimas se acumulan en mis ojos. También se me ha creado un vacío intenso en el corazón. Mis personajes dejan de pertenecerme después de meses y pasan a ser vuestros. Espero que los acogáis de la misma forma que hacéis conmigo cuando me veis o me escribís a través de las redes.

No me gustaría decir adiós a esta historia sin hacer una mención especial a vosotros, mis queridos lectores. Vuestra labor es importantísima. De hecho, sois vosotros los que hacéis que las historias lleguen al alma de otros autores cuando recomendáis nuestros libros a través de las redes.

Quiero dedicarles también unas palabras a mis padres. Sin ellos yo no sería la persona que soy hoy en día. Aunque la vida me los arrebató hace años, necesito gritar a los cuatro vientos que los amo. Siempre los llevaré en mi corazón.

Francisco Javier Bustamante Gamboa, mi marido, y Javier Bustamante Sevilla, mi hijo, son las dos personas que nunca me dejaría atrás. A ellos les tengo que agradecer su apoyo incondicional. Su amor y el hecho de que siempre hayan

creído en mí me ayudan cada día a ser mejor persona. Gracias por creer en mí y por aguantar mis buenos y mis malos momentos, que no han sido pocos.

¿Qué puedo decirle a Ana María José Sevilla Saborido? Para el que no lo sepa, es una hermana en mayúsculas, de esas con las que siempre puedes contar cuando la necesitas. Aunque nos llevamos unos años y prácticamente no nos hemos criado juntas, quiero decirle a través de estas líneas que la adoro.

Las *Chirusas* existen. Son las compañeras que tuve hace años en la hamburguesería en la estuve trabajando. Aunque yo me llamo Raquel, no soy la protagonista de esta historia. Solo compartimos el nombre y la ilusión por superarnos. Aun así, cuando empecé a estructurar la *Bilología Lunar*, sí que quise que todas mi excompañeras formaran parte de esta historia puesto que, inconscientemente, todas fueron partícipes de que mi cabecita empezara a funcionar una noche, mientras estábamos cenando.

Carola, sin ti, esa mesa número cinco en la que se conocen Bruce y Raquel en la primera parte de la bilología no existiría. Bendito día aquel en el que decidiste reenumerar las mesas.

Pablo, Enrique, Carlos y Óscar también forman parte de mi familia, esa que no tiene en común la sangre, pero sí años de amistad. A ellos también he querido darles un homenaje en esta historia, haciéndoles partícipes de las aventuras de Raquel Ramírez y de Bruce Smith. Chicos, *mis chicos*, os quiero. Gracias por aceptar que vuestros nombres aparezcan en mis dos libros, aunque las características de los personajes no se ajusten a la realidad. Siempre os estaré eternamente agradecida por apoyarme siempre en todos mis proyectos.

Toñi Fernández y Priscila Serrano no aparecen en esta historia, pero no por eso quiero dejármelas atrás. Con ellas he pasado tardes estupendas frente a un café. Ambas han sabido escucharme cuando lo he necesitado. Aunque ahora no podamos vernos tan frecuentemente como antes —cada día le dedico más tiempo a los abuelitos con los que trabajo—, no os olvido.

A Toñi también le quiero agradecer que me ayudara a limpiar el manuscrito. Reconozco que a veces soy un poco desastre. Su labor me permitió abordar con más fuerzas si cabe la historia. De todo corazón, te doy nuevamente las gracias.

Hay una persona a la que nunca, repito: nunca, podría dejar atrás. Él es José Antonio Moreno, ese ser especial al que hace ya más de un año bauticé cariñosamente como *El Jefe*. Además de ser un gran escritor

RAQUEL SEVILLA SABORIDO

— quien conozca su obra se habrá dado cuenta de que su novela *Enciéndete para mí* forma parte de esta historia—, es una de las personas que más ha luchado por la *Bilología Lunar*. Sin él no habría visto la luz ni la primera ni la segunda parte. Juntos hemos pasado horas y horas frente al ordenador, algunas veces él incluso más que yo. Sin su apoyo no habría conseguido superar todos esos baches con los que me he encontrado en el camino. Gracias a él conseguí publicar *La chica del lunar* después de haberme enfrentado a un abismo con una editorial que prefiero ni nombrar. Con él también he acudido a eventos literarios, he reído, he llorado e incluso me he montado en avión para tener lo que yo he denominado mi gran debut literario.

Barcelona me abrió las puertas y, al igual que a José Antonio, a Noelia Moral Jiménez, a María José Sánchez Ruíz, a Pepa Fraile y a Claudia Sevilla, le estaré eternamente agradecida.

Sigo...

José Antonio ha sido el culpable de muchos cambios —para bien— que he experimentado a lo largo de estos últimos meses. Con él he aprendido a ser una gran persona.

Esto no quiere decir que no lo fuera antes, ¿eh?

Que nadie piense mal.

A lo que me refiero es a que gracias a él he aprendido a relajarme, a pensar dos veces las cosas antes de actuar, a morderme la lengua cuando la ocasión lo requiere y a congraciarme con mí misma y con aquellos que han pretendido destruirme en todo este tiempo. No han sido pocos los que lo han intentado. A todos ellos les doy las gracias. Sus críticas —destructivas y no constructivas— me han hecho más fuerte.

José Antonio ha sido ese bastón en el que apoyarse cuando las lágrimas me sobrepasaban y ni mi marido ni mi hijo eran capaces de ayudarme. Durante todo este tiempo se ha convertido en un hermano para mí. Me aconseja, me anima, me provoca para que mis musas se espabilen... Es como ese ángel que todo lo guarda y que muchas personas quisieran tener a su lado.

Durante semanas, muchas en realidad, hemos reorganizado esta historia y hemos luchado para que todos notéis un gran cambio en mi forma de escribir. Juntos hemos espabilado a las musas para que nuestro ingenio diera lo mejor de ambos sin cambiar la esencia original de la historia.

Este sol que alumbra hasta a los días grises ha sido el que ha gestionado todo lo relacionado con este libro. La portada no podría haber quedado mejor. Sus decisiones, siempre valoradas y aceptadas por mí, han orientado a la diseñadora con la que él trabaja siempre. Adyma Desing ha conseguido que esta segunda parte de la *Bilología Lunar* tenga la mejor carta de presentación: una portada sensual, sugerente y atractiva.

¿Puedo pedirle más a la vida?

No debería.

Aunque sí que quiero decir una cosa más:

Muchas gracias

